

REVISTA entramados y perspectivas DE LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA

DOSSIER

Las transformaciones de la política asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009) **Masseti**

Gobierno, pobreza y energía. La construcción del sujeto-carenciado en la tarifa social de la Empresa Provincial de la Energía de Santa Fe **Giavedoni**

Pobreza y Neoliberalismo: la asistencia social en la Argentina reciente **Logiudice**

Estado, sociedad civil y gubernamentalidad neoliberal **Murillo**

TEORÍA SOCIAL CLÁSICA Y CONTEMPORÁNEA

La centralidad del carisma en la sociología política de Max Weber **Aronson**

La teoría sociológica y la comunidad: clásicos y contemporáneos tras las huellas de la "buena sociedad" **De Marinis**

La cuestión polaca. Acerca del nacionalismo imperialista de Max Weber **Vernik**

Durkheim El dualismo de la naturaleza humana y sus condiciones sociales

Tarde ¿Qué es una sociedad?

Nocera Emile Durkheim y Gabriel Tarde en los orígenes de la sociología francesa

DOCUMENTOS

ENTREVISTA

Erik Olin Wright
Ciencia social emancipatoria:
Repensar el marxismo hoy
**Entrevista realizada por Rodolfo
Elbert**

Equipo Editorial

DIRECCIÓN EDITORIAL

Alcira Daroqui

SECRETARÍO EDITORIAL

Ernesto Meccia

COORDINACIÓN EDITORIAL

Paula Miguel

Carlos Motto

Comité Editorial Nº 1

Carlos Belvedere

Carolina Mera

Flabián Nievas

Pablo Nocera

Diego Pereyra

Julián Rebón

Carla Rodríguez

La **Revista de la Carrera de Sociología. Entramados y Perspectivas** simboliza la decisión hacer conocer y reconocer la producción de conocimiento de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, de otras comunidades sociológicas del país, de la región y de otras latitudes. Entendemos que la puesta en circulación de los conocimientos es una «puesta en diálogo» entre los mismos, lo cual resulta axiomático si pensamos la construcción de conocimiento sociológico como una empresa colectiva.

Sus secciones reflejan esta voluntad de diálogo que intenta interrogar el presente recuperando el pasado de la disciplina. Así, **Documentos de Sociología** se propone la edición de textos inéditos o la reedición de autores clásicos de la Sociología argentina y latinoamericana; **Teoría social clásica y contemporánea** apunta al debate -desde una mirada actual- sobre los aportes de las principales tradiciones teóricas y metodológicas de la Sociología; **Dossier** condensa avances y resultados de investigaciones empíricas centrándose en un «objeto» de estudio propuesto para cada número; y **Entrevista** se propone rescatar la palabra de destacadas personalidades relacionadas con el saber y la práctica sociológica del país y del exterior.

Entramados y Perspectivas **no aspira a «representar» ninguna línea teórica o de investigación en Sociología; al contrario, quiere «expresarlas» en toda su riqueza, riqueza que se logra a través de la interacción entre tradiciones y emergencias propias de una disciplina que interroga sus objetos desde diversas afinidades teóricas y metodológicas.**

Año I, Vol. 1, Nº 1 - Junio de 2011

ISSN 1853-6484

La Revista es una publicación de la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Marcelo T. de Alvear 2230 2º piso Of. 205
C1122AAJ - Ciudad de Buenos Aires, ARGENTINA
Teléfono: +54 11 4508.3800 Int. 107
revistadesociologia@sociales.uba.ar
www.revistadesociologia.sociales.uba.ar

PRODUCCION EDITORIAL ★ aureliolibros.com.ar

Consejo Académico

Waldo Ansaldi
Perla Aronson
Dora Barrancos
Graciela Biagini
Néstor Cohen
Emilio De Ípola
Floreál Forni
Miguel Ángel Forte
Norma Giarracca
Hilda Herzer
Inés Izaguirre
Elsa López
Fortunato Mallimaci
Mario Margulis
Juan Carlos Marín
Susana Murillo
Juan Pegoraro
Pablo Rieznik
Lucas Rubinich
Ruth Sautu
Ricardo Sidicaro
Susana Torrado

Consejo Asesor

Ricardo Aronskind
Carlos Belvedere
Pablo Bonavena
Ana Castellani
Christian Castillo
Dr. Pablo de Marinis
Marta del Río
Mercedes Di Virgilio
Carlos Díaz
Daniel Feierstein
Ernesto Funes
Luis García Fanlo
Verónica Giménez Beliveau
Gabriela Gómez Rojas
Silvia Guemureman
Alejandro Horowicz
Silvia Lago Martínez
Marcelo Langieri
Bernardo Maresca
Claudio Martyniuk
Carolina Mera
Matilde Mercado
Gabriela Merlinsky
Edna Muleras
Flabián Nieves
Pablo Nocera
Silvia Paley
Diego Pereyra
Ernesto Philipp
Diego Raus
Julián Rebón
Carla Rodríguez
Miguel Rossi
Sergio Tonkonoff
Marcelo Urresti
Esteban Vernik
Ana Wortman

Consejo Asesor Nacional

Leonor Arfuch
Alberto Bialakowsky
Patricia Funes
Alejandro Grimson
Jorge Jenkins
Gabriel Kessler
Ana Lia Kornblit
Martha Nepomneschi
Alicia Itatí Palermo
Agustín Salvia
Pablo Semán
Maristella Svampa
José Villarruel

Consejo Asesor Internacional

Howard Becker, Estados Unidos
Ana Esther Ceceña, México
Aaron Cicourel, Estados Unidos
Boaventura de Sousa Santos, Portugal
Dídimo Castillo Fernández, México
Emilio Dellasoppa, Brasil
Irving Horowitz, Estados Unidos
Carlos Medina Gallego, Colombia
Denis Merklen, Francia
Humberto Miranda, Cuba
Giuseppe Mosconi, Italia
Tomás Moulián, Chile
Marysa Navarro, Estados Unidos
Jaime Preciado Coronado, México
Ramón Ramos Torre, España
Emir Sader, Brasil
Wolfgang Schluchter, Alemania
Luis Tapia, Bolivia
Jose Vicente Tavares dos Santos, Brasil
Alain Touraine, Francia
Loïc Wacquant, Estados Unidos
Immanuel Wallerstein, Estados Unidos
Erik Olin Wright, Estados Unidos

Normas para autores y autoras

El envío de colaboraciones originales se realizará en forma digital. Las normas editoriales, así como la política editorial de las secciones de la revista y los detalles del proceso de evaluación a ciegas por pares, se encuentran disponibles para consulta en el sitio online de la revista.

www.revistadesociologia sociales.uba.ar

Editorial	7
-----------------	---

Dossier

■ Las tres transformaciones de la política pública asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009). Astor Massetti	9
■ Gobierno, pobreza y energía. La construcción del sujeto-carenciado en la tarifa social de la Empresa Provincial de la Energía de Santa Fe. José G. Giavedoni	37
■ Pobreza y Neoliberalismo: La asistencia social en la Argentina reciente. Ana Logiudice	61
■ Estado, sociedad civil y gubernamentalidad neoliberal. Susana Murillo	91

Teoría social clásica y contemporánea

■ La centralidad del carisma en la sociología política de Max Weber. Paulina Perla Aronson	109
■ La teoría sociológica y la comunidad. Clásicos y contemporáneos tras las huellas de la “buena sociedad”. Pablo de Marinis	127
■ La cuestión polaca. Acerca del nacionalismo imperialista de Max Weber. Esteban Vernik	165

Documentos

■ Émile Durkheim y Gabriel Tarde en los orígenes de la sociología francesa. Pablo Nocera	181
■ El dualismo de la naturaleza humana y sus condiciones sociales (1914). Émile Durkheim	189
■ ¿Qué es una sociedad? Gabriel Tarde	201

Entrevista

■ Ciencia social emancipatoria: Repensar el marxismo hoy	221
Erik Olin Wright , entrevista realizada por Rodolfo Elbert	
■ Erik Olin Wright. Rodolfo Elbert	231

Reseñas

■ Germani, un intelectual consecuente	235
Comentarios sobre el libro Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada. Mera, Carolina y Julián Rebón (Coordinadores). Buenos Aires: CLACSO / Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA. 2010. Lucas Rubinich	
■ De crisis, ajustes y costos	241
Comentarios sobre el libro El costo social del ajuste (Argentina, 1976-2002). Torrado, Susana (Directora). Buenos Aires: EDHASA. 2010. Elsa López	

Editorial

Entramados y Perspectivas. Revista de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires quiere posicionarse como una publicación académica de referencia que exprese el carácter crítico del conocimiento sociológico y posibilite la puesta en circulación de producciones disciplinares de calidad, producidas en nuestro medio, el país y el exterior.

También aspira a constituirse en un medio de expresión para la variedad de objetos y de perspectivas teóricas, metodológicas y epistemológicas que preocupan, de una u otra manera, a las distintas comunidades académicas del campo sociológico.

La presente es la primera entrega de la Revista y representa los resultados de un esfuerzo colectivo que hemos transitado con la satisfacción de saber que estábamos dando concreción a un prolongado anhelo de muchos colegas. Sabíamos también que -pese a las iniciativas anteriores- estábamos trabajando para dejar atrás una vacancia que no se concedía con la arraigada tradición de investigación empírica y de reflexión y producción teórica característica de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

Entramados y Perspectivas es un emprendimiento institucional de la Dirección de la Carrera, y posee cuerpos colegiados para la elaboración de propuestas y la toma de decisiones editoriales. De suma importancia, en tanto que iniciativa institucional, su Dirección Editorial estará a cargo de cada Director/a electo/a.

En esta circunstancia, nos corresponde, en primer lugar, desear una ininterrumpida continuidad y un gran desarrollo a esta iniciativa, y, luego, agradecer el desinteresado acompañamiento que nos brindaron muy prestigiosos profesores de nuestra casa de estudios y del exterior.

Esta entrega está compuesta por los artículos del **dossier** (denominado “El gobierno de la pobreza”), los cuales abordan los vínculos entre las políticas públicas y los sectores vulnerados y vulnerables en términos económico-sociales con el fin de desarrollar conjeturas sobre las condicionalidades para la percepción de los denominados beneficios, las formas de definir y destinar los gastos y, de particular interés, hipótesis en torno al impacto de las políticas públicas en la conformación y las trayectorias de las organizaciones sociopolíticas que laboran con los sectores populares en Argentina. Estas hipótesis no eluden el espinoso

interrogante de las continuidades, las transformaciones y las rupturas entre las “nuevas” y las “viejas” formas de la representación política. Finalmente se aborda la redefinición de la cuestión social desde la gubernamentalidad neoliberal.

Los tres artículos de la sección **teoría social clásica y contemporánea** tratan sobre el impacto de la noción de carisma en la obra de Max Weber, sobre el nacionalismo en las formulaciones tempranas del mismo autor, y sobre el derrotero de la idea de comunidad en la sociología clásica y actual. En la sección **documentos** se presentan dos textos inéditos, uno Emile Durkheim y otro de Gabriel Tarde, con una nota introductoria a los debates que significaron en el momento de su aparición y, por último, la sección **entrevista** contiene una extensa conversación con Erik Olin Wright (presidente *American Sociological Association*) acompañada de una rica semblanza de su trayectoria intelectual. Completan esta entrega, reseñas y comentarios de libros.

Los editores

Buenos Aires, mayo de 2011

Las tres transformaciones de la política pública asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009)

Astor Massetti

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA / CONICET.

9

Resumen

En este artículo propongo una revisión sobre las transformaciones en las políticas públicas asistenciales desde 2003 al 2003 para luego pensar el impacto en las dinámicas de politización de los sectores populares.

Palabras clave: políticas públicas; dinámicas de politización

Abstract

In this article I propose a revision on the transformations in the welfare public policies from 2003 to the 2003 and then to think the impact about the dynamics of politicalization of the popular sectors.

Keywords: public policies; dynamycs politicalization

Introducción: el contexto previo a las transformaciones de la política pública asistencial

A principios del nuevo milenio la comunidad académica estaba preocupada por darle entidad a fenómenos de politización de la pobreza urbana que adquirirían creciente notoriedad desde mediados de la década del noventa (Scribano, 1999). El aumento de la cantidad de acciones de protesta, su creciente concentración en los grandes centros urbanos de la argentina, la gran capacidad de movilización y lo heterogéneo de las representaciones políticas que emergían lograron instalar a “piqueteros” (tal como lo denominaba la prensa) como el actor más relevante de finales de esa década (Schuster y Scribano, 2001). Relevancia que se acrecentó en durante la presidencia de De La Rúa (1999-2001) y que cobrara especial protagonismo durante el interinato de Duhalde (2001-2003).

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

10

En medio de una alta conflictividad social, los investigadores locales se volcaron de manera entusiasta a los estudios sobre lo que se denominaba entonces como “nuevas” representaciones políticas. Pronto, la inicial entrada politológica o descriptiva, centrada en las acciones de protesta (que intentaba distinguir el tipo de acción y representación políticas dentro de las tradiciones y que intentaba medir el impacto de las mismas dentro del escenario político argentino) dio lugar a una aproximación más cercana a la antropología social. Los análisis de índole “relacional” como se estila denominar hoy en la matriz lacloniana (Laclau, 2005), dieron lugar a extensas reflexiones que nos han nutrido de un conocimiento amplio sobre las dinámicas sociopolíticas que suceden antes y después de los fenómenos de protesta. Desde esta aproximación se distinguió la capacidad de las organizaciones sociopolíticas imbricadas en los procesos de movilización para reconstruir las tramas de inserción social y de organización de la resolución de las necesidades más urgentes.

¿Qué característica sobresalía en el perfil de estas organizaciones? O cómo se enunciaba en ese entonces: ¿En qué residía “lo nuevo” (Mallimaci y Salvia, 2005)? Para muchos investigadores era claro que algo se había gestado lentamente desde la crisis hiperinflacionaria de finales de los 80`s y que observaba un gran desarrollo en los sectores suburbanos ya a mediados de los noventa: pequeñas organizaciones barriales orientadas a la resolución de las necesidades más urgentes de una población en proceso de pauperización y completamente postergada de la agenda pública. Si lo ponemos en la clave ya clásica de Robert Castel (1995): la desalariación produjo un quiebre en los lazos sociales que fue recompuesto en alguna medida por las organizaciones sociopolíticas emergentes. Estas por supuesto que no fueron las únicas formas que se desarrollaron como estrategias de supervivencia durante esos años. Notoria es también la experiencia de los “Clubes del Trueque” que se extendieron por todo el país posibilitando el acceso a alimentos, servicios y bienes a más de dos millones de personas durante casi 10 años (Hintze, 2003). Como también lo fue el inmenso crecimiento de la red de Caritas durante el mismo período. Un “caldo de cultivo” (Forni, 2002) de autoorganización popular que adquirió formas diversas. Una de las cuales, lo que denomino “organizaciones sociopolíticas”, las que articularon la cotidianidad de las tareas de supervivencia con instancias de interlocución y confrontación con los distintos niveles estatales.

Frente a la caída del ingreso o a la inestabilidad laboral primero y luego frente al hiperdesempleo, el “barrio” comienza a convertirse en un componente fundamental en las estrategias familiares de supervivencia de los sectores populares. Tanto sea a nivel simbólico (como espacio de reconocimiento mutuo, de sociabilización, de emergencia de “identidades alternativas” –“re-afiliación” para continuar con el vocabulario de Castel) como material. Comienza a percibirse un fenómeno de que podemos llamar el “ingreso barrial” (Massetti, 2004); esto es, estrategias comunitarias de satisfacción de necesidades. Que comienzan a generalizarse hacia finales de los 80’s con la hiperinflación y los saqueos; o como las deno-

minó Iñigo Carrera “la revuelta del hambre” o “motín de subsistencia”¹ (Iñigo Carrera et al, 1995): ollas populares primero, y luego comedores comunitarios, “roperos”, compras comunitarias, huertas comunitarias, etc.

Pasados los estertores de la crisis de 1989/90, de la espontaneidad de las revueltas las clases populares pasan un largo período de recuperación de la experiencia surgida al calor de esos días. Período que 10 años después va a lograr visibilidad a partir de nuevas formas de representación sociopolítica que en gran parte se reconocen en el fenómeno del “piqueterismo” (Masseti, 2007). Durante ese período entre crisis (1989/2001) las trayectorias de politización de la pobreza urbana se encaminan en dos direcciones: por un lado la disputa por el control territorial; esto es *hacerse fuertes en su territorio, en su barrio*. Poder articular en cada espacio micro para garantizar las estrategias de resolución colectiva de las necesidades más urgentes. En el 2003 publiqué un documento de trabajo bastante rudimentario que postulaba la hipótesis de que la gran parte de la capacidad de organización y por ende de movilización de los actores políticos emergentes residía en el reemplazo o absorción de las redes “clientelares” asociadas a los partidos tradicionales y los poderes políticos locales por nuevas tramas sociales con base en organizaciones sociopolíticas surgidas durante los noventa. Existen muchos y muy buenos registros de los éxitos y los límites de esta forma de organización de la resolución colectiva de las necesidades; incluso hasta los que he podido desarrollar en estos casi 10 años de trabajo de campo. La auto-organización es además hoy una de las claves políticas sobre las que se erigen esquemas político-ideológicos postmarxistas y que tienen en el Frente Popular Darío Santillán su exponente más contundente a nivel local.

Pero había que “trascender el barrio”, salir del encierro local para acceder a los escasos recursos. La auto-organización, la resolución colectiva de necesidades durante los noventa se topaba constantemente con la constricción de los escasos recursos a nivel local de los poderes públicos, el sistema de caridad de la iglesia católica e incluso los aportes privados. Era necesario escalar el nivel de demanda para acceder a mayores recursos: la segunda dirección que asumen las trayectorias de politización de las capas populares urbanas. El “trascender el barrio” implica componentes simbólicos (inscripción en el “espacio público”); de “redistribución de los cuerpos”; y de aumento de la capacidad de interlocución-representación a través del armado de tramas de redes barriales. Lo más novedoso fue que los “cuadros” (punteros, párrocos, caudillos, ex de todos los colores, etc.) huían o agudizaban sus contradicciones y se acercaban a estas nuevas experiencias. Como también que aquellos sectores políticos, sin una inserción fuerte “*en los barrios*”, ven en esta politización de la

1 “Si se analiza el hecho de 1989/90, sólo algunas acciones, como los “*cacerolazos*” y la organización de ollas populares, expresan la protesta contra el gobierno y la política económica o el reclamo de que el gobierno “*los atienda*”, mientras que la mayor parte de las acciones sólo apunta a lograr alimentarse” (Iñigo Carrera et Al, 1995:72).

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

12

pobreza urbana una oportunidad para crecer organizativamente (ya sea incorporándose a redes “piqueteras” como creándolas) (Merklen, 1991; Merklen, 1999; Alderete y Gómez, 1999; Cieza, 2000; Ceceña, 2001; Merklen 2001; Dinerstein, 2001; Aguirre, 2002; Merklen, 2002; Auyero, 2002; Mallimaci y Graffigna, 2002; Rauber, 2002; Merklen, 2003; Crespo, 2003; Manzano, 2003; Manzano 2004; Merklen, 2004; Massetti, 2004; Delamata y Armesto, 2005; Auyero 2005; Massetti, 2005, 2007, 2009 y otros refieren a estos procesos). La articulación de estas organizaciones sociopolíticas en pos de mejorar la capacidad de interlocución y de confrontación política aglutinadas en grandes redes nacionales con direcciones políticas centralizadas (cuyo modelo más representativo es la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat de Luis D’Elía) permitió que pudieran constituirse en uno de los principales actores políticos de la década.

La presión al estado, en búsqueda de soluciones a las situaciones críticas producto del empobrecimiento vía la escasez de ingresos en el grupo familiar, a través de las acciones de protesta fue central dentro de la dinámica de politización de estas organizaciones. Mientras que las políticas de estado se aferraban a un ridículo constante desfinanciamiento y una extrema focalización de las políticas asistenciales el reclamo por recursos (mercadería y los entonces Planes Trabajar I y II) se transformó en uno de los objetivos inmediatos de las organizaciones sociopolíticas. Ha quedado el registro de lo que fue la primera Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados (llamadas por la prensa “asambleas piqueteras”) en donde el debate sobre aceptar o no planes sociales se zanjó por la positiva; delineando así el nudo central de la conflictividad durante el período 1999-2003.

Luego de la crisis de la financiero-institucional del 2001 y la salida regresiva y devaluadora del modelo de la convertibilidad, la política pública asistencial se masifica: el plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados. Con la capacidad de presión ya instalada una pequeña parte de los planes pudo ser administrada por las redes de organizaciones sociopolíticas más importantes (se calculaba entonces, según fuentes periodísticas nunca desmentidas, no más de un 10% del total de planes). A pesar de la relativamente poca injerencia en el Plan JJHD, el reconocimiento de la importancia de este tipo de trayectoria de politización (pequeños comedores comunitarios en barrios distantes que conforman redes para coordinar acciones de protesta) fue el elemento central en las posteriores transformaciones de la política pública en nuestro país. En un informe del Banco Mundial del 2003 se calculaba que más del 90% de los planes Jefas y Jefes de Hogar Desocupados (por entonces más de 1.2 millones de beneficiarios) realizaba su obligatoria contraprestación en organizaciones comunitarias (BM, 2003).

Ahora bien, entrando en el núcleo de este artículo: ¿Qué impacto tuvo la política pública social/asistencial en las trayectorias de politización de la pobreza urbana? Con lo dicho hasta ahora se puede observar una relación primaria: en el proceso de resolución colectiva de necesidades la demanda al estado por recursos fue un eje central en las dinámicas organizacionales y en las representaciones colectivas que fueron consolidándose durante la

década del noventa. Pequeñas organizaciones que sostenían por ejemplo un comedor comunitario se asocian en redes más vastas que les permiten disputar en otro plano (el gobierno provincial y/o nacional) y obtener mayores recursos; un doble salto de escala. En una década signada por políticas regresivas en general y de pésimas políticas asistenciales en general. ¿Qué ocurrió luego de la crisis financiero política del 2001? ¿Qué cambios a nivel de las dinámicas organizacionales y las trayectorias sociopolíticas se observan y se pueden relacionar con transformaciones de qué instrumento de política pública?

Para abordar esta pregunta relacionando la política pública con la asistencial debo superar el desafío de yuxtaponer dos tradiciones analíticas muy dispares. No sólo por la textura del objeto que proponen, sino por enfoques metodológicos completamente disímiles. Por un lado, la ya “tradicción” de estudios que podemos englobar en el marco de una sociología política etnográfica: con fuerte impronta de estudios de caso que relevan experiencias de organización sociopolítica en espacio y tiempos acotados. Por el otro, la vasta tradición de análisis sobre las políticas públicas [*policies analysis*], que se inicia como tal en la década del '50 con los trabajos de Harold Lasswell (1951). Sin pretender profundizar en esta última tradición, es claro que en este trabajo estamos más cerca de las perspectivas que entienden el proceso de políticas públicas como fruto de contextos de producción social; ya sea desde una perspectiva más cercana al estructural funcionalismo (Sabatier, 1988 y 1991); economicista (Oszlak y O' Donnell, 1976) o gramsciana (Jobert, 1987). En donde la política pública no es fruto de esquemas meramente decisorios en la acotada clave del *rational choice*, sino que forma parte del complejo tramado de disputas en el seno de una sociedad (De León, 1997). Pero nos alejamos del interés central de esta tradición ya que no ponemos el foco sobre el origen y/o necesidad evidente o instalada (“référentiel”, al decir de Jobert, 1987) sino en el impacto indirecto de estas políticas. Impacto indirecto porque no se trata de analizar la efectividad de las políticas públicas sobre su población objetivo, sino en tal caso sobre las dinámicas organizacionales que contienen a alguna parte de los beneficiarios de las políticas públicas: ¿Cómo las políticas públicas han modificado las trayectorias de politización observadas desde mediados de los '80?

Tampoco se presupone aquí un sistema causal. La noción de trayectorias de politización tal como la uso aquí implica un complejo multidimensional² que engloba básicamente

² Dar cuenta de este complejo fue el núcleo central de mi tesis doctoral y este trabajo se enmarca en el esfuerzo de profundizar algunos elementos específicos. Como parte de estudios post-doctorales consideré oportuno ampliar tres elementos: a) La relación entre las dinámicas electorales desde el retorno a la democracia con la constitución de un arco político progresista (trabajado en el artículo de la revista “Argumentos” que publiqué el año pasado: “Limitaciones de los movimientos sociales en la construcción de un estado progresista en Argentina”); b) La relación entre las transformaciones de la política pública y las dinámicas organizacionales que aquí se ofrece; y c) El cariz más simbólico que contiene la dimensión de “representaciones colectivas”: la construcción mediática de los actores

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

camente procesos organizacionales, representaciones colectivas y dinámicas de confrontación/colaboración con los poderes y/o instrumentos públicos. Aquí el esfuerzo se centra en describir y clasificar de manera general tres momentos o giros en la política pública asistencial y relacionarlos con los procesos de cambio observados en las organizaciones sociopolíticas. La principal dificultad que se debe sortear en este intento es la distancia de niveles analíticos en el abordaje de estos dos términos en relación: por un lado el registro etnográfico, micro, propio y de otros autores de los clivajes organizacionales; por el otro datos financieros, normativos e institucionales de carácter macro. El lector considerará si el riesgo de asumir el solapamiento metodológico está justificado en este esfuerzo.

14

Primer giro

Los instrumentos de transferencia de ingresos con contraprestación contribuyeron a arraigar en las experiencias colectivas a una importante parte de la población. Y esto tiene que ver con la forma regresiva que se pensaba la política social asistencial hasta el 2002. El debate conceptual que nos ha legado las políticas de estado orientadas con criterios económicos antes que sociales se refiere a que la utilidad final de las políticas sociales es acotada a problemáticas sociales específicas. Los términos del debate consisten en la oposición entre la universalidad³ y la focalidad⁴ de las políticas. Lo primero se asocia en buena medida a estados de amplia presencia en la vida social, estados benefactores; y lo segundo se asocia a estados “bomberos”, con capacidad tan solo de resolver *ex post* parte de los efectos de crisis puntuales. O mejor, la universalidad implica políticas irrestrictas y la focalización implica criterios de restricción al acceso. Nótese como la retórica viene en auxilio de nuestra argumentación: la política univer-

sociopolíticos; que aún me queda pendiente. Ahora bien, en términos de trayectorias de politización, desde los rudimentos de pequeñas organizaciones barriales a mediados de los '80 hasta las organizaciones capaces de participar en la gestión pública se observa un amplio recorrido que necesita permanente actualización. Si al lector le interesa profundizar en esta propuesta: Massetti, 2009^a; Gómez y Massetti, 2009; Massetti 2010a y Massetti 2010b.

3 Cuando Rubén Lo Vuolo y Alberto Barbeito proponen una caracterización de la política pública asistencial argentina remarcan que “*El sistema de políticas sociales en Argentina se constituyó como un híbrido entre (...) el modelo de seguro social bismarkiano (...) donde los (...) beneficios que otorga están vinculados con los aportes y el sistema se organiza en diferentes programas (...) y (...) el esquema de la ‘seguridad social’ asimilado a la tradición laborista anglosajona (que) pretende cubrir a toda la población.*” (Barbeito y Lo Vuolo, 1998: 155-156).

4 Trotta nos dice: “*El financiamiento de políticas sociales trajo para los neoliberales la ampliación del déficit público, la inflación y el desestímulo a la producción. Por lo tanto, la acción del Estado mínimo en el campo social, debería atenerse para esta corriente de pensamiento a programas asistenciales de auxilio a la pobreza. En este sentido proponen la reforma de los sistemas de protección social orientándolos a la focalización, la descentralización y la privatización. El criterios de focalización supone el direccionamiento del gasto social siguiendo dos criterios básicos: necesidad y urgencia, dirigidos selectivamente a los más vulnerables de los sectores más pobres de la población.*” (Trotta, 2003: 94)

sal generaría *derechos* mientras que la política focal *beneficios*. He trabajado en otras oportunidades (Masseti, 2004; 2005; 2006; 2009) distinciones más precisas y detalladas entre ambos paradigmas y he observado también parte del universo de políticas al respecto; y lo han hecho mucho mejor que yo otros autores (Barbeito y Lo Vuolo, 1992; Barbeito y Lo Vuolo, 1998; Alayón, 2000; Acuña y Repetto, 2001; Trota, 2003; Grassi, 2003; Grassi, 2004) y prefiero ahora no detenerme en esto. Pero sí aportar aquí otros elementos.

Primero, tema difícil de mensurar, es el que se deriva del propio trasfondo de la capacidad de definir lo urgente. La focalidad radica en la posibilidad de que se acote una problemática social; y su efectividad en que se llegue a identificar el destinatario tipo de una política definida para abordar tal problemática. Efectivamente la definición de lo urgente implica un proceso político antes que analítico; muy que le pese a la racionalidad técnica que a veces redundante en algunos círculos profesionales. La puesta en urgencia de un tema, la definición de una problemática social como prioritaria al punto de transformarse en una política *ad hoc*, es en nuestra historia reciente un ejemplo de cómo operan estos procesos políticos. Si volvemos la mirada nuevamente a los últimos treinta años observamos que pocas políticas públicas- y en especial las asistenciales – han emergido como prepositivas de una sociedad más igualitaria ni de manera espontánea, ni de manera compulsiva. Pero sí queda claro que la conflictividad social que se configura a partir de la década del ochenta ha puesto en juego nuevas dinámicas de politizar la sociedad. Y entre estas dinámicas la discusión sobre que necesidades o demandas deben ser atendidas por los poderes públicos.

Segundo: en nuestro país, las políticas sociales asistenciales focalizadas desde el retorno democrático han tenido dos grandes falencias: 1) se han topado con el desafío de que las crisis para las que fueron pensadas lejos de pasar han continuado en el tiempo; sobreviviendo incluso a las propias políticas. Y 2) los alcances en términos cuantitativos (en unidades de beneficio) han sido insuficientes y respondiendo generalmente a criterios pro-cíclicos. El empobrecimiento de la población a lo largo de los casi 30 años desde el retorno democrático ha transformado en un vector lo que la mirada del diseño de la política asistencial focal entendía como una variable pasajera. Los grandes picos de empobrecimiento durante ese período (las crisis hiperinflacionarias de finales de los ochenta y principios del 2000; los picos de hiperdesocupación a mediados de los noventa) han sido puntas de iceberg que politizaron la pobreza e impulsaron modificaciones a las políticas orientadas al sector más vulnerable. Pero tanto el Plan Alimentario Nacional del 85-89 (Torres, 2002) como los planes Trabajar I y II no lograron más que ser mecanismos de contención focalizados; ineficientes y escasos en términos incluso de paliativo (Novacosky et Al., 1997; Lozano, 2003; Guimenez, 2004; Donatello et Al, 2005; Calvi y Guimenez, 2006).

El Gasto Público Social Focalizado durante 1990 y los años inmediatos a la crisis hiperinflacionaria de 1989 fue un 7% menor que durante el período post convertibilidad. Y un 10% menor que durante el pico de Gasto Público Social Focalizado durante el 2003 (con el plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados). En promedio, el período 1990-2001 este ítem del presupuesto nacional rondó el 5%; mientras que a partir del 2002, el promedio se elevó al 11%.

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

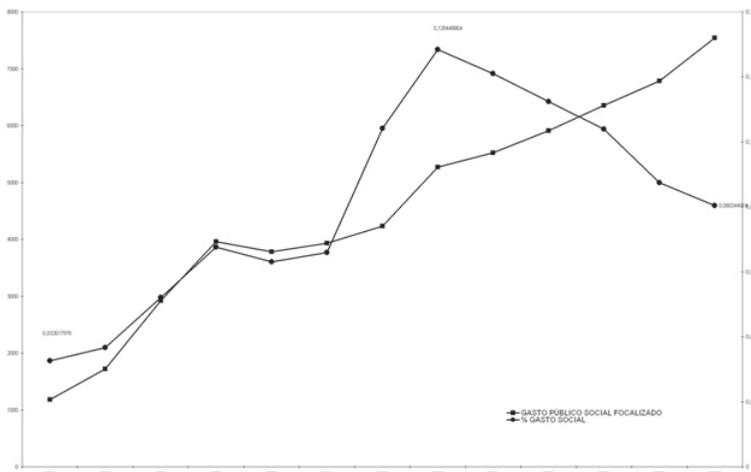
Para la crisis financiero política coronada con crisis económica producto de la devaluación-pesificación del 2002 algo había cambiado en la imaginación de los *think tank* productores de políticas asistenciales para Latinoamérica. Los planes alimentarios mexicano primero a mediados de los noventa y brasilero a principios del 2000 mostraron un nuevo paradigma “mixto”: planes sociales asistenciales “masivos”. Mixtos, porque sin ser políticas universales (generadoras de derechos sociales) son mucho más que meras aplicaciones focales. El plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados, con su casi dos millones de beneficiarios en su momento álgido a finales del 2002, inauguró este nuevo paradigma en nuestro país.

Como vemos en el siguiente cuadro el ítem del presupuesto nacional Gasto Social Focalizado en el que se consignan el tipo de políticas que nos interesan creció de manera radical a partir del 2002; pasando de un 3% al pico en el 2003 en el que representa el 13% de todo Gasto Social (incluido allí Salud y Educación entre otros rubros). En miles de pesos, el crecimiento del Gasto Social Focalizado continuó en crecimiento ininterrumpido. En términos del Gasto Social en general se observa una pérdida relativa de significativos 5 puntos porcentuales entre el 2003 y el 2008; debido al crecimiento del Gasto Social en su conjunto. O si se prefiere, el Gasto Social Focalizado pasa de menos del 1 al 2% del PBI.

16

Gráfico 1:

Gasto Social Focalizado en millones de pesos y en porcentaje del Gasto Social Total



Nota: El Gasto Público Social Focalizado Incluye los ítems 5.1 (Promoción y asistencia social pública) y 7.1 (Programas de empleo y seguro de desempleo).

Fuente: Elaboración propia en base a Dirección de Análisis de Gasto Público y Programas Sociales – Secretaría de Política Económica, Ministerio de Economía. Datos recopilados por la Lic. Julieta Vera.

¿Cuál fue el impacto de ese crecimiento en las dinámicas de las organizaciones sociopolíticas? Con el cambio de dimensión del gasto, las organizaciones orientadas a la consecución de recursos mínimos para organizar la supervivencia colectiva de la población más necesitada, lograron potenciar su capacidad de convocatoria: mientras que los municipios durante los noventa estaban carentes de recursos asistenciales, las organizaciones lograban gestionar recursos de distintas fuentes; sirviendo como refugios viables frente a la carencia generalizada de ingresos. A partir del 2002, la inyección de recursos asistenciales potenció el posicionamiento de estas organizaciones. Que contando además con la legitimidad propia de la independencia política a poderes desgastados por la propia ineficiencia en enfrentar el proceso de deterioro, lograron aumentar su convocatoria de manera exponencial. Para citar un ejemplo, en el caso de la FTV (fundada en 1998, pero que se “bautiza” como piquetera en noviembre del 2000), ya para finales del 2001 “manejaba”, al menos, cerca de 20000 planes entre Trabajar II y III y PEL (más otros 10000 provinciales –Plan Bonus entre ellos– Massetti, 2004 y 2005). Estos recursos obtenidos fueron parte de una primera expansión más allá del territorio matancero; y como oí decir a Luis D’ Elía, “*se fue generoso y no los encanutamos*”. Estos recursos sirvieron como polo de atracción para pequeñas organizaciones barriales (nucleadas en torno a asociaciones de fomento, por ejemplo, o grupos menos estructurados pero con fuerte presencia en los barrios). Más teniendo en cuenta que el crecimiento lento pero firme, -la consolidación de diversas organizaciones piqueteras-, acompañó y fue un componente político más para el aislamiento político de De La Rúa: el piqueterismo lograba simpatías, legitimidad. La Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat en el 2002 contaba ya con más de 600.000 afiliados en todo el país y administraba cerca de 60000 planes Jefas y Jefes de Hogar Desocupados (Massetti, 2004, 2005 y 2009).

Segundo giro

La textura social de las clases populares se nutre de experiencias comunitarias autogestionadas. Tal es así que en el vocabulario de los funcionarios y diseñadores de políticas sociales asistenciales durante el primer período del gobierno de Kirchner (2003-2005) aparecieron los términos de “Economía Social” o “Economía Solidaria” y de “Capital Social”, como piezas claves para abordar el tratamiento de una coyuntura social más que desfavorable. Las políticas sociales asistenciales comenzaron a ser redirigidas en este sentido, buscando potenciar las “*nuevas formas de producción para la reproducción*” desarrolladas como “*respuestas reactivas*” de los ciudadanos frente al proceso de reestructuración económica (Hintze, 2003: 34). La creación del plan de Desarrollo Local y Economía Social “Manos a la Obra” y su articulación con el Plan JJDH busco potenciar la capacidad de trabajo de las organizaciones sociopolíticas inyectándoles montos relativamente importantes de dinero (en promedio \$10000) para la compra de maquinarias e insumos para desarrollar actividades productivas.

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

La política pública asociada a la idea de agencia popular para generar su propia capacidad de supervivencia es en sí un paradigma dominante dentro del microcosmos de los *policy makers* a nivel mundial. El criterio central en este paradigma es que el Estado debe limitar su injerencia al estímulo o apoyo de esta capacidad innata de gestión de los recursos disponibles (BM, 2003). La textura social hace el resto. Las redes clientelares (Adler Lomnitz, 1974) denominadas bajo la noción de tinte bourdiano de “capital social”, se transforman entonces en el objeto último de las políticas diseñadas bajo este paradigma. El Banco Mundial elabora uno de sus tantos informes sobre la Argentina en el 2001 en la antesala de la crisis. Allí se lee:

18

“Si alguna vez se presentó una ocasión en la que Argentina necesitase echar mano de su capital social existente como estrategia para enfrentar la situación e invertir en el futuro, ese momento ha llegado ya. Lograr la cohesión entre los ciudadanos, al igual que entre estos y el Gobierno, y aprovechar las acciones del sector privado como complemento a las del sector público, constituyen claramente una alta prioridad para Argentina si ésta pretende superar los retos que enfrenta hoy”. (BM, 2001: ii)

Capital social es así la forma tangible de la idea de lazo social en la línea Rousseau-Durkheim-Castel: el elemento cohesionante dentro de dinámicas sociales de deconstrucción de las instancias de resguardo frente a la incertidumbre generada por la pérdida de previsibilidad de acceso al ingreso a raíz del proceso de desalarización.

La incorporación de este paradigma implicó ciertos desafíos (Rebón y Salse, 2003). Los que interesan aquí son lo que impactan sobre las dinámicas de las organizaciones sociopolíticas. Si la política asistencial desde mediados de los noventa hasta el 2003 de alguna manera fue coadyuvante de su desarrollo, la nueva generación de políticas implementadas desde el 2003 transformó el curso de las trayectorias de politización de las capas populares.

Cambio de curso que también fue estimulado por la dimensión más política del período. Luego de casi una década de dinámicas conflictuales signadas por las acciones de protesta continuas grandes sectores del movimiento de pobres urbanos adquirieron, a partir de la asunción de Néstor Kirchner una capacidad de interlocución tan privilegiada que cambió de lleno la relación entre las organizaciones sociopolíticas y el Estado. Aún en plena crisis institucional, el gobierno entrante consiguió que las organizaciones más allegadas al nacionalismo progresista apostaran por la construcción de un vínculo político de colaboración con el Estado. Pronto las experiencias de colaboración se estrecharon. Y la participación de algunos líderes otrora piqueteros en la gestión pública empezó a ser una forma de institucionalizar esa colaboración (Massetti, 2009; Gómez y Massetti, 2009). Por razones de espacio, esta dimensión más política no va a ser desarrollada en este artículo.

Luego del 2003 la incorporación de la noción de Capital Social al diseño de políticas públicas implicó nuevos desafíos. El valor social y político de este arraigo en la acción barrial, al ser reconocido por el Estado, implica una cierta tensión en los procesos organizativos: un nuevo perfil de cuadros comienza a ser necesario ya que la militancia social requiere ahora la profundización de conocimientos administrativos; deben tejerse o fortalecerse vínculos con de-

terminados actores de la administración pública y deben planificarse y sobre todo ejecutarse un cúmulo de tareas a las que se accede muchas veces meramente *ad hoc*. Esto no quiere decir que las organizaciones sociopolíticas carecieran de este tipo de habilidades. De hecho, la adquisición de la personería jurídica como “asociación civil” forma parte de la trayectoria de estas organizaciones; requisito indispensable para ser receptoras de donaciones o fundamentalmente durante los noventa, para ser efectoras del FOPAR (que fuese una de las principales fuentes de financiamiento estable para comedores comunitarios). Pero el nivel de formalización y el manejo técnico administrativo de los proyectos “Manos a la Obra” implicó un salto en las organizaciones sociopolíticas: un proceso masivo de “ONEiGización” (Masseti, 2009); como también un desafío en lo que se refiere a las calificaciones de oficios y la disciplina laboral al interior de las cerca de 60.000 unidades productivas que alcanzó el plan (Roffler y Rebón, 2006).

Estos mismos autores en el informe al Ministerio de Desarrollo Social que estoy citando, destacan que un 64,3% de los participantes en proyectos productivos en el marco del plan Manos a la Obra, lograron aumentar sus ingresos en un 14% luego de un mes de iniciado el proyecto (incluyendo en aquí que el 43% de lo producido se dedica al autoconsumo). Pasando de un promedio inicial de \$142 a \$163 (datos del 2005). Y a un 133% más al momento del relevamiento. Aunque como se puede ver en el cuadro siguiente, los principales logros del plan pueden asociarse al impacto subjetivo de la experiencia:

Cuadro 1:

El Plan Manos a la Obra ha logrado

Ayudarlo a sentirse mas útil	92.40%
Ayudarlo a ser mas seguro de si mismo	89.90%
Ayudarlo a ser mas solidario	88.30%
Ayudarlo a ser mas feliz	87.90%
Enseñarle a trabajar en grupo	85.50%
Capacitarlo en un oficio	77.00%
Incrementar su confianza en la gente en general	75.40%
Aumentar su confianza en instituciones publicas	70.40%
Mejorar su inserción e el mercado laboral	68.60%
Incrementar sus ingresos	64.30%
Mejorar sus posibilidad de educación y la de sus hijos	60.90%
Mejorar las posibilidades de atender su salud y la de su flia	59.00%
Hacerlo participar activamente en una OSC	58.80%
Brindarle contactos para acceder a otros empleos	53.50%
Brindarle asistencia técnica	53.30%

Fuente: Roffler y Rebón, 2006

Ficha técnica: Relevamiento desde 3 perspectivas: Organizaciones Ejecutoras, Emprendimientos Productivos y Beneficiarios. Selección aleatoria para la realización de las encuestas a: 176 encuestas Organizaciones Ejecutoras (entrevista a miembros activos de la organización vinculados a la presentación de proyectos productivos) 301 emprendimientos productivos (entrevista al referente del proyecto) 1097 emprendedores (entrevista al grupo asociativo beneficiario del PMO). La muestra alcanzó a 16 provincias y 50 municipios. Investigación realizada entre marzo y agosto de 2005.

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

20

El importante peso que estos analistas le otorgan al impacto subjetivo del plan no debe sorprendernos. Muchas fuentes dan cuenta de la misma relevancia cuando se profundiza en la forma en que los participantes en estas experiencias construyen su propia narrativa sobre lo que significa para ellos. En otro lado (Massetti, 2007) realicé un trabajo en la misma dirección en base a 60 entrevistas en profundidad y observación participante en tres organizaciones sociopolíticas que encaraban proyectos comunitarios. Allí también destacaban los participantes la capacidad que tienen estas experiencias en brindarles marcos de sociabilización, encuentro y pertenencia. Aspectos constitutivos de la vida humana de la mayor relevancia. Pero que sin lugar a dudas ponen en duda el principio operativo de que el capital social funda una estrategia de supervivencia en términos estrictamente económicos. O incluso, en términos económicamente rentables.

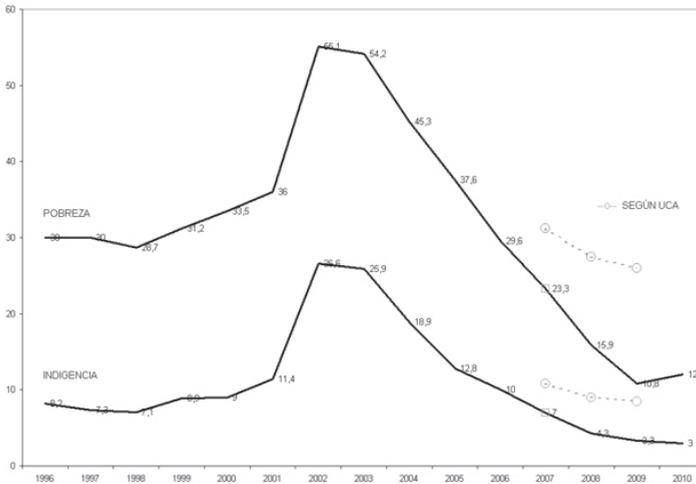
Tercer Giro

Sea como fuere, la inversión en este tipo de políticas fue muy alta durante el período 2003-2007. En general los valores absolutos y relativos del gasto en políticas focalizadas se mantienen por encima de los que se observaban hace ya casi veinte años atrás, y por supuesto por encima de los valores previos a la post convertibilidad. Esto es una novedad también si se considera que la política asistencial en general es procíclica (o sea contraria a los momentos de mayor urgencia): un acierto del gobierno de Kirchner - profundizado por el de Fernández- es haber mantenido los niveles de Gasto Social en general y los de Gasto Social Focalizado en particular “a pesar” de la recuperación de los indicadores más fuertes. Desempleo, Pobreza e Indigencia se han reducido sensiblemente; y no por esto los niveles de gasto han respondido hacia la baja.

Las personas bajo la línea de pobreza se reducen de un 30% en el '96 a un 12% en el primer semestre del 2010; habiendo pasado por un pico de más del 55% durante la salida de la convertibilidad. Las personas bajo la línea de indigencia a su vez se reducen del 8 al 3% en ese período; habiendo llegado a un cuarto de la población durante 2002-2003. Claro está que otras estimaciones acusan un optimismo mucho más moderado: para el Observatorio Social de la UCA (quienes elaboran su propia medición de la Canasta Básica Total), la pobreza en el 2009 alcanzaba el 26% de la población y la indigencia el 8,5%; análogos valores que los que se observaban antes de la crisis de la convertibilidad. Pero aún en este caso cabe la observación anterior: la política asistencial lejos de caer al recuperarse los indicadores emergentes de la crisis post convertibilidad, mantiene alto su nivel de gasto.

Gráfico 2:

*Evolución de las personas bajo la línea de pobreza (2003-primer semestre 2010).
En valores relativos.*



Nota: En los años de la EPH puntual el universo sobre el que se efectúan las estimaciones es el de aquellas personas que integran hogares en los cuales se declaran de manera completa los ingresos (incluyendo los hogares con ingreso cero). Por su parte, los resultados correspondientes a la EPH continua disponible a partir de Diciembre de 2009, incluyen la imputación de ingresos no declarados realizada por INDEC. La Encuesta Permanente de Hogares (EPH) fue ampliando paulatinamente la cantidad de aglomerados relevados. En este caso, las estimaciones corresponden al total de aglomerados urbanos relevados en cada año. Hasta el año 2003, la EPH (puntual) realizaba el relevamiento dos veces en el año: mayo y octubre. Los datos aquí presentados corresponden a la onda de mayo. Hasta el año 2000, la Canasta Básica Alimentaria (CBA) y Total (CBT) utilizada para la estimación corresponde a la del mes de abril, dado que es la que se encuentra disponible. Luego, a partir del 2001, se utilizan los datos de la CBA y CBT del mes de mayo. Luego de discontinuar la publicación de las bases usuarias de la EPH continua en el año 2007, a fines de 2009, el INDEC volvió a poner a disposición del público la totalidad de las bases de datos correspondientes al período posterior a 2003, junto con algunos documentos que indican las modificaciones introducidas. Los datos presentados a partir de 2004 corresponden al 2do trimestre de cada año (en el año 2003, refiere al 3er trimestre dada la falta de información anterior), de modo de minimizar los sesgos estacionarios en la serie. Por el mismo motivo, se continúan utilizando los datos de la CBA y CBT del mes de mayo. Luego del año 2007 -dada la intervención al INDEC- distintas consultoras privadas han ofrecido mediciones alternativas del Índice de Precios al Consumidor. En esta ocasión, se utiliza para el cálculo alternativo de pobreza e indigencia la CBA y CBT de valor medio, entre las tres posibles, publicadas por el Programa del Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina (para más detalles, véase el Informe de Prensa de Pobreza e Indigencia 2010, de dicho Programa).

Fuente: Elaboración propia, con base en datos de la EPH, INDEC. Datos recopilados y procesados por la Lic. Julieta Vera.

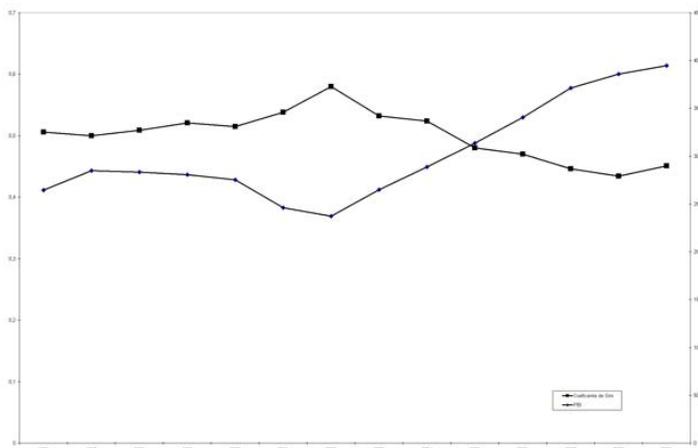
Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

La recuperación económica también es significativa y observable en aquellos indicadores que impactan directamente sobre la capacidad de reproducción de la población. El PBI crece un 49% en 13 años (1996-2009) y el coeficiente GINI se reduce en más de un 10% en ese período.

Gráfico 3:

Evolución del PBI (en millones de pesos) y del coeficiente GINI (1996-2009).



Nota: En este caso, se estima el coeficiente de Gini tomando a las personas como unidad de observación. Sin embargo, cabe aclarar que el ingreso correspondiente a cada individuo, corresponde al ingreso per cápita familiar del hogar; dado que el bienestar individual no se encuentra desvinculado de la unidad doméstica a la que pertenece. De este modo, el Coeficiente de Gini proporciona una medida del nivel de desigualdad de los individuos según el ingreso per cápita familiar. Cabe aclarar que no se excluye del cálculo a las personas que integran hogares con ingreso cero. En los años de la EPH puntual el universo sobre el que se efectúan las estimaciones es el de aquellas personas que integran hogares en los cuales se declaran de manera completa los ingresos (incluyendo los hogares con ingreso cero). Por su parte, los resultados correspondientes a la EPH continua disponible a partir de Diciembre de 2009, incluyen la imputación de ingresos no declarados realizada por INDEC.

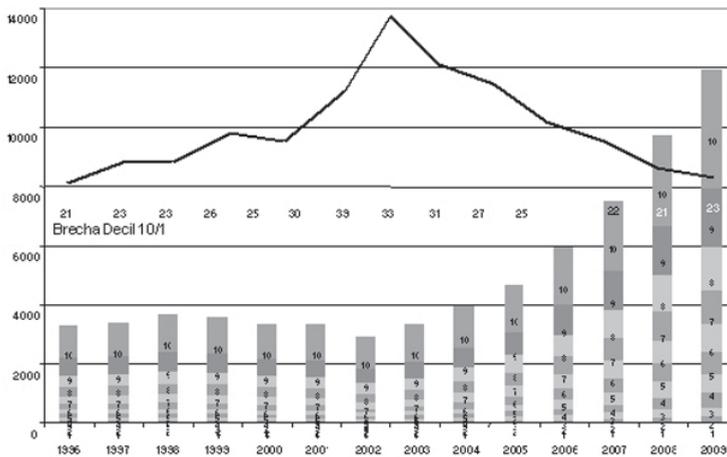
Fuente: Elaboración propia, con base en datos de la EPH, INDEC. Datos recopilados y procesados por la Lic. Julieta Vera.

La tasa de empleo crece también casi 10 puntos porcentuales en ese período y la desocupación baja a menos de dos dígitos. A nivel de ingresos, el Ingreso Total Familiar per Capita crece de manera importante y en beneficio de los sectores más postergados. Mientras que en el período 1996-2001 en ingreso del decil más bajo se reduce un 30% el del decil más

alto se acrecienta en un 6%. Desde el 2002 al 2009, todos los deciles crecen; pero el primer decil crece el doble que el décimo: 525% versus un 266% respectivamente. La brecha entre el primer y el décimo decil, luego de haberse duplicado en la salida de la convertibilidad, se coloca en valores análogos a los de 1996.

Gráfico 4:

Promedio de ingreso per cápita familiar (IPCF) de los individuos según decil de IPCF. Total de Aglomerados Urbanos relevados. 1996-2003 (EPH puntual) y 2003-2009 (EPH continua). - expresados en valores corrientes- y brecha de ingreso entre 10° y 1° decil.



Nota: En los años de la EPH puntual el universo sobre el que se efectúan las estimaciones es el de aquellas personas que integran hogares en los cuales se declaran de manera completa los ingresos. Por su parte, los resultados correspondientes a la EPH continua disponible a partir de Diciembre de 2009, incluyen la imputación de ingresos no declarados realizada por INDEC. En toda la serie se excluyen las personas con ingreso per cápita cero para realizar el cálculo de los promedios de ingreso. Hasta el año 2003, la EPH (puntual) realizaba el relevamiento dos veces en el año: mayo y octubre. Los datos aquí presentados corresponden a la onda de mayo. Luego de discontinuar la publicación de las bases usuarias de la EPH continua en el año 2007, a fines de 2009, el INDEC volvió a poner a disposición del público la totalidad de las bases de datos correspondientes al período posterior a 2003, junto con algunos documentos que indican las modificaciones introducidas. Los datos presentados a partir de 2004 corresponden al 2do trimestre de cada año (en el año 2003, refiere al 3er trimestre dada la falta de información anterior).

Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC. Datos recopilados por la Lic. Julieta Vera.

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

24

Durante el período 2003-2009 donde se observa este cambio positivo de los principales indicadores, la política pública asistencial comenzó a seguir otra dirección. Como se vio, la aparición de una nueva concepción sobre la funcionalidad de la política asistencial que encarna el Plan Manos a la Obra, ya de por sí implicaba una transformación en relación a la política asistencial desde la década del '80. La masificación de la transferencia de ingresos a través del plan JJHD implicó otra transformación en ese sentido. Pero lentamente, el perfil de la política pública asistencial fue nuevamente reorientado. En cierto sentido, ambos instrumentos entraron en contradicción con el escenario abierto con la recuperación económica que comenzó a ser palpable promediando la década que acaba de terminar.

En especial el Plan JJDH que por los montos como por el tipo de beneficiario que definía, dejaba de ser funcional a la coyuntura: o se transformaba en un ingreso mínimo de inserción (al modelo francés, como ensaya de alguna manera la política asistencial de la Ciudad de Buenos Aires) o se transformaba en otra cosa. La evaluación tanto de los funcionarios locales como del Banco Mundial (principal financista de la política asistencial argentina) fue en la misma dirección: el JJDH contenía fuertes constricciones en lo que se refiere a la práctica laboral en sí misma. Si bien es cierto que estimulaba fuertemente la participación en organizaciones sociales, la capacidad de éstas de transformarse en unidades productivas es relativa (como demuestra en parte el Plan Manos a la Obra).

El punto crítico era por supuesto la relación entre la contraprestación obligatoria y el diseño de tareas que transformaran o incentivaran a los participantes a desarrollar conocimientos laborales mínimos y acordes al mercado laboral (altamente precarizado) heredado de los noventa. El perfil de beneficiarios del JJHD, por otra parte, era mayoritariamente femenino (más del 60% en el punto más alto de unidades de beneficio). Con trayectorias laborales erráticas o sin haberse incorporado aún a la vida laboral (en muchos casos comedores y merenderos fueron la primera actividad cuasi-laboral de estas mujeres) (Massetti, 2005). Aunque ya se había comenzado a implementar de manera piloto en el 2004, a principios del 2006 se pone en marcha el *Heads of Household Transition Project* (BM, 2006), originalmente pensado como una estrategia de transición de 22 meses. El proyecto consistió en la migración de los aún entonces 1.4 millones de beneficiarios hacia otros instrumentos. Parte de estos quedaría progresivamente fuera de la definición del perfil de beneficiario a medida de que se crecieran los hijos menores de 18 años que requería la definición de jefe/a de hogar. El saldo sería segmentado por género. A las mujeres (con secundario incompleto y dos o más hijos menores de 19 años o discapacitados de cualquier edad) se las incluiría en el llamado “plan familias”: en la que se le otorga un subsidio proporcional a la cantidad de hijos en el hogar. A los hombres (mayores de 45 años) se los incluiría en el “Seguro de capacitación y empleo”. Monetariamente ambos planes implican una mejoría. En el caso del Familias entre \$50 y \$180 más, dependiendo de la cantidad de hijos. En el caso del Seguro, \$75 más.

Lo interesante en ambos casos es que desaparece la figura de la contraprestación como la entendía el JJHD (que ligaba a los beneficiarios, a la postre a las organizaciones sociales). Para el caso del Familias, se le exige a la madre la presentación de certificados de vacunación y escolaridad de los hijos. En el caso del Seguro, la participación en determinados cursos de capacitación que el mismo Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (a cargo del plan) realiza a través de “gerencias” regionales. Este último plan tiene un límite temporal preciso: 18 meses. El plan Familias, un límite temporal lógico (cuando los hijos superen los 19 años).

El plan Familias se incluye luego en el “Programa Familias para la inclusión” (que incluye otros componentes de relevancia), permitiendo así la incorporación de nuevos beneficiarios (inclusive hombres). A septiembre del 2009, según el Ministerio de Desarrollo Social, el plan incluía a más de 629 mil familias abarcando 2.4 millones de menores de 19 años. El Seguro de capacitación y empleo también se mantiene abierto para los mayores de 45 años. Según datos del Banco Mundial (2009) el seguro llegaba en el 2008 a 80 mil beneficiarios. Restando aún un remanente de 500 mil personas bajo el JJHD. A mediados del 2008 se implementa el “Plan Jóvenes con más y mejor trabajo”, con características similares al seguro en relación a la realización de cursos de capacitación, pero orientado al segmento de entre 18 a 25 años.

La reestructuración de la política asistencial va aún más lejos y en consonancia con la nueva lectura de la coyuntura. Se reestructura la asignación familiar por empleo registrado (la partida del plan familias se incluirá allí).

Pero el salto más importante que define a este tercer giro viene de la mano de la redefinición de la “estaticidad” (Grassi, 2003) de la cuestión social: la ampliación de los abordajes de tratamiento de la pobreza a partir de la recuperación de la seguridad social como proceso redistributivo. Este salto nos obliga a ampliar el conjunto de instrumentos de política pública que observamos porque efectivamente el impacto de las políticas de seguridad social son tremendamente efectivos en la ampliación de la capacidad de supervivencia de los sectores más postergados; y su impacto (indirecto) sobre los procesos de las organizaciones sociopolíticas no debe ser menospreciado.

En el 2009 se implementa la “Asignación Universal por Hijo para Protección Social” orientada a desocupados y trabajadores no registrados con hijos menores de 18 años o discapacitados. Además del “Programa de Inclusión Provisional” orientado a las personas que habiendo quedadas desocupadas y/o sin la cantidad de aportes necesarios para jubilarse estuvieran en edad de hacerlo.

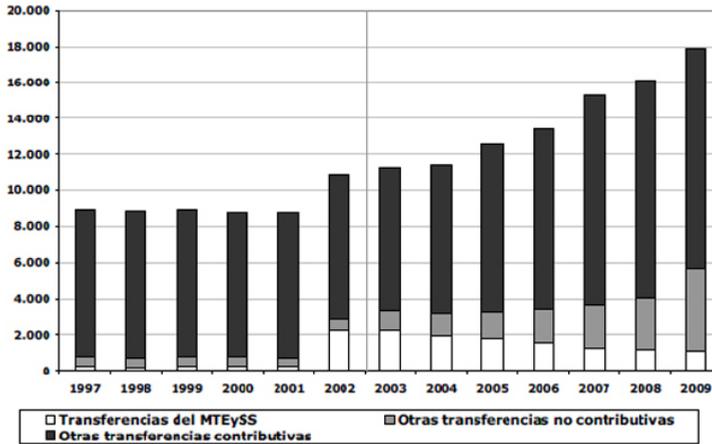


Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

Gráfico 5:

*Evolución de los beneficios otorgados por el sistema de previsión social.
En miles de beneficios.*



Fuente: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social

Todo esto implicó una ampliación del sistema de protección social en cuatro direcciones: sectores sin acceso al empleo o de empleo no registrado, familias vulnerables y personas mayores sin ingresos. La dimensión de la ampliación implica una mayor llegada a personas vulnerabilizadas por las transformaciones neoliberales. Es cierto que parte del nuevo conjunto de instrumentos son transitorios. Pero algunos de ellos son permanentes y cumplen todas las formas de políticas universales.

Cuadro 2:

Crecimiento de los beneficios del sistema de protección social entre n 2003 y 2009 por las nuevas medidas implementadas durante el período.

Programa de Inclusión Previsional y Anticipada	2.211.908
Asignación Universal por Hijo	3.408.222
Seguro de Capacitación y Empleo	118.425
Becas de capacitación	107.849
Jóvenes con Más y Mejor Trabajo	93.809
Argentina Trabaja	58.596
Total de beneficios	5.998.809

Fuente: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social

Con este nuevo giro, nuevamente las organizaciones sociopolíticas son estimuladas a cambiar su trayectoria. Los instrumentos de política asistencial que pueden potenciar el desarrollo de los procesos organizacionales han sido relocalizados, fundamentalmente dentro del “Programa Ingreso Social con Trabajo” llamado “Argentina Trabaja”; fundamentalmente orientado a la autoconstrucción de viviendas o mejoramiento de los barrios más carenciados. (Y manteniendo también las experiencias del Manos a la Obra que han logrado sustentarse; ahora subsumido en el Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Social). Básicamente las organizaciones sociopolíticas se tornan cooperativas de autoconstrucción de viviendas; y no es menor. El acceso a la vivienda popular forma parte de una de las demandas sociales más persistentes en la historia de nuestro país. Casos notorios de este tipo de experiencias son los procesos de autoconstrucción encarados por la fundación Madres de Plaza de Mayo, o por distintos grupos al interior de la CTA (como el caso de Milagros Salas en Jujuy) o la FTV.

Según datos del ministerio de Desarrollo Social, hasta el momento se han inscripto más de 1000 cooperativas que incluyen cerca de 60.000 cooperativistas que reciben un ingreso mensual de \$1200.

Palabras finales

¿Las políticas sociales asistenciales focalizadas pero masivas son capaces de recomponer las situaciones sociales que sectorizan una problemática social? Detengámonos en esta pregunta. Si las políticas universales generan derechos (al acceso a la salud pública o la educación gratuita por ejemplo) que resuelven demandas estructurales en una población, lo que está en el centro de la cuestión es la garantía de una provisión continua (al menos legal o normativa) de respuesta estatal a tal demanda. La demanda se entiende entonces propia del funcionamiento social. La paradoja en tal caso que contiene la masificación de la política focal es que supone una superación a futuro de la demanda a la que se le da respuesta. Como la política focal a cuentagotas no resultó efectiva la masificación es en parte “subir la dosis del mismo medicamento”. Por supuesto que hipotéticamente tiene esto otro impacto: un shock redistributivo que nutra de recursos a la población más vulnerable (como bien vienen señalando los autores del Plan Fénix y del propio de la CTA desde finales de los noventa). Desde el 2003 se han invertido más de 37.000 millones de pesos en Gasto Social Focalizado; es decir un peso por cada 50 del PBI. Una inyección de dinero en la población más necesitada que además genere un aumento del consumo que genere un aumento de la producción y así. Si se lo mira desde este costado, la masificación de las políticas focales tendría hipotéticamente al menos la capacidad de generar reactivación económica; o sea podría modificar alguna de las variables que confluyen en el vector pobreza. Pero ¿puede el Estado regular con estos instrumentos la problemática social? ¿Son por el contrario las demandas sociales organizadas la garantía de la efectividad de la política pública?

Ahora bien, retomando el desafío que implica el solapamiento metodológico implícito en la articulación de dos disciplinas de vasta tradición en las ciencias sociales, cabe repreguntarnos ahora: ¿Cuál es el impacto indirecto de la política pública (asistencial y de seguridad social) sobre las trayectorias de las organizaciones sociopolíticas de las capas populares?

Dos grandes miradas en las organizaciones sociopolíticas sobre la política en torno a lo social pueden ser reconocidas como polos antagónicos: o el Estado dificulta el libre desenvolvimiento de los procesos organizacionales de los sectores populares o por el contrario es en la máxima integración al Estado donde las organizaciones de los sectores populares hallarán su máxima potencia. La primer mirada se nutre de las concepciones cercanas a lo que hoy se denomina autonomismo (que bien podría situarse en la antigua vertiente anarcocomunista del siglo XIX representada por Kropotkin) o con marcos dogmáticos ligados al corrientes del marxismo “tradicional”. En las prácticas, en el desenvolvimiento cotidiano de los procesos organizacionales es observable empero instancias de colaboración y múltiples dependencias. Ya sea a nivel de la provisión de recursos como de reconocimientos e interlocuciones imprescindibles aún en los momentos del más álgido choque con las fuerzas represivas del Estado. Si pensamos, además que el Estado como ente se presenta empíricamente como tramas relacionales complejas y multidimensionales, esto nos permitiría emprender el camino hacia la idea de que no hay experiencia organizativa en los últimos 20 años que no haya tenido dinámicas de colaboración o dependencia directa con algún nivel gubernamental (Gómez, 2006). Es por esto que, incluso los enunciados más reticentes a reconocer al Estado como pieza clave en las trayectorias de politización de las capas populares, tal nivel discursivo “choca” con las propias prácticas de las organizaciones de donde proviene.

El otro polo, que considera la vía de institucionalización como un paso superior en el nivel de organización de las capas populares se topa con la evidencia empírica que resulta de las propias limitaciones que implica. Las experiencias de organizaciones al interior de la gestión pública ha logrado posicionar cuadros e incluso generar un nuevo tipo de actor: un militante profesionalizado que contradice la imagen vulgar del empleado público desinteresado por su función. También ha reforzado nuevas tramas de intercambio, permitiendo rápida solución de problemas concretos de la población más necesitada; pero siempre a una escala micro y sin contradicciones provenientes de las dinámicas competitivas al interior de tramas y subtramas de intercambio.

Ambas miradas no se destacan por su capacidad de describir la complejidad de la relación entre las organizaciones sociopolíticas y los niveles gubernamentales, sino por proponer, en definitiva, un tipo de politización de lo social *a priori*. Esto es lo que las hace interesantes e imprescindibles en sí; ya que intervienen en la coyuntura política nacional. En retrospectiva si observamos la mutación que el objeto que hoy podemos definir como “movimiento de pobres urbano” o “movimiento territorial urbano”, las politizaciones actua-

les serían impensables en el contexto de los años '80 o '90. Forman parte de este nuevo punto en la trayectoria de politización de las capas populares de nuestro país.

Ahora bien, revisado el material empírico queda claro que la relación entre la acción y/o omisión del Estado a través de sus niveles, agencias y políticas ha sido claramente determinante al configurar formatos organizacionales en el campo popular. No sólo en términos maniqueos (amigo/enemigo) sino por su capacidad de imprimir tiempos y dinámicas, fortalecer en recursos o en legitimidad de líneas discursivas, reorientar las estrategias de emergencia o representación de actores y en definitiva de potenciar o desgastar la capacidad organizativa de los sectores populares.

Es comprensible que hasta mediados de los '80 el modelo organizacional se caracterizaba en el atrincheramiento en torno al paraguas protector de la iglesia en torno a la problemática del acceso a la vivienda de los sectores populares; dada la brutal política de desalojo de las villas de emergencia, la absoluta falta de políticas de vivienda progresivas y por supuesto la desnuda crueldad y desinterés por la vida humana en general. Como ejemplifica muy bien las tomas de tierras en el sur del conurbano bonaerense. En los noventa, al incorporarse la falta de ingresos vía el empleo remunerado dadas las políticas de reformas del estado, los modelos organizacionales se complejizan y adquieren otras manifestaciones. Desde la segunda mitad de la primera década del nuevo milenio, el reconocimiento por parte del Estado de las organizaciones sociopolíticas como gestoras de la resolución de las necesidades inmediatas le imprimió otras características al proceso de politización. Finalmente, el proceso que estamos observando es el de recuperación del ingreso a través del empleo remunerado (aún claro está con niveles bajos en relación con el costo de la vida) producto de políticas públicas específicas y no solo por ciclos “naturales de la economía” le imprimen al proceso de politización de las capas populares otra dinámica que en parte es aún impredecible. Un pronóstico podría ser que caduquen sin más las experiencias no integradas a espacios políticos mayores que referencien directamente en las grandes tendencias macropolíticas. Quizás a nivel meramente político este pronóstico sería más fácil de sostener que a nivel de procesos macrosociales: es clara la tendencia a la conformación de identidades políticas asociadas al “neoperonismo”. Por ese lado se observan múltiples adscripciones aún sin obviar tensiones y divergencias y formas de construcción hasta cierto punto “movimientistas” (o con pluralidad de centros decisorios que compiten por espacios de poder –quizás entendiendo “competencia” sin grandes dramatizaciones). Lo que no es del todo previsible es el impacto final en las políticas públicas, tanto las reformas en las políticas sociales focales como en las políticas de preservación y generación del empleo.

Para decirlo de otra manera, la trayectoria de politización de las capas populares tiene como vector el principio de respuesta o resguardo tanto de las políticas públicas ineficientes como de las regresivas. En un escenario ideal de políticas progresivas constantes ese vector debería dislocarse. En su lugar podría aparecer (como en parte ya se observa) un “cierre político” de identificación de las políticas con actores en el gobierno. Pero también podría



Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

simplemente despolitizarse esta trayectoria dando lugar a otras: la recuperación del rol del sindicato como centro organizador de la vida de las clases populares (como lo fuera en otro tiempo); algo que en parte también se puede observar hoy en día.

A favor de la continuidad de este vector podría darse el enunciado prospectivo simple del carácter exponencial de las necesidades: la necesidad en definitiva es una construcción sociohistórica y es esperable (además de observable, claro) una persistencia de esferas de inacción en las políticas públicas. Es decir no hay razones estrictamente lógicas que presupongan un cambio de vector en la trayectoria de politización de las capas populares; pero sí razones fácticas y contrafácticas.

30

Lo cierto es que la política pública del Estado nacional desde el 2003 se ha venido despegando de las dinámicas conflictuales observadas desde el retorno de la democracia. En muchos sentidos ha superado estas dinámicas incorporando políticas que ni siquiera estaban movimentizadas tales como la Ley de medios y la incorporación al sistema provisional de más de millón y medio de personas. La relación con los movimientos sociales más dinámicos de la década del noventa ha sufrido una interesante evolución. De una apoyatura inicial muy fuerte a una relación de imbricación compleja que invisibiliza la capacidad de movilización de las organizaciones. El Estado ha logrado de alguna manera hacer inútil ciertos procesos de movilización que durante más de 20 años protagonizaron el escenario conflictual argentino. Aquí es necesario aclarar para evitar mal interpretaciones. Inutilizar no quiere decir deslegitimar, ni siquiera quiere decir que las problemáticas sociales que están en la base de los procesos de movilización estén superadas. Sino que la forma en la que el Estado nacional desarrolla su política social ha vuelto extemporánea la confrontación directa; ya que se han abierto canales y mecanismos de resolución de conflictos y provisión de soluciones que son más efectivos que la dinámica confrontación/negociación propia de los noventa. Esto genera por supuesto un dislocamiento general en las representaciones políticas.

De simples comedores barriales a asociaciones civiles, para luego pasar por el estatus de OSC' u ONG's sea el caso, a conformarse como cooperativas, las organizaciones sociopolíticas han sido resistentes y resilentes (y resilientes) a las políticas públicas. El costado más político de este proceso, -la forma en la que las organizaciones sociopolíticas aportarán en el proceso de democratización de la sociedad argentina-, en la constante transformación de las trayectorias de politización de las capas populares, es más que nunca impredecible.

Documentos e informes

- BANCO MUNDIAL (1992). *La Medición de la Pobreza, Comercio Exterior*. Vol. 42, No. 4. Banco Nacional de Comercio Exterior.
- BANCO MUNDIAL (2001). Estrategias de supervivencia de los hogares urbanos frente a la crisis económica en la Argentina. Informe N° 22426-AR. 16 de octubre de 2001.
- BANCO MUNDIAL (2002) *La crisis argentina y su impacto en el bienestar de los hogares*. Documento de trabajo n.1/02. Noviembre de 2002
- BANCO MUNDIAL (2009) project appraisal document on a proposed loan in the amount of us\$450 million to the argentine republic for a basic protection project May 4, 2009
- CENTRAL DE LOS TRABAJADORES ARGENTINOS (2002). *Apuntes sobre nuestra estrategia*. En [www.cta.org].
- CENTRO DE ESTUDIOS LEGALES Y SOCIALES (2003) *Plan Jefes y Jefas ¿Derecho social o beneficio sin derechos?*
- CESILINI, Sandra; DALMAZO, Raúl y MARTÍN, Lisandro (2003). "Argentina: From Facing Emergencies to Building Social Capital". En: BANCO MUNDIAL [http://www-wds.worldbank.org/servlet/WDSContentServer/WDSP/IB/2004/11/03/000160016_20041103103505/Rendered/PDF/303320ENGLISHoThinkingooutloudoV.pdf%20]
- CONAEyC (2004). Derecho familiar de inclusión social. Octavo informe al poder ejecutivo nacional. Programa Jefes de hogar. Buenos Aires: Consejo Nacional de Administración, Ejecución y Control.
- GALASSO, Emanuela y MARTIN Ravallion (2003). "Social Protection in a crisis: Argentinas Plan Jefes y Jefas". Policy Research Working Paper 3165. Banco Mundial. En: [http://wdsbeta.worldbank.org/external/default/WDSContentServer/IW3P/IB/2003/12/08/000012009_20031208112939/Rendered/PDF/wps3165.pdf]
- MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL (2003). *Sin título*. [<http://www.desarrollosocial.gov.ar/deslocal/plandeslocal.asp>]
- MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL (2002b). *Evaluación del plan jefas/es de hogar desocupados. Impacto en la Pobreza e Indigencia*. Secretaría de Empleo, DGEyFPE. Diciembre de 2002
- MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL (2002a). *Impacto del plan Jefes y Jefas de hogar en la pobreza*. Dirección general de estudios y formulación de políticas de empleo, secretaría de empleo, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Octubre 2002
- MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL (2004). *Segunda evaluación del Programa Jefes de Hogar. Resultados de la encuesta a beneficiarios* Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales Trabajo, ocupación y empleo.
- NOVACOSKY, Irene; SOBRÓN, Claudia y BOTZMAN, Mirta (1997). Evaluación diagnóstica del programa Trabajar I. SIEMPRO.
- PRESIDENCIA DE LA NACIÓN ARGENTINA. *Decreto 108/02*.
- PRESIDENCIA DE LA NACIÓN ARGENTINA. *Decreto 1553/03*.

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

PRESIDENCIA DE LA NACIÓN ARGENTINA. *Decreto 565/02*.

SIEMPRO (2003). *Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados: impacto y características de los beneficiarios*

Bibliografía

ACUÑA, Carlos y REPETTO, Fabián (2001). *La Política Social del Gobierno Nacional: Un Análisis Político-Institucional*. Buenos Aires: Observatorio social SIEMPRO-UNESCO.

AGUILAR VILLANUEVA, L. (1993). *Problemas Públicos y Agenda de Gobierno*. México: Porrúa.

AGUIRRE, Juan. (2002). "Algunas experiencias de afiliación y celularización y de organización de la autodefensa de las masas". En: Revista PyT (PCR) N°49. [[Http://www.pcr-arg.com.ar/PyT/49/Aguirre.htm](http://www.pcr-arg.com.ar/PyT/49/Aguirre.htm)]

ALAYON, Norberto (2000). *Asistencia y Asistencialismo*. Buenos Aires: Lumen.

ALDERETE, Juan Carlos y GOMEZ, A. (1999). *La desocupación en el infierno menemista*. Buenos Aires: Ágora.

AUYERO, Javier (2001). *La política de los pobres*. Buenos Aires: Manatíal.

AUYERO, Javier (2002). "La vida en un piquete". En: Revista Apuntes-CECyP N°8. [[HTTP://www.apuntes-cecyp.org/N8-Auyero.htm](http://www.apuntes-cecyp.org/N8-Auyero.htm)].

AUYERO, Javier. (2005). *Vidas Beligerantes*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

BARBEITO, A. y LO VUOLO, R. (1992). *La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina*. Buenos Aires: UNICEF/CIEPP/LOZADA.

BARBEITO, A. y LO VUOLO, R. (1998). *La nueva oscuridad de la política social. Del estado populista al neoconservador*. Buenos Aires: UNICEF/CIEPP/LOZADA.

BLAU, Peter [1964] (1982). *Intercambio y poder en la vida social*. Barcelona: Hora.

BURION, Carlos; GALANTE, Fernando; LUCHESSI, Gonzalo; ROMANO, Sebastián (2004). «Análisis del Plan Jefes y Jefas de Hogar». Universidad del CEMA. Disponible en: [http://www.cema.edu.ar/~jms/cursos/historia_del_pensamiento_economico/curso_2004/2004_planjefesF.pdf]

CALVI, Gabriel y ZIBECCHI, Carla (2006). "¿El epitafio del plan jefes de hogar o una nueva orientación de la política social? Evaluando algunos de los escenarios sociolaborales posibles ante la consolidación del plan familia". EN: *Laboratorio/n line año VII . número 19 . Otoño / Invierno 2006*. ISSN : 1515-6370

CARRERA, Iñigo. (2002) "piqueteros": los caminos de la protesta popular. Buenos Aires: Enfoques Alternativo

CASTEL, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

CECEÑA, Ana Ester (2001). "Rebeldías sociales y movimientos ciudadanos". En: Revista Osal, Enero 2001.

- CECEÑA, Ana Esther (2001). “El Nuevo Pensamiento y la transformación de la lucha en Argentina. Entrevista con Víctor De Gennaro”. En revista Chiapas N°11 [<http://www.ezln.org/revistachiapas/No11/ch11cecena.html>]
- CIEZA, Fernanda (2000). *El triunfo de la esperanza*. Buenos Aires: Ágora.
- CRESPO, María Victoria (2003). *From Road Blokkades to Factory Floors*. New York: New School University.
- DELAMATA, Gabriela y ARMESTO, Melchor (2005). “Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales.” En: DELAMATA, Gabriela (Compiladora). *Ciudadanía y Territorio*. Buenos Aires: Espacio.
- DINATALE, Martin (2004). *El festival de la pobreza. El uso político de los planes sociales en la Argentina*. Buenos Aires: La Crujía.
- DINERSTEIN, Ana (2001). “El poder de lo irrealizado: el corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización”. En: Revista OSAL, Septiembre 2001.
- DONATELLO, Luis Miguel; GIMÉNEZ BELIVEAU, Verónica y SETTON, Damián (2005). “Trayectorias socio-religiosas en contextos de vulnerabilidad: jefas de hogar perceptoras de planes sociales en un barrio de San Francisco Solano”. En: MALLIMACI, F. y SALVIA, A. *Los nuevos rostros de la marginalidad*, Buenos Aires: Ed. Biblos.
- ESCUDE, Carlos (2005). “Los piqueteros: prebenda y extorsión en los estratos marginales de un ‘Estado parasitario’”. Universidad del CEMA, Serie documentos de trabajo N° 287, Febrero 2005. [<http://www.cema.edu.ar/publicaciones>]
- FARINETTI, Marina (2000). “Clientelismo y protesta: cuando los clientes se rebelan”. En: Revista Apuntes-CECyP N°2.
- FERRARA, Francisco (2003). *Más allá del corte de rutas*. Buenos Aires: La rosa Blindada.
- FLORES, Horacio (2002). *De la culpa a la autogestión. Un recorrido del MTD de La Matanza*. Buenos Aires: MTD.
- FORNI, Floreal (2002). “Pobreza y territorialidad”. En: FLOREAL Forni (Comp.) *De la exclusión a la organización*. Buenos Aires: Ciccus.
- FORNI, Pablo (2001). “Las redes inter-organizacionales y sus implicancias en el desarrollo de las organizaciones comunitarias de los pobres y excluidos. Estudio de caso en el Gran Buenos Aires durante la década del noventa.” Seminario UNESCO, Montevideo, 28/30 de Noviembre 2001.
- FORNI, Pablo (2002). La búsqueda de nuevas formas de organización popular: Del Consejo de la Comunidad a la mutual el Colmenar. En: FORNI, Floreal (comp.) “De la exclusión a la organización”. Buenos Aires: CICCUS.
- FREDERIC, Sabina (2004). *Buenos vecinos, malos políticos*. Buenos Aires: Prometeo.
- GIARRACA, Norma y BIDASECA, Karina (2001). “Introducción”. En: GIARRACA, Norma (Comp.) *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: Alianza.
- GIARRACA, Norma y GRAS, Carla (2001). “Conflictos y protesta en la argentina de finales de siglo XX, con especial referencia a los escenarios regionales y rurales”. En: GIARRACA, Norma (Comp.) *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: Alianza.

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

GRASSI, Estela (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal (I)*. Buenos Aires: Espacio.

GRASSI, Estela (2004), Problemas de la teoría, problemas de la política. Necesidades sociales y estrategias de política social. En: Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV . número16 . verano 2004 - ISSN : 1515-6370.

GRILLO O., LACARRIEU, M. y RAGGIO L. (1995). *Políticas sociales y Estrategias habitacionales*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

GUIMENEZ, Sandra (2004), *Políticas sociales y los dilemas de la participación*. En: Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV . número16 . verano 2004 - ISSN : 1515-6370

HINTZE, Susana (2003). *Truque y economía solidaria*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

IÑIGO CARRERA, Nicolás et al, (1997). "La revuelta argentina 1989 – 1990". PIMSA, Documento de Trabajo N° 4.

IÑIGO CARRERA, Nicolás (2002). *Piqueteros: los caminos de la protesta popular*. Buenos Aires: Enfoques Alternativos.

IÑIGO CARRERA, Nicolás y COTARELO, M.C. (2000). *La protesta social en los 90*. Buenos Aires: PIMSA.

LACLAU, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

LEONARDI, Agustina (2002). "Ayuda social en una economía de mercado". En revista Política Pública N° 9, Agosto 2002. Buenos Aires: Fundación Atlas.

LO VUOLO, Rubén y BARBEITO, Alberto (1998). *La nueva oscuridad de la política social*. CIEPP, Buenos Aires.

LOMNITZ, Larissa (1974). *¿Cómo sobreviven los marginados?* México: Siglo XXI.

LOZANO, Claudio (2001). "Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea". Revista OSAL, Septiembre 2001

LOZANO, Claudio (2002). "No terminaron con la Indigencia". Buenos Aires: Informe del Instituto de Formación de la CTA.

LOZANO, Claudio (2003). "Acerca del Programa Nacional para Jefes y Jefas de hogar sin empleo". Buenos Aires: Informe del Instituto de Formación de la CTA.

MALLIMACHI, Fortunato y GRAFFIGNA, María Laura (2002). "Constitución de redes y movimientos sociales solidarios como estrategia de satisfacción de necesidades". En: FORNI, Floreal (compilador). *De la exclusión a la organización*. Buenos Aires: Ciccus

MANZANO, Virginia (2003). "Piqueteros y beneficiarios: modalidades de acción sociopolítica y porceso de construcción identitaria". (mimeo)

MANZANO, Virginia (2004). "Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetera". En: Intersecciones Antropología N°.5 Olavarría Jan./Dec. 2004. ISSN 1850-373X

MASSETTI, Astor (2003). *De cortar la ruta a transitar la ciudad*. Programa de Antropología Política y Social. FLACSO. Documento de trabajo N°2. AR-FLACSO/15325. 43 páginas.

- MASSETTI, Astor (2004). *Piqueteros: Acción de protesta e identidades colectivas*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias. ISBN 987-20200-8-6
- MASSETTI, Astor (2005). “La pobreza como disputa política”. En: MALLIMACI, F. y SALVIA, A. *Los nuevos rostros de la marginalidad*, Buenos Aires: Biblos.
- MASSETTI, Astor (2006). Piqueteros eran los de antes: Sobre las transformaciones en la Protesta Social en Argentina Revista *Laboratorio* N°19. IIGG, FSOC, UBA. ISSN : 1515-6370 . PP 29-37
- MASSETTI, Astor (2007). Comedores comunitarios como estrategias de supervivencia: el caso del Centro de Actividades Comunitarias de La Boca. En: Salvia, A. y Chávez Molina, E. (Compiladores) “Sombras de una marginalidad fragmentada”, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- MASSETTI, Astor y VILLANUEVA, Ernesto (2008). “Los movimientos sociales en la Argentina de Hoy”. (Compiladores). Buenos Aires: Prometeo.
- MASSETTI, Astor (2009a). “La década piquetera”. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- MASSETTI, Astor (2009b). “Cuando los movimientos sociales se institucionalizan: crónica sobre la experiencia en la ciudad Autónoma de Buenos Aires”. En: DELMATA, Gabriela (Cooop). “Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil”. Buenos Aires: Biblos
- MASSETTI, Astor y GOMEZ, Marcelo (2009c). “Los movimientos sociales dicen”. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- MASSETTI, Astor; VILLANUEVA, Ernesto y GOMEZ, Marcelo (2010a). “La protesta Social en la Argentina del Bicentenario”. (Compiladores). Buenos Aires: Nueva Trilce.
- MASSETTI, Astor (2010b). Limitaciones de los movimientos sociales en la construcción de un Estado Progresista en Argentina. Argumentos. Revista de crítica social. N°12. pp.1-24
- MERKLEN, Denis (1991). *Asentamientos en La Matanza*. Buenos Aires, Catálogos,
- MERKLEN, Denis (1999). “La cuestión social al sur desde la perspectiva de la integración”. Forum Culture et Developpement (BID), París.
- MERKLEN, Denis (2001). “Un pobre es un pobre”. Buenos Aires, Revista de trabajo social.
- MERKLEN, Denis (2002). “Le quartier et la barricade”. Atelier Argentine, CEPREMAP, Ecole Normal Supérieure de Paris.
- MERKLEN, Denis (2002/2003). « Entre le ciel et la terre ». Cahiers des Amériques Latines, N°41.
- MERKLEN, Denis (2004). “Sobre la base territorial de la movilización popular”. En: *Laboratorio/online* Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV. número16. Verano 2004 - ISSN : 1515-6370
- MERKLEN, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- PHILLIP, Ernesto (2002). “Pobreza: Serán tal vez los potros de bárbaros atilas; o los heraldos negros que nos manda la muerte”, *Revista Laboratorio* N°10, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, SIMEL, Año 4, Primavera 2002.
- PUCCIARELLI, Alfredo (1994) “Conservadores, radicales e yrigoyenistas. Un modelo de hegemonía compartida” en Ansaldi, Waldo et al. *Argentina en la paz de dos guerras*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Las tres transformaciones de la política pública asistencial

Astor Massetti

RAUBER, Isabel (2002). "Piquetes y piqueteros en la Argentina de la Crisis". En: Revista Rebelión, Noviembre 2002.

REBÓN, Julián (2004). *Desobedeciendo al desempleo*. Buenos Aires: Picaso.

REBON, Marcela y SALSE, Guillermina (2003). Plan manos a la obra: dificultades y desafíos de su gestión. Ministerio de desarrollo social

ROFFLER, Erika y REBON, Marcela (2006). La experiencia del Plan Nacional Manos a la Obra Evaluación de resultados. Buenos Aires 17 de noviembre de 2006

SALVIA, Agustín (2005). "Crisis del empleo y nueva marginalidad: el papel de las economías de la pobreza en tiempos de cambio social". En: MALLIMACI, F. y SALVIA, A. *Los nuevos rostros de la marginalidad*. Buenos Aires: Ed. Biblos.

SCHUSTER, Federico y PEREYRA, Sebastián (2001). "La protesta social en la Argentina democrática". En: Giarraca, Norma (compiladora). *La protesta social en la argentina*. Buenos Aires: Alianza.

SCHUSTER, Federico y SCRIBANO, Adrián (2001) Protesta social en la Argentina de 2001. Revista OSAL, Septiembre de 2001.

SCRIBANO, Adrián (1999). Argentina cortada: "cortes de ruta y visibilidad social en el contexto del ajuste". En: López Amaya, M. (editora) "Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América popular en los años del ajuste", Caracas: Nueva Visión. 1999.

TORRES, Pablo (2002). Votos Chapas y Fideos. Clientelismo político y ayuda social. Buenos Aires: De la campana.

TROTTA, Miguel (2003), *Las metamorfosis del clientelismo político*. Buenos Aires: Espacio.

Gobierno, pobreza y energía

La construcción del sujeto-carenciado en la tarifa social de la Empresa Provincial de la Energía de Santa Fe.¹

José G. Giavedoni

Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional del Litoral.

37

Resumen

El presente trabajo presenta algunas líneas para el análisis de las prácticas discursivas que asume el *gobierno de la pobreza* desde una perspectiva foucaultiana, en el marco del suministro de energía en barrios pobres de Rosario. La energía se ha constituido en un elemento vital en la reproducción material y simbólica de los sectores populares y, en ese sentido, varias empresas de servicios públicos han confeccionado una herramienta de intervención: la tarifa social. Ésta es analizada como dispositivo de gestión sobre sujetos-carenciados para garantizar su suministro de energía. El objetivo es poner de manifiesto la racionalización del problema en términos de *pobreza*, constituyendo un sujeto específico (carenciado), dotado de una serie de atributos sobre los cuales se posarán determinadas técnicas con el fin de conducir sus modos de comportamiento y consumo. En este sentido, importa menos el suministro de energía que la intervención sobre las poblaciones-objeto y, por lo tanto, se trata menos de un gobierno de la energía que de un gobierno de la pobreza a través de la energía. En síntesis, la tarifa social no indica solo una manera de suministrar energía a los sectores populares sino, más bien, el gobierno de los sectores populares a través del problema de la energía.

Palabras clave: gobierno de la pobreza; racionalidades políticas; tarifa social

Abstract

This paper presents some guidelines for the analysis of the discursive practices assumed by the government of poverty from a foucaultian perspective, within the framework of energy supply in deprived neighborhoods of Rosario. Energy has become a vital element in the material and symbolic reproduction of poor sectors, and in this regard, various companies providing services have tailored an intervention tool: the social rate. This tool is analyzed as a management device that operates on deprived subjects in order to guarantee their energy supply. The objective of this paper is to highlight the rationalization of the problem in terms of poverty, constituting a specific subject (deprived), equipped with a series of attributes on which certain techniques will be posed in order to conduct its modes of behavior and consumption. In this sense, the attention is not focused so much on the energy supply but on the intervention on the object-populations; i.e., we care less about the government of energy than on the government of poverty through the energy supply. In summary, the social tariff does not indicate just a way to supply energy to popular sectors, but rather, the government of the popular sectors through the energy problem.

Keywords: government of poverty; political rationalities; social rate.

1 Pese a que la producción académica es una labor que suele ser individual, sus resultados, los interrogantes que genera, los caminos que se transitan no lo son. Producto de un permanente diálogo, en esa suerte de construcción colectiva de conocimiento, debo agradecer a quienes, con sus sinceras sugerencias, me han señalado maneras de dar mayor claridad a ciertos argumentos, evitar reiteraciones innecesarias, etcétera. Entre los muchos, no quiero dejar de mencionar a Osvaldo Iazzetta, Nélica Perona, Pablo De Marinis, Susana Murillo, Eduardo Rineci, Melisa Campana y al Programa de Estudios Gubernamentalidad y Estado (PEGUES) por sus permanentes motivaciones y sugerencias.

1. Introducción

Uno de las problemáticas centrales a nivel mundial, y en América Latina en particular, es el de la pobreza y su alarmante presencia. Algunos pueden no inquietarse con este problema, puede producir en otros ciertas reacciones, sea porque tienen aversión al ejército de niños en las esquinas limpiando parabrisas y cuidando automóviles o, por el contrario, porque se conmueven ante la imagen personas viviendo en la calle, en las galerías, al reparo de un árbol. También suele reconocerse en la pobreza el problema del delito y el desorden. Al mismo tiempo, se asocia la pobreza al oportunismo al sacar provecho de las ayudas del Estado. En síntesis, son múltiples las imágenes que se crean y movilizan alrededor del problema de la pobreza. Lo que es evidente, es que la misma ha cobrado una dimensión convirtiéndose en tema central de la agenda de los gobiernos, ONGs y organismos internacionales.

Muchas son las referencias y características que se adosan casi naturalmente al fenómeno de la pobreza, pero algo que pasa inadvertido es cómo llegan los pobres a ser pensados, entendidos, constituidos y abordados como tales. Esta pregunta, formulada de manera apropiada, tiene la virtud de desbloquear el armazón conceptual que se levanta a partir de la enunciación del problema en términos de “pobreza”. Porque se parte de una sospecha respecto de entender la pobreza como un dato evidente y sensible de la realidad, y se asume un desafío, el de problematizar las prácticas discursivas sobre ella, en términos de prácticas constitutivas del fenómeno, y no de prácticas meramente descriptivas del mismo.

El presente trabajo presenta algunas líneas para el análisis de las prácticas discursivas que asume el *gobierno de la pobreza*¹ en el marco del suministro de energía en barrios pobres de Rosario. La energía se ha constituido en un elemento de vital importancia a la

1 Este término es trabajado en mi tesis doctoral. Se inscribe en la tradición de pensamiento que Foucault desarrollara en sus clases en la segunda mitad de los '70 (2007, 2006) y que profundizaran pensadores italianos (Procacci 1991), franceses (Donzelot 2008) y mayormente anglosajones (Rose y Miller 1992; Rose 1999; Dean 1999). A los efectos del presente trabajo, basta con señalar que la noción de *gobierno* no está ligada a las instancias de decisión pública cuando estas funcionan a través del mecanismo de la ley, sino a un modo en el ejercicio del poder sobre poblaciones específicas, desplegado por una multiplicidad de autoridades a través de tecnologías y racionalidades, que no persiguen la imposición de una ley en términos de prohibición o permisión, sino que construyen márgenes más o menos amplios dentro de los cuales tornan factible el ejercicio de ciertos comportamientos de los propios gobernados. En síntesis, gobernar supone estructurar un campo posible de acción de los otros (Foucault, 2001b), pero esos “otros” requieren ser *problematizados*, lo que conduce a reconocer un conjunto de prácticas que hacen ingresar *algo* en el juego de lo verdadero y lo falso, constituyendo ese *algo* como objeto de pensamiento y como objeto de intervención. En otras palabras, constituyendo ese *algo* como objeto de pensamiento, se lo configura según ciertos atributos, ciertas características, organizándolo en una clasificación o tipología específica que le otorga cierta inteligibilidad. En este sentido, el *gobierno* no sólo supone un conjunto de técnicas específicas de intervención, sino que, al mismo tiempo, implica la configuración discursiva del problema.

hora de pensar la reproducción material y simbólica de los sectores populares y, en ese sentido, varias empresas de servicios públicos han confeccionado y llevado a la práctica una herramienta para intervenir sobre aquéllos: la tarifa social. Ésta se presenta como un mecanismo de intervención social en el marco del problema de la energía, una aparente promoción de "...los objetivos sociales, valiéndose del suministro eléctrico, en vez de manejarlo como un mero producto de consumo" (Beder, 2005:52). Sobre esto, el primer apartado pone en discusión algunas herramientas para pensar la dimensión discursiva como una de las modalidades del gobierno de un fenómeno. El segundo apartado se centra en el análisis sobre cómo se piensa y se constituye el fenómeno de la pobreza en lo que respecta al suministro de energía para los sectores populares, particularmente de acuerdo a la tarifa social como herramienta de intervención social por parte de la Empresa Provincial de la Energía (EPE).

Para tal fin se ha trabajado con una metodología de corte cualitativo a partir del análisis de tres fuentes de información, primarias y secundarias. En primer término, se realizaron entrevistas en profundidad a funcionarios de jerarquía de la Empresa, de la Oficina de Tarifa Social por un lado y del Área Control de Pérdidas por otro. Asimismo, se incorporó a las entrevistas a empleados de las cuadrillas y de mantenimiento, en la medida que es el personal que se encuentra trabajando en la calle, en los barrios y que en su interacción con los vecinos configura un modo particular de ver el problema. El análisis de la información derivada de las entrevistas tuvo como objetivo dar cuenta de la manera en que los actores piensan y conciben el problema de pobreza-energía-enganches,² y relevar las prácticas mismas que se llevan a cabo para afrontar dicho problema por parte de la EPE. Se trabajó con un protocolo de entrevistas que pretendía relevar las formas de enunciación, las significaciones y las características que se le asigna al problema de la pobreza, referido específicamente al problema de la energía en barrios pobres. Nuestra segunda fuente de información fueron los Documentos e Informes de la Empresa y las Resoluciones que dan origen y ponen en marcha la tarifa social. Este material es de vital importancia, ya que se trata de herramientas públicas que en su enunciación ya configuran necesariamente una manera de entender y

2 El "enganche" es la práctica a través de la cual los sujetos se conectan directamente al alumbrado público para adquirir energía en su vivienda o negocio. No se trata de una práctica radicada en un estrato social determinado, ya que es posible encontrar en igual medida "enganches" en barrios o zonas degradadas de las ciudades, como en barrios cerrados y *countries*. De hecho, la mayor cantidad de pérdidas a la empresa producida por la energía consumida y no remunerada proviene de los sectores con capacidad de pago y no de los sectores sin capacidad de pago. Fuentes oficiales de la EPE estiman que las pérdidas no técnicas, es decir, las producidas por robo o hurto, son del orden del 10% del total de energía comercializada. Tomado el total de esas pérdidas no técnicas producidas, llamativamente el 60% corresponde al sector con capacidad de pago y el 40% al sector sin capacidad de pago.

caracterizar el problema. En tercer lugar, en el uso de fuentes secundarias se apeló a la prensa escrita, a partir de la cual se ha confeccionado una matriz con recortes periodísticos y notas de opinión vinculadas al problema de la energía, con los diarios *La Capital* y *Rosario 12* de la ciudad de Rosario y *El Litoral* de la ciudad de Santa Fe, desde 2006 a 2009. La matriz se encuentra conformada por seis ejes: 1) pérdidas no técnicas; 2) villas y cortes de luz; 3) Tarifa social; 4) El problema de los cortes de luz; 5) Campaña de la EPE para el ahorro de energía; y 6) la EPE y el problema social. Cabe señalar que no sólo se trabajó con el registro periodístico para dar cuenta del nivel público que adquiere el problema abordado en este trabajo, sino también para analizar las maneras en que el mismo es significado a través de la prensa. Además de ello, los periódicos han sido útiles para relevar entrevistas a los funcionarios de la EPE. La elección del periódico como fuente para obtener información se dio “...porque es casi el único registro del orden de lo real que se ofrece en forma cotidiana, con la ventaja adicional de ser archivable y de acceso relativamente sencillo” (Izaguirre, 1993).

2. La dimensión discursiva de la pobreza en la construcción del orden social

...la descripción y análisis de los ‘problemas humanos’
será diferente si nos acercamos a ellos con una visión
organicista de la ‘sociedad’ o con una visión del
‘orden social’ impuesto por las relaciones de fuerza en el
seno de la sociedad, fuerzas que someten, dominan,
imponen su ley
JUAN S. PEGORARO

Pensar el problema de la pobreza, tanto en su dimensión discursiva como no discursiva, remite necesariamente a hacerlo en el marco de la discusión sobre los mecanismos de producción y reproducción del orden social.³ En el problema particular que nos ocupa, si Merklen (2005) entiende que las estrategias de *lucha contra la pobreza* motorizadas por los organismos internacionales de crédito expresan el intento de construir una política pública transnacional, anuncian a nuestro entender, sobretodo, la consolidación de nuevas racionalidades políticas de lo social donde prevalece como eje unificador el problema de “la pobreza” y, en consecuencia, retirando al “trabajo” del centro de los problemas sociales. En otras palabras, la gubernamentalidad clásica sobre la cuestión social que giraba en torno al trabajo, se reconfigura pasando a ser caracterizada en términos de pobreza.

³ En este marco es necesario nombrar los trabajos de Álvarez Leguizamón (2008b, 2005) sobre la producción y reproducción de la pobreza, poniendo de manifiesto los factores políticos, económicos y sociales que deben considerarse en el análisis de la misma, con el fin de evitar las lecturas hegemónicas que conciben la pobreza como un “estado”, un estatus.

Entendemos por “racionalidades políticas” el campo discursivo dentro del cual el ejercicio del poder es conceptualizado (Rose y Miller, 1992). Las mismas no nos sitúan ni en el plano de la verdad revelada ni en el plano del engaño. Lejos del discurso que tiene como finalidad enunciar una evidencia fáctica como de aquel que tiene la finalidad de velar una conciencia verdadera, las racionalidades políticas forman parte de la manera en que algo llega a constituirse en problema, ese algo que antes no existía y que ahora se inscribe de manera categórica en lo real a través de enunciados verdaderos y falsos. De esta manera, las racionalidades políticas no se inscriben en el registro de lo ontológico (objetos pre-existentes) ni en el registro del engaño (objetos no existentes, mera retórica), sino en el registro de la *problematización* y, por ello, en la posibilidad de su constitución como objeto. Problematización que

...no quiere decir representación de un objeto pre-existente, ni tampoco creación por medio del discurso de un objeto que no existe. Es el conjunto de las prácticas discursivas y no discursivas lo que hace entrar a algo en el juego de lo verdadero y de lo falso y lo constituye como objeto de pensamiento (ya sea bajo la forma de reflexión moral, del conocimiento científico, de análisis político, etcétera) (Foucault 1991:231).

En este sentido, las problematizaciones deben ser abordadas como parte de la producción material del mundo social. La reproducción material de la vida requiere de la dimensión discursiva, en el sentido que toda formación social requiere de la reproducción de sus condiciones de producción (Althusser, 2005), es decir, la reproducción de las relaciones de producción en la dimensión de los discursos que conforman parte de la materialidad del mundo.

Por ello, la noción de *racionalidades políticas* con la que se trabaja desde una perspectiva foucaultiana, se articula con la noción althusseriana de “interpelación”.⁴ La misma permite plantear la manera en que opera la ideología, como interpelación de los individuos en tanto sujetos: “...toda ideología tiene por función (función que la define) la constitución de los individuos concretos en sujetos” (2005:52) y en este sentido, la dimensión discursiva que permite configurar parte del fenómeno social, lo hace en la medida en que produce un sujeto dotado de características, atributos, formas de pensar y actuar. Sobre esto, Althusser expresa que “...el hombre es por naturaleza un animal ideológico” (2005:52), aludiendo expresamente a la sentencia aristotélica. No es posible pensar la existencia del hombre, del mundo social sin la ideología. El hombre adquiere su forma de tal en la medida en que se inscribe en un conjunto de discursos implicados en prácticas concretas o, en su defecto, el hombre es hombre en la medida que es constituido por la ideología y, como tal, en sujeto.

4 Para la recuperación de la noción de “ideología” e “interpelación” en términos althusserianos, véase Murillo 2008.

El *gobierno* como modo de ejercicio del poder, no sólo supone un conjunto de técnicas de intervención, tecnologías de gobierno,⁵ sino que también implica la configuración discursiva del problema en cuestión. Debe tenerse presente que ambas dimensiones son consustanciales al fenómeno del poder y que deben ser analizadas en términos de implicancia mutua, no de causalidad o determinación. En este sentido, las racionalidades políticas no son un epifenómeno de una realidad que le es externa y que sólo traduce, transcribe o describe, sino que la configura y, por ello, el lenguaje que expresa posee un carácter *performativo* (Rose y Miller, 1992). Las racionalidades políticas en la nueva cuestión social interpelan al individuo como sujeto pobre, lo que implica una serie específica de tecnologías de intervención como el impuesto negativo (Foucault, 2007) o las políticas sociales focalizadas, la fopolítica (Álvarez Leguizamón, 2008a). Al mismo tiempo, la *pobreza* como racionalidad política de la nueva cuestión social, reconfigura la razón gubernamental de la cuestión social clásica en torno al *trabajo*. En otras palabras, las racionalidades políticas ponen en juego una específica manera de pensar la tríada saber-poder-verdad, lo que supone que enunciar el problema en términos de *pobreza* no implicará las mismas herramientas de intervención que enunciar el problema en términos de *trabajo*, ponen en disputa una particular manera de comprender lo social que tiene como correlato una particular manera de intervenir sobre el mismo.

El análisis que se realiza a continuación se encuentra inscripto en esta manera de comprender el gobierno de la pobreza. La unidad de análisis es la Tarifa Social, como herramienta de intervención sobre sujetos carenciados para garantizar su suministro de energía. El objetivo es poner de manifiesto la racionalización del problema en términos de *pobreza*, constituyendo un sujeto específico (carenciado), que se encuentra dotado de una serie de atributos y características sobre las cuales se posarán determinadas técnicas con el fin de conducir las prácticas de este sector de la población.

3. Pobreza, energía y moral. La interpelación de los individuos como sujetos pobres

Lo social remite a un conjunto de situaciones problemáticas a ser abordadas desde el punto de vista político, económico y, sobre todo, moral (Deleuze, 2008). Al constituir un problema, se hace ingresar un fenómeno determinado en una grilla, configurándolo de una manera específica e inscribiéndolo en lo real de manera categórica, a través de ciertos saberes y ciertas prácticas. Por ello, en lo que refiere a la energía como problema social, a través de la Tarifa Social, se reconoce que el problema radica en lo social, en las poblaciones-objeto, los beneficiarios, y en sus formas, sus hábitos, sus costumbres, sus prácticas, sus valores.

5 En otro trabajo (Giavedoni, 2008) se analiza el problema del gobierno desde el punto de vista de las tecnologías que pone en funcionamiento, en particular la “tarifa social” de la Empresa Provincial de la Energía de la provincia de Santa Fe, como una tecnología de gobierno sobre los sujetos carenciados a los que se aplica.

Problematizado el fenómeno de este modo, los objetos de intervención son esas prácticas y hábitos, y la manera de hacerlo es a través de modos específicos y focalizados. La implicancia de presentar el problema de esta forma está en dejar de reconocer el suministro de energía como el problema central y, por el contrario, reconocer las poblaciones como el objeto de preocupación. En otras palabras, importa menos el suministro de energía que la intervención sobre las poblaciones-objeto y, por lo tanto, se trata menos de un gobierno de la energía que de un gobierno de la pobreza a través de la energía. En síntesis, la tarifa social no indica un dispositivo de gobierno de la energía de los sectores populares sino, más bien, el gobierno de los sectores populares a través del problema de la energía.

La centralidad que adquiere el problema de la energía se pone de manifiesto tanto en el lugar preponderante que ocupa actualmente en las agendas públicas de los gobiernos, como en el interés que comienza a despertar en el campo académico. El problema de la energía se ha constituido en un problema a nivel global que, a partir de la década del '90, es atravesado por un importante cambio de propiedad y control de la energía de manos públicas a manos privadas (Beder, 2005). De esta manera, si bien la energía en manos privadas comenzó a ser pensada en términos de ganancias y rentabilidad, a esta exigencia de acumulación propia de toda empresa, se le suma una exigencia de legitimidad en la medida en que continúan siendo servicios públicos y, como tales, tienen cierta necesidad y se les exige abordar el problema del suministro en sectores de bajos recursos.

El problema en las agendas de gobierno se pone de manifiesto a partir de las apelaciones a lo que hemos comenzado a oír como “crisis energética”. Diferentes proyectos ponen en evidencia la preocupación por establecer tarifas acordes a los recursos de determinados sectores sociales. En los últimos años, diferentes fuerzas políticas han presentado proyectos donde se contempla la tarifa social energética para sectores de bajos recursos. La UCR presentó un proyecto en 2008 sugiriendo una “tarifa de interés social” y un “acceso solidario al servicio”, poniendo de manifiesto el doble problema en torno a la energía en los sectores de bajos recursos: los bajos ingresos para afrontar tarifas normales y el déficit infraestructural que permita el acceso al servicio. Otros legisladores nacionales presentaron entre 2009 y 2010 proyectos de tarifa social para luz y gas y proyectos de “Tarifa Social Solidaria”. El Frente para la Victoria presentó en 2010 un proyecto de Régimen de Tarifa Solidaria. La provincia de Buenos Aires, a través de la ley 12.698, autorizó a las empresas de distribución eléctrica a instrumentar la “Tarifa eléctrica de interés social”, que supone una financiación compartida, una rebaja en la tarifa por parte de la empresa y una excepción de impuestos provinciales a los beneficiarios por parte del Estado. Asimismo, un grupo de profesionales del CEARE (Centro de Estudios de la Actividad Regulatoria Energética en Argentina), llevó a cabo un estudio a instancia del ENRE (Ente Nacional Regulador de la Energía), donde se ponía de manifiesto la imperiosa necesidad de abordar la regulación económica de los servicios públicos de energía, considerando no sólo el desarrollo tecnológico y la evolución de los mercados, sino también lo que atañe al desarrollo social.



En los últimos años han aparecido varios trabajos sobre el problema de la tarifa social en las empresas de servicios públicos tales como agua, gas y electricidad. Esto se debe a la implementación de este mecanismo durante la década del '90 como modalidad de intervención sobre un problema que se tornaba cada vez más acuciante: los sectores de bajos recursos con dificultades para acceder de manera normal a dichos servicios y lo que tenía como efecto, las conexiones clandestinas. Este fenómeno, en el caso de la energía, tenía como correlato un problema político y un problema económico: la pérdida de control sobre el suministro y sobre el servicio brindado, en la medida en que las conexiones clandestinas ocasionaban problemas en la red que repercutían sobre los clientes. En términos económicos, se trataba de energía distribuida no remunerada, las llamadas “pérdidas no técnicas”.

En este marco, una serie de trabajos comienzan a identificar como problema los regímenes de tarifas sociales, pero lo hacen abordándolos en función de sus dificultades y potencialidades económicas, financieras y fiscales.⁶ Si bien estos trabajos son de gran relevancia, ya que señalan un problema específico, abordan la tarifa social desde el ángulo de la política social focalizada, con los inconvenientes o potencialidades económicas que conlleven los criterios con los que son implementadas. Es decir, se aborda la tarifa social desde una perspectiva de análisis económico y de políticas públicas, no como dispositivo de gobierno, como una manera de gobernar, gestionar, controlar por medio del acceso y la regulación del consumo de energía a los sectores populares.

La Tarifa Social, creada a través de la Resolución N° 237 del 6 de Octubre de 1999, está vinculada a los altos porcentajes de pérdidas no técnicas que por aquel momento estaba sufriendo la empresa. Dirigido explícitamente a “...clientes residenciales que como consecuencia de situaciones socioeconómicas particulares graves, permanentes o transitorias, se encuentran con dificultades severas para abonar la factura del servicio”, se reconoce el importante problema social que tenía la Provincia de Santa Fe. El espíritu social de la Resolución se transparenta en el afán inclusivo de esta medida, considerando “...necesario dar una

6 Estos trabajos ponen en discusión diferentes esquemas de subsidios para alcanzar a los sectores bajos, el impacto sobre los mismos y los problemas de inclusión de hogares de medianos recursos (Marchionni *et al*, 2008a y 2008b), diferentes esquemas de tarifa social en función de posibles impactos en los hogares de la suba de tarifas: esquemas de bajo consumo, de ubicación territorial y calidad de la vivienda y, finalmente, según la comprobación de los medios de vida (Hancevic y Navajas, 2008). Por su parte, Walter Cont (2008) señala los ejes a partir de los cuales es posible confeccionar una tipología de las tarifas sociales en función de las diferentes maneras de implementación, cruzando los siguientes ejes: criterio selectivo o no selectivo (comprobación previa de los medios de vida) y umbral excluyente o no excluyente (la pérdida o no del beneficio si se supera un determinado umbral de consumo). El autor realiza un análisis muy minucioso sobre índices de consumo, lo que le permite realizar inferencias respecto a la inconveniencia de los mecanismos de tarifa social basados en el umbral de consumo, en la medida que tienen problemas de focalización, incluyendo muchas veces hogares de altos ingresos y excluyendo a hogares de bajos recursos.

solución a un vasto sector de la población con una tarifa acorde a su consumo y posibilidades de pago”, como lo expresa el considerando de la resolución.⁷

La Tarifa Social supone la constitución de una esfera de intervención con una lógica social, lo cual significa, primeramente, constituir un campo de acción (territorios específicos donde radica el problema), constituir un objeto (sectores específicos de la población, con determinadas características, adoleciendo de determinadas carencias), y todo esto realizado a través de un registro con determinadas formas de observación, profesionales implicados en estos procedimientos de observación, registro, informe y evaluación y, finalmente, la puesta en práctica de la herramienta específica para corregir la situación (Giavedoni, 2008). De este modo, constituir el suministro de energía como problema social, invadido por una lógica social, significa, por un lado, reconocer el déficit presente en ciertos sectores de la población (carenciados) y, al mismo tiempo, hacer uso de ese déficit como soporte para un conjunto de técnicas que se legitiman por la aparente finalidad de corregir ciertos hábitos de consumo, intervenir sobre ciertas prácticas, establecer ciertos controles sobre las formas que asumen sus prácticas cotidianas en cuanto a la energía (respecto a la calefacción, la alimentación, la iluminación, etcétera), asumiendo que dichas prácticas son absolutamente inadecuadas y contraproducentes. Esto significa que el gobierno de la pobreza se monta sobre lo que reconoce como déficits morales para su gestión, por lo que estos déficits importan menos como fin en sí mismo y más como soporte de los mecanismos de gobierno.

La Tarifa Social se presenta como una herramienta que concibe el objeto sobre el cual intervenir en términos de “carenciados”, “pobres”, familias de “bajos recursos”. Constituido y pensado el objeto de tal forma, el suministro de energía se realiza dentro de los límites marcados por esa construcción discursiva, es decir, se trata de un suministro para pobres, en la medida en que establece determinadas condiciones vinculadas a lo que se identificó como los hábitos y los comportamientos de dichos sectores. La caracterización de estos hábitos y comportamientos es la puerta de entrada y el campo de aplicación del ejercicio del poder sobre los sectores populares en lo que a energía respecta. El siguiente punto da cuenta de la manera en que esta *problematización* es construida.

3.1 Desigualdad y Diferencia

Giovanna Procacci señala que la pretensión de los discursos contra la pobreza, la constitución de ciertos fenómenos en “problemas sociales” y, como correlato, su ingreso a una lógica de intervención en términos sociales, implica menos el problema de la *desigualdad* que el problema de la *diferencia*. En otras palabras, la desigualdad no es un problema para el orden, salvo cuando su escándalo produce o puede llegar a producir desorden, sino

7 En 2010, 240.000 clientes eran beneficiarios de la Tarifa social de energía, de los cuales 155.000 pertenecen a la ciudad de Rosario.

que el verdadero problema del orden es la diversidad de formas de conducta, de hábitos, la identificación de comportamientos anómalos. De esta manera, el “...objetivo no es la eliminación de la desigualdad, sino de la *diferencia*. Aquí el lenguaje moral encuentra su exacto significado” (1991:160). Esta *diferencia* adquiere forma concreta en el señalamiento de prácticas de consumo de energía por parte de los sectores populares, en el marco de determinadas maneras de cocinar los alimentos, de caleccionarse, y la irresponsabilidad total frente a un servicio que, al no ser abonado, no se le reconoce el consumo responsable. Como se observa, “lo social” se constituye en la intersección entre lo económico y lo moral, es en ese espacio donde se ponen en funcionamiento herramientas de intervención que contemplan esas falencias y déficit morales de los sectores populares, guiados por una especie de afán correctivo. Podemos identificar tres *topos* donde se pone en juego lo moral, lo económico y lo político: el espacio urbano, la familia como objeto y como instrumento y, finalmente, el tiempo como parámetro civilizatorio de los comportamientos.

Primeramente, la Resolución N° 237 con fecha del 6 de Octubre de 1999, en su artículo 1° dice: “Barrios carenciados del tipo FO.NA.VI. categoría C2: Grupos habitacionales en forma de torres monobloques en donde la condición social de sus habitantes en lo referente a sus Necesidades Básicas Insatisfechas, hace sumamente dificultosa la gestión comercial (elevada morosidad, gran cantidad de servicios directos, conexiones clandestinas, etcétera)”. Este artículo refiere a una especie de tipología de territorios a intervenir en función de parámetros habitacionales, tales como la existencia o no de apertura de calles, la regularización parcelaria donde se encuentran radicadas las viviendas, diferenciando entre “barrios”, por un lado, y “asentamientos”, por otro. El motivo principal de esta clasificación es la mayor o menor posibilidad que tiene la empresa de censar a sus habitantes a fin de individualizarlos. Como se observa en la referencia anterior, los FO.NA.VI. y, en general, los monoblocks, son considerados lugares de confusión y extrema promiscuidad, características que suelen ir asociadas a los sectores populares y en las que se reconoce un alto nivel de peligro. La puesta en juego del entrecruzamiento entre moral y ecología social urbana.

A su vez, como elemento de intervención moral por excelencia y, al mismo tiempo, como medida del nivel de moralidad, encontramos la familia. De esta forma, la familia se constituye tanto como el instrumento para lograr efectos sobre los comportamientos de los individuos, como el modelo que referencia el nivel de moralidad de un grupo. En este sentido, trabajadores de uno de los Centro Crecer donde se estuvo realizando el trabajo de campo expresaban en una entrevista:

...ahí es donde se puede llegar a dar la llegada a otros miembros de la familia. Trabajar con él, en la oficina. No tiene que venir únicamente a dejar el nene y después irse, tenemos que tratar de tener un buen conocimiento de lo que es esa familia. Yo trato de que se logre haciendo participar a cada uno en un proyecto o en otro.

De esta manera, la familia se constituye en referencia y punto de entrada al mismo tiempo, modelo e instrumento⁸ y, en este marco, es que se constituye en objeto de crítica y en campo de intervención.

Como objeto de crítica, la familia popular es señalada como carente de aquellos elementos que caracterizan la sociabilidad contemporánea, tales como la temporalidad de los actos, la asignación de tiempos precisos en el día para determinadas actividades. Nuevamente, los trabajadores de un Centro Crecer expresaban esta preocupación:

Además, bueno, venir todos los días a un lugar, cumplir un horario implica un ejercicio que muchas familias no lo tienen incorporado, no lo tiene incorporado nadie, nunca. Esto que me levanto porque tengo que ir a la escuela, tengo que estar a las 9 para desayunar y doce y media me tienen que venir a buscar, implica que en el grupo familiar, que en la casa el tiempo tenga un orden. Que, para mi, esos grupos familiares, en esos sectores, es como unas eternas vacaciones, que uno puede levantarse a cualquier hora, comer a cualquier hora, salir a cualquier hora, total no hay algo fijo para hacer. Entonces, cuando nadie en la familia trabajó, nadie en la familia fue a la escuela, es muy complicado meter esto de que tiene que venir todos los días, de que tiene que estar a las nueve para desayunar, porque si viene más tarde no desayuna porque sino no puede comer. Viste, eso con alguna gente es tremendo.

Como puede observarse, el señalamiento se encuentra en la ausencia de disciplina en función de la falta de tránsito por las instituciones que instalan dichas pautas. De esta manera, el principal inconveniente que se desprende de este relato es que la ausencia de marco temporal estable como organizador de las actividades diarios, conduce a la imposibilidad de ser inscripto regularmente en la institución Centro Crecer. El ritmo y el tiempo social de realización de las diferentes acciones de los individuos es la manifestación del nivel de interdependencia social, por ello, la ausencia de tal ritmo sería sintomático de la ruptura en algún punto de la red de relaciones sociales que se espera. Si la inscripción temporal de las acciones señala el nivel de complejidad y civilización alcanzado por el conjunto de las relaciones sociales, la ausencia de temporalidad y ritmo señala el déficit de civilización y la me-

8 Tanto Jacques Donzelot como Michel Foucault se han referido a la familia como un elemento indispensable en el ejercicio del poder en las sociedades modernas, mediante una transformación sufrida por la misma en el paso de las sociedades pre-modernas a las modernas. Pero mientras Donzelot (2008) se refiere a dicha transformación en términos de paso del *gobierno de las familias* a *gobierno a través de las familias*, Foucault (2005) lo hace en términos de la familia como modelo del poder soberano a la familia como bisagra de las disciplinas. Donzelot refiere al cambio de la familia como sujeto activo con poder de actuar sobre sus miembros, a la familia como objeto de una política. En este sentido, no dista demasiado el cambio analizado por Foucault, ya que como ejercicio del poder soberano, el jefe de familia actuaba sobre sus miembros, mientras que como bisagra de la disciplina no es más que un medio, el engranaje del sistema disciplinario, el instrumento utilizado cuando se quiere lograr un efecto en materia de educación, sexualidad o ético.

nor complejidad de las relaciones sociales. En otras palabras, los sujetos carentes de ritmo, al tiempo que señalan un déficit moral (incapacidad de no incorporar la rutina diaria), expresan cierta exclusión de las instituciones y actividades que se desarrollan a través de un registro temporal formal.

Como acabamos de expresar, se le asigna a los sectores populares un déficit moral que explicaría sus hábitos y comportamientos, y que debería ser corregido, déficit moral que pasa por la constitución familiar, por la ausencia de ejes institucionales que los configuren, etcétera. Sin embargo, debemos resaltar que si bien en algunas ocasiones el reproche moral a las prácticas de los sectores populares se traduce como *inmoralidad*, cuando se comparan los comportamientos “condenables” de los sectores populares con aquellos de los sectores medios o altos, se expresa en una especie de *amoralidad*. En línea de continuidad con ello, un lector vertió una opinión en el diario *La Capital*, a propósito de los enganches de sectores con capacidad de pago: “Sobre los pudientes ladrones de energía no queda duda que la calificación que se les asocia, aparte de ladrones, es de inmorales y deben ser despreciados y señalados por su avaricia subyacente”.⁹ Si bien se trata de la consideración de un lector del periódico, está presente en los empleados de la empresa y sus funcionarios la mayor condena social que deberían recibir los sectores con capacidad de pago que irrumpen en estas prácticas, debido precisamente a que su condición no debería conducirlos a realizar esas acciones ilegales. En particular, la consideración de este lector sobre la inmoralidad de los sectores acomodados que roban luz, es compatible y se fortalece con su contraparte, los sectores pobres que también roban. El distintivo de estos últimos no sería su inmoralidad, sino su amoralidad, el problema no se encuentra en que poseen moral pero no se conducen a través de sus principios, sino que el problema está en que no poseen moral alguna. De esta manera, en el afán de condena de los sectores acomodados, el lector implícitamente reconoce la perspectiva que despoja de moral a los sectores populares.

3.2 Pedagogía del consumo y pautas culturales

En este marco, es posible diferenciar dos indicadores que permiten analizar el rasgo de la evaluación moral sobre los sectores populares y el consumo de energía: pedagogía de consumo y pautas culturales. En lo que respecta al primer punto, en diferentes personas ligadas a la EPE hemos podido encontrar una clara referencia a la necesidad de educar para el consumo de energía. Tanto empleados como profesionales y personal jerarquizado dentro de la empresa, expresaban esta necesidad de enseñanza. Esto quiere decir que se les reconoce un déficit en la manera de utilizar la energía, se les reconoce, también, una serie de prácticas propias que conllevan un uso irracional de la misma y, por lo tanto, se requiere de una acción pedagógica sobre los sectores populares en general, y sobre los sectores sujetos a

9 Diario *La Capital*, 15 de Marzo de 2008.

tarifa social en particular. En referencia a los sectores bajos enganchados, donde se hace alusión a quiénes están enganchados y qué barrios lo están, uno de los empleados de la Oficina de Tarifa Social expresaba:

Saber bien, sí, claro que se sabe. Pero cómo lo instrumentás, cómo lo corregís. Acá hay toda una cuestión de educar, de enseñar y de incluir.

Salta a la vista el problema de la educación y de la inclusión. Si bien no se desconoce el enganche de los sectores acomodados, el problema de educación es señalado como déficit en los sectores bajos, es a ellos a quienes corresponde dirigir y fortalecer un aparato pedagógico para que corrijan los problemas que florecen.

Además, la tarea pedagógica es casi determinante para el mejoramiento del servicio en los barrios marginales. En otras palabras, si un mejoramiento en la calidad del servicio no va acompañado de una tarea educativa sobre el modo de utilización de la energía, el gasto que se habrá realizado por parte de la empresa será en vano. Esta es la opinión vertida por un personal jerárquico de la misma, refiriéndose a los sectores populares:

Y aparte se ha dado esto que, siempre la empresa con la idea de mejorar el servicio en general y, obviamente, a estos sectores, cuando mejora la calidad, en determinado momento se dio un aumento en esas pérdidas no técnicas. O sea, si a esos lugares llega una calidad determinada, llega un momento que opera de limitador, se corta, no tienen. Si le mejorás la calidad y no acordás un uso racional, inteligente, responsable de la energía, entonces lo que estás aumentando, aumentaste la inversión, el gasto que hizo la empresa, y les das la posibilidad de que tomen más energía porque la toman directo. O muchos, aún con medidor dicen ‘bueno, voy a tratar que figure un consumo menor’ y utilizan las distintas técnicas para adulterar el medidor. Entonces, esa es la preocupación, el dilema: cómo mejorar la calidad y, a su vez, que se mejore la calidad del cumplimiento del cliente. Porque cuestiones así separadas es imposible.

Así, en referencia al mejoramiento de infraestructura en asentamientos y de la limitación al consumo a propósito del supuesto que manejan del alto consumo en sectores pobres, el mismo personal expresaba:

...si bien ellos tienen un problema social, no por ello se los tiene que dejar que hagan lo que quieran, entonces hay que ponerles un limitador que los ayude a controlarse, porque a veces ellos como no pagan, dejan las luces prendidas las 24 horas. Entonces, hay que hacer toda una campaña de educación a ellos y ayudarlos eléctricamente con medios que le limiten el consumo [...] Ahora, si nosotros le mejoramos la infraestructura, hay que hacerle esta limitación porque de lo contrario se incrementaría más todavía la pérdida. Hay que hacerles la limitación y cobrarles.

De esta manera, se liga la pobreza a ciertos comportamientos infractores o hábitos morales condenables o, en todo caso, sería más correcto expresar que cuando se expresa el problema en términos de “pobreza” una de las dimensiones que aflora como característica de la misma es la ausencia de principios morales o la presencia de prácticas desviadas. Para

utilizar una terminología de neto corte foucaultiano, es posible localizar todo un conjunto de prácticas menores, *infrapenalidades*, infracciones que escapan a los grandes códigos pero no por ello pasan desapercibidas para el poder que se aplica sobre el conjunto de los sectores populares.¹⁰ Se trata de *infrapenalidades* que en cualquier otro caso no serían objeto de preocupación o, como mucho, serían objeto de una llamada de atención, como ser dejar una luz prendida durante el día, dejar una estufa a cuarzo enchufada todo el día, cocinar con energía eléctrica, etcétera. En el caso de los sectores populares, estas conductas se convierten en un síntoma o expresión de desorden y desarreglo y, por otro lado, en un objeto sobre el cual se aplica y se detiene el poder. Lo que en las “mejores familias” no pasaría más allá de un reto, en el caso que realmente sucediera algo, para los sectores populares es síntoma de un mal comportamiento que debe ser corregido.

Una vez identificada la *infrapenalidad*, comienzan a operar mecanismos que no se encuentran establecidos en la normativa de la Tarifa Social de la EPE, pero que sin embargo son llevados a cabo de manera regular y sistemática: en lo que refiere a la necesidad pedagógica, uno de los profesionales de la Oficina de Tarifa Social, en referencia a los empleados de la empresa que concurren a los domicilios de las personas que solicitan tarifa social, expresaba lo siguiente:

De todas maneras le iban indicando uno por uno con respecto al calefón, iban a educar, como quien dice. Eran empleados de la empresa, de PNC (Plan de Normalización de Clientes).

Más allá de la sutileza del nombre con el que fue bautizado el Plan, “normalización de clientes”, los funcionarios y empleados de la empresa, ponen en evidencia la existencia de un conjunto de imágenes movilizadoras acerca del mal uso y del gasto desmedido en sectores carenciados.¹¹ Se alude, como veremos en breve, a la cocción de los alimentos con energía eléctrica, a la calefacción, a las estufas a cuarzo o a los elásticos de los colchones directa-

10 Foucault, en *Vigilar y castigar*, alude a una de las modalidades de funcionamiento de las disciplinas en términos de “sanción normalizadora”. Esta sanción se aplica sobre micropenalidades, “...un espacio que las leyes dejan vacío; califican y reprimen un conjunto de conductas que su relativa indiferencia hacía sustraerse a los grandes sistemas de castigo” (1989:183). Mientras que estos grandes sistemas de castigo buscaban como efecto la expiación y el arrepentimiento, expresa Foucault, la sanción normalizadora busca como efecto el encauzamiento de la conducta a través de un aprendizaje intensificado y multiplicado. De esta forma, se puede observar ese conjunto de señalamientos sobre las prácticas de los sectores populares en lo referido a la energía como micropenalidades, ya que no se encuentran atravesadas por la gran mirada omnipotente del código legal, sino por la microevaluación en la normalización de la conducta.

11 La necesidad pedagógica sobre los sectores populares es manifestada de forma recurrente, dando marco a prácticas que efectivamente se llevan a cabo. Sin embargo, también es necesario subrayar que algunos empleados se permitían imaginar modalidades de enseñanza menos ortodoxas que las enunciadas. Es el caso de este empleado: “...es lo que yo digo es lo que tienen que implementar

mente conectados a 220v. Un conjunto de prácticas inscriptas a fuego sobre el conjunto de los sectores populares, que alimentan un imaginario sobre sus modos de hacer y sobre las consecuencias de los mismos. En esa dirección, lo que no debe pasar inadvertido es que la lógica de intervención, control, enseñanza del consumo sobre los sectores populares, colisiona con los principios de la sociedad de consumo que incitan a entrar en una voraginosa carrera de consumo, carente de cualquier pedagogía (al menos en términos de soberanía, enseñanza desde un centro hacia sus puntos capilares).

Sin embargo, decimos que se trata de una racionalidad porque a partir de ellas se despliega una serie de valoraciones, de juzgamientos, prácticas que ingresan a una grilla de clasificación y evaluación. Pero también se trata de prácticas que se sobrevaloran en sus efectos y consecuencias. El encargado del Área de Control de Pérdidas (ACP) de la EPE expresaba:

Tenemos que trabajar sobre esta gente porque si bien representa menor cantidad de usuarios, tiene un consumo individual considerablemente superior al de un cliente con capacidad de pago, porque utilizan la energía para cocinar, calefaccionarse, refrigerarse.¹²

Aquí el funcionario incumbe en un error de apreciación que, entendemos, tiene su origen en el prejuicio sobre el excesivo consumo de los sectores populares. Este mismo funcionario manifestó en una entrevista que las pérdidas eran del orden del 10%, correspondiendo 6% al sector con capacidad de pago y el 4% al sector sin capacidad de pago. Estas cifras refieren al total de energía consumida y no abonada, no a la cantidad de sujetos en situación de sustracción ilegal de la energía. Por lo tanto, según estimaciones de la misma empresa, las mayores pérdidas corresponden a sectores con capacidad de pago, por lo cual no resulta coherente afirmar que, por el tipo de consumo que tienen los sectores populares,

porque por ahí vos agarrás y decís, esa gente no puede pagar, entonces a esta manzana le ponés un transformador con x capacidad de carga para que tengan todas las casas una heladera, un par de televisores, para un consumo normal. Si vos no podés pagar no podés tener dos airse acondicionados, no podés tener una heladera y un freezer. Entonces le das la capacidad de carga para esa manzana con un transformador. Lo ponés bien alto, con fusibles. Cuando se pasan de carga va a saltar la térmica: bueno, esa manzana, los concientizás a los vecinos, a la hora, dos horas venís y le reponés. La segunda vez que le salta le vas agregando cada vez un poco más de horas cosa de, porque somos hijos del rigor, entonces ellos mismo se van a cuidar". La inclusión de esta referencia se justifica porque forma parte del imaginario sobre los sectores populares, un imaginario construido desde un centro, desde un *nosotros* que pretende dictar una serie de reglas de valor y comportamientos hacia un *ellos* que por razones determinadas se encuentran en situación de exterioridad. Ese conjunto de comportamientos de *ellos* que *nosotros* observamos y analizamos como anomalía, es lo que constituye el material del siguiente indicador de lo moral.

¹² *El Litoral*, 27 de Febrero de 2008.

resultan ser los que mayores pérdidas ocasionan. Además, según estimaciones de la empresa, en Rosario hay cerca de 80 mil hogares enganchados y 6 mil de ellos pertenecen a sectores que tienen capacidad económica para pagar el servicio. Mientras que a nivel provincial, el total de los enganchados es de 130 mil, 10 mil de los cuales tienen capacidad de pago.¹³ Estas cifras demuestran que, pese a la mayor cantidad de usuarios en situación irregular perteneciente a los sectores sin capacidad de pago, el mayor consumo y la mayor pérdida es realizada por los sectores que sí poseen capacidad de pago: las mayores pérdidas son producidas por los que más tienen y que son los menos en términos cuantitativos.

El segundo indicador refiere a los comportamientos culturales, es decir, se encuentra íntimamente vinculado a la pretensión pedagógica, pero mientras en ésta el foco de análisis se encontraba en la enunciación de una necesidad de enseñanza sobre los sectores populares, en aquél alude a los comportamientos mismos referenciados como objeto de corrección. A continuación transcribimos unas pocas referencias aparecidas en diferentes periódicos o enunciadas por personal ligado a la EPE, sobre las prácticas llevadas a cabo en barrios marginales:

En las villas se la utiliza para todo, desde cocinar hasta calentar los hogares (Alto funcionario de la empresa, diario La Capital, 14 de Febrero de 2008).

Desde calefones eléctricos hasta parrillas puestas sobre los cuarzos para cocinar y elásticos para calentar las casas. Son las 24 horas del día con una demanda que no cesa. También aquí funciona lo cultural, sobre todo en lo que atañe al consumo desmedido de las zonas muy urbanizadas (Alto funcionario de la empresa, La Capital, 30 de Mayo de 2006).

También podrían verificar en las villas, a ver quién no está enganchado. Ya que en muchos lugares usan las camas de resortes como calefactores enchufándolas a 220 V (Opinión de lector diario La Capital, 11 de Abril de 2008).

Uno de los recursos de los más pobres para preparar comida es directamente enchufar las planchas de ropa, acomodarlas en algún sitio de la cocina y sobre ellas cocinar hamburguesas o salchichas, entre otros menús rápidos (La Capital, 30 de Mayo de 2006).

...por ser pobre consume más porque se refrigera con energía eléctrica, cocina con energía eléctrica, se higieniza con energía eléctrica, todo, se calefacciona con energía eléctrica. Entonces, por ser pobre consume más (Personal jerárquico de la EPE).

Es un tema complejo todo esto, una cuestión sociológica hay detrás de todo esto. Y ya te digo, hay que hacer inversión también en capacitación de esta gente, porque el tipo que nació ahí y tiene 20 años, jamás se le ocurriría ir a apagar la luz, aunque sea sol a pleno. (Empleado de la EPE)

Por uso de calefactores eléctricos (titular suplemento *Rosario 12*, 3 de Junio de 2008).

Hubo un exceso en el uso de estufas eléctricas (titular *La Capital*, 9 de Junio de 2007).

Las fallas fueron por sobrecarga en baja tensión (las de reparación más sencilla) y se generaron por el uso indiscriminado de estufas eléctricas (Vicepresidente de la EPE, *La Capital*, 9 de Junio de 2007).

Como se puede observar, se trata de referencias enunciadas por diferentes sujetos, un alto funcionario de la empresa en dos ocasiones, un lector del periódico, un empleado de la empresa, una nota del diario, dos titulares y, finalmente, quien fuera su vice-presidente. En todas ellas se hace referencia a ese conjunto de prácticas que sobrevuela acerca de los comportamientos que los sectores populares tienen en el afán de la reproducción material de su vida cotidiana. Lo llamativo se encuentra en la no diferenciación del discurso, cualquiera de los tres podría haber expresado cualquier enunciado, por lo tanto, hay una especie de discurso intercambiable, palabras que se emancipan del sujeto que habla, en síntesis, un sujeto que habla que deja de ser soberano de su discurso,¹⁴ el régimen de discursividad no se explica por el sujeto que habla, no es éste quien provee de inteligibilidad a las palabras. Este quiebre de la soberanía del sujeto remite a la noción misma de racionalidades políticas, en la medida en que se refiere a prácticas discursivas que escapan mayormente a los sujetos que las enuncian, donde su validez no se encuentra centralmente en la posición social, política y económica de quien la enuncia, sino en un conjunto de significados generalizados, formas de pensar y ordenar un fenómeno, reglas impersonales que constituyen el fenómeno, que lo hacen inteligible. De esta forma, no hay un sentido oculto en los discursos, sentido que hay que descubrir y poner en evidencia a través de sus prácticas que los harían entrar en contradicción, por el contrario, el sentido se encuentra a la vista, en lo dicho, en lo que hace que los enganches a la luz, los cortes de energía, las villas miseria, las estufas a cuarzo, la pobreza, adquieran sentido e inteligibilidad y sean percibidos de manera similar por sujetos diferentes. Sujetos diferentes podemos enunciar discursos similares porque nos encontramos refugiados en un conjunto de reglas discursivas, de significados generalizados y compartidos, una suerte de *episteme* de la pobreza.

La referencia a la diferencia cultural como variable explicativa de la diferencia, se encuentra en este caso dirigida a la construcción de una “otredad” (Colombani, 2008). Se dibuja un espacio, un *topos*, donde se desenvuelve esa otredad, donde se materializa, la villa o el barrio como los espacios donde despliega toda su fuerza, toda su amenaza, todo su peligro. Nuevamente aludimos a palabras de un funcionario jerárquico de la empresa:

14 Esta expresión es de Colombani, quien haciendo una lectura de la arqueología foucaultiana, señala que “...el sujeto ha perdido su soberanía, ha dejado de ser el amo del discurso y del sentido, el que se arroja la arquitectura del mismo” (2008:30).

Pero esta es una clase social en la cual hay que poner, o sea, el tratamiento del cliente que tiene capacidad de pago es uno y diametralmente opuesto es el tratamiento de esta clase social. Por supuesto hay zonas grises entre unas y otras, pero siempre, digo, tenés que sacarte el CD del cliente normal, digamos así con capacidad de pago y ponerte otro CD cuando tratás de clientes con problemas socioeconómicos. Porque tiene otro tratamiento, es más, mucha gente, y esto me ha sorprendido, cuando vamos a esa zona, yo he estado metido, por cuestiones laborales he estado trabajando como tres años y medio (pertenezco a una iglesia) estuve metido trabajando con los Tobas. Y ahí aprendí a conocerla a esta gente y me doy cuenta, es sorprendente, y esto no me lo han contado esto lo conozco yo personalmente, muchos me dicen ‘yo quiero pagar la luz, yo no quiero robar. Pero voy a la empresa y en la empresa me piden el certificado de esto, el boleto de compraventa, el título de propiedad. Yo no lo tengo, pero yo quiero pagar la luz’, entonces la empresa tiene que hacer una educación para el tratamiento específico de esa gente, porque el agente comercial nuestro no tiene claro que se trata de un cliente distinto. Por eso nosotros estamos haciendo un trabajo intensivo en lo que hace al cambio de mentalidad para el tratamiento con esta gente. Un cambio de mentalidad de nuestros agentes para un tratamiento más adecuado con esta gente, no se le puede exigir a esta gente lo mismo que se le exige al otro.

La construcción de otro completamente externo, ajeno, lejano a partir de la referencia en términos de “esta gente”. Una vez contraída la “otredad” en términos discursivos, se fortalece la distancia enunciando la diferencia de tratamiento. Al parecer se trata de un mecanismo circular, donde se constituye discursivamente la distancia, la diferencia, siendo esta misma distancia la que justifica la necesidad de un tratamiento diferencial. Lo que respalda el argumento de la distancia es la misma *sorpres*a que expresa quien enuncia, el entrevistado, al advertir que aquellos que no querían pagar, en realidad deseaban hacerlo pero una serie de circunstancias se lo impedían. La *sorpres*a enunciada en el discurso es lo que hace el juego a la diferencia, a la distancia. En la medida en que la *sorpres*a ingresa en el orden del discurso, una *sorpres*a que al tiempo que pretende borrar los límites expuestos en realidad los consolida, opera como la presencia de la diferencia en un espacio que pretende ser de igualación. En otras palabras, el momento en que se enuncia que ciertos sectores populares están dispuestos a pagar, es el mismo momento en que ese reconocimiento causa asombro. De esta manera, la *sorpres*a se constituye en un dispositivo que hace recordar que, aún cuando se comporten de manera similar no somos lo mismo. La *sorpres*a, de esta forma, se presenta como un recurso que opera en el interior del discurso, cuyo efecto es resaltar una diferencia que pretende ser anulada.

Este dispositivo de la *sorpres*a también opera en la situación inversa, es decir, cuando la diferencia se constituye de arriba hacia abajo, en la comparación de los sectores con capacidad de pago frente a los sectores sin recursos. Nuevamente, un personal jerárquico de la empresa expresaba lo siguiente en referencia a los enganches encontrados en un exclusivo country:

...otras con fraude en el medidor o con el caño pinchado y conectado adentro, que vos decís ‘no puede ser’, mansiones de medio millón de dólares que estén robando 100 pesos por mes.

En este caso, es interesante señalar lo sorpresivo que resulta que los sectores con capacidad de pago se enganchen y, por consiguiente, lo corriente que resulta que los sectores sin capacidad lo hagan. Por un lado, sólo los sectores bajos cometen delitos, cuando lo hacen los sectores acomodados es motivo de sorpresa. En cierta forma, la genealogía de la moral de Nietzsche permite expresar lo malo que hay en unos y lo bueno que hay en otros, y de allí se desprende la sorpresa cuando esos términos se invierten. Por otro lado, el dispositivo de la *sorpresa* actúa nuevamente poniendo en su lugar los contagios, evitando las asimilaciones y los acercamientos que esta situación propone. Los comportamientos que parecían igualarse entre los sectores con capacidad de pago y los sectores populares, la *sorpresa* los vuelve a distanciar. De esta manera, la *sorpresa* opera como recurso discursivo con el fin de exorcizar los efectos de contagio que supone el ejercicio de las mismas acciones por parte de sectores sociales diferentes. En otras palabras, la *sorpresa* es el dispositivo que permite restituir la distancia, la diferencia cultural frente a la indiferencia material de la acción.

4. Conclusiones

Franz Kafka comenzaba uno de sus más inquietantes y estremecedores relatos narrando una experiencia, la experiencia de un ser que comenzaba a sentirse otro y paulatinamente a vivir como otro: “Una mañana, Gregor Samsa despertó de un sueño intranquilo y se encontró convertido en un enorme insecto. Yacía sobre sus espaldas, que era un duro caparazón y, si levantaba un poco la cabeza, veía la convexidad de su abdomen pardo, dividido en segmentos por una especie de arcos coriáceos”. Se trata de una experiencia que comienza a ser vivida, asimilada y, finalmente, naturalizada por el protagonista, Gregor Samsa mantiene su nombre pero ya no su identidad. Sobresaltado y asombrado, el protagonista se pregunta “¿qué me ha ocurrido?”. La conciencia del cambio que esta pregunta supone, percatare de que efectivamente una transformación se produjo en sí mismo, diferencia la experiencia de Gregor Samsa de la de miles de sujetos que se acostaron siendo trabajadores y despertaron siendo pobres.¹⁵

Uno de los fragmentos más citados de *La condición humana* de Hannah Arendt, aquel donde la autora hace estremecernos respecto al futuro del trabajo en la sociedad en la que vivimos, resulta ser un trágico punto de partida para formular algunas inquietudes. Expresa que “...nos enfrentamos con la perspectiva de una sociedad de trabajadores sin trabajo, es decir, sin la única actividad que les queda. Está claro que nada podría ser peor” (1993:17).

¹⁵ Como expresa Merklen, “...los sectores populares que habían invertido medio siglo en constituirse como clase obrera bajo la identidad de un *pueblo trabajador*, se convirtieron en *pobres* en el espacio de los veinte años que conforman nuestro período de estudio” (2005:121).

Este escrito de mediados de la década del '50 conmueve por lo que representó en su calidad de anticipador, al mismo tiempo que lo hace por su cruel actualidad. La noción de “sociedad de trabajadores sin trabajo” es algo que conmueve y que convoca, pero al mismo tiempo puede resultar al menos añejo por lo extraño que resuena en nosotros el término mismo “sociedad de trabajadores”. Esa extrañeza parece provenir de aquello que nos hace estremecer más todavía, lo no enunciado o, en su defecto, lo anunciado como presagio fatal y que nosotros, los lectores contemporáneos, alcanzamos a leer como un trágico e irreversible acontecer. Una sociedad de trabajadores sin trabajo necesariamente es alarmante, pero al menos todavía nos permitimos pensar, aún tiene sentido y nos parece inteligible esa noción de “sociedad de trabajadores”. Por esta razón es que hay algo que podría ser peor que ello, una sociedad de no trabajadores. En este sentido, cuando la cuestión social comienza a enunciarse en términos de *pobreza* y no en términos de *trabajo*, hacia donde nos conducimos, es a aquel *topos* donde el trabajo y la sociedad salarial que lo abriga son pensados como parte del museo de antigüedades o, en el mejor de los casos, como un horizonte distante. El problema parece ser menos la falta de trabajo y comienza a ser los desquicios causados por los sectores marginales, el problema es menos la desocupación que la inseguridad, y la manera en que se caracteriza en términos de pobreza y no en términos de trabajo comienza a hacer evidente el peligroso olvido del trabajo como organizador de la vida social.

Particularmente, la cuestión de la energía en Argentina también pone en juego esta lucha de sentidos y esta nueva modalidad de pensar la cuestión social. La EPE en Santa Fe, como ENERSA en Entre Ríos y EPEC en Córdoba, cuenta con sistemas tarifarios para abordar situaciones de exclusión social. La Tarifa Social, la tarifa eléctrica social y la tarifa solidaria, respectivamente, se presentan como modalidades de intervención por parte de las empresas antes nombradas. Pero nuestra intención no es evidenciar sólo la particular manera de suministrar energía a sectores populares, no se trata sólo de poner en evidencia la degradación de aquellas intervenciones focalizadas, de denunciar la pésima calidad de los servicios que se ofrecen a sectores sin recursos. Porque, si bien la focalización produce bienes y servicios de segunda categoría en la medida en que los sujetos sobre los cuales se aplica son constituidos como sujetos de segunda categoría, la Tarifa Social en el caso de la energía también permite situar el análisis en otro nivel. No sólo la Tarifa Social debe ser analizada en función de la calidad de los servicios que ofrece, sino también en función de los efectos y las implicancias políticas que produce.

En este sentido, nuestro interés se encuentra en dar cuenta, no sólo del gobierno de la energía sobre los sectores populares, sino del gobierno de los sectores populares a través del suministro de energía. Hemos intentado una aproximación a las racionalidades, los modos de construir subjetividades a partir del problema de la energía en sectores de bajos recursos y, como correlato, los tipos de intervención que se diseñan para corregirlos en función del tipo de sujeto sobre los que se aplica. Sin embargo, entendemos que la energía en general y la tarifa social en particular se configuran como dispositivos cuya finalidad es la inscripción

del ejercicio del poder en los sectores carenciados. De esta manera, su finalidad es menos del orden de lo social y más del orden de lo político o, en su defecto, como expresarían Procacci y Donzelot, la exigencia social recubre la dimensión política del problema: otra puerta de entrada para el control y la regulación de los sectores populares.

Bibliografía

- AGUILAR, Paula; Mariano ALÚ; Sabina DIMARCO; Ana GRONDONA y Ana Soledad MONTERO. 2006. "Empoderamiento, lazo comunitario y construcción de subjetividades. Aproximación en estrategias de lucha contra la pobreza en documentos del Banco Mundial". Pp. 55-77 en *Banco Mundial. Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social*, compilado por S. Murillo. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- ALTHUSSER, Louis. 2005. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ÁLVAREZ LAGUIZAMÓN, Sonia. 2008a. "Focopolítica y Gubernamentalidad Neoliberal, las políticas sociales". Presentado en la Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
- . 2008b. *Pobreza y desarrollo en América Latina. El caso de Argentina*, Salta, Universidad Nacional de Salta.
- . 2005. "Introducción", en *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe*, Álvarez Leguizamón, S. (comp.), Buenos Aires, CLACSO.
- . 2001. "Capital social y concepciones de pobreza en el discurso del Banco Mundial, su funcionalidad en la 'nueva cuestión social'". En *La cuestión social en el Gran Buenos Aires*, Andrenacci, L. (org.), Documentos de Trabajo del Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, Argentina, Mimeo.
- ARENDDT, Hannah [1958]1993. *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- BECCARIA, Luis. 2007. "Pobreza", Pp. 541-572 en *Población y bienestar en la Argentina del primer al segundo bicentenario. Una historia social del Siglo XX. Tomo II*, compilado por S. Torrado. Buenos Aires: Edhasa.
- BEDER, Sharon. 2005. *Energía y poder. La lucha por el control de la electricidad en el mundo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- BORZESE, Dana; Natalia GIANATELLI y Roberta RUIZ. 2006. "Los aprendizajes del Banco Mundial. La resignificación del Estado en la estrategia de lucha contra la pobreza". Pp. 39-53 en *Banco Mundial. Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social*, compilado por S. Murillo. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- COLOMBANI, María Cecilia. 2008. *Foucault y lo político*. Buenos Aires: Prometeo.
- CONT, Walter. 2008. "La tarifa social en electricidad en las provincias argentinas". Pp. 163-205 en *Tarifa social. En los sectores de infraestructura en Argentina*, editado por F. Navajas. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.

Gobierno, pobreza y energía

José G. Giavedoni

DEAN, Mitchell. 1999. *Governmentality. Power and rule in modern society*. London: SAGE Publications.

DELEUZE, Gilles. 2008. "Epílogo: el ascenso de lo social". Pp. 215-222 en Donzelot, J. *La policía de las familias. Familia, sociedad y poder*. Buenos Aires: Nueva Visión.

DONZELOT, Jacques. 2008. *La policía de las familias. Familia, sociedad y poder*. Buenos Aires: Nueva Visión.

———. 2007. *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

FOUCAULT, Michel. 2007. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

———. 2006. *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

———. 2005. *El poder psiquiátrico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

———. 2001a. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

———. 2001b. "El sujeto y el poder". Pp. 241-259 en Michel Foucault. *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Dreyfus, H. y Paul Rabinow. Buenos Aires: Nueva Visión.

———. 1991. "El interés por la verdad". Pp. 229-242 en *Saber y Verdad*. Madrid: La Piqueta.

———. 1989. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

GIAVEDONI, José G. 2008. "El gobierno de la energía en barrios marginales de la ciudad de Rosario. La tarifa social de la EPE como tecnología de gobierno". *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, Año 17, N°26. Pp. 97-116.

HANCEVIC, Pedro y Fernando NAVAJAS. 2008. "Adaptación tarifaria y tarifa social: simulaciones para el gas natural y la electricidad en el AMBA". Pp. 131-161 en *Tarifa social. En los sectores de infraestructura en Argentina*, editado por F. Navajas. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.

IZAGUIRRE, Inés. 1993. "Algunos problemas teórico-metodológicos en una investigación sobre luchas obreras". *Revista Sociedad* 3. Pp.139-148.

KAFKA, Franz. 1982. *La metamorfosis*. Buenos Aires: Ediciones Orión.

MARCHIONNI, Mariana, Walter SOSA ESCUDERO y Javier ALEJO. 2008a. "La incidencia distributiva del acceso, gasto y consumo de los servicios públicos". Pp. 33-81 en *Tarifa social. En los sectores de infraestructura en Argentina*, editado por F. Navajas. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.

MARCHIONNI, Mariana, Walter SOSA ESCUDERO y Javier ALEJO. 2008b. "Efectos distributivos de esquemas alternativos de tarifas sociales: una exploración cuantitativa". Pp. 83-129 en *Tarifa social. En los sectores de infraestructura en Argentina*, editado por F. Navajas. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.

MERKLEN, Denis. 2005. *Pobres ciudadanos: las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.

MURILLO, Susana. 2008. *Colonizar el dolor: La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañon*. Buenos Aires: CLACSO.

- MURILLO, Susana. 2007. "Naturalización de la pobreza y la desigualdad. Efectos políticos y subjetivos de las estrategias del Banco Mundial", en *Revista del Centro Cultural de la Cooperación CCC*, Septiembre, Año 1, N°1.
- . 2006. "Del par normal-patológico a la gestión del riesgo social. Viejos y nuevos significantes del sujeto y la cuestión social". Pp. 11-38 en *Banco Mundial. Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social*, compilado por S. Murillo. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- NUN, José. 1969. "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal". Pp. 108-125 en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol.5, N°2.
- PROCACCI, Giovanna. 1991. "Social economy and the government of poverty". Pp. 151-168 en *The Foucault effect. Studies in governmentality* edited by Burchell, G., C. Gordon y P. Miller. Hemel Hempsted: Harvester Wheatsheaf.
- ROSE, Nikolas y Peter MILLER. 1992. "Political power beyond the State: problematics of government". Pp. 173-205 en *The British Journal of Sociology*, vol.43, N°2.
- ROSE, Nikolas. 1999. *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*, Cambridge: Cambridge University Press.

Pobreza y Neoliberalismo: La asistencia social en la Argentina reciente

Ana Logiudice

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Resumen

La vuelta a primer plano del estado argentino a partir de la crisis de 2001/2002 puede ser visibilizada en las políticas sociales asistenciales, destinadas a atender la cuestión de la pobreza. La multiplicación del gasto público y, particularmente, la notable ampliación de los niveles de cobertura grafican este fenómeno, abriendo nuevos interrogantes sobre el grado de alejamiento de la política social respecto de la matriz neoliberal. Como intento de acercamiento a la problemática, este trabajo analiza un conjunto de programas sociales desde la triple perspectiva de la focalización del gasto, la exigencia de condicionalidades para la percepción de la ayuda social y la participación de las organizaciones sociales, considerados como los ejes centrales del abordaje neoliberal, que se organizó en torno del imperativo político de contener los efectos desmercantilizadores del otrora Estado Social.

Palabras clave: Pobreza; neoliberalismo; asistencia; desmercantilización.

Abstract

The return to the foreground of the Argentine state since the crisis of 2001/2002 can be visualized in the welfare social policies, destined to attend the matter of poverty. The multiplication of the public cost and, particularly, the remarkable extension of the cover levels manifest this phenomenon, opening new questions on the degree of distance of the social policy with respect to the neoliberal matrix. As an attempt of approach to the problematic, this article analyzes a set of social programs from the triple perspective of the focusing of the cost, the exigency of conditions for the perception of the social aid and the participation of the social organizations, considered the central axes of the neoliberal approach, that was organized about the political imperative to contain the demercantilizing effects of the once Social State.

Keywords: Poverty; Neoliberalism; Assistance; demercantilization.

Introducción

Este documento analiza el devenir de la política social asistencial argentina a partir de la crisis de los años 2001/2002 en adelante. Para ello se presentan un conjunto de programas sociales alimentarios y de empleo subsidiado nacionales y locales destinados a la población pobre, representativos de la asistencia social en su conjunto, que han dado carnadura a dicha política, con el objeto de discutir en qué medida la intervención asistencial propia del período se ha alejado del paradigma neoliberal de abordaje de la cuestión social.



En este sentido, entendemos al neoliberalismo como un proyecto político orientado al restablecimiento de las condiciones para la acumulación de capital y la restauración del poder de clase (Harvey 2005). El mismo, que en la Argentina se consolidó en la década de los noventa, ha tenido como condición de posibilidad una reformulación del rol del estado que, por oposición a la forma keynesiano benefactora, debía ceñirse a la defensa de los derechos de propiedad, el imperio de la ley y las instituciones del libre mercado y el libre comercio (Harvey 2005). De este modo, la restauración del poder de clase conllevó una profunda reestructuración del conjunto de intervenciones sociales del estado, efectuada a expensas de la fuerza de trabajo (Harvey 2005). En consecuencia, el advenimiento del neoliberalismo implicó el desmantelamiento de los mecanismos que reglaban la condición salarial, favoreciendo la desregulación y flexibilización del mercado de trabajo (Jessop 2002; 2003). Paralelamente, comenzó a operarse un proceso de remercantilización tanto del sistema de seguridad social, como de la provisión de servicios sociales universales, fundamentalmente educación y salud, que afectaron especialmente a los sectores asalariados. Dicha política se encontraba en línea con las políticas de privatización propias del neoliberalismo que, de esta forma, además de quebrar las redes estatales de solidaridad, convertía las mismas en oportunidades de negocios para el capital. Finalmente, parte de las antiguas responsabilidades estatales en materia de reproducción de las condiciones de vida de los sectores populares fueron transferidas a las comunidades, a los fines de atender las necesidades de aquellos que no podían acceder vía mercado, cuyo número crecía al paso que aumentaban la desocupación y la pobreza. Como consecuencia de este fenómeno, las intervenciones sociales del estado experimentaron un proceso de creciente asistencialización (Andrenacci 2001).

De lo expuesto hasta aquí se infiere que consideramos a las intervenciones sociales como un tipo de política estatal que, desde el punto de vista de su objeto de acción, se caracteriza por actuar sobre las condiciones de vida y reproducción de la vida de la población (Danani 1996; 2009). Al interior de las intervenciones sociales del estado puede distinguirse la política laboral, que interviene primariamente regulando las condiciones de venta y uso de la fuerza de trabajo, de la política social propiamente dicha, que opera sobre la distribución secundaria del ingreso (Danani 1996; 2009). Es dable notar que si bien la relación social de capital o las relaciones salariales en su conjunto, solo existen en virtud de que el estado les presta garantía estructural (O'Donnell 1984), la distribución secundaria, como momento lógico de la distribución, se caracteriza por existir exclusivamente en virtud de la mediación estatal (Danani 2009). Por este motivo, se concluye que la política social definida de esta forma constituye “un momento inmediatamente político del proceso de distribución y, por lo tanto, de acumulación” (Danani 2009: 32). En consecuencia, dentro del conjunto de políticas estatales, las políticas sociales tienen un rol distintivo en la creación de un orden como totalidad y, por tanto, en la reproducción de la organización capitalista que, por lo demás, se encuentra en permanente tensión entre desposesión e igualdad jurídica/libertad. De este modo, las políticas sociales “como políticas de Estado condensan la hegemonía” (Grassi 2003: 25).

La política social de tipo asistencial se refiere a aquella intervención sobre la distribución secundaria del ingreso destinada a atender a los sujetos nula o escasamente integrados a la condición salarial (Soldano y Andrenacci 2006). Conceptualmente, la misma también puede distinguirse de la prestación de servicios sociales universales que, si bien ha beneficiado largamente a los sectores sociales asalariados, no han sido éstos sus beneficiarios exclusivos. De esta forma, la asistencia social constituye a la población que no se encuentra en condiciones de integrarse plenamente al sistema productivo.

El paradigma neoliberal de intervención sobre la cuestión social se caracterizó por la preeminencia de los criterios de focalización del gasto en la población indigente, la exigencia de condicionalidades –generalmente laborales (Jessop 2003)– para la percepción de la ayuda social, por lo demás, consistente en el suministro de mínimos biológicos para la reproducción social (Álvarez Leguizamón 2006) y llevada a cabo con la participación de las organizaciones sociales comunitarias.

La focalización del gasto conllevó mayor selectividad de la política pública, reduciendo los niveles de cobertura, lo que puso en cuestión la condición de ciudadanía, resultante de la imposición de criterios meritocráticos basados en la acreditación de la situación de pobreza como condición para la percepción de la asistencia. Ella asumió cada vez más una forma transitoria, organizada por ‘programas’ de duración discrecional, en lugar de la permanencia característica de los sistemas de bienestar fundados en principios de reconocimiento de derechos ciudadanos.

La exigencia de condicionalidad, por su parte, contribuyó a la focalización de los recursos, ya que la contraprestación laboral requerida por los programas y organizada mediante la participación comunitaria, impedía la canalización de la ayuda a quienes se encontraban efectivamente empleados. De este modo, la política social asistencial del neoliberalismo –focalizada, condicionada y de bajo monto de los bienes transferidos– persiguió en forma permanente el objetivo primario de no afectar aquello que se consideraba como el libre juego del mercado de trabajo y contribuyó, de esta forma, al reforzamiento del poder de clase y la acumulación de capital. Por último, la participación de las organizaciones comunitarias, imprescindibles para la implementación de los proyectos de contraprestación laboral tendientes a la focalización, también autorizó la descarga de parte de la responsabilidad estatal en lo atinente a la reproducción de las condiciones de vida, a la vez que favoreció la multiplicación del control social y la desmovilización de los grupos sociales que oponían resistencia.

Así, desde la perspectiva teórica que asumimos, consideramos pertinente poner de relieve que la pretensión central de la política social asistencial neoliberal, en forma consistente con los lineamientos centrales de este proyecto orientado a reforzar el poder de clase, consiste en priorizar la atención de los sujetos no integrados al mercado de trabajo, con la voluntad expresa de no alterar el funcionamiento de éste (crecientemente flexibilizado y desregulado), es decir, con la intención permanente de limitar los efectos

desmercantilizadores que, mediante la regulación de la condición salarial y la provisión de servicios sociales universales, había alcanzado el Estado de Bienestar (Offe 1988; Esping Andersen 1993).

El paradigma neoliberal de política social asistencial que describimos se impuso en la Argentina en el marco de los procesos de reforma del estado implementados en los años noventa. Su centralidad fue in crescendo a medida que se hicieron visibles las consecuencias económicas, sociales y políticas del ajuste estructural, que deterioraron abruptamente los niveles de vida, multiplicando sin precedentes los índices de pobreza y desempleo, en particular a partir de la crisis de los años 2001 y 2002.

A continuación, se caracterizarán las nuevas intervenciones gestadas en la crisis, que serán analizadas desde la triple perspectiva de la focalización, la exigencia de condicionalidad y la participación comunitaria, con el objeto de evaluar los alcances de los cambios acaecidos respecto de los postulados del paradigma neoliberal. Más adelante se examinarán las transformaciones operadas por la asistencia en el contexto de la recuperación económico-social y la estabilización política vislumbrada hacia mediados de la década. Luego, se analizarán las implicancias de las iniciativas implementadas en forma reciente por la administración kirchnerista, en especial, la Asignación Universal por Hijo, para finalmente, en el último apartado, extraer las correspondientes conclusiones respecto del interrogante que motiva esta indagación, es decir, el grado de alejamiento de la matriz neoliberal de asistencia.

Desde el punto de vista metodológico, los programas serán considerados teniendo en cuenta las siguientes dimensiones: presupuesto, fuente de financiamiento, características de la prestación, objetivos, destinatarios, requisitos de acceso y condiciones de permanencia y características de su funcionamiento –incluyendo la participación de las organizaciones sociales–, de modo tal de dar cuenta de su evolución en los términos de focalización/desfocalización, condicionalidades y participación sociocomunitaria. Para ello el análisis de los datos relativos a condiciones socioeconómicas, información presupuestaria y marco normativo será complementado con la realización de entrevistas en profundidad a informantes clave, particularmente funcionarios políticos y administrativos nacionales y locales y referentes de organizaciones sociales, tanto de aquellas vinculadas a los movimientos de desocupados como de las tradicionales organizaciones de base territorial comunitaria.

La masificación de la asistencia: entre la focalización y la desfocalización y la paradójica participación de las organizaciones sociales

La profundización de la crisis económico-social de principios de la década originó una nueva ola de conflictividad y movilización social que terminó afectando el sistema político representativo. Los nuevos gobiernos que asumieron, al igual que aquellos que lograron estabilizarse en los niveles subnacionales, pusieron en marcha un conjunto de medidas, mayoritariamente de corte asistencial, destinadas a atender la grave situación social y, al mismo tiempo, contener los efectos deslegitimadores de la crisis. A nivel nacional, la inter-

vención se organizó en torno de un programa de empleo subsidiado –el Plan Nacional de Jefes y Jefas de Hogar Desocupados–, mientras que los niveles provinciales y locales se consagraron a la asistencia alimentaria. En ambos casos, las intervenciones estuvieron signadas por el vínculo tejido con las organizaciones sociales, tanto con las de viejo cuño y largamente vinculadas con los partidos políticos tradicionales, como con los nuevos movimientos sociales, emergentes de las políticas de ajuste estructural de la década previa, cuyo poder de movilización se multiplicaba al tiempo que se agravaba la crisis.

Empezaron a emerger actores sociales, por fuera de los tradicionales y que no había programática, ni dirigentes, ni funcionarios, ni pensadores, que los contenga. Entonces, el estallido fue general". (Testimonio 1, Ex funcionario de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires).

La emergencia y consolidación de nuevos actores acabó por reconfigurar la política social, dada la evidente pérdida de peso de las organizaciones sociales vinculadas con los partidos políticos tradicionales, que largamente habían administrado las estructuras de la asistencia social. Paradójicamente, dichos actores habían sido promovidos por las políticas sociales neoliberales que favorecían la ‘autogestión comunitaria’ (Álvarez Leguizamón 2006):

Si a mí venía el Secretario General del Partido Justicialista de la [circunscripción electoral] veintidós no tenía ningún valor para mí, no representaba nada. En cambio venía el comedor no sé cuánto de la villa dieciocho, sí. Era un actor de verdad. Entonces, efectivamente, no sólo había un discurso en favor de la representación social per se, alejada de la política, sino que además los actores sociales tenían capacidad de resolución. Cosa que no ocurría con los políticos, sin ninguna duda. (Testimonio 2, Ex funcionario de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires).

El Programa Nacional de Jefes y Jefas de Hogar consistía en un subsidio de \$ 150 otorgado a jefes de hogar desempleados con hijos, que podía ser percibido a cambio de la realización de una actividad de contraprestación laboral o terminalidad educativa. El Poder Ejecutivo Nacional se hacía cargo de los pagos de los subsidios, mientras que la selección de los perceptores y la organización de las actividades de contraprestación laboral quedaban a cargo de los municipios, conjuntamente con las organizaciones sociales comunitarias.

Desde el punto de vista cuantitativo, el Programa alcanzó un nivel de masividad inédito –superior a los dos millones de personas–, aún cuando su cobertura de la población pobre distó de ser suficiente. Así, diversos estudios indican que el Plan abarcó a un cuarto de la población pauperizada y a aproximadamente un tercio de los hogares indigentes (Cortés, Groisman y Hoszowki 2002).

La centralidad política alcanzada por el Programa de Jefes y Jefas de Hogar se reflejó en los recursos presupuestarios asignados al rubro ‘acciones del empleo’, desde donde se financiaba el programa, que crecieron 10 veces entre 2001 y 2002 (Ministerio de Economía y Finanzas 2001; 2002).

Los mínimos requisitos exigidos por el Programa –entre los que se contaba la tenencia de hijos a cargo y la situación de desocupación, demostrable a partir de una declaración jurada – aunados al imperativo político de acallar la conflictividad social estuvieron en el origen de esta masificación de la asistencia social sin precedentes (Golbert 2004). Tal amplitud, por su parte, puso en cuestión la posibilidad operativa de controlar los requisitos documentales que garantizaban la selectividad que propugnaban las intervenciones neoliberales clásicas. Lo mismo ocurrió con la verificación del cumplimiento de la contraprestación laboral, que debía ser llevada a cabo en el marco de actividades organizadas por instituciones públicas u organizaciones sociales.

Como resultado de este proceso se evidencia entonces un resquebrajamiento de selectividad, que permitió la inclusión de población pobre, no necesariamente indigente, en el Programa, ya que solo el 57% de los perceptores se encontraba en condiciones de pobreza extrema (Cortés et al 2002). Esta situación condujo a una desfocalización (Andrenacci, Ikei, Mecle y Corvalán 2006), a nuestro juicio parcial y transitoria, que se vio reforzada por el debilitamiento de la exigencia de contraprestación laboral. No obstante, el programa persistió orientado a los hogares pobres en general y, en especial, a las mujeres (Cortés et al 2002). Su número alcanzó valores cercanos al 60%, de las cuales un tercio no se encontraba activa con anterioridad a su inclusión en el Plan (Roca, Schachtel, Behro, y Langieri 2005). Ello contravino lo estipulado por la normativa, que formalmente orientaba la intervención hacia la atención de la población desocupada, favoreciendo la desfocalización.

Desde el punto de vista del impacto del Plan sobre el ingreso de los hogares perceptores, cabe señalar que algunos estudios estiman que su implementación habría implicado una reducción del 27,5% de la cantidad de personas indigentes y del 5,1% de personas pobres (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social 2002). Asimismo, la misma fuente indica que el ingreso de los hogares indigentes se habría incrementado en un 46,4% y los pobres un 16,4%. El reducido impacto sobre la pobreza se vincula con el escaso monto del subsidio transferido. De este modo, más allá de la desfocalización relativa provocada por el relajamiento normativo, la fijación de la prestación en una suma que se encontraba muy por debajo de los mínimos biológicos de reproducción continuó impulsando a la población perceptor a concurrir al mercado de trabajo para completar sus ingresos.¹

Asimismo, los procesos aludidos respecto de la focalización y la contraprestación concluyeron por reconfigurar la relación entre el estado y las organizaciones sociales. Por un lado, si bien estas últimas participaron ampliamente del proceso de inscripción, la masividad de la crisis alentó la inclusión programática de una parte de la población pobre que carecía de vinculación orgánica con éstas. Ello implicó una transformación importante respecto de

¹ Así, según estudios del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (2002), dos tercios de los varones y un tercio de las mujeres beneficiarios desarrollaba actividades laborales precarias e informales.

los programas de empleo subsidiados que, como el Trabajar, precedieron al Jefes y que se habían caracterizado por vehiculizar la asistencia social exclusivamente por medio organizaciones sociales.

Para compensar este desplazamiento parcial, los poderes públicos otorgaron a las organizaciones facultades crecientes en materia de organización de las actividades de contraprestación y relajaron los controles relativos a su efectivo cumplimiento. Asimismo, el mismo imperativo de legitimación permitió que se incluyeran como perceptores a sujetos con diversos grados de vinculación con organizaciones sociales de perfil marcadamente opositor al nuevo gobierno, como los grupos piqueteros de tipo autonomista o trotskista. Ello así, aún cuando estos movimientos sociales no dejaron de ser objeto, al mismo tiempo, de una política represiva tendiente a minar la resistencia social a las políticas de ajuste de la posconvertibilidad.

Ante la crisis, la primera carta fue reforzar la coerción, la respuesta represiva, la intimidación, la patoteada.. Después, lo que pasa que el plan, si bien no fue un plan universal, fue masivo. Ahí se da un salto a los famosos 2 millones de Jefes y Jefas. Entonces, en la masividad, se podían dar el lujo de abrir la convocatoria y abrirla al movimiento también'. (Testimonio 3, referente Movimiento de Trabajadores Desocupados).

En este caso, en mi opinión, lo que predominó no fue la exclusión. Los Intendentes no hicieron de esto solamente los míos. Porque, en realidad, podían entrar todos. Lo más que pueden haber hecho es cargar primero los suyos. Pero no excluyó a nadie, porque se podía seguir inscribiendo. (Testimonio 4, Funcionario Ministerio de Trabajo de la Nación).

El involucramiento de ciertas organizaciones sociales también fue alentado como forma de brindar mayor legitimidad al programa, mediante la creación de los llamados Consejos Consultivos en los diversos niveles institucionales, encauzando la participación en los cánones deseados por el sistema político. Tal participación, sin embargo, fue disímil. Aquellas de perfil más contestatario y autonomista manifestaron resistencias a integrarse a los Consejos, rechazando cualquier intento de cooptación estatal, en oposición a las organizaciones piqueteras más dialoguistas. Otras organizaciones participaron, pero manteniendo los niveles de confrontación, la que se vio ahora exacerbada por la pretensión estatal de controlar la administración de los recursos transferidos a las organizaciones.

Paralelamente, los niveles locales pusieron en marcha programas de asistencia consistentes, mayoritariamente, en transferencia directa de alimentos. Según algunos estudios la importancia de la cobertura de estas intervenciones fue tal que aproximadamente dos tercios de los perceptores del Plan Jefes estaban alcanzados por las mismas (Roca et al 2005). En el caso de la Ciudad de Buenos Aires, que carecía de programas previos de reparto de alimentos a familias, la distribución se canalizó, en casi dos tercios, por intermedio de las organizaciones sociales, tanto 'viejas' como 'nuevas', que seleccionaban a los perceptores y

realizaban las entregas de mercadería. Cabe agregar que la normativa del programa se dictó recién un año más tarde de su puesta en marcha. De este modo, su ejecución se caracterizó por una casi total ausencia de requisitos de acceso y permanencia, es decir, por una desfocalización desde el punto de vista formal. Ello confirió al Programa una masividad también inédita, al alcanzar las 40 mil personas en el año 2002.

No había ninguna posibilidad para meternos en otra discusión que no fuera la puesta en marcha de un programa de esas características: que fuera universal, que fuera de ingreso simple, que fuera de prestación única, que la prestación fuera regular [...]. Había que tomar esa decisión inmediatamente, cosa que hicimos. (Testimonio 1, Ex funcionario de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad).

A mí me parece, fue desordenada y con formas antiguas, pero que se dio bastante respuesta. Es más, siento que se revoleó más comida de la necesaria. Y cuando digo revoleó, digo revoleó. Pero estaba todo el día cortada Avenida de Mayo, todo el día. (Testimonio 5, Ex Legisladora de la Ciudad)

Las transformaciones de la asistencia y sus consecuencias

Las intervenciones asistenciales implementadas durante la crisis se caracterizaron por una desfocalización relativa, que estuvo pragmáticamente orientada, es decir, impulsada por la exigencia de sostener la gobernabilidad y la legitimidad. Tal desfocalización, aún cuando trascendió el mandato neoliberal de atención de la población indigente, distó no obstante de asemejarse a un proceso de universalización, tal como algunos autores han sostenido (Andrenacci, et al 2006). Antes bien, aquello que se observa es el abandono de su carácter reduccionista y, en consecuencia, el paso de una política asistencial gerencial y selectiva a otra de tipo tradicional (Grassi 2003), más discrecional, aunque a niveles ampliados.

Por otra parte, como los montos salariales y de los subsidios y bienes se mantuvieron bajos, el lento crecimiento del empleo no alcanzó a producir mejoras significativas en los indicadores de pobreza, ni menos aún, en la distribución del ingreso (Pautassi, Rossi y Campos 2003), a lo que debe agregarse el impacto causado por la inflación que siguió a la devaluación (Del Bono y Gaitán 2005).

De este modo, la política asistencial continuó con su tinte compensatorio, en este caso, reparatorio de los efectos de la crisis económica y social que siguió a las políticas de ajuste estructural de la década previa. Por ende, no llegó a dotarse de ninguna institucionalidad que la acercara a un sistema de protección de derechos de carácter permanente y universal, manteniéndose siempre lejos de los estándares legales mínimos para garantizar un nivel de vida adecuado (Pautassi et al 2003).

En cuanto a la contraprestación, ella mostró un carácter multifacético. Por un lado, su exigencia normativa expresaba la orientación neoliberal de la política, que enfatizaba la necesidad del cumplimiento de una actividad, como forma de autofocalizar el programa

exclusivamente en los desempleados y garantizar, de ese modo, el libre juego de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo. En un sentido ideológico más amplio, la contraprestación expresaba la persistencia de la concepción según la cual la asistencia social debía ser distribuida exclusivamente entre los pobres que pusiesen de manifiesto su voluntad de trabajar. Este carácter meritocrático entraba, una vez más, en clara colisión con la lógica contractual del ahora desarticulado estado de Bienestar y, aún con los propios postulados del programa que se presentaba retóricamente como un 'derecho de inclusión social'.

Sin embargo, los alcances socioeconómicos de la crisis y la agudización de la conflictividad política diluyeron fácticamente la exigencia de contraprestación, por lo que su cumplimiento fue dispar. Muchas organizaciones se limitaron a una inclusión meramente formal de los perceptores en sus actividades, quienes así se garantizaban la continuidad en el cobro del subsidio. Ello se convertía en un modo de demostrar la capacidad de movilización de las organizaciones y bastaba, de este modo, para acceder a una porción mayor de los recursos públicos, aumentando su ascendencia al interior de los sectores populares. Otras organizaciones, en cambio, impulsaban la realización efectiva de actividades laborales en el marco del plan, de manera que la contraprestación fue resignificada y convertida en la vara que medía el compromiso de los sujetos con la organización. Por otra parte, las responsabilidades delegadas en las organizaciones no hacían sino incrementar su poder de incidencia sobre el sistema político, a la vez que, en el caso de las agrupaciones más orientadas al trabajo productivo y comunitario, la vigencia de la contraprestación fortalecía los vínculos sociales entre dichas organizaciones y sus militantes. Sin embargo, la filiación neoliberal de la obligación de contraprestación conllevó límites en términos de construcción política, al obligar a las organizaciones a adaptarse a las exigencias programáticas derivadas de volverse 'ejecutoras de proyectos'.

La negociación de cuotas de planes, aunque reforzó el poder de condicionamiento de las organizaciones frente al sistema político, siempre se dio en condiciones de subordinación. Su participación dependió siempre de su mayor o menor afinidad político-ideológica con el gobierno y, en términos generales, no alcanzó la definición de los criterios rectores de las intervenciones programáticas.

Asimismo, las características de los planes y su forma de implementación acentuaron la competencia territorial con los históricos liderazgos locales, asociados a los partidos tradicionales. También afectaron la dinámica entre las mismas organizaciones sociales de los sectores populares. Su relación comenzó a estar signada por la competencia interna por el control de los recursos, lo que implicaba una disputa por el acaparamiento de los perceptores de los programas. Ello profundizó la fragmentación del campo popular y, a la postre, favoreció la desmovilización y quebró sus niveles de resistencia.



Finalmente, los bajos montos de los subsidios y la obligación de realizar una contraprestación, aunque no alcanzaron para autofocalizar restrictivamente las intervenciones, tampoco contribuyeron a limitar la vigencia del imperativo remercantizador de la fuerza de trabajo. Ella continuó obligada a recurrir al mercado de trabajo (todavía reducido e informal) para la obtención de los ingresos necesarios mínimos para la reproducción básica de las condiciones de vida, lo que fue favorecido por un magro y precario pero progresivo incremento del empleo, resultante de la recuperación ulterior de la actividad económica.

En los casos en los que la contraprestación efectivamente se cumplió, el tipo de trabajo realizado y su contribución a la formación y capacitación del trabajador siguió siendo exigua. Finalmente, su potencial como herramienta capaz de reconstruir la autoestima individual y colectiva de los trabajadores desocupados siguió dependiendo de las características de la organización que llevaba a cabo la actividad.

Los cambios en el escenario político y la ‘nueva’ política social asistencial

A nivel nacional, la llegada al gobierno del kirchnerismo representó cambios respecto de los lineamientos de política social asistencial sostenidos hasta el momento. Por un lado, la conducción del Ministerio de Desarrollo Social fue encomendada a la hermana del Presidente, Alicia Kirchner, lo que da la pauta de la importancia atribuida al área, que además fue reformulada de modo tal de reunir bajo tres ejes de acción (alimentario, transferencias monetarias y economía social) la pluralidad de programas existentes con anterioridad. No obstante, el Programa de Jefes continuó en la órbita del Ministerio de Trabajo.

Respecto del Plan, la intención del gobierno de Kirchner –al igual que aquella de los últimos tiempos de Duhalde– fue aquella de hacer cumplir las actividades de contraprestación con un propósito múltiple. Por un lado, se sustentaba en la esperanza de favorecer la inclusión socio-productiva de los sectores excluidos. Paralelamente, esta iniciativa permitía tanto aumentar el control sobre las agrupaciones como forma de legitimar el Programa ante los ojos de los organismos internacionales de asistencia para el desarrollo. Finalmente, era una forma de enfrentar a la opinión pública proveniente de los sectores medios, cada vez más alejada de las demandas de los sectores populares, distanciada de las organizaciones sociales y, por ende, refractaria a la intervención estatal de asistencia social. De este modo, el proceso de depuración del Programa, tendiente a reducir el número de perceptores, fue acompañado de una práctica de sistematización de la contraprestación que, sin embargo, se tornó operativa y políticamente inviable. Ello favoreció la adopción de programas de economía social y, más tarde el reemplazo de las actividades laborales por acciones educativas y de capacitación laboral.

La concreción simultánea del otorgamiento del préstamo del Banco Mundial dejó su impronta en la gestión del Jefes de Hogar. Según el organismo, el Programa había permitido tejer una red de asistencia efectiva para contener la crisis, aunque evidenciaba problemas de focalización. De este modo, el otorgamiento del préstamo estaba condicionado a la efectiva

realización de las actividades de contraprestación (World Bank 2002). A la vez, se acordaba con el gobierno argentino una metodología para determinar el monto de las prestaciones, las que debían mantenerse lo suficientemente bajas como para no desalentar la búsqueda de empleo (World Bank 2002).

La necesidad de religar a los perceptores con la actividad laboral también se plasmó en la creación de otra herramienta de intervención, esta vez diseñada localmente y carente de financiamiento externo, como fue el Plan Manos a la Obra. El mismo consistía en subsidios para la compra de maquinaria a organizaciones sociales, a las que además se proveía de asistencia técnica para la presentación de proyectos de economía social y desarrollo local.

Mediante este Programa, el nuevo gobierno creaba un instrumento para financiar las incipientes actividades productivas que se habían multiplicado durante la crisis, impulsadas, en muchos casos, por los propios movimientos sociales. De esta forma, el gobierno buscaba también acercar posiciones con los grupos piqueteros, favoreciendo la cooptación de los más afines, que se completaba mediante la designación de referentes de éstas en áreas gubernamentales. Por otra parte, el acercamiento con las organizaciones sociales permitía contrapesar el poder de la estructura municipal del peronismo bonaerense, todavía ligada al ex Presidente Eduardo Duhalde. En un sentido más amplio, el Plan posibilitaba dar carnadura al discurso de corte productivista sostenido durante la campaña electoral. Así, la intervención estatal receptaba los cambios experimentados los últimos años en la forma de problematizar la cuestión de la falta de empleo, cada vez más asociada, desde la crisis de las reformas neoliberales y el modelo de convertibilidad, a la necesidad de recrear el entramado productivo.

No obstante, la necesidad de proveer ingresos a los sectores populares impulsó a las instancias gubernamentales a financiar actividades productivas de individuos sin vínculos orgánicos con organizaciones sociales. De este modo, el Programa asumió dos modalidades de implementación: una destinada a las organizaciones, particularmente gestionada a nivel nacional y otra, consistente en subsidiar actividades de grupos de individuos asociados para la ocasión, administrada predominantemente por medio de los Municipios. Mientras que en el primer caso, la intervención estatal pivoteaba sobre la trayectoria política y organizativa de los movimientos sociales, en el segundo, la intervención asumía un cariz más tecnocrático, que soslayaba la importancia de los aspectos organizativos implicados en los procesos cooperativos que se buscaba alentar y, en cambio, concebía al programa como una herramienta orientada a la generación de fuentes alternativas de ingresos, especialmente destinada a otorgar mayores recursos de gestión de tipo asistencial a las instancias municipales. Asimismo, la canalización de recursos a los niveles locales operaba como compensación a los intendentes frente a los nuevos liderazgos emergentes en los territorios, mientras que se nacionalizaba la interlocución con los movimientos sociales.

En cuanto a las formas de intervención local, los programas alimentarios de la Ciudad también fueron sometidos a un reordenamiento administrativo mínimo que consistía,



fundamentalmente, en exigir y verificar un mínimo de documentación de los perceptores, sometiendo a mayores controles a las organizaciones sociales que canalizaban recursos del programa. No obstante, ello no se tradujo en la reducción del número de hogares receptores, que por el contrario se multiplicó. Así pues, la desfocalización formal persistió y tampoco se impusieron contraprestaciones ni condicionalidades.

Asimismo, y concluido lo más agudo de la crisis, el gobierno local recuperó la iniciativa –que el estallido social había pospuesto– de poner en marcha un programa de transferencias monetarias directas a familias pobres, las que podrían comprar alimentos en comercios minoristas barriales.

La iniciativa, denominada Vale Ciudad, generó reacciones adversas en algunas organizaciones sociales, que temían la merma en su poder de intermediación. De este modo, la implementación del plan se limitó a algunas áreas geográficas de la Ciudad y se redefinió para contener las demandas de las organizaciones sociales. Más allá de ello, el carácter que asumía la asistencia y la forma en que ésta se organizaba limitaban en parte la discrecionalidad de las organizaciones, pero también de las autoridades en materia de otorgamiento.

La forma de incorporación de los perceptores conllevó la persistencia del cariz deslocalizado –aunque con una cobertura geográfica muy restringida–, puesto que la normativa postulaba como población objetivo del Programa a las familias en situación de vulnerabilidad, sin mayores precisiones técnicas para su identificación y selección. En igual sentido, si bien formalmente se establecieron condicionalidades –siempre de tipo educativo y sanitarias–, la aplicación de sanciones por incumplimiento fue laxa o, directamente, nula.

Recuperación económica, reflujo de la movilización y programas de transferencias condicionadas

Al tiempo que se producía la recuperación relativa de los indicadores socioeconómicos de desempleo y pobreza extrema, y en consonancia con los lineamientos de los organismos financieros internacionales frente a los cuales se tramitaban nuevos préstamos, el gobierno decidió la implementación de dos nuevos programas sociales destinados a suceder al Programa de Jefes de Hogar.

La decisión fue impulsada por la crítica que tanto los organismos financieros internacionales como la Iglesia –de la que se hacían eco los medios masivos de comunicación– profesaban al Programa de Jefes de Hogar. Los bancos sostenían la necesidad de crear una herramienta de tamaño “más manejable” (World Bank 2006: 26), ya que se consideraba que el Plan Jefes se había convertido “el área más crítica de [...] política” (Banco Interamericano de Desarrollo 2005). La Iglesia, por su parte, advertía acerca del mal ejemplo que representaba la ausencia de contraprestación en el Plan de Jefes de Hogar, que no creaba “cultura del trabajo” (La Nación 2005).

En el año 2004 se aprobó la norma por la cual se creaba el Plan Familias. A él debían ser traspasados todos aquellos perceptores del Plan Jefes que, por contar con tres o más

hijos a cargo, eran considerados pobres no empleables. Para los Jefes empleables se preveía la incorporación a planes de formación y capacitación para el empleo. No obstante, la efectiva instrumentación del Plan Familias recién se dio el año siguiente, mientras que el Seguro de Capacitación y Empleo, se puso en marcha en el año 2006, una vez acordados sendos créditos con el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial, respectivamente.

El Plan Familias dependía del Ministerio de Desarrollo Social. Consistía en un subsidio de \$100, más un adicional de \$25 por hijo, hasta alcanzar la suma máxima de \$200, destinado a los perceptores del Jefes que tuviesen tres o más hijos. A cambio, las familias debían acreditar la realización periódica de controles de salud y la escolarización de los niños miembros del hogar. La percepción de la ayuda era compatible con otros ingresos, siempre que los mismos no sobrepasasen el salario mínimo, vital y móvil. Cabe destacar que la titularidad del subsidio era asignada a la mujer, a quien de esta forma se responsabilizaba del cuidado de los hijos.

Con la implementación del Plan Familias, el gobierno nacional incorporó una nueva forma de intervención sobre la cuestión de la pobreza, en consonancia con aquello que acontecía en el contexto regional, basada en la masificación de las transferencias condicionadas para familias pobres. Así, durante los años 2003 a 2008, el Plan Familias-Ingreso para el Desarrollo Humano acaparó entre un sexto y un quinto de los recursos del Ministerio de Desarrollo Social (Ministerio de Economía y Finanzas 2003; 2004; 2005; 2006; 2007; 2008), convirtiéndose en uno de los instrumentos de política más importantes del área. Asimismo, en el año 2008, la cantidad de familias atendidas había ascendido a las 700.000 (Ministerio de Economía y Finanzas 2008).

El financiamiento externo fue acordado con el objeto de “reducir la transmisión intergeneracional de la pobreza a través de la expansión y consolidación de programa de subsidios focalizados en las familias más pobres” (Banco Interamericano de Desarrollo 2005: 1).

Así, el Plan Familias promovía un refuerzo de la focalización, al condicionar los desembolsos del préstamo al cumplimiento de los criterios de elegibilidad y permanencia. También operaban en este sentido, los restantes requisitos acordados con los organismos de asistencia, tales como la bancarización de los pagos efectuados a perceptores, la asunción de una nueva metodología para elegirlos –basada en la generalización de un índice un índice de variables (*proxy means*) para estimar el ingreso que reemplazase la autofocalización propia de la contraprestación laboral, ahora ausente– y la mayor participación de las municipalidades en la administración del Programa (Banco Interamericano de Desarrollo 2005). Estos lineamientos evidenciaban, a la vez, una clara aprobación de lo actuado hasta el momento por las autoridades políticas nacionales, que venían buscando reducir el número de hogares atendidos por el Programa de Jefes.

Como bien indican Calvi y Zibecchi (2006), el lanzamiento del Plan Familias constituyó una estrategia para bajar el nivel de participación de las mujeres –que conformaban el grueso de la población perceptora del Jefes de Hogar–, proponiéndoles la vuelta al encierro

doméstico y asignándoles un rol marcadamente reproductivo. Así, el Plan Familias no requería de la contraprestación laboral sino el cumplimiento de condicionalidades educativo sanitarias, dado que estaba destinado a población considerada no empleable. La ‘población objetivo’ de mujeres inactivas evitaba la generación de “desincentivos importantes al empleo o la formalidad” (Gasparini y Cruces 2008: 8). Ello, aunado a los bajos montos de la transferencia, garantizaba entonces la persistente focalización de los recursos en la población pobre. Asimismo, los limitados montos de las transferencias, que aunque superiores al Jefes seguían siendo exiguos en relación a la canasta básica, explican el escaso impacto del Programa en términos de reversión de la pobreza (Gasparini y Cruces 2008).

Paralelamente, se observa una preocupación por el cumplimiento de las nuevas formas de condicionalidad establecidas para la percepción del subsidio que, como se dijo, dejó de estar asociada al desarrollo de una actividad pseudo laboral. Esta transformación se vinculaba estrechamente a la asunción de que el crecimiento económico no se traducía ya en forma inmediata en mejora en las condiciones de vida, reconociendo implícitamente las limitaciones de la “teoría del derrame”. En su lugar, se reeditaron las nunca abandonadas nociones de capital social y desarrollo humano, cuya “acumulación” por parte de los sectores populares debía favorecerse mediante una focalizada intervención estatal.

Por otra parte, la condicionalidad educativo-sanitaria tenía la virtud de recrear el discurso meritocrático y, de este modo, legitimar socialmente la aplicación de políticas sociales asistenciales, especialmente importante en un contexto de creciente demanda de normalización institucional (Svampa 2008) –sobre la que se basaba la deslegitimación social del accionar de las organizaciones piqueteras– y de resquebrajamiento de los lazos político sociales que se habían incipientemente tejido entre los sectores populares y los sectores medios.

Finalmente, cabe observar que el fin de la contraprestación laboral tenía un atractivo todavía mayor para las áreas gubernamentales: limitar el poder condicionante ejercido por las organizaciones sociales, al disolver las ligazones que la normativa establecía entre el receptor y la agrupación, habilitando la retracción de su participación. Este corrimiento de las organizaciones se completaba mediante la implementación de la bancarización absoluta del cobro del subsidio, que impedía su intermediación.

De esta forma, el acento puesto en la integración social por medio de la producción y el trabajo, alumbró la pretensión de distinguir, al interior de la población pobre, entre quienes se hallaban en condiciones de retornar al mercado de trabajo y los pobres considerados inempleables, lo que resultó acorde con la estrategia de los organismos financieros internacionales. Así, con el lanzamiento del Seguro de Empleo y Capacitación, destinado a absorber la población del Programa de Jefes de Hogar considerada empleable, las autoridades de la cartera laboral enunciaban su voluntad de regresar a la función de promoción de lo que se entendía como una “política activa de empleo”, es decir, una intervención tendiente a actuar por el lado de la oferta de fuerza de trabajo.

El Seguro comenzó su implementación en el año 2006, una vez acordado un préstamo proporcionado por el Banco Mundial, especialmente consagrado al financiamiento de la apertura de las Oficinas de Empleo y al pago de los subsidios de la población que realizase dichas actividades.

El Programa consistía en una asistencia monetaria de carácter no contributivo, destinada a trabajadores desocupados otorgada por un plazo de dos años, que ascendía a la suma de \$225, para luego descender a \$200. A cambio de la percepción, los receptores debían desvincularse del Plan Jefes y llevar a cabo acciones de formación, inserción laboral o autoempleo. A diferencia de su predecesor, el Seguro establecía un límite de 2 años de duración para la percepción del subsidio.

Como es posible observar, la nueva herramienta de intervención también buscó redefinir el rol de los movimientos sociales, que perdían injerencia en la contraprestación. A la vez, la instrumentación de esta herramienta dotaba a los intendentes, de quienes dependerían finalmente las Oficinas de Empleo, de un nuevo recurso político de corte asistencial, del que carecían aquellas agrupaciones que habían ido emergiendo e instituyendo liderazgos locales antagónicos.

El gasto insumido por el Programa se ubicó en torno del 2% del total de lo ejecutado por el Ministerio de Trabajo (Ministerio de Economía y Finanzas 2006; 2007; 2008) y contó con un financiamiento internacional importante, de alrededor de u\$s 350 millones, aportados por el Banco Mundial. Con éste se acordó que los progresivos desembolsos estarían sujetos al grado de cumplimiento de las metas y condiciones establecidas, entre ellas, la descentralización municipal del programa y la efectiva cumplimentación de las actividades de contraprestación (World Bank 2006).

Al año 2009, el Programa contaba con algo más de 93.000 perceptores y se habían producido ya más de 71.000 bajas, de las cuales solo el 20% se había incorporado al empleo formal, mientras que dos tercios de los beneficiarios se habían desvinculado como resultado del cese del Convenio (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social 2009). Para el mismo período, sin embargo, más de 383.000 personas continuaban en el Programa de Jefes de Hogar (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social 2009). Tales cifras permiten inferir la existencia de dificultades para operativizar el traspaso de los perceptores de un Programa a otro, debido a la resistencia de la población a incorporarse a un plan que, a diferencia del precedente, aún cuando proporcionase un ingreso levemente superior, tenía una limitación temporal.

Si bien la normativa de este Programa se tornó más flexible que la de sus predecesores –autorizando la compatibilidad de ciertos ingresos monetarios e incorporando la posibilidad de realizar actividades de autoempleo–, el Programa representó el regreso a los criterios de focalización y contraprestación laboral. La vigencia de ciertos principios rectores neoliberales se observa en la reducción del universo de perceptores, el límite temporal para la vigencia de la prestación y el establecimiento un monto de subsidio que alentaba la participación de la fuerza de trabajo en el mercado laboral, todo lo cual, sin embargo, no

bastó para incidir significativamente en el problema del empleo. A ello debe agregarse que la debilidad política heredada –que la recuperación económica solo resolvió parcialmente– motivó el incumplimiento de la normativa, provocando prórrogas en la prestación y, por otro lado, favoreciendo el establecimiento de programas que actuaban como mecanismos alternativos de provisión de legitimidad –pero con menor nivel de visibilidad–, en particular, el Programa de Empleo Comunitario. El mismo había sido creado en el contexto de la crisis y tenía similares características que el Jefes de Hogar, aunque con menor cantidad de requisitos de acceso. Las exiguas exigencias permitían la incorporación de población con necesidades y características disímiles, lo que favorecería también su utilización discrecional por parte de las instancias municipales y, en ocasiones, directamente, por el estado nacional, que había tomado en sus manos la interlocución con las organizaciones sociales afines pero enfrentadas con los liderazgos territoriales tradicionales.

Paralelamente, la desarticulación del Jefes de Hogar fue acompañada de una reformulación del Programa Manos a la Obra, producida desde el año 2005, cuando el Ministerio de Desarrollo Social definió la necesidad de enmarcar las acciones del programa en Proyectos Integrales de Desarrollo Regional. Los mismos debían surgir de la Mesa Local de Actores, integrada por organizaciones de la sociedad civil, que debía definir la problemática de la economía social en la región y priorizar los proyectos de acuerdo a su perfil socioproductivo.

La reformulación del Programa buscaba mejorar la definición técnica de los proyectos, estableciendo metas, objetivos y nuevos circuitos administrativos de aprobación. Ello implicaba el establecimiento de una nueva dinámica los proyectos productivos que resultaban de asociaciones individuales, a los que se buscaba religar con lo que se definía como necesidades productivas de cada localidad, ya que se observaban falencias en la gestión del Programa, particularmente en su versión “individual”, que tendía a *forzar el asociativismo*.²

Asimismo, el Plan suponía la pretensión de enmarcar en un formato más técnico la relación con las organizaciones sociales, dentro de las cuales seguían siendo beneficiadas aquellas más afines al gobierno, que accedían con mayor facilidad al presupuesto disponible. Por otra parte, el fortalecimiento de las instancias locales de gestión conllevaba una mayor descentralización de la ejecución de la política, lo que conduciría a una creciente injerencia de los municipios. Ello se encontraba en línea con el pensamiento por entonces hegemónico en materia de política social asistencial y, además, ayudaba a consolidar una estructura política de tipo territorial.

No obstante, el funcionamiento efectivo de las Mesas locales de actores no condujo a una participación masiva de las organizaciones sociales y la elaboración de los Proyectos de

² El término corresponde a dos entrevistados (Testimonios 6 y 7), ambos funcionarios del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

Integración asumió un carácter marcadamente administrativo. Luego, más allá de la pretensión de mayor institucionalización, el Programa continuó denotando evidentes dificultades en materia de capacidades de gestión que obstaculizaban el monitoreo y la supervisión de los proyectos, lo que complotaba contra el seguimiento esperado de metas y objetivos.

En los niveles locales, por su parte, se observa a partir del año 2005 una progresiva transformación de los programas de distribución de bienes alimenticios –que se habían instrumentado al calor de la crisis de 2001– en programas de transferencias monetarias condicionadas, lo que tampoco produjo rechazos sociales masivos.

En la Ciudad de Buenos Aires, este proceso coincidió con el lanzamiento del Programa de Ciudadanía Porteña– Con todo derecho, originariamente denominado ‘Indigencia Cero’ que consistía una transferencia monetaria a familias pobres mediante la utilización de una tarjeta magnética a ser empleada exclusivamente en compra de alimentos por parte de familias vulnerables residentes en toda la Ciudad, siempre a cambio del cumplimiento de condicionalidades educativo-sanitarias. La bancarización del programa garantizaba su generalización territorial, ampliando en forma inédita los niveles de cobertura.

La denominación del programa así como la estrategia comunicacional seguida para su implementación apuntaban a presentarlo como un derecho universal. La apelación a la ‘ciudadanía’ buscaba distanciarlo de las prácticas clientelares tradicionalmente asociadas a los programas sociales asistenciales y, comparado con sus predecesores, su extensa escala prestacional favorecía dicha forma de visualización.

Sin embargo, lejos de la universalidad, la nueva herramienta de intervención sobre la pobreza representó un reforzamiento de los criterios de focalización. Aunque los niveles prestacionales permanecieron altos, tendieron a disminuir con relación a los de la crisis, como resultado de la extensión de los requisitos y aplicación de los ‘tests de no pobreza’. Finalmente, el condicionamiento de los ingresos a la realización de los operativos de inscripción clausuraba el programa, sujetándolo a una modalidad tecnocrática y gerencial de implementación que, a su vez, buscaba legitimarlo frente a los sectores medios urbanos.

La *ascepcía*³ pregonada desde el programa –como así también por los planes nacionales– denota cambios en los sentidos atribuidos a la política social asistencial y sus herramientas características de acción sobre la pobreza bajo el período. Una vez finalizada la crisis, la política social no solo buscó contener socialmente la conflictividad emergente de los sectores populares sino que al mismo tiempo persiguió la aceptación de las capas sociales más acomodadas, que demandaban normalidad institucional y se volvían crecientemente detractoras, tanto de las nuevas formas de manifestación y organización que había prohijado la crisis, como de las propias intervenciones estatales destinadas a atender la cuestión de la pobreza.

3 El término corresponde a un entrevistado (Testimonio 8, Coordinador de Programa, Ministerio de Desarrollo Social de la Ciudad).

La crisis financiera internacional y el nuevo escenario político: ¿camino alternativo para la política social asistencial?

El triunfo electoral de Cristina Kirchner no supuso en lo inmediato mayores transformaciones de la política social asistencial. Durante el primer año y medio de gestión, signado por el enfrentamiento con los productores agropecuarios y con los sectores medios urbanos, la política asistencial permaneció atada a la necesidad de continuar el proceso de desarticulación del Programa Nacional de Jefes de Hogar. De este modo, siguieron en sus puestos las autoridades ministeriales de Trabajo y Desarrollo Social y también persistió la práctica de designar como funcionarios políticos a los referentes de algunas organizaciones piqueteras afines al gobierno. Asimismo, tampoco se crearon nuevos programas asistenciales de alcance masivo ni se transformaron sustancialmente los existentes, mientras que los montos de los subsidios permanecieron bajos, aún pese a los reajustes parciales, que nunca alcanzaron para compensar la pérdida de poder adquisitivo que producía la inflación.

Las transformaciones más importantes recién ocurrieron como resultado de la derrota electoral que sufrió en gobierno a mediados del año 2009 –que alcanzó a históricos bastiones peronistas del Conurbano Bonaerense– y pueden ser explicados como anuncios tendientes a ampliar los alcances de la asistencia –en un contexto de crisis mundial–, pero también recuperar la iniciativa política, rearmar la estructura territorial y fortalecer las bases de legitimación del gobierno.

El Programa Argentina Trabaja, normado en agosto de 2009, consiste en un subsidio (bancarizado) de aproximadamente \$1.200 pesos por persona que, por medio de su integración a una cooperativa de trabajo, debe participar de la realización de alguna obra de infraestructura social de baja y mediana complejidad en barrios carenciados. Los perceptores deben ser personas sin ingresos familiares formales ni prestaciones jubilatorias, ni estar incluidas en programas sociales, pudiendo acceder, no obstante, a la Asignación Universal por Hijo, que fue la segunda iniciativa digna de mención gestada durante el período. Además de la remuneración mensual, los perceptores reciben una capacitación que incluye, entre otras cuestiones, el desarrollo de tópicos relacionados con el cooperativismo. Finalmente, los receptores cuentan con aportes jubilatorios y obra social para ellos y su grupo familiar.

Según su definición formal, el Programa se implementa en los territorios con mayor índice de Necesidades Básicas Insatisfechas, la tasa de desocupación y la capacidad logística del ente ejecutor, aunque en los hechos, el mismo se lleva adelante especialmente en el Conurbano Bonaerense y unas pocas provincias del interior. Las obras públicas a realizarse deben ser planificadas por las intendencias –en conjunción con el Ministerio de Planificación de la Nación–, que también deben inscribir a los postulantes, mientras que el gobierno nacional queda a cargo del financiamiento, la capacitación y la supervisión del Programa. De este modo, la selección de los perceptores recae en los municipios, que deciden quienes pasan a integrar las cooperativas, formalizadas luego por el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social.

El plan también contribuye al fortalecimiento de las instancias municipales, con el objeto de afianzar una construcción territorial en crisis provocada a la derrota electoral del oficialismo. Fue éste el origen del rechazo que se generó entre las organizaciones sociales no afines al gobierno, cuyos miembros no fueron incluidos por las administraciones locales como perceptores del Programa. Ello indujo la movilización conjunta de organizaciones sociales que habían asumido estrategias políticas divergentes en los años posteriores a la crisis y experimentado grados diversos de acercamiento con el gobierno nacional. La participación de dirigentes piqueteros aliados con el oficialismo hizo crujir, una vez más, la histórica puja entre los grupos piqueteros afines al gobierno y el resto de la estructura político-territorial del peronismo.

Como consecuencia de la movilización social, las autoridades nacionales decidieron la reformulación del Programa, de modo tal de incorporar como perceptores a los sectores sociales vinculados a las organizaciones sociales no contenidas por las estructuras municipales. De este modo, se lanzó la denominada ‘etapa provincial’, que consiste en la realización de obras de refacción y construcción en tierras del estado provincial, localizadas pero no sujetas a la administración de los intendentes del Conurbano Bonaerense. Así, esta nueva herramienta, al igual que otras, termina bifurcándose e instituyéndose en formas de intervención diferenciada sobre la población pobre: una, destinada a atender a la población social y políticamente organizada –con interlocuciones establecida con el gobierno nacional– y otra, conformada por individuos aislados, sin lazos sociales de compromiso mutuo históricamente contruidos, gerenciada desde el nivel municipal.

No puede dejar de observarse que el monto de los subsidios, aunque todavía debajo de la Canasta Básica Alimentaria, es sustancialmente más alto que aquel del resto de las prestaciones vigentes y que su percepción se acompaña de ciertos beneficios propios de la seguridad social, tales como el descuento jubilatorio y la cobertura de salud. Sin embargo, la nueva herramienta consiste en un programa de empleo subsidiado, con similares características a los programas de este tipo imperantes en la década de los noventa. La verificación de la asistencia del trabajador ‘cooperativista’, su baja eventual y la realización de cruces con sistemas de información tributaria y social redundan en el fortalecimiento del criterio de focalización. Por otro lado, el Programa induce el retorno de la contraprestación laboral que, una vez más, consiste en la realización de obras de mantenimiento urbano a un bajo costo y sin requerir ni proveer extensas calificaciones a los trabajadores. Finalmente, las cooperativas no establecen el plan de trabajos, no fijan su modalidad de integración ni tampoco la disposición y la forma de utilización de los medios de producción. Tampoco preexisten temporalmente al programa, a excepción de aquellas que corresponden a los movimientos sociales, incorporados a la ‘etapa provincial’, por lo que las tareas gubernamentales de organización cooperativa no garantizan la superación de la atomización que caracteriza el acceso individual al Plan.



Sin embargo, la nueva apertura a las organizaciones sociales supone la reversión parcial de la tendencia inaugurada a mediados de la década cuando, al calor de la recuperación y el declive de la movilización popular, se orientó la intervención estatal en el sentido de minimizar su poder condicionante.

Allá [por las organizaciones sociales] hay un conocimiento de organización. [...]. Ellos ya tienen la idea, la historia de venir trabajando en organizaciones sociales, cosa que no te pasa en la municipal. En la municipal, hay personas sueltas... que recién está pudiéndose identificar con un nombre, con un grupo, que no están siempre juntos, que no tienen un espacio físico propio. [...]. Una vez que la persona está en la cooperativa, que se llama Jauretche, Cooperativa Pirulo, nosotros, desde el programa, empezamos a trabajar [informando] qué es una cooperativa, qué significa trabajar en cooperativas, todo lo que tiene que ver con el cooperativismo [...]. Se empieza a dar información a la persona, porque la persona está ahí, parado, diciendo: '¿Una cooperativa...?'. No se identifica. Entonces vos le tenés que entrar a dar información. (Testimonio 9, Asesor Ministerio de Desarrollo Social de la Nación).

De este modo, el Programa buscó acercarse a parte de los sectores populares extremadamente vulnerables que se habían ido quedando al margen de las políticas asistenciales, en virtud de su lento pero progresivo achicamiento de cobertura. Asimismo, el Programa pretendía recrear lazos de reconocimiento entre esta población y el estado, promoviendo una organización colectiva, aunque limitada, desde el poder estatal, con el objeto de revertir la desafección política de los sectores populares evidenciada en la derrota electoral de 2009. Una vez más, la necesidad de recrear dicho vínculo con los sectores populares era presentada bajo el molde de la economía social y el cooperativismo, habida cuenta de la creciente ascendencia de los movimientos sociales que signó la crisis –nunca totalmente eclipsada– y, por ende, de la creciente legitimidad ganada por la retórica política vinculada con el cooperativismo.

Otra de las iniciativas digna de mención es la aprobación de la llamada Asignación Universal por Hijo, lanzada también con posterioridad a la derrota electoral y formalizada hacia fines de año por Decreto del Poder Ejecutivo. Consiste en una prestación monetaria no retributiva otorgada a uno de los padres de niños menores a 18 años o discapacitados de cualquier edad que no perciban asignación familiar y se encuentren desocupados o se desempeñen en la economía informal, percibiendo un ingreso inferior al salario mínimo, vital y móvil. Cinco es el tope de asignaciones que puede recibir cada hogar, para cuya percepción se debe acreditar la realización de controles sanitarios, la vacunación y la escolaridad de los niños. El Programa es implementado a través de la Administración Nacional de la Seguridad Social y financiado con recursos del sistema previsional, incluyendo aquellos emergentes de la estatización de las Administradoras de Fondos de Pensión y Jubilación.

El lanzamiento de esta iniciativa también está orientado a concitar legitimación social, ampliando la cobertura de la política social a los sectores de extrema pobreza. En este caso, se trata de una herramienta con características visiblemente menos clientelares, dado

que presupone la ausencia de intermediarios, lo que favorece, al tiempo, la aceptación de la iniciativa por parte de los sectores medios y altos de la población.

La institucionalización del subsidio implicó, por parte, del gobierno, la recuperación de una demanda formulada por diversas organizaciones sociales y políticas desde fines de los noventa, respecto de la necesidad de implementar una política de ingreso ciudadano de carácter universal, como aquella que fuera elaborada por la Central de Trabajadores Argentinos. Por ello, el lanzamiento de la Asignación conllevó reposicionamientos en el arco opositor, de modo que quienes habían promovido iniciativas de ingreso se debatieron entre el cuestionamiento de la Asignación por no ser propiamente universal y carecer de relación con una amplia reforma tributaria y, por otro lado, la dificultad de ejercer la crítica, habida cuenta de la legitimidad que alcanzó la iniciativa, considerada como superadora de los mecanismos de intervención previos.

No obstante, cabe señalar la Asignación Universal por Hijo presenta particularidades auspiciosas respecto de los restantes programas de transferencias de ingreso generalizados luego de la crisis (Lo Vuolo 2009) y, consecuentemente, respecto del formato asumido por las políticas asistenciales. En particular, la definición de la población destinataria desvinculada de la condición de pobreza y reemplazada por la situación de desempleo o informalidad, conjuntamente con la referencia al salario mínimo, vital y móvil, limitan el carácter discrecional de la focalización y le restan selectividad al programa.

De esta forma, pese a no ser universal, el programa permite una expansión importante del número de perceptores, que alcanza a más de 3 millones y medio de niños (Ministerio de Economía y Finanzas Públicas 2009; Agis, Cañete y Panigo, D. 2010; Roca 2010^a; Roca 2010b), es decir, casi el doble de los que eran abarcados por el Plan Familias. Por otra parte, el Programa aumenta el monto de las transferencias lo que explica su potencial impacto positivo en términos de reducción de los niveles de pobreza y, en especial, de indigencia. Si bien no se cuenta con estudios de impacto, las estimaciones estadísticas realizadas permiten suponer que con la implementación de la Asignación Universal por Hijo, el ingreso de los hogares pobres ascendería de \$295 a \$538 y aquel de los pobres, de \$801 a \$1035. Ello implicaría una reducción de más de un quinto de la pobreza y aproximadamente la mitad de los indigentes, contribuyendo a la disminución de la brecha entre los ingresos de los diversos deciles de población (Roca 2010a y Roca 2010b).

Asimismo, el Programa cuenta con un presupuesto anual de 1.650 millones de dólares y es aquel que, al interior del contexto latinoamericano, insume el mayor porcentaje del Producto Bruto Interno (058%) y transfiere mayores montos a los perceptores (Ministerio de Economía y Finanzas Públicas 2009).

No obstante, el Programa presenta conceptualmente problemas de focalización, habida cuenta de la dificultad que surge para determinar la condición de desocupado de los postulantes al beneficio. También resulta problemática la identificación de la población que trabaja en la economía informal que debe ser atendida por el programa, una de cuyas difi-

cultades más notorias radica en la imposibilidad de fiscalizar su nivel de remuneración. Como consecuencia de la ausencia de universalización, las diferentes formas en que los miembros del hogar se declaren o no pueden inducir exclusiones del subsidio, dejando fuera de él a grupos familiares que perciben ingresos apenas superiores al salario mínimo vital y móvil, frente a otras familias con ingresos no declarados y que se registren como desempleadas. Todo ello genera mayor segmentación de la población atendida por las instituciones públicas y no contribuye a combate del empleo informal (Lo Vuolo 2009).

En cuanto a la condicionalidad para la percepción de la asignación, otra de las críticas que ha recibido el programa consiste en que su incumplimiento acarrea la suspensión del subsidio, lo que termina perjudicando a los niños y niñas, en lugar de a los adultos, es decir, a la población cuyo bienestar se intenta promover. A juicio de algunos autores, ello denota la persistencia de un enfoque ‘asistencial-represivo’ de política social (Lo Vuolo 2009).

Comparativamente, el monto de las transferencias de la asignación Universal es todavía menor a aquellas efectuadas por ciertos programas locales. Así, el promedio transferido por la Asignación Universal es de \$ 266 (Roca 2010a; Roca 2010b) contra los \$ 373 que el Programa Ciudadanía Porteña ya traspasaba en 2009 (Ministerio de Desarrollo Social de la Ciudad 2009). No obstante, la nueva forma de definir la población objetivo, los modos de verificación de los requisitos de acceso y permanencia y el acceso de carácter continuo, permiten afirmar que la Asignación Universal, aún continuando con los lineamientos de los programas de transferencias condicionadas, alcanza una cobertura inédita y resulta una iniciativa superadora de las precedentes, que todavía persisten ligados a una focalización crecientemente selectiva. En consecuencia, puede afirmarse que la crisis de las políticas neoliberales y el deterioro económico social que las mismas generaron, parecen haber impedido a los sectores conservadores trabar la implementación de la Asignación. A ello debe agregarse la siempre efectiva apelación al binomio madre-hijo como justificación de la intervención social del estado.

Conclusiones

De lo acontecido desde la ocurrencia de la crisis hasta la fecha, es posible identificar distintas etapas en la gestión de la política social asistencial argentina, destinada a atender a los sujetos nula o escasamente integrados por la vía del mercado de trabajo, cuyo número creció sin pausa desde la aplicación de las políticas de ajuste estructural de los noventa y se instituyó en el núcleo duro de la pobreza. Cada etapa presenta en mayor o menor grado de acercamiento con el paradigma neoliberal de asistencia social.

En un primer momento, que va desde el estallido de fines de 2001 hasta la recuperación económica de los años 2004 y 2005, la política social asistencial se encuentra fundamentalmente articulada en torno de los programas nacionales de empleo subsidiado y los planes locales de naturaleza alimentaria. Ambas intervenciones se han caracterizado por su masividad, en oposición a la selectividad propia de los programas focalizados de los noven-

ta, como resultado del imperativo político de acallar rápidamente la conflictividad social emergente.

Más allá de la puesta en cuestión de los principios rectores de la focalización y la contraprestación, el cariz neoliberal de la asistencia persistió. En este sentido, los programas, continuaron siendo herramientas de intervención transitorias y discrecionales, en lugar de articularse como derechos sociales, y nunca dejaron de ser equivalentes a mínimos biológicos de reproducción. Así, los bajos montos de los subsidios buscaron instrumentar una asistencia lo suficientemente amplia como para acallar la conflictividad social, pero a la vez lo bastante baja como para no afectar la dinámica del mercado de trabajo desregulado. Por esta misma razón, el imperativo remercantilizador de la fuerza de trabajo, aún en un contexto de crisis del empleo, continuó prevaleciendo. Por último, también persistió la política de inclusión subordinada de las organizaciones sociales. Sin embargo, mucho más masiva que en la década precedente y caracterizada por la participación de organizaciones más confrontativas, esta práctica produjo el efecto no querido de condicionar el funcionamiento del sistema político, que debió recostarse en la negociación con las organizaciones como forma de contrarrestar su creciente debilidad y lograr estabilizarse. Pero, pese a la magnitud de los recursos canalizados por su intermedio, la participación de los movimientos sociales no dejó de asumir un rol marginal respecto de lineamientos decisivos de la intervención pública asistencial.

Asimismo, aunque la implementación de programas de economía social buscó alentar el desarrollo productivo, estas intervenciones siguieron siendo marginales en el conjunto de la política social y permanecieron subordinadas a la dinámica de la política asistencial de atención de la pobreza. Así, se instituyeron, ante todo, en mínimas fuentes de provisión sustituta del ingreso y pretendieron contribuir al acercamiento de las organizaciones sociales como modo de desarticular la protesta social. Más aún, el lema de la economía social buscó revincular a sujetos y grupos con la realización de algún tipo de actividad productivo-laboral, mayoritariamente de escasa calificación –que también signó el devenir del resto de los programas masivos de empleo subsidiado–, por lo que no escapó a los lineamientos de los noventa.

La estrategia de revinculación con la actividad productivo laboral evidenció prontamente sus límites y exigió ser completada con una política de descomposición del universo de perceptores del Jefes de Hogar, para luego diseñar herramientas de intervención específicas para los considerados inempleables –respecto de los cuales se intentó un retorno al encierro doméstico– de los empleables, sobre los cuales continuó primando, una vez más, el imperativo de la focalización vía contraprestación y bajo monto de los subsidios. De esta forma, los programas de transferencias condicionadas –tanto nacionales como locales– que se impusieron durante este período, en parte merced a la asistencia financiera internacional, tampoco afectaron la dinámica del mercado de trabajo, por lo que carecieron efectos desmercantilizadores sustantivos. Por el contrario, el bajo monto de los subsidios continuó

obligando a la población económicamente activa de los hogares perceptores, ya parcialmente desvinculada de las organizaciones para la obtención de la asistencia, a redoblar su empeño en la búsqueda de trabajo –y formas alternativas de subsistencia– como forma de completar sus magros ingresos.

En consecuencia, los programas propios de la segunda etapa continuaron denotando un carácter transitorio, compensatorio y relativamente más selectivo, aún cuando las todavía vigentes consecuencias sociales de la crisis, impidieron la emergencia de condiciones políticas favorables para operar la desactivación de la cobertura básica masiva. Pese a tal insuficiencia, la nueva situación económica, social y política sí permitió la reconversión de los programas de transferencias de bienes en mecanismos individuales de transferencia. El reflujo de la movilización que produjo la recuperación económica iniciada a mediados de la década, conjuntamente con la persistencia de la amplia cobertura del Jefes de Hogar –aunque devaluado en su poder adquisitivo– complicó la resistencia de las organizaciones y promovió su desplazamiento relativo de la intermediación. La persistencia de la cobertura ampliada implicó una presencia estatal más activa en la satisfacción de las necesidades básicas de la población más pobre, aunque, a nuestro juicio, resultó insuficiente para configurar una nueva matriz de bienestar como argumentan otros autores (Mizra, Lorenzelli y Bango 2010).

Antes bien, las nuevas formas de intervención deberían ser contextualizadas en el marco de la denominada de la Segunda Reforma del Estado, promovida desde mediados de la década de los noventa por los organismos internacionales de crédito y asistencia al desarrollo. Éstos alentaron la implementación de políticas de intervención estatal más activa como modo de garantizar la continuidad de las reformas neoliberales, adaptando el paradigma dominante a las nuevas condiciones económicas, políticas y sociales impuestas por la crisis, que había provocado la necesidad de afianzar la gobernabilidad. En materia de política social, dichas intervenciones se materializaron en programas de transferencias monetarias –focalizadas y condicionadas– que, según algunos autores, dieron lugar a una etapa de neoliberalismo inclusivo (Ruckert 2009; Craig y Cotterell 2007).

Sin embargo, esta readaptación del neoliberalismo preconizada por los organismos internacionales contó con condiciones de recepción particulares en el caso argentino, que redundaron en una complejización de la propia matriz neoliberal de intervención social. Ello así ya que la financiación externa de los nuevos programas, aunque sujeta al cumplimiento de requisitos de focalización y contraprestación, no pudo ser acompañada de otro tipo de exigencias, tales como la continuidad de políticas privatizadoras⁴ que, por el contrario, encontraron un freno a manos de las nuevas autoridades políticas. Por otra parte, aún cuando los programas asistenciales locales más destacados del período siguieron priorizando el desarrollo del capital humano de los niños, en línea con lo preconizado por los organis-

4 Tal fue el caso de las exigencias contenidas en los programas sociales asistenciales implementados en América Central (Ruckert 2009).

mos, en forma paralela el gobierno nacional desarrolló una política de ampliación de las prestaciones del sistema previsional (Danani y Hintze 2010) que, entre otras cuestiones, favoreció la cobertura de los adultos mayores que, habiendo sido excluidos del mercado de trabajo, se habían visto imposibilitados de realizar los aportes necesarios para obtener su jubilación.

Estos lineamientos de política, parcialmente anclados en la adhesión al imperativo remercantilizador de la fuerza de trabajo, se mantuvieron relativamente invariables durante la última etapa del gobierno de Néstor Kirchner y los primeros años de la presidencia de Cristina Fernández, hasta la inauguración de una nueva coyuntura política con la derrota oficialista en los comicios de mediados del año 2009. La misma motivó el lanzamiento de dos programas, claramente orientados a retomar la iniciativa política y, en especial, recuperar las bases electorales perdidas, en particular, en el Conurbano Bonaerense, dando respuesta a la progresiva pérdida de poder adquisitivo del ingreso, provocada por la inflación.

El primer programa de esta tercera etapa reprodujo los lineamientos básicos de los planes de empleo subsidiados generalizados en la década de los noventa, en especial, su configuración discrecional, destinada a rearmar una estructura político-territorial. Ello supone una vuelta sobre sus pasos de la política pública, luego de haber promovido el desplazamiento de la participación de las organizaciones sociales. No obstante, el Programa se distingue por el incremento del monto de las transferencias, que alcanza valores cercanos – aunque levemente menores – a los de la Canasta Básica Alimentaria y por la inclusión de ciertos beneficios sociales para los trabajadores, por lo que estas intervenciones, en comparación con los noventa, introducen algunos criterios orientados a asegurar a la población que accede a estos empleos subsidiados precarios. Por otro lado, se observa una nueva forma estatal de legitimar la intervención social del estado, que no alcanza ya a justificarse únicamente mediante los requisitos de orden meritocrático asociados a la pobreza, tan característicos de este tipo de planes. La asistencia debe, por tanto, arroparse del discurso de la economía social, heredado de la crisis, aún cuando la apelación al cooperativismo resulta más bien una práctica retórica antes que real.

No obstante, la escasa cobertura de este tipo de intervenciones, que exigen contraprestación, limita las posibilidades de asir a buena parte de la población que permanece en la pobreza y, consecuentemente, también restringen las posibilidades de capitalización político-electoral de la asistencia. La necesidad de contar con otro tipo de instrumentos – además, más aceptados por las capas altas y medias – contribuyó a la implementación de la Asignación Universal.

Entre sus rasgos se destacan el incremento del monto de las transferencias y una nueva forma de establecer la población cubierta por la asignación, determinada por la condición de desocupación o informalidad laboral. Sin embargo, a nuestro entender, esta nueva forma de delimitar la ‘población objetivo’ constituye una transformación importante pero parcial. Si bien esta modalidad de asir el universo de perceptores resulta menos discrecional

que los llamados ‘test de no pobreza’, que se instituyeron como instrumentos privilegiados para seleccionar a la población en el marco de los programas de transferencias generalizados durante los últimos años, el subsidio sigue estando focalizado en la población considerada pobre o vulnerable, de modo que la apelación al salario mínimo vital y móvil es más bien un nuevo indicador de la condición de vulnerabilidad. Asimismo, debe destacarse que la Asignación subsume al resto de los Programas, al obligar a los perceptores que se incorporan a renunciar a la mayor parte de la asistencia alimentaria que recibían. Ello implica que parte de su extensa cobertura se debe a la incorporación de quienes ya eran perceptores de otros planes de transferencias. Finalmente, al tinte focalizado que el programa conserva, se suma la persistente exigencia de cumplimentar con las condicionalidades que, por lo demás, asumen un carácter punitivo.

Asimismo, su financiamiento proveniente de los recursos aportados por el sistema provisional, implica privilegiar a la población más joven en detrimento de los adultos mayores. Resulta atendible entonces la advertencia según la cual

Esta opción generacional es absolutamente funcional a una política social que privilegia el subsidio a la formación de la fuerza de trabajo que favorece a los capitalistas pero que penaliza a la fuerza laboral que deja de ser necesaria para la valorización del capital. La confrontación entre grupos de pobres (en este caso, entre niñez y ancianidad) también es consistente con las recomendaciones de organismos internacionales con idearios afines al Consenso de Washington (Lo Vuolo 2009).

Aunque de naturaleza focalizada, debe ponderarse favorablemente la mayor institucionalización como derecho social que asume la Asignación –que también limita la discrecionalidad–. Ello permite afirmar que, aunque el programa no sea universal y persista orientado a la población pobre, su selectividad potencial es menor que aquella de los restantes programas de transferencia de ingreso. Finalmente, esta mayor perdurabilidad del Plan también radica en su forma de financiamiento que, pese a actuar en detrimento de otras poblaciones, se basa fundamentalmente en recursos nacionales, cuya disponibilidad presupuestaria, sin embargo, no está todavía asegurada en el mediano y largo plazo (Danani y Hintze 2010).

De este modo, consideramos que la Asignación Universal representa un punto de inflexión en materia de asistencia social, que permite considerarla como una forma de intervención asistencial de carácter híbrida, que combina una persistente –aunque menor– focalización con elementos que promueven una mayor protección de los sujetos asistidos. En un sentido, resulta todavía proporcionalmente más abarcativa de la población pobre que las políticas de empleo subsidiado que se gestaron en el contexto de la crisis, por lo que su impacto potencial respecto de la reducción de la indigencia es destacable. Asimismo, aún cuando las prestaciones implementadas no superen los mínimos biológicos de reproducción, esta iniciativa ha contribuido a catapultar al estado como responsable de la provisión de los mínimos de subsistencia, en detrimento de la delegación de responsabilidades que,

sobre el mercado, la comunidad y la familia, impulsaba el neoliberalismo. Por último, su gerenciamiento por intermedio del sistema de seguridad social ha dotado a la prestación de mayor institucionalidad, contribuyendo a poner en cuestión la transitoriedad propia de la asistencia neoliberal.

Así, podemos entender que la iniciativa de la Asignación Universal no solo ha complejizado el paradigma de la asistencia neoliberal, sino que ha contribuido a su propia hibridación. De este modo, aún cuando no estén claros sus efectos en términos de remercantilización/desmercantilización de la fuerza de trabajo y pese a la persistente asistencialización de la política social, es dable concluir que la asistencia –entendida como aquel sector de la política social destinado a atender a los sujetos excluidos del mercado de trabajo– ha experimentado un proceso de creciente institucionalización y aseguración, que excede su tradicional carácter compensatorio y residual, que fuera profundizado por el neoliberalismo.

La evolución futura del Programa, no solo en términos de cantidad de perceptores sino de montos transferidos a las familias, permitirá dimensionar –en base a análisis de impacto y no ya de estimaciones potenciales– sus efectos sobre el ingreso de los hogares y, consecuentemente, sobre la dinámica del mercado de trabajo. De igual modo, su contribución a la mejora de la distribución del ingreso y su continuidad temporal nos autorizará, sobre bases más sólidas, a concluir si se inclina hacia una matriz compensatoria o, por el contrario, se instituye en un aporte vital para la construcción de los consensos necesarios en torno de un proyecto político y una matriz de estado alternativa a la neoliberal.

Bibliografía

- Agis, Emmanuel, Carlos Cañete y Demian Panigo. 2010. “El impacto de la asignación universal por Hijo en la Argentina”. Obtenido 12 de diciembre de 2010. http://www.ceil-piette.gov.ar/docpub/documentos/AUH_en_Argentina.pdf.
- Álvarez Leguizamón, Sonia. 2006. “La invención del desarrollo social en la Argentina: historia de ‘opciones preferenciales por los pobres’”. Pp. 81-124 en *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*, compilado por L. Andrenacci, Buenos Aires, Editorial Prometeo – Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Andrenacci, Luciano. 2001. “La política social de los gobiernos locales en la región metropolitana de Buenos Aires”, Trabajo presentado en el VI Congreso Internacional del Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo, noviembre, Buenos Aires.

Andrenacci, Luciano, Lidia Ikei, Elina Mecle y Alejandra Corvalán. 2006. “La Argentina de pié y en paz: acerca del Plan Jefes y jefas de Hogar Desocupados y el modelo de política social de la Argentina contemporánea”. Pp. 181-211 en *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*, compilado por L. Andrenacci, Buenos Aires, Editorial Prometeo – Universidad Nacional de General Sarmiento.

Banco Interamericano de Desarrollo. 2005. Argentina. *Apoyo al Programa Familias (AR-L1006). Propuesta de préstamo*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.

Calvi, Gabriel y Carla Zibecchi. 2006. “¿Epitafio del Plan Jefes de Hogar o una nueva reorientación de la política social? Evaluando algunos de los escenarios posibles ante la consolidación del Plan Familias”, en revista *Laboratorio/n line*, VII (19), obtenido el 4 de enero de 2009. http://laboratorio.fsoc.uba.ar/textos/19_4.htm.

Cortés, Rosalía; Fernando Groisman y Augusto y Hoszowki, Augusto. 2002. “Transiciones ocupacionales: el caso del Plan Jefes”, en *Revista Realidad Económica* 202: Pp. 1-17.

Craig, David y Gery Cotterell. 2007. “Periodizing Neoliberalism?”, en *Policy and Politics* 35: Pp. 497-514.

Danani, Claudia. 1996. “Algunas precisiones sobre la política social como campo de estudio y la noción de población-objeto”. Pp. 21-38 en *Políticas sociales. Contribución al debate teórico-metodológico*, organizado por Susana Hintze, Buenos Aires, CEA/UBA.

——— 2009. “La gestión de la política social: un intento de aportar a su problematización”. Pp. 25-51 en *Gestión de la política social. Conceptos y herramientas*, organizado por Magdalena Chiara y Mercedes Di Virgilio, Buenos Aires, Prometeo – UNGS.

Danani, Claudia y Susana Hintze. 2010. “Reformas y contrarreformas de la protección social: la Seguridad Social en la Argentina en la Primera Década del Siglo”, en *Revista Reflexión Política* 24: Pp. 18-29.

Del Bono, Cecilia y Flavio Gaitán. 2005. “Garantizar ingresos o empleo: un dilema de las políticas sociales y laborales de la política argentina posconvertibilidad”, ponencia presentada en el 7º Congreso Nacional de la Asociación Argentina de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, agosto.

Esping-Andersen, Gosta. 1993. *Los tres mundos del estado de bienestar*, España, Edicions Alfons El Magnanim.

Gasparini, Leonardo y Guillermo Cruces. 2008. “Programas Sociales en Argentina. Alternativas para una ampliación de la cobertura”, Documento de trabajo N° 77, Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales, La Plata.

Golbert, Laura. 2004. *¿Derecho a la inclusión o paz social? Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

Grassi, Estela. 2003. *Políticas y problemas sociales en la Sociedad neoliberal. La otra década infame*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

Harvey, David. 2005. *Breve historia del Neoliberalismo*, Madrid, Akal.

Jessop, Bob. 2002. *El futuro del estado capitalista*, Madrid, Catarata.

——— 2003: *From Thatcherism from new labour: Neoliberalism, workfarism, and Labour market regulation*, Obtenido junio de 2009. <http://www.lancs.ac.uk/fass/sociology/papers/jessop-from-thatcherism-to-new-labour.pdf>

- La Nación. 2005. "Critican el Plan Jefes y jefas de Hogar", La Nación. 28 de Junio de 2005. Obtenido el 15 de febrero de 2010. http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=713638.
- Lo Vuolo, Rubén. 2009. "Asignación por hijo", Serie Análisis de Coyuntura N°21. Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas. Buenos Aires.
- Ministerio de Desarrollo Social. 2009. *Monitoreo del Programa Ciudadanía Porteña*. Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Social de la Ciudad.
- Ministerio de Economía y Finanzas Públicas. 2001. *Cuenta de Inversión Año 2001*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2002. *Cuenta de Inversión Año 2002*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2003. *Cuenta de Inversión Año 2003*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2004. *Cuenta de Inversión Año 2004*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2005. *Cuenta de Inversión Año 2005*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2006. *Cuenta de Inversión Año 2006*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2007. *Cuenta de Inversión Año 2007*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2008. *Cuenta de Inversión Año 2008*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- 2009. *Nota Técnica N° 23. Asignación Universal por Hijo*. Buenos Aires: Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación.
- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. 2002.: *Impacto del Plan Jefes y Jefas de Hogar en la Pobreza*. Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación, Secretaría de Empleo Dirección General de Estudios y Formulación de Políticas de Empleo.
- 2009.: "Solicitud de Información sobre programas de empleo". Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación, Dirección Nacional de Promoción del Empleo.
- Mizra, Cristian, Marcos Lorenzelli y Julio Bango (2010): *¿Es posible un nuevo Estado de Bienestar en América Latina? La reconfiguración de las matrices de bienestar en América Latina*. Fundación Carolina-CeALCI, Madrid.
- O'Donnell, Guillermo. 1984. "Apuntes para una teoría del Estado". Pp 199-248 en *Teoría de la burocracia estatal*, compilado por Oscar Oszlak, Buenos Aires, Paidós.
- Offe, Claus. 1988. *Contradicciones en el estado del Bienestar*, México, Alianza.
- Pautassi, Laura; Julieta Rossi y Luis Campos. 2003. "Plan Jefes: ¿Derecho social o beneficio sin derechos?", presentado en el 6° Congreso de la Asociación de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, agosto.
- Roca, Emilia. 2010 a. Asignación Universal por Hijo para la protección social. Asociación Argentina de Políticas Sociales. Obtenido 12 de diciembre de 2010. http://aaps.org.ar/dev/pdf/jornadas_aaps_web.pdf

----- 2010 b. “De la Sociedad de beneficencia a la Asignación Universal”. Universidad Nacional de General Sarmiento. Obtenido 23 de septiembre de 2010. http://www.ungs.edu.ar/areas/ciclo_debate_bibl_panel_2/n/biblioteca-multimedia-panel-2-.html.

Roca, Emilia; Lila Schachtel, Fabián Behro, y Marcelo Langieri. 2005. “Resultados de la segunda evaluación del Programa Jefes de Hogar e inserción laboral de los beneficiarios en empleos registrados”, presentado en 7º Congreso Nacional de la Asociación de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, Agosto.

Ruckert, Arne. 2009. “Periodizing Neoliberal Development Policy: From destructive ‘Roll Back’ and Constructive ‘Roll Out’ to Inclusive Neoliberalism”, ponencia presentada en The 81th Annual Convention of the Canadian Political Science Association, mayo.

Soldano, Daniela y Luciano Andrenacci. 2006. “Aproximación a las teorías de la política social a partir del caso argentino”. Pp. 17-79 en *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*, compilado por L. Andrenacci, Buenos Aires, Editorial Prometeo – Universidad Nacional de General Sarmiento.

Svampa, Maristella. 2008. *Cambio de Época*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

World Bank. 2002. *Project Appraisal Document on a proposed loan in the amount of u\$s 600 million to the Argentine Republic for a Heads of Household Transition project. Report N°23710-AR*, Washington D.C: World Bank.

----- 2006. *Project Appraisal Document on a proposed loan in the amount of u\$s 350 million to the Argentine Republic for a Heads of Household Transition project. Report N°32463*, Washington D.C: World Bank.

Estado, sociedad civil y gubernamentalidad neoliberal

Susana Murillo

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Resumen

El artículo, a partir de un rastreo documental, plantea la centralidad del sujeto como objeto del arte neoliberal de gobierno, y más específicamente el deseo como aquello que debe ser moldeado y conducido. Se conforma así un nuevo modo de gestionar la cuestión social, construyendo al individuo y sus intereses en objeto y sujeto de gobierno. Para ello se indagan diversas estrategias discursivas: a) la teoría subjetiva del valor en textos de Carl Menger, los fundamentos de la teoría de la acción humana de Ludwig von Mises y vínculos de esta teoría con la fenomenología husserliana, así como el ingreso de esos conceptos en Argentina; b) los posibles puntos de la Doctrina Social de la Iglesia que pueden, en su polivalencia táctica, haber sido colonizados desde el discurso neoliberal; c) las vinculaciones de la racionalidad neoliberal con el pragmatismo, conductismo y neoconductismo; d) Finalmente aborda la relación de estas diversas estrategias discursivas con la teoría del capital humano.

Palabras clave: gobierno; sujeto; acción humana; cuestión social; neoliberalismo.

Abstract

Based on the analysis of different documents, this article emphasizes on the relevance of subjects as the target of neoliberal government, and more specifically, of “desire” as what must be shaped and conducted. This defines a new way of managing the “social question”, conforming individuals and their interests both in subjects and objects of government. The article looks into various discursive strategies: (a) the subjective theory of value in Carl Menger, the foundations of the theory of human action in Ludwig von Mises and its links with Husserl’s phenomenology and the emergence of these concepts in Argentina; (b) possible utterances of the Social Doctrine which, because of their tactical versatility, may have been colonized by neoliberal discourse; (c) the liaisons between neoliberal rationality and pragmatism, behaviorism and neobehaviorists; (d) finally, we discuss the relationship of these various discursive strategies with human capital theory.

Keywords: Government; subject; human action; social question; neoliberalism.

Introducción: pensar en términos de gubernamentalidad

Pensar en términos de gubernamentalidad impulsa a desubstancializar procesos e instituciones. En este texto cuando decimos “gubernamentalidad” nos referimos a un complejo de tácticas-técnicas que desde diversos dispositivos se despliegan sobre los cuerpos individuales y colectivos y que tienen como efectos la construcción y la autoconstitución de sujetos en base a normas e ideales. La gubernamentalidad, expresión que combina gobierno y mentalidad, nos indica un sendero: el de que el poder anida en nuestras relaciones, pero también en eso que llamamos el “yo”. Éste se gobierna o conduce a sí mismo, no es una mera marioneta sino un ensamblaje de prácticas en las que elementos imaginarios y elecciones concientes se articulan y remiten al propio deseo e ideales que nunca son ajenos a la propia cultura. El concepto de gubernamentalidad posee la riqueza de intentar articular las líneas de fuerza políticamente trazadas a través de diversos dispositivos, entre ellos el Estado, con los procesos de subjetivación en los que el yo se conforma en base a ideales.

Gubernamentalidad alude al ensamblaje de procesos objetivos y subjetivos, vincula racionalidades políticas y procesos de subjetivación.¹ (Foucault, 1990: 48), (Foucault: 1981), (Foucault: 1986) (Foucault, 1987) y (Foucault, 1999).

El Estado, en esta clave de sentidos es sólo el efecto de un conjunto de dispositivos o un complejo de dispositivos, que, entre otros, ejerce el gobierno de los sujetos colectivos e individuales. (Foucault, 2007)

La historia del gobierno de los sujetos entendida como conjuntos de prácticas discursivas y extradiscursivas podemos pensarla tan antigua como la historia humana, dado que es imposible pensar en la condición humana sin asumir la existencia de normas e ideales que configuren y autoconfiguren sus modos de ser en el mundo.

No obstante, esta historia tiene una profunda inflexión o mutación a partir del nacimiento de los Estados territoriales que gestaron la razón de Estado en los albores de la modernidad (Foucault, 2006). Razón de Estado que desplegó su soberanía sobre nuestra América desde fines de siglo XV utilizando tanto la violencia directa sobre los cuerpos como la violencia simbólica que obturó y reconfiguró las especificidades culturales de nuestros pueblos.²

Ahora bien, las prácticas de muerte ligadas a esa razón de Estado vinculada a la “invención de Europa” (Dussel, 2000), gestaron reflexiones que dieron a luz durante el siglo XVIII nuevas tecnologías de gobierno (Foucault, 2007). En ellas, la muerte y la amenaza de

1 Esta interpretación del concepto de gubernamentalidad (concepto debatido y polifónico, por cierto) se desprende de la lectura de algunos trabajos de Michel Foucault, fundamentalmente *Historia de la sexualidad* Tomos II y III, “Tecnologías del yo” (p. 48) publicado en *Tecnologías del yo y otros textos* y “La gubernamentalidad” (1981) publicada en *Espacios de poder*. Esta manera de analizar el concepto fue presentada por nosotros en 1996, (Murillo, 1996: 114 y ss.), si bien, entonces cometimos el error de leer “gubernamentalité” como “governabilidad”. Agradecemos a Pablo de Marinis habernos mostrado el error de nuestra traducción.

2 En rigor de verdad el concepto de “Razón de Estado” fue introducido por diplomáticos franceses tras la paz de Westfalia en 1648. En ese tratado la palabra aludía, en términos fácticos, al intento francés de oponerse a la idea española y del Sacro Imperio de construir o reconstruir un imperio cristiano. La “Razón de Estado” francesa por su parte, oponía a esa estrategia, la de consolidar estados territoriales autónomos. Esta última posición fue la que triunfó tras la paz de Westfalia. En esa correlación de fuerzas, “Razón de Estado” refiere a la necesidad de construir estados territoriales sólidos ante el exterior y en lo interno; lo cual implicaba la creación de una policía capaz de conocer y sofocar levantamientos de diverso tipo (internos y externos) y la construcción de un ejército y una armada capaz de extender la dominación de esos Estados hacia las nuevas colonias. Es en esa clave que, aun cuando el uso de tal término antes de 1648 no es adecuado según los registros históricos, nos tomamos la licencia de utilizar el término “Razón de Estado” para aplicarlo al modo de ejercer el poder en Nuestra América ya desde fines de siglo XV por parte de los Estados español y portugués, dado que ellos tenían no sólo una policía organizada, sino un territorio delimitado y habían hecho sentir su sólida máquina de muerte a partir de la conquista de América desde 1492.

muerte desplegadas en la violencia directa de la Razón de Estado no desaparecieron sino que se ocultaron y ocultan tras la conformación del ideal de libertad individual, concepto que es un componente fundamental en el imaginario que sostiene a la gubernamentalidad liberal y neoliberal, definidas éstas de maneras diversas desde Rousseau hasta Menger, Inaudi, von Mises o Gary Becker.

Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo.

El nacimiento de la biopolítica se inscribe en esa matriz de gobierno conocida como “liberalismo”. En este trabajo adoptamos el punto de vista de Foucault quien sostiene que sólo es posible pensar en la biopolítica como una tecnología de gobierno de las poblaciones a partir de la emergencia de “ese régimen gubernamental denominado ‘liberalismo’” (Foucault, 2007: 41). En esta perspectiva la biopolítica nace como una tecnología propia de un arte de gobernar centrado en la administración de la vida de las poblaciones (y no olvidemos que la categoría “población” es de reciente data, apenas poco más de dos siglos). Esto supone que en su diseño fueron fundamentales tres elementos: *un funcionariado de Estado* que debía *construir a la población* y controlarla en sus vaivenes; una *ciencia* que se presumía neutral y avalorativa pero que estaba basada en un supuesto metafísico: la idea de *naturaleza*, y en particular la de naturaleza humana y *una técnica*, la *estadística* que se ensambló hasta constituir la *demografía*, que a través de presuntas mediciones objetivas ofreciese instrumentos para conocer e intervenir sobre la supuesta *naturaleza* de las poblaciones. Esta tecnología biopolítica generaba los modelos necesarios para normalizar a las poblaciones en dispositivos disciplinarios a partir de ciertos modelos en función de los mínimos y máximos deseables y tolerables de orden y desorden en cada sociedad.³

Es una hipótesis de este trabajo que la biopolítica se ha transformado a partir de la emergencia del *arte neoliberal de gobierno*, el cual se presenta como una forma más refinada de gubernamentalidad de las poblaciones, en tanto ella se enfoca en perfeccionar como nunca antes en la historia *el autogobierno de los sujetos* y todo ello, sin poder evitar completamente la presencia de comandos que fuercen a tal actitud. No estamos sosteniendo que la violencia directa haya desaparecido, tampoco que ya no exista la biopolítica en el sentido en que ella se desplegó durante la sociedad industrial. Sólo afirmamos que han emergido nuevas formas, más sutiles y diversas para las que es menester pensar un nombre que aún no es

3 En este trabajo interpretamos el concepto de “dispositivos de poder”, tal como es planteado por Foucault en *Seguridad, Territorio y Población* en un sentido análogo al que da a “Biopolítica” en otros textos (Foucault, 1999). En esa clave de análisis, nos parece sumamente sugerente la articulación que postula entre los dispositivos de seguridad (que en nuestra lectura son el despliegue de la biopolítica) y los procesos de normalización/normación de las poblaciones en dispositivos disciplinarios, tal como es presentada en *Seguridad, Territorio y Población*, p. 77/78, texto en el que se replantea el lugar y la función de las disciplinas en algunos de sus aspectos.

claro. No es nuestro interés hacer ningún análisis de “autor”, sólo expondremos algunos esbozos de esta nueva forma de gubernamentalidad partiendo de la lectura de algunos pensadores clásicos del arte neoliberal de gobierno, pero centrando la mirada desde Argentina, dado que nadie puede pensar fuera de sus propias raíces y dado que el neoliberalismo como gubernamentalidad tiene, por definición propia, modos diversos en diversas regiones.

La irrupción en la escena pública del neoliberalismo en Europa y en varios países de Latinoamérica se manifiesta a mediados de 1970. Desde entonces ocurre, entre otros aspectos, una modificación en las racionalidades políticas de gobierno de las poblaciones. Esto implica una mutación en el rol y significados otorgados al Estado, al mercado, la sociedad civil y con ello, los procesos de subjetivación.

La teoría subjetiva del valor

Ahora bien, aun cuando en la década de los '70 el neoliberalismo haya comenzado a tornarse hegemónico de manera visible, sus comienzos pueden hurgarse desde fines de siglo XIX, particularmente a partir de los trabajos de Carl Menger en Austria. Es por ello que en este trabajo utilizaremos a veces los términos “bloqueo” y “desbloqueo”. Con estos términos aludimos al hecho muy frecuente, que consiste en que una racionalidad política tiene unos comienzos en el tiempo pero, otras, por condiciones histórico-concretas limitan o bloquean su despliegue; sin embargo en otro momento condiciones diversas posibilitan su difusión o en otras palabras su “desbloqueo”. El marginalismo tal como fue planteado por Menger en 1871 (en medio de los conflictos obreros que culminaron con la Comuna de París) fue retomado por otros pensadores neoliberales. La estrategia marginalista parte de la idea de que el hombre individual es un ser activo, cuyo rasgo fundamental es la *libertad individual*. En esta clave rechaza la teoría objetiva del valor tal como fue proclamada por los clásicos, teoría según la cual la riqueza de las naciones radica en el trabajo. Por el contrario, Menger y otros, parten de la denominada *teoría subjetiva del valor*, cuyos antecedentes nos llevan hasta el siglo XIII cuando el franciscano Pedro Juan Olivi postuló que el valor descansaba en el trípode: *apetencia, utilidad y escasez*. La *apetencia* que el bien suscita en el *consumidor* es fundamental para establecer el precio. Olivi promovió la teoría subjetiva del valor, opuesta a la teoría objetiva que tiene sus inicios en Aristóteles y que fue seguida por San Alberto Magno quien había distinguido valor de uso y cambio y sostenía el valor del cambio en el costo de la mano de obra y la materia prima, ideas que inspiraron la teoría objetiva del valor presente en los economistas clásicos. La teoría subjetiva del valor, retomada en el siglo de Oro español por renombrados jesuitas sostiene que *la estimación subjetiva de los hombres determina el valor de las cosas*. Sobre esta clave analítica el marginalismo austriaco afirmó que el valor de un bien depende de la “utilidad” que tenga para diversos sujetos (von Mises, 1968: 164; Menger, 1976), otros neoliberales como Luigi Inaudi, en base a otras consideraciones, dirán que se trata de la “demanda” (Inaudi, 1968: 85), pero esta utilidad o esta

demanda no depende sólo de las características objetivas del bien sino fundamentalmente de las *preferencias subjetivas* que son variables con la historia.⁴ La teoría subjetiva del valor tiene un punto central a ser considerado: el acento puesto en *el deseo subjetivo*. El deseo como bien ha mostrado el psicoanálisis (cuyos aportes agradece von Mises en su libro *La Acción Humana*) es un movimiento que no tiene fin, el deseo, por definición no se completa nunca, o en todo caso su completud es sinónimo de la muerte. La reinención de Menger permitirá poner el acento en la *subjetividad*, en el *deseo* y desde ahí en el *consumo*; lo importante es que correrá la mirada de la economía política hacia el incentivo de las acciones individuales en la búsqueda de saciar los propios apetitos y con ello en las pasiones y las emociones. Movimientos que caracterizarán a todos los sujetos como activos constructores del propio destino. *La subjetividad, en síntesis, pasa a ser un elemento central de este nuevo modo de gobierno de los sujetos; deseo subjetivo desde el que se articulan lógicas de gobierno de las poblaciones*. El moldeamiento del deseo permite abolir la distancia entre anatomopolítica y biopolítica. Permite reemplazar la disciplina por la vidriera del *shopping*, el maestro por el modelo o el conductor televisivo y al colectivo escolar o laboral por el aislamiento ante la computadora, el celular o el televisor. En esta clave, cada sujeto debe aprender a modelar sus propias apetencias, desplegadas en la conducción adecuada de las propias conductas, de modo acorde a estos modelos ideales a fin de obtener aquello que el infinito deseo solicita sin cesar.

Las reflexiones propuestas por Menger acerca de la teoría subjetiva del valor en 1871, no son un conjunto de ideas aisladas o una mera ocurrencia subjetiva, sus textos se escriben en un tiempo en el cual las preocupaciones por el *orden* en diversos campos: político, laboral, de la palabra y de las conductas en general producen la emergencia de diversos saberes que, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, procuran generar lo que podríamos llamar una *higiene del pensamiento*, al tiempo que una revisión de la moral en términos de guiar las conductas hacia el interés individual. Ésta es la tarea que emprendió entre otros el *pragmatismo*, liderado por Peirce, William James y John Dewey quienes centraron su objetivo en conducir los pensamientos de modo que estos fuesen reglas prácticas para actuar de manera adecuada a los “hechos”. Esta perspectiva intenta guiar a las conductas más allá de toda metafísica. Pero, como ya había insinuado el viejo Comte, “metafísico” era, en estas estrategias discursivas, todo pensamiento o acción fantasmal que al recorrer el mundo intentase alterar el orden (Comte, 1984: 36); algo análogo planteaba entre nosotros tempranamente Juan Bautista Alberdi (1981: 18). En esa clave de análisis, el pensamiento “verda-

4 No estamos postulando una continuidad lineal entre las idas de Aristóteles, Santo Tomás y los clásicos Smith y Ricardo. Tampoco entre Olivi, los jesuitas del Siglo de Oro español, Menger y von Mises, sólo rastreamos algunos elementos comunes, aunque en este trabajo no podemos exponer las diferencias por evidentes razones de espacio.

dero” es aquél que evita tal desmesura metafísica y muestra sus efectos prácticos a partir de que la acción sea ajustada a lo “que nos conviene” (James, 1985: 81); el objetivo, en suma, nos dice James es “la acción y el poder” (1985 : 64).

En una clave análoga, la emergencia a comienzos del siglo XX del *conductismo* liderado por John Watson y luego seguido por el *neoconductismo* de Skinner o la Escuela de Palo Alto en California encabezada por Bateson y Waszlawick, serán otras estrategias discursivas y extradiscursivas que complementan a la teoría subjetiva del valor a partir del análisis de las motivaciones de las conductas y de la comunicación humanas. En esas perspectivas, la clave de la conducta sana será la conducta “adaptada” a los hechos; al tiempo que la ejecución de diversas “terapias conductuales” “conducirán” a las conductas (si se nos permite la desagradable combinación de sonidos) a reconocer los hechos adecuados. Costado que fortalecerá, paralelamente, el despliegue de la publicidad y la propaganda que tiene en EEUU y Europa importantes antecedentes ya en el siglo XIX, pero que se profundiza a comienzos del siglo XX. Este proceso comenzará progresivamente a *encaminar el deseo* y vendrá a robustecer aquella teoría subjetiva del valor centrada en la idea de consumo.

Sin embargo, el acceso al consumo no fue un fenómeno mayoritario a comienzos del siglo XX, la crisis económica de 1929 da cuenta de ello, los planes keynesianos remediaron, aunque con claves diversas esta falta, al menos en algunos territorios del planeta. Pero ya entonces, cuando el keynesianismo emergía, la escuela austríaca proseguía la labor de Menger a través entre otros de von Mises quien se transformaría a la vez en el contacto fundamental con el liberalismo norteamericano.

Desembarco neoliberal en Argentina

La gubernamentalidad neoliberal se visibiliza recién en la década de 1970, pero según han probado las investigaciones de Ana Grondona (2011) en Argentina, las estrategias que la constituyen desembarcan mucho antes en América Latina. En Argentina, las ideas neoliberales fueron tempranamente incorporadas por el mismo von Mises quien fue invitado, según nos dice su esposa Margrit (1979), en Junio de 1959 por el *Centro De Difusión de la Economía Libre*(1959). El pensador dio cinco conferencias que se desarrollaron en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA . Al decir de la señora de von Mises, su esposo pudo hablar con libertad contra el fascismo y el comunismo, libertad poco común, pues según afirmaba ella, en otras parte del mundo esto hubiese implicado ser llevado preso, afirmación nada inocente, sino que indica que a su juicio para la década del '50 dominaban diversos tipos de Estado entre los que no había diferencias: todos ellos eran totalitarios o autoritarios por ser estados planificadores. La señora agregaba que las ideas del señor von Mises, (entre las que se marcaba la crítica al ex presidente argentino Juan Perón, a quien, siguiendo el modo neoliberal de pensar lo político, se calificaba de dictador que había destruido a la república) fueron muy bien comprendidas por los estudiantes, precisamente porque, según ella eran legos en temas de liberalismo y habitaban un ignoto territorio del sur

donde las ideas más avanzadas no llegaban fácilmente. El modo en que la señora se refiere a los habitantes del cono sur, recuerda a los textos en los que se habla del buen salvaje. De modo que para poder ser comprendida por ellos, que poco sabían de libertad, nos advierte la señora, el ilustre pensador austriaco usó un lenguaje sencillo. El tono y el contenido de sus palabras indican que poco sabían los esposos von Mises de la historia del cono sur y sus avatares por la libertad y en relación con el liberalismo.

Esta gubernamentalidad, que daba sus primeros pasos académicos en 1959, lo hacía precisamente cuando el Estado argentino comenzaba a reformarse tomando algunos principios neoliberales. En 1958 asume en Argentina el presidente Frondizi, caracterizado como *desarrollista*, pero cuyo *desarrollismo* se caracterizó por recurrir principalmente a la radiación de empresas multinacionales, antes que al Estado, como factor de impulso del desarrollo industrial.⁵ El año 1958, nos dice Dora Orlansky, marcó un hito de transformación en el sector público. Durante el gobierno del Presidente Frondizi (1958-1962) se presentó un plan de racionalización administrativa destinado a reorganizar la estructura orgánica y funcional de la administración nacional, a evitar el exceso de personal, a facilitar su adecuada distribución y su capacitación. (Orlansky, 2001). Entre otros aspectos en 1958 se había puesto en marcha el llamado *Plan Larkin* que a instancias del Banco Mundial y con el objetivo de favorecer el transporte privado automotor, paulatinamente comenzaría a dismantelar a la Empresa estatal *Ferrocarriles Argentinos* que articulaba el sistema ferroviario más grande América Latina, proceso que culminaría con su total desestructuración y privatización con el gobierno neoliberal de los años '90. También ese año, el Estado concretó la vigencia del artículo 28 del decreto 6403/55, que había sido promovido por el ministro de Educación Atilio Dell'Oro Maini (conservador de afiliación católica). Este decreto autorizaba el funcio-

5 La política desplegada a partir de 1958 por Frondizi centró el financiamiento de la capacidad productiva en el ingreso masivo de capital extranjero y “en un aumento de la tasa interna de ahorro a través de la traslación de ingresos desde los sectores populares a los grupos de altos ingresos(...) En diciembre de 1958, se firmó un acuerdo de *stand by* con el Fondo Monetario Internacional, dentro de los estrictos términos en que este organismo conducía sus operaciones en América latina en esa época” (Ferrer, 1980: 240-1). Entre los efectos de esta política se contaron: la cancelación de financiamientos hipotecarios para viviendas, la restricción del déficit del Banco Central, la eliminación de la mayoría de los controles de precios que quedaban pendientes desde el gobierno peronista, una fuerte devaluación del peso, una dura política salarial y la disolución de toda vinculación entre ajustes salariales e incrementos del costo de vida. Al mismo tiempo se tomaron una serie de medidas respecto del capital extranjero, en diciembre de 1958 se aprobó una ley de inversiones extranjeras que les daba el mismo trato que a las nacionales, se firmaron contratos petroleros, al tiempo que se tomaban créditos para reconstruir las reservas del Banco Central. La entrada de capital extranjero estuvo vinculada al financiamiento de la importación de bienes de capital y de fondos líquidos de corto plazo. Al mismo tiempo, dado que las exportaciones fueron muy bajas, durante todo el gobierno de Frondizi la balanza comercial sufrió un profundo déficit (Ferrer, 1980 : 240-243).

namiento de universidades privadas para expedir títulos habilitantes (aunque algunas era aún inexistentes, sólo estaban en proyecto).

No obstante, los primeros pasos de la gubernamentalidad neoliberal tuvieron diversos tropiezos en Argentina, revueltas estudiantiles y de trabajadores contra las medidas, generaron finalmente el llamado plan Conintes, que colocaba a los huelguistas a disposición de autoridades militares. En Argentina existían y existen una serie de valores encarnados en parte de su población que otorgan valor al Estado como agente de planificación y construcción de protecciones sociales.

98

La Doctrina Social de la Iglesia: la polivalencia táctica de los discursos

Pero al mismo tiempo la estrategia discursiva neoliberal, pudo avanzar colonizando algunos aspectos de la cultura del Cono Sur, entre ellos, algunos conceptos de la Doctrina Social de la Iglesia Católica, institución de gran influencia en buena parte de la población argentina. La Doctrina Social de la Iglesia ha sido leída en diversas claves por diversos grupos y se ha vinculado así a estrategias bien diversas en distintas materias. No estamos postulando aquí que haya una única lectura de la misma, ni una única lógica de pensamiento que de ella se haya desprendido o se desprenda, sólo intentamos mostrar algunos rasgos que fueron colonizados por el pensamiento neoliberal.

La iglesia había criticado tanto al liberalismo clásico, por su indiferencia ante la humanidad de los trabajadores, como al socialismo y al comunismo entre otras cosas por su ateísmo, su olvido de la trascendencia humana y su objetivo de abolir la propiedad privada (*Rerum Novarum*). La doctrina Social de la Iglesia está expresada en diversos documentos como la encíclica *Rerum Novarum* de 1891, o la del *Quadragesimo Anno* de 1931; esta última había sido redactada por un jesuita, miembro del grupo de la escuela austriaca fundadora del neoliberalismo alemán al cual pertenecía el mismo von Mises. La doctrina de la Iglesia había planteado el grave problema de la cuestión social y proponía un plan que partía fundamentalmente de la libertad individual y la necesidad de una profunda reforma de las costumbres y las instituciones. La iglesia era clara en sus afirmaciones: el conflicto social, dice, no puede eliminarse totalmente, dado que los patronos y los trabajadores deben necesariamente existir, pero sí puede limarse; para ello, tanto trabajadores como patronos deberían hacerse mutuamente responsables, de modo que más que enemigos se transformasen en socios (*Quadragesimo Anno*). Este punto fue asumido sin dilaciones por los neoliberales argentinos. La Doctrina Social de la Iglesia exhortaba no sólo a multiplicar las obras de caridad, sino a la conformación de nuevas instituciones, mediante las cuales los sacerdotes, los empresarios, los obreros, los artesanos, los agricultores y los asalariados de toda índole se prestaran mutuo auxilio y ayuda (*Quadragesimo Anno*). La Doctrina sostenía que la excesiva “acumulación de poder y de recursos, nota casi característica de la economía contemporánea, es el fruto natural de la limitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido sólo los más poderosos” (*Quadragesimo Anno*: 26). De modo que en base a la

libertad individual, la libertad en materia económica pasaba a ser un ingrediente importante *en una posible lectura* de la Doctrina Social de la Iglesia. En cuanto al Estado, se proponía que éste lograra una administración propicia para que de ella “brote *espontáneamente* la prosperidad, tanto de la sociedad como de los individuos” (*Rerum Novarum*: 11). Obsérvese que la idea es que tal prosperidad debe brotar “espontáneamente”, punto que podría inhabilitar la intervención del Estado en materia de planificación económica. También afirmaba refiriéndose a las atribuciones del Estado que «Dios dejó la delimitación de las posesiones privadas a la industria de los individuos y a las instituciones de los pueblos” (*Rerum Novarum*: 3). El Estado debe ofrecer sólo un marco para poner a salvo la común utilidad de todos, pero es contrario al derecho natural que el Estado grave con impuestos excesivos la propiedad privada ya que ésta es un derecho natural del hombre y el “hombre es anterior al Estado” (*Quadragesimo Anno*: 13). No queremos decir con esto que todos los católicos hayan compartido o compartan la idea de un Estado prescindente, de hecho la Constitución argentina de 1949 ponía el acento en la labor del Estado en la planificación social y económica y en los derechos de los trabajadores y esa Constitución tenía en buena medida inspiración en la misma Doctrina Social de la Iglesia. Sólo marcamos la línea argumental tal como queda plasmada en los documentos, pues ella, como todo discurso, tiene una polivalencia táctica; en este caso y en el marco histórico de Argentina grupos neoliberales podían leerla y la leen en clave von Mises. Otros la leyeron en claves diferentes y muchos de ellos pagaron con su vida por ello.

Pero sigamos con los documentos. La obligación de los ricos se relaciona con la responsabilidad social que según la Doctrina de la Iglesia se vincula al diálogo, a suavizar las condiciones de salario de los trabajadores y a dar limosna, en tanto todo esto no haga peligrar la estabilidad de la empresa. Respecto de los trabajadores las encíclicas interpellaban a la construcción de una política social más fecunda que debía tener dos aspectos. Por un lado implicaba poner el acento en los derechos de los trabajadores, derechos que vinculaba a su alma, su salud, la familia, la casa, el lugar y las condiciones de trabajo, sobre todo en lo atinente a las mujeres y a los niños. Lo sugerente para la estrategia neoliberal es el hecho de que la línea discursiva de la Doctrina de la Iglesia pone el acento en *el trabajador como sujeto individual*. Sujeto que no puede caer en injustos reclamos a los patronos, pues tales acciones pueden hacer peligrar la estabilidad de las empresas.

Por otra parte, la política social fecunda sería aquélla que lograra reformar las instituciones, sorteando la centralidad del Estado por un lado y a los gremios socialistas, comunistas o anarquistas, por otro, a través de conformar nuevas asociaciones de carácter intermedio. En ese sentido sancionaba el derecho natural a la asociación e impulsaba a la creación de organizaciones obreras por fuera de los sindicatos, condenaba la obligación de sindicalizarse, y extendía el impulso a crear organizaciones de patronos u otro tipo de grupos que permitiesen volver a una vida comunitaria en la que el diálogo y la construcción de sanas costumbres limasen los conflictos de la cuestión social. De este modo sancionaba el

principio de *subsidiariedad del Estado* que le da a la sociedad civil un lugar importante, pues este principio sostiene que un asunto debe ser resuelto por la autoridad (normativa, política o económica) más próxima al objeto del problema y que el Estado sólo debe actuar cuando nadie pueda hacerlo y exista la posibilidad de que el bien común sea afectado. Ese principio fue interpretado como un elemento central por Alfredo Martínez de Hoz en su programa gubernamental lanzado el 2 de abril de 1976. Según el Sr. Ministro el Estado argentino debía redefinir sus funciones y adoptar una función “subsidiaria”, afirmaba Martínez de Hoz:

100

“El Estado establece el marco de reglas generales y objetivos dentro de las cuales los sectores privados deben desarrollar su acción y sólo interviene en subsidio o complementariamente cuando individuos, empresas o asociaciones intermedias se encuentran incapacitados de actuar. O sea que el Estado no “hace” sino que “hace hacer” proveyendo los estímulos o las normas requeridas por la acción privada. (...) Este principio, ya contenido en la *doctrina social de la Iglesia Católica*, no significa que el concepto moderno de la función del Estado en la economía implica dejarlo como simple espectador de la acción económica (*laissez faire*, etc.) sino, como ya se ha expresado, es función del Estado reservarse la orientación general de la economía, garantizando la competencia y arbitrando en situaciones de intereses contradictorios que violan los principios del interés nacional” (Martínez de Hoz, 1991: 25-26) (el énfasis es nuestro).

El principio de subsidiariedad del Estado es una de las ideas centrales del neoliberalismo contemporáneo y sobre la que se sustentó el Tratado de Maastricht, firmado el 7 de febrero de 1992 conocido como Tratado de la Unión Europea, cuya formulación quedó plasmada en el Artículo 5, modificada por el Tratado de Lisboa (2007) que entró en vigor el 1º de diciembre de 2009. El mismo sostiene la obligación de abstención del Estado en la regulación de las acciones privadas y el máximo respeto al derecho de autodeterminación de todos y cada uno de los miembros de una estructura social.

Este concepto, es el fundamento sobre el que se basa la actual idea de democracia participativa, idea sustentada en el concepto postulado por la Doctrina de la Iglesia acerca de que el verdadero y genuino orden social requiere que los distintos miembros de la sociedad se unan entre sí por algún vínculo fuerte que no sea sólo el de las relaciones laborales. Una fecunda política social sería precisamente aquella que impulsase a la conformación de este tipo de organizaciones comunitarias de la sociedad civil. La aspiración última es que no sólo a nivel nacional sino internacional “Todo el cuerpo compacto y unido por todos sus vasos, según la proporción de cada miembro, opere el aumento del cuerpo para su edificación en la caridad” (*Quadragesimo Anno*: 23). Lo que con toda fuerza planteaba la encíclica *Quadragesimo Anno*, era la idea de que el orden económico y el orden moral no debían estar separados. El segundo es presentado como el elemento que podría, sino resolver al menos paliar los problemas del primero. De modo que la libertad y la responsabilidad individual juegan aquí un lugar central. Y si bien todos los seres humanos son igualmente creados por Dios, no todos serán iguales en su desarrollo mundano, dado que el propio ejercicio

de la libertad les brindará oportunidades diferentes. En esta clave, la caridad es algo que se hace por los otros, pero también tendrá límites marcados por la actitud del que recibe. Al mismo tiempo es algo que se hace por sí mismo: para transformarse en una mejor persona. La doctrina social de la iglesia puede ser pensada en este sentido como una teoría social inseparable de una teoría de la acción humana o de un modo de gobierno y autogobierno de los sujetos.

Es en estos puntos donde la doctrina neoliberal, al menos en Argentina, pudo apoyarse en algunos aspectos de la tradición católica del país y ésta fue sólo una de las condiciones de posibilidad que paulatinamente logró conformarla en una forma de gubernamentalidad diversa a la ejercida en tiempos del Estado de Bienestar.

La fenomenología husserliana y la estrategia von Mises

La gubernamentalidad que von Mises fue a plantear a Buenos Aires, tenía el influjo de Husserl, dado que el filósofo alemán sostenía que la economía no puede tomar como modelo a la física que matematizó al universo, lo conformó en un conjunto de seres ideales y olvidó el mundo de la vida (Husserl, 2008: 47 y ss). La economía según von Mises está vinculada a dos disciplinas: la praxeología y la historia (von Mises, 1968).

La *praxeología o teoría de la acción humana* se ocupará sólo del aspecto *formal o eidos* de las *acciones* (siguiendo a Husserl), sea cual sea su fundamento (por eso no es una psicología ni tampoco un psicoanálisis, aunque le debe mucho a éste). La acción humana, desde un análisis puramente formal, supone siempre *preferir y renunciar*, pues implica elegir ciertos medios para alcanzar ciertos fines y en ese sentido es *racional*. A la praxeología le interesa conocer y estudiar los medios de la acción humana, no los fines. Es en ese sentido que se relaciona con la teoría subjetiva del valor tal como fue postulada por Menger: la *objetividad de la ciencia económica reside en el subjetivismo*, pues ella acepta los juicios de apreciación de los hombres actuantes como no susceptibles de ningún examen ulterior crítico. En ese sentido la praxeología, sostiene von Mises, está por encima de cualquier ideología. Ella expresa ciertos aspectos invariantes de toda acción humana, independientemente del momento histórico (el *eidos*, en términos de Husserl). Esas constantes ahistóricas son según von Mises: *el deseo de pasar de un estado o situación displacentero a otro más placentero, la libertad individual de hacerlo, el preferir ciertos medios y el renunciar a otros para lograrlo*. La praxeología es una disciplina formal, como la lógica o la matemática: nada nos dice acerca de cuáles serán los medios o fines concretos de cada individuo, sólo nos presenta el *modelo formal de la acción humana*. Modelo que lleva implícita la figura del *deseo*.

Pero este modo de presentar la acción humana, lleva a la gubernamentalidad neoliberal a plantear algo que el viejo liberalismo no reconoció en todos sus aspectos. Se trata de la *natural desigualdad* de los seres humanos. Desigualdad conformada por factores hereditarios, congénitos y adquiridos; entre estos últimos se cuenta el esfuerzo, el estudio, el trabajo,



el cultivo de relaciones sociales, pero también el azar o suerte. El reconocimiento de la desigualdad, nos dice von Mises es lo que dio preeminencia a la civilización europea, los pueblos más atrasados del mundo, según éste y otros pensadores, lo son precisamente por su afán igualitario; la desigualdad es el motor del capitalismo y su supresión implicaría la quiebra del sistema más avanzado de la historia. Los liberales auténticos, los utilitaristas ingleses, por ejemplo, no pretendían que el Estado igualase a los desiguales, sólo que éste construyese un marco legal para la libre competencia. Este modo de pensar y asumir la libertad y como corolario de ella a la desigualdad, engendró la civilización occidental de origen blanco, que, al decir de von Mises habría producido el más grande desarrollo de la historia en los últimos 200 años (von Mises, 1967: 1011 y ss). Por su parte, el paternalismo dirigista del Estado keynesiano en sus diversas versiones habría predicado algo semejante a ese igualitarismo que según von Mises condujo a países como a China al retraso y al subdesarrollo.

La acción humana, por ser racional y libre es *responsable*. De modo que los actos individuales son los que pueden impulsar en cada caso al desarrollo personal o a la ruina. Todos los sujetos somos considerados participantes del mercado, que al decir de Inaudi es algo análogo a una feria a la cual cada uno concurre buscando vender sus productos para obtener una renta (Inaudi, 1968: 83). El trabajador que concurre a esa feria para ofrecer sus servicios, no obtiene en términos de estos autores y en particular de Gary Becker, un salario (siguiendo la vieja clasificación liberal de renta, capital y salario) sino que todos quienes concurrimos al mercado, obtenemos a cambio de nuestro capital, una renta que podemos aumentar o disminuir en función de elecciones racionales basadas en grados diversos de información, formación y relaciones sociales.

En este contexto desaparece la contradicción capital-trabajo. El Estado, por su parte, en tanto intenta practicar el dirigismo económico impediría el crecimiento de esas rentas y conculcaría la libertad personal. Cuando se buscan remedios a la pobreza y a la desigualdad y para ello se acude a nombres como Estado, Gobierno o Sociedad no hay que llamarse a engaño, tras estos nombres, dice von Mises se esconde siempre la figura del *dictador*. *La acumulación de capital a través de la competencia que no es sino el libre juego de las desigualdades es la única forma de progreso económico* (von Mises, 1968: 1008 y ss). De modo que es absurdo gestar leyes de protección social para los obreros, dado que, según nos dice von Mises, los patronos no pueden actuar de modo arbitrario con ellos, dado que al hacerlo perderían un buen trabajador. Por lo tanto, el empresario se guiará por una ética en la que el cálculo del propio beneficio impedirá la acción arbitraria.

Corresponde a *los empresarios*, afirma von Mises, el gobierno de todos los asuntos económicos (1968: 348). No obstante, los supremos árbitros son los *consumidores*. Ellos son a partir de sus preferencias quienes fijan los precios de los bienes y de todos los factores de producción, incluso el salario de la gran estrella de cine y el “la mísera fregona” (1968: 350). Por eso puede afirmarse que *el mercado constituye una democracia, en la cual cada*

centavo da derecho a un voto. Más aún, el mercado ostenta sobre la democracia una cierta supremacía: en ésta los votos de las minorías pueden no estar representados, en el mercado ningún voto-centavo es en vano. Ciertamente es que en el mercado no todos disponen de los mismos votos-centavos. Ahora bien, nos dice von Mises, tal desigualdad depende de una votación previa, ella deviene del hecho de que *es rico quien ha sabido escuchar y actuar abnegadamente en el servicio de los consumidores*. Esto supone la existencia de la *competencia social* que es la que se entabla entre quienes desean alcanzar los puestos mejores dentro de un orden basado en la cooperación entre individuos. De ahí que *no puede concebirse sociedad sin competencia*. Esta competencia implica la relegación de los perdedores a puestos inferiores que son los acordes a su capacidad de acción. Esa competencia social, llamada “cataláctica” por von Mises, está marcada por la *escasez* propia de todos los bienes y servicios económicos. La competencia *cataláctica* no da derecho alguno al Estado, *sólo los consumidores determinarán que función cumplirá cada uno en la sociedad*. Esto ocurre aun en el caso de conformarse *un monopolio*, pues éste a fin de sobrevivir no podrá formar precios superiores a los que los consumidores pueden pagar pues esto generaría su ruina; en este sentido a juicio de von Mises, la existencia de monopolios no afecta el buen funcionamiento del mercado, siempre y cuando ellos no sean protegidos por el Estado.

Estos principios formales de la *praxeología*, deben complementarse según von Mises con un desarrollo neutral y avalorativo de la Historia. Ésta no puede dar leyes generales, pero sí puede permitir conocer los valores de un pueblo y en ese sentido su método es la “comprensión”, que implica sólo descripción de los tipos ideales que pueblan una cultura. La comprensión de estos tipos ideales permite conocer a su vez qué medios o fines son elegidos en cada cultura. El economista no puede prescindir de estos conocimientos a fin de conocer las preferencias de los ciudadanos-consumidores. En este punto debe abandonar (tal como sostiene Husserl) la vacía matematización de los procesos sociales, para volver sus ojos al mundo de la vida. La praxeología es una ciencia formal, la Historia le brinda el conocimiento de los contenidos situados a esa estructura formal que es la acción humana.

La teoría del capital humano

La gubernamentalidad neoliberal, algunas de cuyas bases discursivas son: *la teoría subjetiva del valor* de Menger y *la teoría de la acción humana de von Mises*, se complementa con lo que Gary Becker denominó *teoría del capital humano*. Este conjunto de conceptos que apenas podemos desplegar aquí, conforman el núcleo de las estrategias discursivas y extradiscursivas que han modificado a la biopolítica en la era postindustrial. La teoría del capital humano proviene de la escuela de Chicago, donde en 1959, el mismo año en que von Mises visitaba Buenos Aires, Theodore Schultz afirmaba: “ésta es una simple verdad: que las personas inviertan en sí mismas”(1959: 107). Esto debe hacerse como individuos y como familias y a través de sus comunidades. Se trata, como afirmamos antes de gobernar a los sujetos desde el cuidado de sí mismos, desde la propia subjetividad que debe modelarse de

modo tal que todas sus acciones la conduzcan en cada momento a ubicarse en posiciones más favorables en la competencia. *Se trata de un poder de autogobierno a partir del propio deseo.* Autogobierno que ya no se basa en el respeto a una ley universal a nivel moral, la ley moral sólo apunta en la gubernamentalidad neoliberal a la búsqueda de triunfar en diversas competencias y ello exige lealtades diversas y consecuentemente traiciones diversas, en las cuales el único norte es el cuidado de sí mismo.

La teoría del capital humano postulada en la escuela de Chicago por Schultz y Becker, entre otros, siguiendo las líneas de von Mises extendió el concepto de capital más allá de las meras transacciones económicas para incluir los procesos de escolarización, cursos de entrenamiento, tareas de prevención y cuidado de la salud y asistencia a conferencias sobre puntualidad y honestidad, entre otros (Becker, 1993: 15). Los gastos que estas actividades producen no deberán ser caracterizados como “consumo” sino como “inversión” (Schultz, 1959: 109). Los teóricos del capital humano, en la misma línea de Menger y von Mises critican el hecho de que se analice la riqueza de una nación en relación a los aspectos no-humanos y se descuiden los aspectos ligados a *aquello que las personas hacen para invertir en sí mismas*. Estas inversiones posibilitarían que los individuos tengan mejores capacidades para elegir y por ende ampliarían su libertad. Las capacidades así obtenidas son *capital* en el sentido de que no es posible separar a una persona de sus habilidades, salud o valores. Educación y entrenamiento son las más importantes inversiones en capital humano, ellos generan un crecimiento en los ingresos. Ello incluso generaría un aumento de los ingresos en los países menos desarrollados pues las mejores competencias producirían aumentos en la competitividad nacional. Las inversiones en capital humano responden a una lógica de costo-beneficio extendida a la propia vida que implica que cada uno debe efectuar los cálculos racionales, preferir y renunciar en función de los propios objetivos. En el concepto de capital humano está implicada además la idea de que los incentivos no son sólo de carácter monetario sino también culturales, es decir, aquéllos que, en buen utilitarismo social, conducen a una vida más placentera. Becker, del mismo modo que un siglo antes Menger, asume que los beneficios no monetarios son difíciles de cuantificar, pero no por ello menos importantes pues la educación promueve la salud, el gusto por las artes, el placer por actividades diversas como los deportes y un mejor conocimiento del control de la natalidad. Tal vez lo más sugerente es la idea de que los beneficios de la educación son mayores en el sentido no-monetario que en el monetario (Becker, 1993). El otro aspecto sugerente de todas estas ideas es *que la cuestión social se suprime pues ya no hay una dualidad entre patrones y trabajadores*, sino que todos seríamos empresarios cuya renta dependería de lo acertado de las propias inversiones.

En esta clave, la familia cobra un rol singular en la formación de conocimientos, valores y hábitos y por ello ni el mercado laboral ni las políticas sociales podrían reemplazar su rol en la inversión para la obtención de habilidades. En ese sentido, Becker incluye bajo el término “*underclass*” a familias de baja educación, con embarazos precoces, dependencia

del Estado, inestabilidad marital y falta de lazos afectivos sólidos entre sus miembros. Pero no es el Estado quien puede mejorar esa situación. En este sentido sí son efectivas las campañas educativas para inculcar la idea de limitar el número de hijos especialmente en familias pobres. La propuesta es que los padres analicen en términos de costo-beneficio el número y modo de organizar la familia, pues el tamaño de las familias determinaría en buena medida la posibilidad de los hijos de ascender en la escala jerárquica, dado que el mismo afecta a los ahorros que pueden ser hechos para inevitables períodos en los que desciende el crecimiento económico. La familia se conforma así como una pequeña empresa en la cual el ahorro o el endeudamiento con vistas al futuro provee no sólo al propio bienestar, sino al de todos (Becker, 1993: 22). La crisis financiera que azota Europa y EEUU puede dar cuenta de los efectos del endeudamiento de muchas familias, sin embargo Becker, pensador de la Escuela de Chicago, ligado a Margaret Thatcher quien decretó en los '80 la muerte de la sociedad, vinculaba, en marzo de 2010, en una entrevista realizada por el *Wall Street Journal*, a la crisis financiera internacional y en especial a la norteamericana con el carácter ineficiente del Estado.

La libertad individual, la competencia, el centramiento en el cuidado de sí y la desigualdad, en suma, son entonces algunos de los principios fundamentales en la gubernamentalidad neoliberal; ellos deben ser garantizados por el Estado quien debe punir a todos aquellos seres que adopten conductas antisociales que son quienes, desde la perspectiva de Gary Becker, hacen un análisis racional de los costos y beneficios que conlleva delinquir sobre lo que le tomaría el realizar actividades productivas dentro del marco legal. De modo que los tributos fiscales deben encaminarse a financiar actividades de policía, sistema penitenciario y fuerzas armadas (von Mises, 1968: 363).

Esos fueron algunos de los elementos conceptuales que guiaron desde la década de 1970 el vuelco de la mayoría de los países en desarrollo hacia reformas orientadas a la gubernamentalidad neoliberal. Es entonces cuando se revierte, según indica Dora Orlansky, la pauta de la 'triple afluencia' que abarcó alrededor de cuarenta años y que consistió en el crecimiento simultáneo del Producto Bruto Interno, del Ingreso Familiar y del Gasto Público en paralelo a la expansión de la intervención estatal (Orlansky, 2005:4).

En Argentina, la descentralización del Estado a partir de una política de mínimos biológicos (Álvarez Leguizamón, 2005) que redujo los estándares de servicios de salud, educación y seguridad social en todas las jurisdicciones, marchó en paralelo con el crecimiento Estatal en el área de seguridad (Orlansky, 2005) la descentralización de funciones del Estado, el avance en las privatizaciones y la desindustrialización. Todo ello gestó finalmente resistencias que obligaron a partir de diciembre de 2001 en Argentina a reconsiderar las tecnologías de la gubernamentalidad neoliberal.

Entonces cobró importancia creciente el lugar de las organizaciones de la sociedad civil, pero también desde los organismos internacionales, desde actores y bibliografía nacional se revalorizó el lugar del Estado. Sin embargo el rol del Estado y su direccionamiento, es



hoy un espacio de disputas, no definido al menos en Argentina. Al tiempo que diversos sectores apoyan un nuevo papel del Estado en la reconstrucción de lazos sociales, la redistribución del ingreso, el alivio a la pobreza y la construcción de algunos controles en el ámbito financiero, por ejemplo; los sectores más concentrados de la economía, junto a grupos enriquecidos en los últimos años merced al ingreso de nuevas tecnologías en el mundo de los agronegocios, el de los hidrocarburos, el de la minería y de la construcción, se sostienen en el derecho a participar como sociedad civil para exigir una vuelta a la más cruda política de mercado. En este punto se ha conformado una estrategia discursiva que interpela a la constitución de un “nosotros” centrado en la vaga idea de “clases medias”, opuesto a una “otredad” amenazadora conformada desde el discurso de la inseguridad. La otredad amenazadora se encarna fundamentalmente en dos figuras: el pobre-peligroso y el Estado que, presuntamente a través de diversas maniobras, lo ampara. Desde este lugar reviven nuevas formas de racismo, en especial hacia los pobres y particularmente hacia los inmigrantes latinoamericanos que fluyen cada vez más hacia Argentina. En esa clave la gubernamentalidad neoliberal es más que un modelo macroeconómico, es un efectivo gobierno de los sujetos que corroe los lazos solidarios desde nuestro interior. Que desmonta los fundamentos de la condición humana misma.

Es en este punto que la batalla por la cultura, por las ideas, por la reconstrucción de lazos morales y culturales, resulta fundamental. Se trata en suma, siguiendo al viejo Freud, de la tarea por reconstruir los lazos libidinales, que como bien lo demostró el creador del psicoanálisis en “Psicología de las masas y análisis del yo” es uno de los procesos fundantes del lazo social.

Bibliografía

- Alberdi, J.B. 1981 (1852) *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (Buenos Aires: Plus Ultra).
- Álvarez Leguizamón, S.(2005) (Compiladora) *Trabajo y producción de la pobreza en América latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Becker, G. 1993 (1964) *Human Capital. A theoretical and empirical analysis with special reference to Education.* (London: University of Chicago Press).
- Comte, A. 1984 (1844) *Discurso sobre el espíritu positivo* (Madrid: SARPE).
- Dussel, E. (2000) “Europa, modernidad y eurocentrismo” en Lander, E. La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas (Buenos Aires: CLACSO).
- Ferrer, A. 1980(1963) *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales* (Buenos Aires: FCE).
- Foucault, M. 1990 (1981) *Tecnologías del yo y otros textos* (Barcelona: Paidós).
- Foucault, M. 1986 (1984) *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres* (México: Siglo XXI).
- Foucault M. 1987(1984) *Historia de la sexualidad. 3 La inquietud de sí.* (México: Siglo XXI).
- Foucault, M. 1981 (1978) “La gubernamentalidad” en Foucault, M. et al *Espacios de Poder* (Madrid: La Piqueta).
- Foucault, M. 2006 (2004) *Seguridad, Territorio y Población. Curso del Collège de France (1977-1978)* (Buenos Aires: FCE).
- Foucault, M. 1999 (1976) *Historia de la sexualidad. 1 La voluntad de saber.* (México: Siglo XXI).
- Foucault, Michel (2007) 2004 *El nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)* (Buenos Aires: FCE).
- Grondona, Ana (2011) *Tesis de doctorado Tradición y traducción: las formas contemporáneas del gobierno de las poblaciones desempleadas en la Argentina.* Mimeo.
- Husserl, E. 2008 (1935) *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (Buenos Aires: Prometeo).
- James, W. 1985 (1906) *Pragmatismo (Cinco conferencias pronunciadas en el Lowell Institute, de Boston en 1906 y en la Columbia University de Nueva York en 1907)* (Madrid: SARPE)
- Inaudi, L. 1968 (1966) “La economía de mercado” (Artículo de Luigi Inaudi publicado en el nº 49 de la revista Sin Costura, correspondiente a los meses agosto-noviembre de 1966) y reproducida en Alsogaray, A. (1968) *Bases para la acción política futura* (Avellaneda: Editorial Atlántida).
- León XIII (1891) *Rerum Novarum Sobre la cuestión social* Carta Encíclica del Sumo Pontífice León XIII. Roma 15 de mayo de 1891.
- Martínez de Hoz, A. (1991) *Quine años después* (Buenos Aires: EMECĚ).
- Menger, C. 1976 (1871) *Principles of economics* . (Auburn, Alabama :Ludwig von Mises Institute).
- Murillo, S. (1996) *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno* (Buenos Aires: Carrera de Sociología, Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires).

Orlansky, D. (1998) "Políticas De Descentralización Y Desintervención Estatal" Preparado para su presentación en el XXI Congreso Internacional de LASA, Latin American Studies Association, The Palmer House Hilton Hotel, Chicago, Illinois, Septiembre 24-26, 1998

Orlansky, D. (2001) Política Y Burocracia. Los Últimos Cincuenta Años 5to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo. Buenos Aires 10. de Agosto 2001

Orlansky, D. (2005) El Concepto de *Desarrollo* y las Reformas Estatales: Visiones de los Noventa. Presentado en Tercer Congreso Argentino de Administración Pública. Sociedad, Estado y Administración. San Miguel de Tucumán, 2, 3 y 4 de junio de 2005. Panel: Desarrollo Y Reformas Estatales.

Pío XI (1931) "Carta Encíclica *Quadragesimo Anno* de Su Santidad Pío XI sobre La Restauración Del Orden Social en perfecta conformidad con la Ley Evangélica. Al Celebrarse El 40º Aniversario De La Encíclica "Rerum Novarum" De León XIII. Roma 15 de mayo de 1931.

Robinson, P. (2010) "Basically an Optimist-Still". Entrevista a Gary Becker, en *Wall Street Journal* March 26 2010.

Schultz, T. (1959) "Investment In Man: An Economist's View" in, *The social Service review*, volume XXXIII. June 1959. Number two.

Unión Europea "Tratado de Lisboa por el que se modifican el Tratado de la Unión Europea y el Tratado constitutivo de la Comunidad Europea, firmado en Lisboa el 13 de diciembre de 2007" en *Diario oficial de la Unión Europea* <http://eur-lex.europa.eu>

von Mises, L. 1968 (1949) *La acción humana (Tratado de economía)*. Madrid: Editorial SOPEC.

von Mises, M. (1979) Prefacio a Seis conferencias dictadas por el Profesor Ludwig von Mises en Buenos Aires, Argentina, en 1959 en: <http://mises.org/community/blogs/rodrigodiaz/archive/2009/07/12/seis-conferencias-dictadas-por-el-profesor-ludwig-von-mises-en-buenos-aires-argentina-en-1959.aspx>

von Mises, L. (1959) Seis conferencias dictadas por el Profesor Ludwig von Mises en Buenos Aires, Argentina, en 1959 en: <http://mises.org/community/blogs/rodrigodiaz/archive/2009/07/12/seis-conferencias-dictadas-por-el-profesor-ludwig-von-mises-en-buenos-aires-argentina-en-1959.aspx>

La centralidad del carisma en la sociología política de Max Weber

Paulina Perla Aronson

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

109

Resumen

En el presente escrito se revisa, combinadamente, la reflexión teórica y la profusa producción coyuntural, los dos niveles analíticos de los que pueden extraerse los conceptos más relevantes de la sociología política weberiana. Se enfoca particularmente a la nación, el Estado, el carisma y la democracia. En torno a esos elementos, el artículo se organiza en dos períodos: uno, anterior a la Primera Guerra Mundial, en el cual otorga prioridad a la nación; y otro, ulterior a la contienda, en el que sobresale el examen de la institución estatal. El propósito consiste en resaltar la importancia del carisma, eje en torno al cual se ordenan todas las categorías, dada su cualidad de constituirse en una fuente primordial de innovación social. Asimismo, se expone la tensión entre la racionalidad moderna y el sentido, la libertad individual y el carácter de las instituciones y los dirigentes asociados a la democracia. Finalmente, se presentan algunas conclusiones concernientes a la vigencia del pensamiento weberiano en términos de ciertos lineamientos generales que hacen al ejercicio de la política.

Palabras clave: nación; Estado; carisma; democracia.

Abstract

The present article reviews, encompassing theoretical reflection and profuse conjuncture production, the two analytical levels where the most relevant concepts of Weberian political sociology can be grasp. It focuses especially on nation, State, charisma and democracy. Around these elements, the paper is organised in two periods: one before the First World War, which gives priority to the nation; and another, subsequent to the war, which emphasises the assessment of the State institution. The purpose is to highlight the importance of charisma, the axis around which all categories are arranged, given the quality of becoming a major source of social innovation. In addition, it exposes the tension between modern rationality and sense, individual freedom and the nature of institutions and leaders associated with democracy. Finally, some conclusions concerning the plausibility of Weber's thought are introduced in terms of certain general guidelines related to the exercise of politics.

Keywords: nation; state; charisma; democracy.

Introducción

Durante un período que abarcó casi treinta años, la intelectualidad alemana se aplicó a la discusión de cuestiones político-sociales que consideraban obstáculos perturbadores para la marcha de los asuntos públicos. La incorporación de las masas al escenario sociopolítico, la necesidad de reemplazar el gobierno de la aristocracia feudal por otro que estuviera a la altura de las transformaciones económicas y sociales que venían experimentándose, el modo de organizar políticamente la nación y las reformas institucionales requeridas para enfrentar los cambios, constituían los motivos centrales del análisis, tanto de aquellos pensadores que buscaban mantener la configuración social tradicional, como de quienes estaban deseosos de encarar reformas.

Quienes reconocían la imposibilidad de oponerse a los procesos de industrialización y democratización en curso por considerarlos enteramente inevitables, presuponían que la transformación de las instituciones podía redundar en la conservación de lo mejor del carácter alemán e imaginaban que “la dictadura temporal de la confianza”,¹ como Friedrich Meinecke calificaba a la autoridad personal, junto con la ampliación de los derechos parlamentarios, contribuirían a moderar la efervescencia de las masas –a las que consideraban incapacitadas para autogobernarse–, lo que al mismo tiempo impediría la instauración de un gobierno dictatorial. Muchos de ellos se interesaron por un cambio que evitara tanto el estancamiento como la revolución, y sabedores de las disputas de interés que desgarraban el ala política del partido que representaba los intereses de la burguesía industrial en ascenso, postularon la creación de un Estado intervencionista en el campo de los intereses materiales, la formación de partidos políticos que a partir de propósitos éticos y culturales favorecieran la grandeza de Alemania, y consideraron que todo ello abriría nuevas posibilidades para implementar formas alternativas de gobierno y de compromisos políticos.

Tales inquietudes, derivadas de la particular situación desatada tras la caída de Bismarck, ponían el acento en la poderosa influencia del “Canciller de Hierro” a cuyo fuerte liderazgo imputaban el haber carecido de la grandeza necesaria para sellar nuevos pactos. En consonancia con el vacío de responsabilidad que enfrentaba la nación, cuestión que revelaba la imposibilidad de seguir predicando la superioridad de la clase terrateniente, se sintieron empujados a buscar activamente soluciones que contribuyeran a morigerar la crítica situación de los distintos sectores que componían la sociedad alemana. Apremiados por esas circunstancias, y buscando atenuar los conflictos sociales, se abocaron al estudio de los acontecimientos económicos, su impacto en la esfera de la política y el examen de todo aquello que los hacía particularmente revulsivos e innovadores.

1 Meinecke, Friedrich. *Politische Schriften und Reden*, Georg Kotowski Editor, Darmstadt, 1958, pp. 51-52. Citado en Ringer, Fritz, *El Ocaso de los Mandarines Alemanes. La Comunidad Académica Alemana, 1890-1933*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1995, p. 135.

En ese marco, atravesado por una multiplicidad de interpretaciones acerca del formato institucional que debía darse Alemania, Weber formula sus apreciaciones, sabiendo que el antimodernismo de muchos de sus contemporáneos –que se resolvía en una actitud en extremo tradicionalista aferrada a formas arcaicas de organización social–, daba cuenta de un voluntarismo negador de la realidad completamente insostenible. Su fragmentaria intervención en los asuntos políticos concretos se combinó con una copiosa producción teórica y coyuntural. De esta última es posible extraer los conceptos más relevantes de su sociología política: la nación, el Estado, el carisma y la democracia. En torno a esos elementos esenciales, el análisis puede organizarse en dos períodos, sin que ello suponga el abandono, sino más bien la profundización, del conjunto de inquietudes weberianas: uno, anterior a la Primera Guerra Mundial, en el cual, imbuido por las ideas de la época, otorga prioridad a la nación; otro, ulterior a la contienda, en el que sobresale el análisis de la institución estatal. Sin embargo, el énfasis diferencial no implica resignar la consideración de los otros elementos; sólo persigue poner de manifiesto la complejización de las relaciones entre ellos, así como la variación de las preocupaciones del autor al calor de los avatares político-económicos de Alemania. De este modo, la partición cronológica supone nada más que un criterio de ordenamiento a fin de comprender los rasgos propios de cada una, sin que ello entrañe una supuesta superación o elaboración más minuciosa de los factores en juego. Cabe hacer una segunda aclaración concerniente a los rasgos generales de la reflexión weberiana: mientras el primer período refleja la concentración en los dilemas a vencer para alcanzar la grandeza de Alemania, el segundo da cuenta de las preocupaciones suscitadas por la amenaza de descomposición política postimperial y el temor ante la posibilidad de una revolución de inspiración soviética. Con todo, en ambas sigue presente el empeño por intervenir en el proceso de construcción institucional.

¿Cuál es, entonces, la especificidad de los problemas que Weber examina? ¿Cómo se relacionan entre sí? Y, finalmente, ¿cuál es la prioridad explicativa que les asigna en términos de la posible enunciación de un modelo o esquema de “governabilidad”? En orden de importancia, la nación ocupa el primer lugar por ser el punto de referencia decisivo de toda actividad política. El Estado, en cambio, constituye el escenario en que se desarrolla la lucha de intereses. La democracia, por último, se aplica a la selección de dirigentes a través de instituciones específicas. Estos tres elementos, traspassados por el carisma que parece situarse en el corazón de la reflexión política weberiana, componen un patrón analítico sumamente intrincado² cuya peculiaridad ha dado lugar a innumerables interpretaciones, muchas veces contradictorias.³

2 Véanse las atinadas consideraciones de Juan Carlos Portantiero, quien señala la existencia de una tensión entre parlamentarismo, intereses nacionales e institución cesarista, en *Los usos de Gramsci*, México, Folios Ediciones, 1987; especialmente páginas 11-23.

3 Véanse, entre muchos, Mayer, P., *Max Weber y la Política Alemana*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966; Therborn, G., *Ciencia, Clase y Sociedad*, Siglo XXI, Madrid, 1980; Mommsen, W., *Max Weber. Sociedad, Política e Historia*, Alfa, Bs. As., 1981.

El presente trabajo se propone revisar los conceptos indicados con la finalidad de apuntar que el carisma –aún cuando su peso explicativo va cambiando– constituye un foco de atención que permanece, implícita o explícitamente, en el trasfondo de las reflexiones weberianas. Y aunque su preponderancia varía conforme el autor interpreta las mutaciones de la situación político-social, conserva siempre un rasgo esencial: constituye una de las fuentes fundamentales de innovación social.

La “Comunidad” Política Nacional

112

Quando en 1895 Weber asegura que para sostener el germanismo Alemania debe responder a dos exigencias cruciales, cerrar la frontera oriental para impedir el aluvión migratorio de obreros agrícolas polacos y sobreponerse a los intereses de clase en aras de la defensa de la nación, exterioriza una manifiesta irritación por el comportamiento irresponsable de los terratenientes. Su disgusto lo lleva a afirmar que “[...] grandes haciendas que sólo pueden ser mantenidas en pie a costa del perjuicio del germanismo merecen, desde el punto de vista nacional, hundirse en la ruina” (1982a: 14). La pauta irrefutable de su argumento consiste en que la política económica debe subordinarse al valor nacional, y para no dejar de ser alemana tiene que amoldarse a la lucha por la afirmación de la propia cultura; una concepción, referida al cometido de la nación que descansa en la idea de que ningún desarrollo económico, por más éxitos que logre, puede servir a la salvaguarda y la elevación del carácter nacional. En 1905, a propósito de la crítica contra el “organicismo” de Roscher, Weber se pronuncia por una interpretación de la economía pública inseparablemente conectada con la totalidad de la vida cultural (1985). Esa supeditación de la economía a la política se corresponde con la sujeción de los hombres a los intereses nacionales, lo que configura una doble trabazón que concibe la nación como una comunidad que reclama de sus miembros un compromiso que los enfrenta nada menos que con “[...] la seriedad de la muerte (...) con el fin de proteger eventualmente los intereses de la comunidad” (1984: 662).

Quince años más tarde, afirma que la nación reposa en el apasionamiento producido por sugestión emotiva; hace aquí referencia a una clase de entusiasmo que no se origina en intereses económicos, sino en sentimientos de comunidad y solidaridad (1984). Incluso, al observar que los contenidos específicos de la nacionalidad varían según las condiciones de su origen y las consecuencias que producen sobre la acción comunitaria, no deja de resaltar que lo nacional es un tipo especial de *pathos*, un sentimiento firmemente vinculado al logro de una organización política propia para alcanzar poderío político. Así delineada, dicha pretensión persigue un poder de carácter abstracto, puesto que sólo relaciona a la comunidad con el “orgullo de poderío”; y este sentimiento trasciende sus peculiaridades, sean estas lingüísticas, religiosas, étnicas o de otro tipo. Así, para Weber, la nación no es equivalente al pueblo, el idioma, el sistema de creencias compartidas, ni a ningún otro principio empírico que pueda atribuírsele. La exclusiva referencia de la nación es el poder, y no alguna especie de “[...] entidad real y unitaria de carácter metafísico” (1985: 13) como podría ser, por ejem-

plo, el “espíritu del pueblo”. Tal como la piensa, la nación es fundamentalmente el ámbito de predominio de los intereses generales por sobre los particularismos. Al estar los individuos unidos a través de sentimientos subjetivos, la comunidad nacional se constituye como amalgama que aglutina por pertenencia y voluntad de unidad y soberanía.

Pero estos rasgos presuponen la carencia de estructuras organizativas que la nación sólo logra conformar cuando, después de instaurar un Estado, se halla en posesión de un conjunto de instituciones políticas al mando de un jefe cuyas ideas concuerdan con los valores nacionales. La comunidad nacional, a la que se enlaza la presencia cada vez más activa de las masas en la escena social remite, simultáneamente, a estimaciones sustantivas de carácter ético-político, es decir, igualitarias; con lo que el acuerdo de intereses contrapuestos o la armonía social no le anteceden, sino que son la consecuencia de su mismo desarrollo histórico. Por tanto, el Estado-Nación reúne en sí las dos condiciones que Weber juzga imprescindibles para Alemania: la voluntad de poderío y la instauración de organizaciones acordes con dicha aspiración.

Dado que la nación exige la entrega a intereses superiores, por eso mismo de carácter abstracto, el asentimiento se encarna en una persona o institución concretas. Es sabido que Weber resuelve este dilema inclinándose por la figura del caudillo, quien representa las valoraciones perseguidas por el conjunto de la comunidad y al que los individuos siguen por entrega emotiva. De allí que entre la nación y la personalidad carismática se verifica una relación de complementariedad que representa la coincidencia de las cualidades extraordinarias del jefe con los fines supremos de la comunidad nacional. Puesto que la lucha con otras naciones por la afirmación de la propia cultura exige la presencia de alguien capaz de entender la pugna económica como lucha de dominio, esta personalidad debe anteponer los intereses nacionales a cualquier otro asunto particular, ya sea de los estados o de las clases. En este sentido, la relación entre liderazgo y nación conecta al portador del carisma con los sentimientos comunitarios de nacionalidad, de donde se deriva una tendencia a la autoridad personal que resulta eficaz para discernir y realizar los altos objetivos de la comunidad nacional.

En virtud de que el Estado-Nación es la dimensión en que converge el afán de predominio y la organización necesaria para lograrlo, la conexión entre ambos revela una solidez que resulta de la posibilidad que brinda el Estado para alistar una técnica específica de gobierno de las masas, con lo que las herramientas técnicas que requiere el proceso de socialización provienen de él. Si el Estado se caracteriza por el medio específico que emplea, la nación se define por los fines, de modo que entre uno y otra se verifica un cierto grado de reciprocidad, puesto que el primero contribuye –por medio del monopolio de la violencia legítima y el formato burocrático-racional– a la prosecución de esos fines sustantivos. Precisamente, las finalidades a que aspira la nación son las que orientan la búsqueda de una forma de poder para alcanzarlas, de modo que –sólo una vez que se ha logrado conformar un Estado organizado– la nación puede empeñarse en «[...] la competencia inmediata de



todos los demás posibles portadores de prestigio» (1984: 669–670. En verdad, toda organización institucional procede de ese afán de poderío; sin embargo, como las instituciones deben contribuir al manejo cotidiano de los asuntos públicos, y para evitar que la voluntad de prestigio nacional se disuelva en el fárrago habitual, resulta crucial la existencia de un jefe político, que en situación de librar la lucha por el resguardo de los valores nacionales, no descuide la marcha de las cuestiones ordinarias.

Los rasgos que singularizan a la nación –la voluntad política compartida en común por sus integrantes y la pretensión de poder o potencia nacional– pese a su apariencia taxativa, no habilitan a establecer una sencilla relación entre ésta y la configuración estatal; por el contrario, entre ambas se verifica un vínculo intrincado que desecha toda suposición acerca de que cualquiera de ellas sea la precursora o tenga una existencia anterior a la otra.⁴ En rigor, el Estado-Nación es el espacio donde concurren los objetivos económicos, que transformados en fines políticos, dan forma a la “razón de Estado”, es decir, a “[...] los intereses económicos y políticos de potencia de (la) Nación y de su depositario, el Estado nacional alemán” (1982a: 19).

Por consiguiente, el espacio que media entre la nación y el Estado se halla saturado de carisma, factor que se constituye en punto de partida y de llegada de cualquier tipo de organización estatal, así como de las posibles relaciones que se establecen entre Estados. Y aunque la energía carismática resulta imprescindible como puente entre la institución depositaria de la defensa de los intereses nacionales –el Estado– y la institución depositante de los valores sustantivos –la nación–, la presencia de un caudillo no garantiza la ausencia de conflicto; por el contrario, el carisma se halla expuesto a las innumerables vicisitudes propias de la política y la lucha de valores. No obstante, si la nación es la sede de la “razón de Estado” y el Estado constituye “la organización terrenal de poder de la Nación”, entonces entre ellos solo cabe la existencia de una figura que encarne las finalidades materiales y las aspiraciones de grandeza nacional. A la nación se subordinan todos los objetivos políticos; por eso, como la entiende Weber, carga en sus hombros

[...] el peso de los milenios de una historia gloriosa (...) Ella permanece joven si tiene la capacidad y el coraje de seguir fiel a sí misma y a los grandes instintos que le han sido legados, y si sus clases dirigentes están en condiciones de elevarse a esa atmósfera inflexible y serena que permite prosperar al sobrio trabajo de la política alemana, pero que también está embebida de la severa grandiosidad del sentimiento nacional (1982a: 29).

4 Uno de los más reconocidos estudiosos de Weber, sostiene que “[...] el poder del Estado nacional fue un valor fundamental para él y todos los fines políticos estaban, en consecuencia, subordinados a los requerimientos de la Nación”; Mommsen, Wolfgang, *Max Weber and German Politics*. 1890-1920, The University of Chicago Press, Chicago, 1990, p. 48. En otro texto, el mismo autor afirma que “Weber puntualizó explícita y repetidamente que en su jerarquía personal de valores, la idea de lo nacional tenía precedencia sobre las cuestiones del orden liberal constitucional”, Mommsen, W., *The Political and Social Theory of Max Weber*, Polity Press, UK, 1989, p. 25.

La “Asociación” Política Estatal

El Estado, en cambio, es la esfera en la que se combinan los intereses racionales, agregación que origina instituciones organizadas cuya finalidad radica en proveer a la comunidad de procedimientos políticos para que dicha articulación se concrete. A diferencia de la “relación comunitaria” que da forma a la nación, el Estado según Weber es una “relación de dominio”⁵ a partir de la cual se organizan asociaciones políticas representativas de los diversos intereses que componen la sociedad. El monopolio de la violencia legítima, la organización burocrática del cuadro administrativo, la separación de los funcionarios de los medios de administración, y el derecho racional –todos elementos constitutivos del Estado racional moderno– refieren en conjunto a una racionalidad formal que se distingue de la material, propia de la nación. El ámbito estatal es el campo de la burocratización, de las técnicas de gobierno, del ajuste entre medios y fines, y contrasta con la nación porque esta última expresa los postulados de valor sobre los que reposa su grandeza y dignidad.

Sin embargo, el Estado no constituye una entidad siempre idéntica a sí misma; se trata, más bien, de una institución política compleja y diversa que relaciona a la sociedad con el proceso de toma de decisiones burocrático-estatal. Para Weber, el confín de la época moderna es ciertamente el Estado burocrático-racional: no existe otro modo de producir agregados institucionales donde los conflictos adquieran el carácter de compromisos. Según esta interpretación, la competencia entre grupos en pugna se desarrolla en la esfera del sistema político; luego, se trata de acceder, a través de la lucha, al dominio de las estructuras estatales, lo que coloca al sistema político, y no al propio Estado, en el centro de la transformación. Como mediador entre el activismo de las masas y las instituciones administrativas especializadas, deja el campo libre para que la sociedad se dé sus propias instituciones políticas.

Pero como los partidos y el parlamento prosperan únicamente en un marco de ordenaciones claras y previsible y, al mismo tiempo, la burocracia constituye la escala unívoca de la modernización del Estado, hacen falta unos jefes partidarios cuya competencia provea a la realización exitosa de la labor propia de todo agrupamiento orientado hacia el control del poder estatal; y como al mismo tiempo, en la cúspide del poder deben desempeñarse aquellos dirigentes que se encuentran en condiciones de fijar los fines colectivos e impedir el desborde burocrático, Weber enfatiza fuertemente que “[...] los dos poderes que por sí solos pueden controlar y dirigir las fuerzas en el estado constitucional moderno, después de la burocracia omnimoda (...) son el monarca [o el presidente] y el parlamento” (1982b: 90). Ello supone la promoción de figuras políticas dotadas del talento necesario para conducir los destinos de la nación. Es sabido que el sociólogo alemán asigna al parlamento la cualidad de constituir un terreno adecuado para el entrenamiento de esos líderes; pero en

5 Como toda asociación política, consiste en la “dominación de hombres sobre hombres” mediada por la obediencia y el acatamiento a la autoridad, ambas sustentadas en la legitimidad otorgada por la tradición, la gracia o carisma y la legalidad (1997).

esta época, la institución que tiene en mente es un parlamento que como el inglés, sea “[...] el campo propicio para aquellos líderes políticos que han logrado someter a una cuarta parte de la humanidad bajo el dominio de una minoría, pequeña pero prudente desde el punto de vista político” (1982b: 109).

A su vez, lo que distingue al Estado de la nación es la exclusividad de reclamar para sí el monopolio de la coacción física legítima.⁶ Definido en última instancia por el “medio” específico que le es propio y no por los “fines” que persigue o los contenidos de lo que hace, la institución estatal organiza el “dominio terrenal” valiéndose de la fuerza, y al hacerlo, elimina cualquier lazo afectivo entre los hombres.⁷ En efecto, según Weber, los Estados no se mantienen unidos por vínculos sentimentales, sino porque pueden regular las relaciones entre los individuos haciendo un uso efectivo de la violencia física o amenazando con usar ese poder. Por eso, afirma que las instituciones políticas plantean a sus participantes exigencias de un tipo tal que “[...] gran parte de éstos solamente han de cumplirlas porque saben que detrás de ellas hay la posibilidad de que se ejerza una coacción física” (1984: 662). ¿Cómo afianzar, entonces, desde esta institución imprescindible para la nación, la persistencia de los valores nacionales? ¿Cómo sostener el orgullo de poderío tan expuesto a extinguirse en la maraña de la cotidianidad?

Si para Weber en el Estado moderno “[...] el verdadero dominio no consiste ni en los discursos parlamentarios ni en las proclamas de monarcas sino en el manejo diario de la administración” (1982b: 75) y si, además, la gestión estatal cobra un carácter burocrático creciente (dada su superioridad técnica para la administración de sociedades masivas), ¿cómo hacer para que el formato mecanizado del Estado, por otra parte inevitable, no conspira contra la voluntad de poderío? La respuesta a este interrogante se sustenta en el argumento de que así como el cálculo racional constituye una medida de la modernización económica, así también la progresiva burocratización indica la modernización de la administración estatal. Por tal razón, cuando asimila el Estado a la empresa capitalista, busca resaltar lo que ambos tienen en común: la separación de los trabajadores de los medios de producción y de administración. Es decir que mientras la empresa capitalista expropia a los trabajadores de los medios de trabajo, el Estado hace lo mismo al regular la expropiación de los dueños autónomos de los medios de administración, de guerra y organización financiera. Así como existe similitud entre Estado y empresa, entre nación y Estado se verifica una relación tal

6 Al respecto, Weber recupera la célebre afirmación de León Trotsky según la cual todo Estado se funda en la violencia, a lo que añade que si no existiera una asociación capaz de concentrar la coacción física legítima, reinaría la anarquía (1997).

7 El Estado procede sobre la base de la homogeneización, un sistema de equivalencias semejante al de la esfera económica: así como la economía opera mediante el dinero, así la dominación racional se vale de unidades jurídicas portadoras de derechos iguales y sujetos a reglamentaciones análogas (Rabotnikof, 1989).

que la primera delega en el segundo el control de los bienes materiales para la aplicación de la violencia física, y el segundo organiza una dominación política cuya hechura no conspira contra los valores nacionales, ni ellos impiden la formación de un Estado potente. Por consiguiente, para preservar los contenidos, la nación demanda que el Estado no los degrade y que, paralelamente, implemente los dispositivos que se adecuen a la satisfacción de las necesidades de las masas, velando por que la forma de la administración no desnaturalice los objetivos nacionales.

Como empresa de dominio político –al proporcionar el espacio para la creación de instituciones especializadas en la lucha por el poder (partidos encaminados a la búsqueda de poder político para sus miembros, y Parlamento concebido como espacio de representación de los intereses de los dominados)–, el Estado engendra, precisamente, el campo donde se dirimen los objetivos nacionales, de un modo tal que los partidos son los que postulan al conjunto de la sociedad diversas formas de encauzar el destino de la nación. Los dirigentes aplicados a ello –aun habiendo pasado por un entrenamiento parlamentario– deben ostentar una cualidad adicional: no basta con que exhiban capacidad para hacerse cargo responsablemente de los asuntos públicos; necesitan además dar muestras de una “vocación” definida que persiga incansablemente la potencia de la nación. Desde luego, no escapan a la observación de Weber las múltiples limitaciones que ocasiona el proceso de surgimiento de dirigentes con capacidad de despertar confianza en las masas y perseverar en la lucha por la consecución de los intereses nacionales. No obstante, respecto del Estado, la figura del jefe político retiene toda la pujanza que lo ligaba a la nación. En otras palabras, el conjunto de las instituciones estatales se enlaza al carisma tan significativamente como lo hacía con la nación, sólo que ahora se agrega al análisis una especificidad de procedimientos según los cuales deben conducirse idealmente los jefes políticos, si es que no quieren sucumbir ante las presiones de la burocracia, claudicar ante las causas que persiguen y renunciar a los propósitos comunitarios: de ellos se requiere una equilibrada conjunción de convicciones, de valores sustantivos, con una cuota de responsabilidad, es decir, de ponderación de las consecuencias derivadas de la acción política. La armonización de ambas éticas traza el carácter arquetípico del ejercicio de la actividad política moderna.

Democracia: ¿fin o medio?

“Para mí, la ‘democracia’ nunca fue un fin en sí misma. Mi único interés ha sido y continúa siendo la posibilidad de implementar para Alemania una política nacional realista, fuertemente orientada hacia fuera”.⁸ Al decir esto, Weber parece entender la democracia como un marco dentro del que pueden organizarse políticamente las masas, ya niveladas socialmente por la extinción de las diferencias propias de la sociedad tradicional. La amplia-

8 Citado en Mommsen, Wolfgang, *The Political and Social Theory of Max Weber*, Polity Press, UK, 1989, p. 25.

ción del sufragio universal y la parlamentarización son los rasgos distintivos del proceso de democratización. En tanto forma viable para el ordenamiento de sociedades masivas, la democracia moderna no puede ser la “representación popular” de las corporaciones y municipios del pasado, en los que las relaciones sociales eran relaciones humanas, sino “representación de intereses” en el marco de grandes complejos sociales basados en finalidades instrumentales. En el capitalismo, esos agrupamientos pierden vigencia y existen sólo como anhelo de aquellos estamentos ávidos de conservar influencia social y política; el carácter de su reclutamiento obligatorio y forzoso, contrasta con la realidad de los partidos, instituciones apropiadas para “[...] determinar la política con el peso y con el número de sus inscritos (y) sobre la base de un reclutamiento ‘libre’ (...) que se proponen, mediante el poder económico de sus miembros (...) imponer un compromiso que corresponda a sus intereses» (1982c: 185–186). Así como el Parlamento es la representación de los dominados frente a los que dominan los aparatos del Estado, los partidos políticos representan la voluntad de los dominados frente al dominio creciente del estamento burocrático. Sin embargo, a una mayor socialización y democratización de las masas, le corresponde un incremento de la burocratización interna de los partidos al ritmo de la creciente racionalización de la técnica electoral, lo que da lugar a partidos homologables a empresas. Luego, la actividad política democrática exhibe un grado de especialización tan alto como la economía, de tal forma que el parangón entre “democracia” y “organización” propone una complicada conexión entre la burocracia –en cuanto órgano imprescindible para asegurar la subsistencia de las masas, y de carácter neutral puesto que responde a quien la tutela políticamente–, y los políticos, cuya existencia resulta imperiosa a fin de equilibrar las reivindicaciones populares con la racionalidad formal propia del cuerpo administrativo. La tensa relación entre democracia y burocracia se resuelve a través del estricto control político por parte de un líder que además de fiscalizar la actuación del cuadro administrativo, controla a las masas y se constituye en mediador entre las cuestiones propias del cálculo racional y la libertad individual. El proceso se repite en el interior de los partidos, aunque en este caso, con respecto a los funcionarios partidarios. De esta suerte, tanto en la democracia como en los partidos políticos, las masas pasan a un segundo plano respecto de los dirigentes, quienes son siempre los que concentran el poder. En estricta alianza, democracia y burocracia componen un formato de orden regular que no sólo neutraliza las manifestaciones de irracionalidad de las masas, sino que compatibiliza con la igualdad formal propia de todas las instituciones modernas.

Para el caso alemán, Weber propicia una democracia que como forma política contribuya a moderar “la fobia” de la burguesía ante sus responsabilidades directivas, además de pensarla en cuanto expediente mecánico, basado en el cálculo de votos, y adecuado a la naturaleza del Estado moderno. En esa línea, afirma que “[...] todo esto, no tiene absolutamente nada que ver con la teoría de una natural ‘igualdad’ entre los hombres” (1982c: 190), sino que representa un contrapeso a las desigualdades económicas totalmente inevitables en el capitalismo. Pero como el formato democrático tiende a la formación de cesarismos

plebiscitarios, pues las masas eligen a su jefe por confesión de fe más que por elección racional, la forma parlamentaria de la democracia viene a balancear semejantes métodos de selección, pese a que no tiene otro camino que someterse a aquellos dirigentes que son los depositarios de la confianza popular. Asociado a la imposibilidad de seguir considerando a esas masas como mero objeto de administración, el proceso de democratización marcha inevitablemente a la par de la demagogia.

Consecuentemente, lo mismo que la nación y el Estado, la democracia y sus instituciones específicas se hallan atravesadas por el carisma, sin el cual la organización estatal se vuelve un artificio burocrático que tiende a alejarse de los valores de fondo en los que se asienta la comunidad nacional. El encuentro del carisma con la democracia se refleja en el carácter que Weber le asigna a la última en tanto esfera en la que concurren las necesidades de organización de las sociedades masivas y las pretensiones de expresión de la nación. En un mundo en el que predominan las organizaciones, las posibilidades de desarrollo democrático tienden a disminuir porque su temperamento no se aviene al esquema medios-fines que distingue al sistema capitalista. Si bien revela notable eficiencia en cuanto dispositivo de selección de dirigentes surgidos de las masas y mediados por los partidos, Weber la juzga exclusivamente como un ámbito en el que se compensan los impulsos del cuerpo de funcionarios burocráticos, el Parlamento, los partidos burocratizados, el caudillo elegido por aclamación y los diversos grupos de interés que pugnan por dominar el Estado. El delicado equilibrio entre esos elementos compone un modelo de gobernabilidad que los enlaza formalmente, aunque es el jefe político quien mantiene la iniciativa, por ser quien capta a las masas, y no a la inversa.

Si además se atiende al criterio mediante el cual Weber construye los tipos puros de dominación (elaborados a partir de las pretensiones de legitimidad de quienes imponen el orden), puede verse que la legitimidad democrática no halla sitio en dicha clasificación. La tipología se organiza en torno a las pretensiones típicas de obediencia al mandato de quienes ejercen la dominación o aspiran a ejercerla. La atención se concentra en las garantías del dominio (relativas a la conformidad de los dominados) sólo cuando se profundiza en el problema cardinal de la legitimidad. De allí que su concepción de democracia queda en evidencia cuando analiza la naturaleza y los límites del gobierno democrático, donde afirma que en su forma pura –es decir, la que postula la paridad de todos los miembros de la comunidad para dirigir los asuntos comunes y, además, aspira a la reducción del poder personal de mando– sólo es posible en aquellas asociaciones limitadas local y numéricamente y con escasa práctica en la determinación objetiva de medios y fines (1984). Por eso, en sociedades complejas y diferenciadas la democracia ampliada es enteramente impracticable, puesto que “[...] en cualquier situación, y particularmente dentro de la democracia, las grandes decisiones en política (...) son tomadas por un pequeño número de personas” (1982b: 135).

Algunas interpretaciones sobre los tópicos políticos weberianos observan que el principio de legitimidad democrática, de por sí ajeno a la dominación, sólo ingresa al análisis



por el lado de la reinterpretación antiautoritaria del carisma, cuando Weber postula la disminución de la dominación del hombre sobre el hombre.⁹ Allí, al afirmar que el dominio carismático descansa en el reconocimiento de las cualidades del jefe, por lo que los seguidores tienen el “deber” de obedecerle, está resaltando un tipo de relación de mando que no es fundamento sino consecuencia de la legitimidad. Pero cuando las relaciones sociales se racionalizan, entonces el “deber” de obedecer al que manda ya no procede de los atributos carismáticos, sino de la selección del jefe a través de mecanismos electorales. Este es, precisamente, el principio de la legitimidad democrática que conecta con una despersonalización del carisma, y cuya cualidad se traslada ahora al cargo. Al invertirse la relación, el peso de las decisiones retorna a los dominados, quienes “[...] por su arbitrio (formalmente) libre eligen y ponen, y eventualmente, [también] deponen” (1984: 214). Así, el patrón de la elección de los dirigentes políticos opera como reinterpretación antiautoritaria del carisma y sirve de fundamento a la aprobación democrática del ejercicio del mando. Ese giro desplaza la democracia al terreno de la dominación no autoritaria, una situación en la que los dominados se mueven en el sentido de limitar el poder de los dominadores; pero tal movimiento, en tanto tiende a cuestionar el poder vigente, carece de legitimidad y adquiere un signo revolucionario, que valiéndose del líder de masas coloca nuevamente en el primer plano a la comunidad y sus valores sustantivos. La democracia, entonces, se liga en principio a cuestiones comunitarias que refieren al rechazo de la estructura de poder imperante y a la anulación de las normas y ordenaciones en vigor. Pero su persistencia en el tiempo está sometida a los mismos estímulos que el carisma, es decir que tanto una como otra, pese a ocurrir en situaciones extraordinarias, corren el riesgo de ser consumidas por la rutina cotidiana.

Así entendida, la democracia comparte con el liderazgo una propiedad común: tanto una como otro interpelan a las masas. Por eso Weber la distingue de la democracia representativa, formato político en el que “[...] los ‘representantes’ son en verdad funcionarios de aquellos a quienes representan” (1984: 237). No obstante, y a pesar de que en la posguerra se inclina por una forma de gobierno que combina un parlamento vigoroso y una figura presidencial fuerte —ambos en situación de asegurar la eficacia política, al controlar uno a los burócratas y otro a los líderes cesaristas—, la crisis social de Alemania lo lleva a respaldar la necesidad de un liderazgo en posición de hacer frente a la situación. Con lo que, finalmente, el carisma recobra todo el peso revolucionario y se constituye en la única posibilidad de renovación de la sociedad.

Puede decirse, entonces, que el predominio de la racionalización, junto con el desplome de la visión unitaria del mundo que reduce las posibilidades individuales de contar con criterios morales unívocos, se traduce en una democracia de líderes como forma de contener la pérdida de sentido y de libertad. Sólo quienes ostentan un verdadero espíritu dirigente

9 Véase, por ejemplo, Breuer, Stefan, *Burocracia y Carisma. La Sociología Política de Max Weber*, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia, 1996, p. 173.

son capaces de revitalizar las relaciones petrificadas que impone la organización social moderna. Luego, en el Estado burocratizado, los líderes fuertes son los únicos que pueden utilizar la maquinaria para la realización de fines objetivos determinados, razón por la cual la democracia de líderes plebiscitarios resulta en el restablecimiento simultáneo de la “[...] la relación entre líderes y seguidores, decisiones y racionalidad instrumental, recuperando así para el ámbito político la libertad y el sentido” (Thaa 2008: 15). Y aunque Weber admite que se trata de una democracia que combina liderazgo con maquinaria, que igual que todo tipo de dominación requiere obediencia, produce el vaciamiento espiritual de los seguidores y desemboca en su proletarización intelectual, no vislumbra otra salida ante los condicionamientos de la racionalización social. Aun considerando la inestabilidad propia del carisma, cuya persistencia depende de la continua revalidación del reconocimiento y por eso mismo tiende a la desorganización de las instituciones políticas, la democracia plebiscitaria parece ser la solución más adecuada para moderar el surgimiento de demagogos que se aprovechen de las necesidades de quienes se encuentran en situación de disponibilidad.

Transversalidad del Carisma

Tal como Weber lo piensa, el carisma conecta con el entramado de conceptos políticos: se articula con la nación, con el Estado y su aparato burocrático, y con la democracia. Su carácter transversal procede del hecho de que engarza los tres conceptos más relevantes de su sociología política. Con independencia de las múltiples perspectivas desde las que se lo interpreta, los analistas concuerdan en que el sociólogo alemán es el primero en atribuirle importancia decisiva para comprender la organización política moderna, lo mismo que para explicar la génesis del Estado occidental.

Para descifrar cómo el carisma penetra la totalidad de las nociones weberianas referidas a la organización política, resulta necesario caracterizarlo brevemente, puesto que su forma sociológica reconoce un origen religioso que lo vincula fuertemente con cuestiones ligadas a la fe. Es sabido que la dominación carismática integra la clásica clasificación de las formas posibles en que se verifica la relación de dominio, pero encierra para Weber una cualidad que la hace portadora de una potencia revolucionaria que consiste en su capacidad de instituir una comunidad sentimental, es decir, unas relaciones sociales modeladas por el sentimiento subjetivo de los partícipes de constituir un todo (1984).

Brota por comunización emotiva, lo que la hace altamente inestable a raíz, precisamente, del modo en que son seleccionados el dirigente y su séquito; por su propio carácter, se halla expuesta a mutaciones permanentes que comienzan en el momento mismo en que el líder debe responder a las demandas materiales de las masas. Viéndose forzado a encarar esta cuestión, la necesidad de contar con dispositivos especializados que se adapten al ejercicio habitual de la administración, hace que el propio carisma se racionalice. Como en sí misma la relación se funda en la entrega, la reverencia y la confianza, y por ello conoce



solamente determinaciones internas y límites propios (lo que supone que el depositario del carisma se ocupa exclusivamente de las tareas que se adecuan a su propia persona), demanda de sus seguidores obediencia «en virtud de su misión» (1984: 848). Por tanto, cuando el líder actúa sin sometimiento alguno a la ley ni a la tradición, sus acólitos confían en que las cualidades que posee bastarán para mitigar carencias y sacrificios. De este modo, el éxito de sus pretensiones –pero no la posesión de cualidades– depende del reconocimiento de los seguidores, sin el cual fracasa en tanto enviado. Empero, al hacer ésto, el séquito no se convierte en poseedor de “derechos”, sino que tiene el “deber” de obedecerle, lo que pone en evidencia su carácter autoritario según el cual el derecho del caudillo a obtener reconocimiento, aunque depende de la aceptación del pueblo, no implica la consideración de la soberanía popular, sino solamente el testimonio de la naturaleza carismática de su posición.

La posesión de estas cualidades se halla en la base de la idea de vocación en su expresión superior, de modo que los jefes partidarios, los que actúan en el Parlamento o los que son elegidos por devoción, deben dar muestras de que su predominio individual se halla al servicio de los valores comunitarios. Sólo un dirigente que exhibe este atributo puede ser considerado un político en el sentido vocacional del término, y es a él a quien compete la distribución de concesiones materiales, pero también de honor social; es decir, de recompensas ligadas tanto a cuestiones ante las que debe responder el Estado, como aquellas vinculadas con el mantenimiento del orgullo de poderío de la nación. El carisma, de este modo, cumple el importantísimo papel de conectar el sistema de satisfacción de necesidades materiales con el conjunto de valoraciones nacionales. Principios y medios se unen en la figura del caudillo, cuyo cometido requiere un esfuerzo portentoso porque, adicionalmente, se enfrenta al peligro de que el carisma quede absorbido por la rutina del gobierno y disipado por el avance irrefrenable del estamento burocrático. Después de la guerra, y a la luz de la derrota alemana, Weber refuerza la definición acerca de las características que debe reunir un jefe político moderno: no se trata de alguien sometido a presiones, sino de un individuo guiado únicamente por sus propios valores, entregado apasionadamente a una causa, “[...] al dios o al demonio que lo gobierna” (1997: 154). Luego, el jefe político, apartado de intereses económicos particulares, debe propender al logro de servicios elevados rigiéndose nada más que por sus propias ideas.¹⁰

Se ha afirmado que la idea de liderazgo de Weber es declaradamente individualista puesto que dista de la que se basa en la concreción de un programa elaborado y aceptado tras discusión y acuerdo colectivo, el que podría imponer fuertes presiones sobre la actividad del líder (Beetham 1979). Acomodarse a un proyecto elaborado por otros es convertirse en un empleado y no en un verdadero líder político. Cuando en 1918 reflexiona sobre la futura constitución que debía darse Alemania, sostiene que la forma unitaria que reclama la

10 Dice Weber que en él arraiga la vocación en su expresión más alta, pues es una figura concebida como “[...] alguien que está internamente ‘llamado’ a ser conductor de hombres” (1997: 86).

nación para salir de la crisis de posguerra, impone la elección directa del jefe político sin intervención del parlamento. Esta perspectiva, según la cual un presidencialismo fuerte puede servir para resolver los problemas económicos y sociales propios de la reconstrucción, se apoya en el concepto de que sólo un político situado por encima de los intereses particulares consigue neutralizar a aquellos parlamentarios que viven “de” la política. Si durante la guerra Weber pensaba la institución parlamentaria como la más adecuada para seleccionar dirigentes dada su independencia del poder económico, una vez finalizada la contienda –y debido a la evidencia de que los partidos políticos se encuentran cada vez más implicados en la defensa de intereses específicos– aboga por la figura del presidente en tanto contrapeso de un Asamblea convertida en arena de la lucha económica.

En el marco del incontenible proceso de democratización de las masas, un jefe político proclamado a través de mecanismos partidarios por el conjunto de honorables o por su sobresaliente desempeño parlamentario, no es sino alguien destinado a fracasar y, desde luego, proclive a traicionar los valores nacionales. Un genuino dirigente es, por el contrario, aquel que logra despertar en las masas sentimientos de confianza y de fe. Por lo tanto, el mecanismo de selección de líderes típico de las democracias, representa un cambio cesarístico definido por la aclamación plebiscitaria, modalidad de designación que si bien conlleva un enfrentamiento con el sistema democrático parlamentario que ve reducida la capacidad de promocionar a sus miembros a los cargos de máxima responsabilidad, vale por la fuerza de su realidad. Aun en casos de corrupción de los dirigentes o de cualquier otro dilema ligado al ejercicio del poder, cuando la elección toma la forma de plebiscito los partidos democráticos de masas no tienen más remedio que someterse incondicionalmente a aquellos jefes que gozan de la confianza popular. Weber testimonia el peso de dicho procedimiento con numerosos ejemplos extraídos de la historia europea y norteamericana y concluye afirmando que

[...] el hecho de que precisamente las grandes decisiones de la política –también y sobre todo en la democracia– las tome el individuo, (es una) circunstancia inevitable (que) determina que la democracia de masas compre sus éxitos positivos, desde la época de Pericles, mediante fuertes concesiones al principio cesarístico de la selección de los jefes (1982b: 151).

Conclusión

Carisma: aparo contra la mecanización de la vida

En 1918, a pesar del tiempo transcurrido desde que pronunciara la célebre conferencia de habilitación en la Universidad de Friburgo, la nación sigue conservando para él la misma trascendencia. En un pasaje de su biografía, su esposa relata el estado de ánimo de Weber al fin de la guerra: “Cree en la nación como en sí mismo, en el sentido de que ningún destino exterior, ninguna presión puede aniquilar su sustancia espiritual” (1995: 856-857).

Simultáneamente, el Estado mantiene su carácter instrumental y la democracia su índole revolucionaria en los dos sentidos que encierra para Weber: un dirigente que dice a

las masas “Mantened la boca cerrada y obedeced” y un pueblo que puede juzgarlo si ha cometido errores y hasta enviarlo a la horca. Todos los refinados e impersonales dispositivos que las sociedades modernas desarrollan para satisfacer las necesidades de las masas, aun siendo imprescindibles en cuanto a sus ventajas técnicas, siguen subordinados a los valores nacionales. El Estado, por tanto, no puede pensarse si no en relación con los objetivos de la comunidad, y aunque también se adapta burocráticamente a la administración de sociedades complejas, sobre todo en cuestiones tan cruciales como la política económica y las relaciones internacionales, no puede apartarse de los propósitos nacionales. Su dirección queda en manos de dirigentes a la altura de las circunstancias y funcionarios entrenados en el estricto cumplimiento del deber profesional y el acatamiento de órdenes superiores. La democracia, a su vez, continúa ocupando el lugar destinado a la promoción de líderes capaces de cambiar “desde dentro” la totalidad de las relaciones sociales. Nación, Estado y democracia toman del carisma los recursos que contribuyen a limitar la impersonalidad de la sociedad moderna y ponen freno al fundamento mecánico sobre el que descansa el capitalismo victorioso. A fin de mantener el orgullo de poderío nacional, refrenar los excesos burocráticos y no renunciar a los lazos subjetivos allí donde solo impera el más crudo objetivismo, Weber recurre al carisma, fuente última de transformación social. Aunque muchos afirman que carece de una filosofía política, que su reflexión no contiene ningún criterio para juzgar los méritos de los regímenes políticos y que, en todo caso, su pluralismo elitista solo piensa una forma posible de democracia para Alemania y, en general, para las sociedades industriales, al caracterizar la sociedad moderna como el reino del politeísmo, la democracia, tanto como el Estado y la nación, quedan sujetos a las definiciones de hombres dominados por la pasión y la responsabilidad que, en cada época y en cada lugar, pueden volver a pensarlos y reformularlos. La confianza en la capacidad del carisma personal para atenuar el disciplinamiento propiciado por la burocratización, constituye para Weber la esencia del acontecer histórico (Mommson, 1981), un modo de contrarrestar la rutina y hacer frente a las oscuras sombras que acechaban el futuro.

En suma, si de las reflexiones weberianas pueden obtenerse algunos lineamientos generales para comprender la política contemporánea, habría que prestar atención a un conjunto de problemas: 1) los individuos con vocación no alcanzan para delinear el horizonte político moderno: se necesita que a la figura del jefe se agregue un equipo humano que le obedezca y se haga cargo del manejo de los medios de administración; 2) quienes viven de la política deben desplegar conductas de rechazo al soborno, la propina, el cohecho o la coima, para hablar en lenguaje conocido; 3) los desbordes del funcionariado portador de conocimiento intelectual y técnico, tienen que ser contenidos para impedir que su tendencia a valerse del saber invada espacios decisionales que no le conciernen; 4) las elecciones periódicas, el reclutamiento libre de los partidos en busca de adherentes, la jefatura y la militancia, constituyen factores fundamentales de la actividad política (1997: 123); 5) el parlamento debería evitar comportarse como un elenco de “borregos” (1997: 137) o meros prebendados

del dirigente; 6) como la política se hace con la cabeza, lo que da la pauta de un cierta frialdad y distanciamiento respecto de los hombres y las cosas (1997: 154), tales atributos deben ir juntos con la entrega y la pasión, de modo de no convertir la causa que se persigue en una agitación estéril, vanidosa e inconducente.

No obstante, la nación tal como Weber la interpreta, no conduce al nacionalismo, si por ello se entiende el predominio de un “espíritu del pueblo” del que emana la cultura. A su vez, la fuerza del Estado no deriva en estatismo, en términos de clausura de la competencia económica y política de los diversos grupos de interés. Asimismo, la parlamentarización no supone parlamentarismo puro, sino sólo el diseño de un dispositivo para seleccionar gobernantes y controlar la administración. La democracia no es democratismo, dado que la existencia del jefe político, expuesto al veredicto popular en caso de engaño o traición, es finalmente el que funda un orden al que los dominados obedecen legítimamente. Por último, el carisma no deriva en totalitarismo, dado que el caudillo –aun siendo elegido directamente por el pueblo y reclamando obediencia a la autoridad emanada de su persona–, se halla sometido a controles tan estrictos como amplio es el espacio que genera su figura en la búsqueda de la salvación del individuo de las redes de la rutinización burocrática moderna. Como dice Paul Ricœur, “[...] lo que Weber puede todavía enseñarnos es que cualquier sueño de retorno a la vida comunal puede ser muy ambiguo” (2001: 219), pues sus consecuencias podrían causar tanto anarquía como fascismo.

Indudablemente, el sociólogo de Heidelberg es el prototipo del intelectual liberal, el vocero de un liberalismo a las puertas de su decadencia, pero que al mismo tiempo “[...] tuvo plena conciencia de la crisis del pensamiento liberal” (Mommsen 1981: 8), por lo que buscó todas las maneras posibles de resguardar el sentido y la libertad en un mundo atravesado por la lógica capitalista. Ante poderes de una solidez suficiente como para detener y hasta anular las libertades personales, su propuesta hace foco en la política, “[...] una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias” (1997: 179). Y puesto que sólo se consigue lo posible buscando lo imposible, cabe esperar que surjan hombres y mujeres dispuestos a soportar la destrucción de las esperanzas, capaces de admitir que sus ideas no tienen categoría superior en comparación con los numerosos puntos de vista que conforman la realidad social. No obstante, continúa abierto el problema de la inestable fragilidad de la autoridad carismática, precisamente la fuerza capaz de renovar la sociedad: si tarde o temprano desemboca en dominación legal-racional o tradicional, entonces no hay respuesta al modo en que podría sostenerse a lo largo del tiempo manteniendo sus propios atributos; particularmente, cómo resolvería la cuestión, ampliamente confirmada por la historia, acerca de la formación de partidos que creyéndose herederos del jefe político, terminan confirmando la debilidad constitutiva del carisma.

Bibliografía

- Beetham, David (1970). *Max Weber y la Teoría Política Moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Breuer, Stefan (1996). *Burocracia y carisma. La Sociología Política de Max Weber*, Ediciones Alfons El Magnànim, Valencia.
- Mayer, Peter, (1966). *Max Weber y la Política Alemana*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- Mommsen, Wolfgang (1981). *Max Weber. Sociedad, Política e Historia*, Alfa, Buenos Aires.
- Mommsen, Wolfgang (1990). *Max Weber and the German Politics. 1890-1920*, The University of Chicago Press (traducción propia).
- Mommsen, Wolfgang (1989). *The Political and Social Theory of Max Weber*, UK, Polity Press (traducción propia).
- Portantiero, Juan Carlos (1987). “Weber: la forma moderna de la dominación”, en *Los usos de Gramsci*, México, Folios Ediciones.
- Rabotnikof, Nora (1981). *Max Weber: desencanto, política y democracia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Ricœur, P. (2001). *Ideología y Utopía*, Gedisa Editorial, Barcelona.
- Ringer, Fritz (1995). *El Ocaso de los Mandarines Alemanes. La Comunidad Académica Alemana, 1890-1933*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona.
- Thaa, Winfried (2008). “Democracia y crítica de la civilización en Max Weber y Hanna Arendt”, en *Revista Española de Ciencia Política*, Nº 19, octubre.
- Therborn, Göran (1980). *Ciencia, Clase y Sociedad*, Siglo XXI, Madrid.
- Weber, Max (1982a). “El Estado Nacional y la política Alemana”, en *Escritos Políticos*, Folios Ediciones, México.
- (1982b). “Parlamento y Gobierno en el Nuevo ordenamiento Alemán”, en *Escritos Políticos*, Folios Ediciones, México.
- (1982c). “Sistema Electoral y Democracia en Alemania”, en *Escritos Políticos*, Folios Ediciones, México.
- (1984). *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- (1985). “Roscher y Knies y los Problemas Lógicos de la Escuela Histórica de Economía”, en *El Problema de la Irracionalidad en las Ciencias Sociales*, Taurus, Madrid.
- (1997). “La Política como Vocación”, en *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid.
- Weber, Marianne (1995). *Max Weber. Biografía*, Ediciones Alfons El Magnànim, Valencia.

La teoría sociológica y la comunidad

Clásicos y contemporáneos tras las huellas de la “buena sociedad”

Pablo de Marinis

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA / CONICET.

127

Resumen

Este artículo ofrece una perspectiva panorámica, aunque necesariamente incompleta, sobre la teorización sociológica acerca de la “comunidad”, un concepto sociológico fundamental (en sí mismo, o en el contexto del par dicotómico que integra con otro concepto, el de “sociedad”), desde los clásicos de la disciplina hasta hoy. Sacrificando profundidad para ganar a cambio amplitud y perspectiva histórica, se sobrevuela primero el pensamiento sobre la comunidad de algunos clásicos (como Ferdinand Tönnies, Max Weber y Émile Durkheim) y luego el de Talcott Parsons. Luego, de manera más detallada, se analizan las concepciones de comunidad presentes en dos autores más recientes, Michel Maffesoli y Zygmunt Bauman. Este ejercicio, por un lado, se orienta a detectar las principales metamorfosis del concepto durante casi un siglo y medio, observando en los diferentes autores sus oscilaciones entre usos tipológico-científicos, históricos y utópico-políticos de la comunidad. Por otro lado, al final, lanza algunas preguntas acerca de la (¿inextricable?) relación entre la sociología y los compromisos normativos.

Palabras claves: comunidad; teoría sociológica clásica; Talcott Parsons; Michel Maffesoli; Zygmunt Bauman

Abstract

This article offers a panoramic (though necessarily incomplete) overview of the sociological theorization around “community”. As we shall argue, this has been a fundamental sociological concept in itself, as well as in the context of the dichotomous pair that it integrates with «society». Sacrificing depth for breadth in order to gain wideness and a historical perspective, in the first place, we glimpse into classical theorizations around “community” (by Ferdinand Tönnies, Max Weber and Émile Durkheim) and, in the second place, we refer to Talcott Parsons perspective on the matter. After that, we analyze, in more detail, the conceptions of “community” of two contemporary scholars, Michel Maffesoli and Zygmunt Bauman. The article, on the one hand, seeks to identify major transformations of the concept during its nearly one and a half century, looking for the oscillations between typological-scientific, historical and political-utopical uses of community in different authors. On the other hand, towards the end, we pose some questions about the intractable relationship between sociology and normative commitments.

Keywords: community; classical sociological theory; Talcott Parsons; Michel Maffesoli; Zygmunt Bauman

Introducción: ¿por qué la comunidad? ¿por qué la teoría sociológica?

Vivimos actualmente un *boom* de la comunidad, de un alcance y un carácter indudablemente globales, aún cuando las formas nacionales y regionales de experimentar y de representar(se) este fenómeno muestren significativas diferencias. La sociedad moderna (la “Sociedad”), esa gran invención teórico-práctica del siglo XIX que alcanzó su apogeo en las décadas centrales del siglo XX bajo la égida de racionalidades políticas keynesianas, propias del Estado de Bienestar, viene experimentando desde hace casi cuatro décadas una fuerte corrosión de sus fundamentos materiales, normativo-institucionales, simbólicos. La Sociedad, en mayúsculas y en singular, se ha desconvertido, se ha destotalizado. Aquel espacio más o menos homogéneo de sociabilidad ha mutado significativamente. Aquel entramado de relaciones de interdependencia, sostenido por patrones en cierto modo estables de integración e integridad, atravesado por fuertes jerarquías de clase y desigualdades estructurales pero aún así apuntalado por matrices valorativas en torno a nociones tales como “solidaridad” o “ciudadanía social”, se ha vuelto más bien un archipiélago de partes sin un todo que las albergue o contenga, una maraña de circuitos superpuestos de sociabilidades incompatibles, incommensurables, de velocidades dispares.¹

Por razones que más abajo se explicarán mejor, cabe decir por el momento que no es una casualidad que justamente en este contexto epocal errático e incierto se relance (o vuelva a conjugarse con fuerza) el vocabulario de la comunidad. En efecto, en cualquier propuesta programática de las más distintas áreas de gobierno, de cualquier gobierno y de cualquier nivel de gobierno, el nombre (o la idea) de “la comunidad” suele estar presente y, no sólo eso, sino además escrito con letras de molde. Diversas autoridades parecen tomar nota de esta suerte de “destotalización” de lo social, y pese a los esfuerzos que puedan hacer por promover o reconstruir sociabilidades de tipo “social” (dado el énfasis que suelen poner en nociones tales como “solidaridad”, “integración” o “justicia social”), sus intervenciones tienden más bien a dirigirse a los acotados espacios de unas “comunidades” que ya existían previamente a estas intervenciones, o que deberían surgir o resurgir como resultado o efecto de ellas. Políticas sociales, educativas, culturales, laborales, de salud, vivienda, seguridad urbana, por citar sólo algunos campos de intervención, todas ellas pretenden “construir comunidades”, o al menos apelar a las energías de comunidades ya existentes, o llamar a establecer “sinergias” entre ellas y los Estados.

1 En los últimos años, y en especial en algunos países latinoamericanos, se vienen dando diversos procesos políticos que parecen orientarse a una suerte de “reconstitución” de esa Sociedad con mayúsculas, de la mano de una cierta redefinición del reparto de incumbencias y atribuciones entre Estado y mercado, estableciendo en ello un marcado contraste con los años '90 del pasado siglo. Pero no se dirá aquí mucho más acerca de estos procesos, porque no constituyen el tema de este artículo y porque además estamos justamente en el medio de ellos, por lo que cualquier afirmación más o menos contundente sería tan imprecisa como prematura.

Junto a estas comunidades construidas, convocadas o interpeladas deliberadamente “desde arriba”, afloran muchas otras comunidades “desde abajo” que, a través de variadas arengas y proclamas, convocan a formas de agregación y acción colectiva sobre bases muy diversas. Comunidad sirve, a la vez, para decir quiénes y cómo somos “nosotros” y, en el mismo movimiento, quiénes y cómo son “ellos”. La lista de atributos que podría estar en la base de estas convocatorias de tinte comunitario es, en principio, ilimitada. Así, comunidad puede remitir a maneras de vivir, prácticas de trabajo, modos de consumo, orientaciones sexuales, orígenes étnicos, identidades de género, creencias religiosas, inscripción en relatos y tradiciones regionales, nacionales o locales, formas de ocio, lugares de residencia, prácticas “alternativas”, y muchos etcéteras más.²

De tal forma, comunidad indica lo que somos hoy, sí, pero también anuncia nuestras potencialidades de cara a un futuro presumiblemente mejor que este presente, el que por varias razones nos parece condenable. Comunidad describe lo que existe, pero también denuncia lo que nos falta e indica aquello de lo que carecemos; o bien, en variantes más propositivas, anticipa lo que podríamos llegar a ser, aquello en lo que podríamos (y, en fuerte tonalidad normativa, deberíamos) convertirnos.

Como no podría ser de otro modo, las ciencias sociales y humanas tratan de estar a la altura de este *boom* comunitario en curso. El famoso debate entre liberales y comunitaristas, que ha llenado incontables páginas en, por lo menos, las últimas tres décadas, es un buen testimonio de ello.³ No es éste el lugar adecuado para discutir acerca de si el papel de estas disciplinas es siempre y necesariamente reactivo, o bien si ellas mismas son performativas de una batería de imágenes del mundo de tinte comunitario, imágenes que iluminan o sostienen formas reales y efectivas del vivir y del hacer. En cualquiera de los casos, en este contexto tampoco podrían soslayarse los nombres de Giorgio Agamben, Toni Negri, Roberto Esposito y Jean-Luc Nancy, que son, entre otros, algunos de los más importantes que la filosofía política reciente puede registrar, en cuyos textos el “problema de la comunidad” (o la comunidad como problema) aflora y se despliega de manera profusa.

Este *boom* de la comunidad también se puede verificar fácilmente si se toman en consideración las variantes más aplicadas o empíricas de las ciencias sociales. Allí están, para atestiguarlo, las numerosas investigaciones llevadas a cabo por las más diversas sociologías y antropologías, por ejemplo las que se ocupan de las “comunidades educativas”, las “comunidades de prevención del delito”, las “comunidades culturales”, las “comunidades

2 La expresión “junto a” que inició este párrafo puede prestarse a equívocos. Por eso, cabe subrayar que, a veces, la comunidad construida “desde arriba” y la invocada “desde abajo” pueden ser una y la misma entidad.

3 Para ahorrarme un inmenso listado de referencias bibliográficas, remito apenas a Fistetti (2004: 152-166), quien en muy pocas páginas resume magistralmente este debate.



campesinas”, las “comunidades de consumo”, las “comunidades de trabajo” y así sucesivamente para cualquiera de las subdisciplinas que tienen cierto peso en el mundo académico.

Pero, ¿y nuestra teoría sociológica? Ya es casi un lugar común en ambientes intelectuales afirmar sin temor a equivocarse que el manantial interpretativo de la teoría sociológica parece haberse resecado, y que ya no gozaría actualmente de la reputación ni movilizaría las expectativas que supo despertar en otros tiempos. Así, se sostiene a menudo que la antropología, la filosofía, la historiografía y los estudios culturales la han eclipsado, y que en estos campos disciplinarios, mucho más que en la propia sociología, podría todavía encontrarse algo de agudeza, inventiva, creatividad. Por otro lado, al interior del propio campo sociológico, la teoría sociológica ha perdido también algo de peso en los repartos curriculares en las instituciones de enseñanza, en el acceso a fondos de investigación, todo en favor de variantes de carácter más bien tecnológico o sociográfico, esto es, de formas de la práctica sociológica más directamente vinculadas a la consultoría, a la transferencia al mundo productivo y al campo de la generación de políticas públicas.

Precisamente por todo esto tiene sentido preguntarse si la teoría sociológica tiene actualmente algo relevante para decir acerca del “problema de la comunidad”. Y expandiendo aún más la pregunta, ¿tuvo ella históricamente algo relevante para decir acerca de este problema? Por demás, en las jerarquías existentes al interior de su repertorio de conceptos, ¿no ha quedado la comunidad un tanto rezagada, a la sombra de otros conceptos al parecer más venerables para la sociología, como el de “sociedad”? Sostengo que esta última pregunta puede responderse por la negativa,⁴ así como las dos anteriores por la positiva. Y dedicaré este trabajo al esfuerzo de demostrarlo.

Tres hipótesis de lectura sostienen este texto y resultan ciertamente sencillas en su formulación, pese a que luego, para validarlas, será necesario realizar un recorrido histórico-conceptual necesariamente denso e intrincado. Como se verá a continuación, se establecerá en cada una de estas hipótesis una suerte de puesta en correlación entre los contenidos de los respectivos discursos teórico-sociológicos (en especial, en lo que hace al concepto de “comunidad”, y prestando especial atención a su relación con el de “sociedad”) y los contextos histórico-epocales en los que ellos fueron formulados. Así, la primera hipótesis se corresponderá con un momento histórico de “invención de lo social”, la segunda con una etapa de “consolidación y auge de lo social” y la tercera con un periodo de “desconversión y decadencia de lo social”, en el que quizás todavía estemos instalados. En todos estos momentos, el papel de la teoría sociológica ha sido significativo, aún cuando ello se haya dado del modo más o menos indirecto y mediato en el que este tipo de discursos suelen impactar en la realidad de las prácticas sociales. En el mismo movimiento de presentación de las hipótesis, se planteará el plan del presente texto.

4 Al menos si se considera la obra de algunos sociólogos contemporáneos, como los que habrán de considerarse aquí.

a) La comunidad fue una palabra clave de primer orden para los clásicos de la sociología, en especial para la segunda generación de “padres fundadores” (Ferdinand Tönnies, primero, y luego Max Weber y Emile Durkheim), quienes estuvieron activos en aquellas décadas a caballo entre los siglos XIX y XX. También lo fue, a su peculiar manera, para un contemporáneo de estos autores: Georg Simmel. Y, poco tiempo antes que todos ellos, para Karl Marx. Sin embargo, una vez dicho esto, debe también afirmarse que los significados que asumió la comunidad en todos estos discursos fueron bien variados, considerando en ello no sólo las notorias diferencias entre los autores sino también los matices o las orientaciones al interior de cada uno de sus pensamientos. Además, cabe ahora anticipar algo que luego se desarrollará con mayor detalle: que estos significados no sólo son reductibles a una evocación nostálgica de un pasado premoderno irremediamente (s)ido, como tienden a sostener algunos historiadores de la sociología, entre quienes Robert Nisbet (1996) es uno de sus más famoso exponentes. La segunda sección de este artículo tratará acerca de todos estos temas, recuperando, en particular, la pluralidad de estos significados de la comunidad en los tres primeros autores mencionados (Tönnies, Weber y Durkheim).

b) La comunidad no desaparecerá del candelero del discurso sociológico ni siquiera en las décadas centrales del siglo XX, justamente en aquellas en las que se experimentó el más pronunciado “auge de lo social”. Así, sigue apareciendo como palabra clave incluso en el pensamiento de Talcott Parsons, el gran teórico de la sociedad moderna del siglo XX. Especial atención merecerá aquí su concepto de “comunidad societal”. La tercera sección de este texto abordará estas cuestiones.

c) Las décadas que cierran el siglo XX y dan comienzo al XXI estuvieron (y están) signadas, como se dijo, por una “desconversión de lo social”. No resultaría difícil detectar una cierta afinidad electiva entre esa impresionante desconversión de los órdenes sociales que tuvo lugar desde los años ‘70 del siglo pasado de la mano de la irrupción de racionalidades de gobierno neoliberales, y el llamado “derrumbe del consenso ortodoxo” en el plano de la teorización sociológica. Así denominó Anthony Giddens, entre otros fenómenos de orden teórico y epistemológico, al proceso por el cual la figura de Talcott Parsons perdió el prestigio y la centralidad de la que había gozado previamente en el discurso sociológico.⁵ Debido a esto, emergió (o, en algunos casos, re-emergió) en esta disciplina una gran variedad de posiciones teóricas, actitudes metodológicas, estilos de trabajo, etcétera. De allí en más, la sociología sólo podría conjugarse en plural. Sin embargo, en particular a lo largo de los años ‘80, pareció tener lugar una suerte de restablecimiento de la “Gran Teoría”, de la mano de autores sistemáticos y ambiciosos, entre los que descollaron los nombres del propio Giddens,

5 Véase, entre otros trabajos, Giddens (1982).

Jürgen Habermas y Niklas Luhmann.⁶ Luego, ya en los años '90, los caminos de la teorización sociológica seguirían otros rumbos, incluso por parte de estos mismos autores.⁷

Pero no es propósito de este artículo reconstruir con exhaustividad los derroteros de la teoría sociológica postparsoniana.⁸ En cambio, sólo se aspira aquí a subrayar que, desde hace algunas décadas, asistimos a una plétora de discursos teórico-sociológicos que problematizan y se posicionan ante la comunidad de maneras muy variadas. Ellas resultan prácticamente imposibles de reducir a unos denominadores comunes, como se verá en el caso de los clásicos, o de resumir en torno a un concepto clave y fundamental, como se manifestará en el caso de Parsons.

Así, por un lado, los ya mencionados autores, conocidos por su sistematicidad y por sus elevadas pretensiones de constituir sistemas teóricos, con todo lo que ello implica, (Habermas, Luhmann, Giddens), no incorporaron mayormente a la comunidad en el repertorio de sus conceptos fundamentales. Esto no impide que la pregunta por la comunidad esté ciertamente presente también en ellos, aunque quizás camuflada en otros, muy distintos vocabularios.⁹

Por otro lado, en fuerte contraste con ese supuesto olvido o descuido de la comunidad por parte de estos teóricos, los representantes de otros estilos de trabajo teórico-sociológico, más cercanos al ensayismo o la crítica de la cultura contemporánea, la colocaron en el centro de sus indagaciones. Así, estos autores dieron lugar a importantes reflexiones acerca de la comunidad impregnadas de una fuerte tonalidad ya sea ética (por ejemplo, Zygmunt Bauman y Richard Sennett) o bien estética (tales los casos de Michel Maffesoli o Scott Lash, entre otros).¹⁰

6 En efecto, *La Constitución de la Sociedad* de Giddens, *La Teoría de la Acción Comunicativa* de Habermas, y *Sistemas Sociales* de Luhmann, todos de la primera mitad de los años '80, constituyen buenos ejemplos de lo que estoy mentando al hablar de rehabilitación de la "Gran Teoría". Igual de ambicioso y sistemático resultó en esos mismos años y en los siguientes el trabajo de Pierre Bourdieu. Pero no se lo menciona aquí junto a los otros autores porque el significado que en su obra asume la teoría es tan diferente al de aquéllos que casi no admite la comparación.

7 Esta afirmación, cabe admitir, no rige del mismo modo para Luhmann que para los otros dos autores, que de alguna manera han abandonado desde los años '90 del siglo XX su esfuerzo rehabilitador de la "Gran Teoría". Esto vale particularmente para Giddens.

8 Esto lo hacen con maestría, por ejemplo, autores como Joas y Knöbl (2009), o Mouzelis (2008), que realizan reconstrucciones de conjunto de las últimas décadas de teorización sociológica. Aunque ya ha quedado algo desactualizado, el libro que compila unas clases universitarias de Alexander de los años '80 sigue siendo una excelente obra de referencia (1989).

9 Cf. Bialakowsky (2010), quien, poniendo el eje de su análisis en otro concepto fundamental (el sentido), explora el lugar (para él nodal) que ocupa la comunidad en la obra de Giddens y de Habermas.

10 Dice Maffesoli que "siempre hay pedantes y maestros de escuela que (...) tienen a flor de labios la acusación infamante de 'ensayismo'" (1993: 25). Por mi parte, quisiera aclarar que no estoy usando esta palabra en un sentido peyorativo ni acusatorio, sino apenas descriptivo de cierto tipo de trabajo

A excepción de una tesis actualmente en curso, en la cual se abordará la obra de Parsons, Habermas y Luhmann,¹¹ no conozco otras investigaciones que aborden frontalmente las concepciones de comunidad presentes en autores contemporáneos o recientes cuyas obras tienen un carácter más bien sistemático. De mi parte, inscripto en una problemática similar aunque algo más restringido en los alcances que pretendo, me encuentro trabajando acerca de la comunidad en la obra de Habermas.¹² Por tal razón, no se dirá aquí mucho más sobre estos autores recientes.

Así, y también por razones de espacio, la cuarta sección de este trabajo sólo se dedicará a sobrevolar las posiciones de dos de los recién mencionados cultores de una sociología de impronta más bien ensayística: Maffesoli y Bauman. Se los ha elegido precisamente a ellos por la relevancia de sus reflexiones teóricas acerca de la comunidad, que ha alcanzado incluso cierta relevancia pública por fuera de los espacios estrictamente académicos. Además, porque se prestan a interesantes comparaciones entre sí. Si bien muestran algunos parecidos de familia en cuanto a su manera de concebir y practicar la sociología, ellos son también ilustrativos de posiciones opuestas a la hora de valorar o juzgar las comunidades empíricas que ven aflorar ante sus ojos en la contemporaneidad.

En suma, este trabajo pretende ofrecer una perspectiva panorámica, aunque necesariamente incompleta, sobre la teorización sociológica acerca de la comunidad desde los clásicos hasta hoy.¹³ Tal como se anticipó, se ha optado aquí por sacrificar profundidad para ganar a cambio amplitud y perspectiva histórica. Finalmente, en las conclusiones, se resumirá el recorrido realizado en este trabajo, y se anticiparán algunas vías posibles para proseguir esta línea de investigación.



intelectual que, en su estilo y en sus formas, contrasta fuertemente con el de otro tipo de autores, más proclives a la teorización abstracta y a la construcción de sistemas complejos de conceptos. En cambio, un autor como Maffesoli, es capaz de afirmar que “La textura del mundo es compleja, el texto que la expresa no puede ser irreprochable” (1993: 54). Sobre el “ensayismo” de Bauman, véase por ejemplo Beilharz (2006: 112): “Bauman’s contribution remains modest; his mode is that of the *essai*, the attempt”.

11 Bajo mi dirección, Mariano Sasín está llevando adelante una tesis titulada “Comunidad y Sistema. El lugar de lo comunitario en la descripción sistémica de la sociedad” (Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires).

12 Se trata de una ponencia que lleva por título “Pensar la comunidad, sin siquiera nombrarla. Una exploración en la obra de Jürgen Habermas”, y la presentaré en el próximo congreso de ALAS, en Recife, Brasil, septiembre de 2011.

13 Hay algunos puntos de contacto entre el ejercicio que modestamente intento hacer aquí y lo que Schluchter llama “historia de la teoría con un propósito sistemático”, perspectiva analítica que explica brevemente en la entrevista que le realicé (2008a, 188-192) y que despliega de manera realmente enciclopédica en (2006) y (2007). Algunos lectores de versiones anteriores de este trabajo observaron una posible afinidad entre mi perspectiva y la de la llamada “historia conceptual”, pero no me encuentro, por el momento, en condiciones de afirmarlo.

Cierro esta sección introductoria con un breve comentario acerca del contexto de producción de este trabajo, que también aspira a ofrecer una visión de conjunto de los hallazgos producidos en el marco de los proyectos de investigación que dirijo y en las actividades de docencia en posgrado que realizo, por lo menos, desde el año 2006.¹⁴ Una tarea de esta índole sólo puede realizarse de manera colectiva, “comunitaria”. En especial un inquieto plantel de investigadores, la mayoría tesisistas de posgrado, algunos ya doctores o al borde de serlo, integrantes del equipo de los proyectos, así como también un crítico público de estudiantes de los seminarios, han estimulado y discutido, en suma, han ellos mismos producido, buena parte de esos hallazgos, que también se han cristalizado ya en publicaciones y ponencias.¹⁵

Sociología Clásica: entre la comunidad que fue, la que es y la que viene

Diversas historias de la sociología han sostenido con razón que, si algo han intentado hacer los clásicos de esta disciplina, ha sido procurar una comprensión acabada de los complejos perfiles del orden capitalista y moderno que emergía ante sus ojos. En ello, parece reinar un acuerdo generalizado y es justo que así sea, pues parece ser algo obvio y evidente.

En este contexto, algunos autores, como Zeitlin (1970), han subrayado (quizás con demasiada insistencia) que el propósito de la sociología clásica fue, básicamente, el de entablar un debate con Marx, o con “el fantasma de Marx”, para así ofrecer una alternativa burguesa ante el materialismo histórico. Otros, a su vez, sin dejar de sostener algo similar, le han asignado a la sociología no sólo una impronta burguesa, sino también un signo ideoló-

14 La tarea de investigación acreditada se inició con un proyecto del Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (2007) y continuó en otro de la Programación 2008-10 de UBACyT, ambos ya concluidos. A ellos les siguió un segundo proyecto UBACyT (2010-12), un PICT de la ANPCyT (2009-12) y un PIP de CONICET (2010-13), los tres actualmente en curso, bajo mi dirección y con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. La actividad docente de posgrado consistió en tres seminarios en el Doctorado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA (2005, 2007 y 2009), y en un seminario de doctorado en la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la Universidad Nacional de Rosario (2010). Prosigue este mismo año (2011) con un seminario en el Doctorado del IDAES de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina) y con otro en la Maestría en Ciencias Sociales de la FLACSO (México).

15 Las publicaciones son las siguientes: de Marinis 2010a, 2010b, 2010c, 2010d, 2010e; 2008a y b; 2005. Sólo mencionaré aquí una ponencia que incluye cuestiones aún no publicadas: de Marinis (2010f). Algunas producciones de los investigadores del equipo, pertinentes para los temas que se tratan aquí, serán también oportunamente citadas. Quiero agradecer en este lugar los incisivos comentarios realizados por los dos evaluadores anónimos de este trabajo, la gran mayoría de los cuales me han resultado de enorme utilidad para mejorar su contenido y aclarar el sentido de mis argumentaciones.

gico conservador. Así, se le reconocería a esta disciplina el carácter de emprendimiento intelectual ambicioso, serio, con merecidas pretensiones de científicidad, pero que estaría también ostensiblemente atravesado de nostalgia por el orden premoderno perdido gracias al avance incontenible de los procesos de modernización societal. El ejemplo más claro de esta posición lo representa Nisbet (1996),¹⁶ y el clásico al que más frecuentemente se le han atribuido tales posicionamientos ha sido Ferdinand Tönnies.¹⁷

Sin ánimo de discutir en detalle el grado de corrección de estas hipótesis de lectura de la historia de la sociología, aunque sí admitiendo que ninguna de las dos resulta del todo convincente, dadas su unilateralidad y sus fuertes sesgos “ideológicos”, me interesa ahora relacionarlas con el objetivo principal de este artículo: elucidar el lugar y el significado del concepto de la comunidad a lo largo de la historia de la teoría sociológica. De tal forma, quisiera comenzar subrayando el hecho de que la comunidad fue, en especial para los sociólogos de la segunda generación de clásicos, entre los siglos XIX y XX, un concepto sociológico fundamental.¹⁸ Pero cabe también decir que este concepto, por lo general, apareció de la mano de otro, junto a otro, introducido en una polaridad conceptual con otro, cuyo contenido y carácter eminentemente sociológico tampoco podría ponerse en duda: la “sociedad”.

En el contexto de un esfuerzo por ofrecer una explicación acerca de la emergencia de la sociedad moderna, en varios tramos de la obra de los sociólogos clásicos la comunidad aparece como antecedente, como hito inicial o punto de partida de un proceso que habría desembocado en la sociedad moderna, objeto privilegiado de sus análisis. Según esta visión, la modernización no sería otra cosa que el retroceso de las relaciones de tipo comunitario y su reemplazo paulatino o su violento aplastamiento por parte de las relaciones de tipo societario. Este sería, entonces, el primero de los significados de la comunidad que es posible encontrar entre los sociólogos clásicos: el de antecedente histórico de la sociedad moderna. Sobre él han cargado las tintas autores como Nisbet quien, como hemos visto, se ha empeñado en otorgarle a la empresa sociológica en su conjunto un sesgo conservador, romántico y nostálgico del pasado. Es decir, para este autor, no sólo se trataría en los clásicos de una aséptica y objetiva descripción de un proceso histórico, sino de una valoración eminentemente sombría, marcadamente negativa de sus consecuencias.

Por supuesto, Nisbet reconoce que en estos autores no sólo había en juego una propuesta ideológica de condena de la modernidad capitalista, sino también (y esto no fue me-

16 “Toda la sociología del siglo XIX está imbuida de un tinte de nostalgia en su propia estructura”, llega a afirmar Nisbet (1996: 104).

17 Está claro que, para un autor conservador como Nisbet, esto no podría ser objeto de recriminación alguna, aunque sí para Zeitlin y toda la tradición “conflictivista” o neomarxista.

18 Hasta aquí, sólo puede haber acuerdo con Nisbet (1996), quien incluso le otorga a la comunidad el carácter de “idea-elemento” de la sociología. Las diferencias con su argumento se empezarán a ver más abajo.

nos importante que lo anterior) un esfuerzo científico por comprender los formatos y atributos de las relaciones emergentes y crecientemente predominantes. De ese modo, se llega al segundo significado de la comunidad en la sociología clásica: la comunidad como tipo ideal de relaciones interindividuales. En este sentido, las relaciones comunitarias (de este modo localizables como entidades no sólo en el pasado premoderno, sino también posibles aún en el presente moderno) resultan tener por nota distintiva su naturalidad, su estabilidad, su calidez, su fuerte carácter afectivo, su impronta local, ancestral, y su apego a valores tradicionales y a las marcas adscriptivas del status en situaciones predominantemente de copresencia. Por su parte, las relaciones sociales (acerca de las que en el otro registro se decía que tendencialmente venían tomando el relevo de las comunitarias), aparecen connotadas como artificiales, evanescentes, frías, distantes, expansibles en sus alcances espaciales o territoriales, predominantemente habitadas por roles adquiridos y por una tonalidad de fondo netamente contractual e impersonal.¹⁹

En fuerte tensión con este vaivén entre la supuesta rememoración (nostálgica o no) de lo ido, lo sido, lo pasado y lo acabado, por un lado, y la observación-descripción de lo que-es o puede-ser en el presente, por el otro, se perfila un tercer lugar para la comunidad, de perfiles mucho más esquivos que los otros dos. En esta orientación, “comunidad” es el nombre con el que se pretenden conjurar los cuantiosos males del presente, los que trajo consigo la racionalización moderna,²⁰ pero es también la proyección utópica hacia un futuro que pudiera negar o superar este presente o que, más modestamente, quizás pudiera limar sus más punzantes y dolorosas aristas.

De tal forma, en la teoría sociológica clásica, la comunidad aparece posicionada en varios puntos de un continuo temporal: en lo que fue, en el pasado; en lo que es o podría ser en el presente; y en lo que podría o debería ser en el futuro. En cada caso, son distintas las relaciones que la sociología establece con otros discursos, y son diferentes los compromisos que entabla con el mundo práctico-normativo: por un lado, entiende su tarea como primordialmente abocada a reconstruir un proceso histórico, y en tal sentido se coloca codo a codo con (o como auxiliar de) diversas historiografías; en otro caso, quiere erigirse como la ciencia de las relaciones sociales por excelencia; finalmente, se pone al servicio de utopías políticas y de compromisos prácticos de transformación e, incluso, de redención social.²¹

19 Esta lista de atributos es incompleta, y no recoge la enorme variedad de significados que movilizaron los sociólogos clásicos, pero debería resultar suficiente para mostrar el verdadero carácter de polaridad que “comunidad-sociedad” asumió.

20 Recordemos que la sociología clásica inventó o resemantizó una batería de palabras que tienen una resonancia indudablemente crítica de un presente signado por la “alienación”, la “anomia”, la “despersonalización”, la “pérdida de sentido”, el “desencantamiento del mundo”, etcétera.

21 Desde luego, los compromisos normativos no dejan estar presentes también en el primero de estos significados de la comunidad, en especial cuando ella aparece tematizada como “paraíso perdido”.

Mientras Nisbet y otros tienden a concentrarse en uno (y en el mejor de los casos dos) de estos significados de la comunidad, propongo aquí que se tengan en cuenta los tres simultáneamente, cada uno de ellos considerado por separado y además en sus determinaciones recíprocas. La lectura de la obra de Ferdinand Tönnies, Max Weber y Emile Durkheim, sobre todo, aporta evidencia textual suficiente como para sostener que la comunidad pudo asumir, para ellos, los tres significados a la vez. Este argumento o esta clave de lectura también podrían extenderse a las obras de Marx y de Simmel. Partiendo desde este punto, se habilitan otras lecturas posibles para los tópicos más conocidos de la obra de estos autores.²²

Así, Tönnies no sólo debe ser visualizado, como suele ser el caso, como un conservador de origen rural preocupado por el estrepitoso avance de las relaciones de producción capitalistas, sino como un científico embarcado en la tarea (tan difícil en el contexto académico alemán de su tiempo) de hacer de la sociología una “ciencia pura” de conceptos; y, también, y esto es lo menos conocido en la sesgada recepción que ha tenido su obra, como un ferviente socialista: un decidido defensor de las experiencias asociativas del movimiento obrero, y un utópico promotor de un cosmopolitismo postsocietal, en el cual superando las estrecheces cultural-nacionales pudieran abrirse nuevas opciones civilizatorias, gracias a la rehabilitación de (no todas, por supuesto, pero sí de algunas de) las viejas virtudes comunitarias. Como puede verse, los tres significados de la comunidad confluyen aquí, entremezclados en la obra tönniesiana.²³

Por su parte, esta clave de lectura acerca de la comunidad permite que afloren los diversos Weber que anidan en Max Weber: el Weber “sociólogo”, el de los capítulos más tardíamente escritos de *Economía y Sociedad*, donde, entre otros tipos ideales, ocupa un lugar destacado el de las relaciones comunitarias o de “comunización”; o el historiador de la cultura, que emerge en buena parte de los *Ensayos de Sociología de la Religión* y en otros tramos de *Economía y Sociedad*; y, finalmente, ese Weber “utopista”, según el cual la comunidad aparece o late en estado de proyecto, como una búsqueda desesperada de una posibilidad de recalentamiento de los lazos sociales aún en (y quizás debido a) los contextos abier-

22 No podrá aquí (por razones de espacio) decirse mucho más que esto. Sin embargo, queda con ello planteada una hipótesis interpretativa que también está en la base de los proyectos de docencia e investigación que se mencionan arriba, en la nota 14, y en las publicaciones que se mencionan en la nota 15. Estos mismos argumentos alrededor de los tres significados básicos de la comunidad en la sociología clásica aparecen de manera muy comprimida en de Marinis (2010d). El primer avance de esta discusión, al cual no puedo ahora menos que juzgar retrospectivamente como algo esquemático, lo había presentado ya en (2005).

23 Con un nivel de detalle que no se puede tener aquí, véanse sobre Tönnies los trabajos de de Marinis (2010a) y (2010b), y Alvaro (2010). Para evitarme aquí la cita de las obras más importantes tanto del autor clásico como de sus comentaristas, remito a las abundantes bibliografías que en estos textos se citan. Esto último vale, en el mismo sentido, para los textos que se citarán más abajo, en las notas al pie de página nº 24 y 26.

tos por una racionalización y un desencantamiento crecientes. Justamente aquí se insertan sus reflexiones sobre la “fraternidad de los guerreros”, o sobre la “comunidad política” bajo liderazgo carismático. De tal forma, también aquí, tanto como –o más entreverados aún que– en Tönnies, se pueden hallar en la obra weberiana los tres significados de la comunidad.²⁴

Finalmente, en lo que hace a Durkheim, si bien su concepto de la comunidad no aparece tan frecuentemente en sus textos como en los de los dos autores anteriores, ha sido sin duda el responsable de una específica reflexión sociológica sobre la misma. Así, desde sus primeras obras en las que aparecen problematizadas las formas de la solidaridad social hasta las últimas, interesadas por el carácter social de la religión (o por la religión como “expresión abreviada” de la vida social), afloran por doquier referencias comunitarias, tales como su propuesta de revitalización de las corporaciones profesionales²⁵ o su interés por la “efervescencia colectiva”, la “moral cívica” y la ritualización de instancias de fusión de los individuos en colectivos y asociaciones intermedias.²⁶

Todas estas sociologías, cada una a su manera, no sólo tuvieron en su mira la comprensión del mundo social moderno, sino que en cierto modo participaron de su “invención” (Donzelot 2007), tomando parte de un complejo ensamblaje de discursos teóricos, creaciones o innovaciones institucionales y políticas prácticas. Pero lo que más interesa subrayar aquí es que la comunidad, o lo “comunitario”, no habría necesariamente de replegarse conforme avanzaba el proceso de esa invención. Pocas décadas después de estas pioneras intervenciones de los clásicos, se generalizó un (parcialmente nuevo) formato de relaciones entre individuos, grupos e instituciones en cuyo seno, al amparo de un Estado Social prolífico en prestaciones e intervenciones, la comunidad comenzó a conjugarse de otro modo. Uno de los más importantes analistas que la teoría sociológica aportó para aquel momento histórico fue Talcott Parsons. La siguiente sección de este trabajo repondrá brevemente su pensamiento, poniendo énfasis, obviamente, en su concepción de la comunidad.

Talcott Parsons y la comunidad societal: entre la pretensión científica y el compromiso normativista

Es innegable la importancia de Parsons para la historia del pensamiento sociológico. Contribuyó al establecimiento del primer canon sociológico que, en cierto modo, aún está

24 Para encontrar desplegadas todas estas cuestiones relacionadas con la comunidad en la obra weberiana véase de Marinis (2010c), Haidar (2010) y Torterola (2010).

25 Esta es una de sus propuestas más conocidas, orientada a restituir al menos algo de moralidad en el contexto de una fuerte expansión y generalización de las relaciones de mercado.

26 Dos textos recientes abordan frontalmente el problema de la comunidad moral en la obra durkheimiana: Grondona (2010) y Ramos Torre (2010).

vigente (1971); realizó la primera gran síntesis teórica, ambiciosa y compleja, sobre los sistemas sociales de acción (por ejemplo, 1988); y en las décadas centrales del siglo XX llegó a alcanzar una posición de relativa hegemonía de alcance mundial en el campo sociológico, lo cual, como se sabe, incluyó también nuestro medio académico latinoamericano. Por diversas razones, internas y externas, tanto relacionadas con sus propias debilidades teóricas como también con prejuicios ideológicos (suyos y de sus rivales) y situaciones histórico-coyunturales, entre los años '60 y '70 del siglo pasado Parsons fue destronado del sitial de privilegio que había ocupado hasta entonces. Esto sucedió en tal medida que, hoy por hoy, su obra es muy poco leída, discutida y menos aún enseñada. Sin embargo, contiene aportes teóricos valiosos que pueden ser recuperados para nuestras preocupaciones del presente.

No resulta posible sintetizar el conjunto de una obra vasta y compleja como ésta en el espacio aquí disponible. Apenas se ofrecerá una brevísima aproximación a un concepto clave, la “comunidad societal” (en adelante CS), acuñado en una fase relativamente tardía de su obra, y que se presta a interesantes comparaciones con lo desarrollado más arriba acerca de los clásicos, y con las posiciones de autores más recientes, que se encararán en la siguiente sección de este trabajo.²⁷

Para localizar la emergencia del concepto de la CS parsoniana, primero deberán decirse unas breves palabras acerca del famoso “modelo AGIL” que empezara a desarrollar este autor a mediados de los años '50. Incorporando sugerencias de la teoría general de sistemas, Parsons afirma que todo sistema social, como cualquier sistema vivo, es un sistema abierto, involucrado en un proceso de intercambio (o en unas relaciones de *inputs* y *outputs*) de información y energía con otros sistemas y sus ambientes.

Según él, los sistemas tienen que enfrentarse a cuatro desafíos o problemas fundamentales. La letra A del AGIL corresponde a la “adaptación”, orientada a satisfacer las exigencias situacionales externas del sistema. El organismo conductual es el especializado en el cumplimiento de esta función. La G corresponde al “logro de metas” (o *Goal Attainment*). Todo sistema debe definir y alcanzar unas metas primordiales en relación a su ambiente. El sistema de la personalidad es el encargado de esta función. La I se relaciona con la “integración”. Todo sistema debe regular la interrelación entre sus partes integrantes, y lograr un ajuste mutuo entre las unidades del sistema, para garantizar la lealtad, la adhesión y la interdependencia entre ellas. Esta función está a cargo del sistema social. Finalmente, la L corresponde a la “latencia” (o: mantenimiento de patrones y manejo de tensiones). Todo sistema debe mantener y renovar las pautas culturales que están en la base de la motivación

27 Un desarrollo algo más completo sobre la noción de “comunidad societal”, su significado en el contexto de la obra parsoniana, y sus implicancias actuales, así como una profusa bibliografía tanto del propio Parsons como de sus más importantes comentaristas, puede encontrarse en de Marinis (2010e); con mayor detalle aún, en de Marinis (2010f).

de sus miembros. Esta función es llevada a cabo por el sistema cultural.

Al bajar un nivel en el análisis, y al introducirse en la especificidad del sistema social²⁸ aplicando el mismo modelo AGIL, los 4 subsistemas resultan ser ahora la economía (A), la política (G), la CS (I), y el sistema fiduciario (L). Cada uno de estos subsistemas dispone de un medio que le es específico, y que intercambia con sus ambientes, tanto intra como extrasociales. Estos medios son, respectivamente, el dinero, el poder, la influencia y los compromisos de valor.

Si bien obras anteriores ya venían preparando el terreno para ello, por ejemplo (1964), es recién en *La Sociedad* (1974a) donde el concepto de CS aparece por primera vez y de manera explícita, en el marco de su intento por definir una perspectiva evolutiva y comparativa general que, partiendo de las sociedades “primitivas” y “arcaicas”, pudiera llegar a la comprensión de los perfiles actuales y posibles tendencias de desarrollo de las sociedades modernas.

En resumidas cuentas, la CS es el núcleo estructural de la sociedad, su subsistema integrativo. En tanto sistema,

es el orden normativo organizado dentro de un patrón, a través del que se organiza colectivamente la vida de una población. Como orden, contiene valores y normas diferenciadas y particularizadas, así como reglas, que requieren referencias culturales para resultar significativas y legítimas. Como colectividad, despliega un concepto organizado de membresía que establece una distinción entre los individuos que pertenecen o no a ella (1974a: 24).

La propiedad más importante de la CS “es el tipo y nivel de solidaridad que – en el sentido durkheimiano del término – caracteriza las relaciones entre sus miembros” (1976: 712). Solidaridad es entendida como “el grado hasta el que (y las formas en que) es de esperar que el interés colectivo prevalezca sobre los intereses de sus miembros siempre que ambos entren en conflicto” (ibídem).

En suma, la CS se basa en un conjunto de normas compartidas en la interacción cotidiana de sus miembros. Su función específica es desarrollar estructuras que permitan la unidad y la armonía interna de la sociedad como tal. Dice Almaraz que la CS es “como un programa que rige la acción de los miembros de una sociedad bajo el aspecto de su solidaridad como miembros de la misma” (1981: 489). Debe facilitar la sensación de pertenencia. Justamente aquí localiza Parsons su solución al “problema hobbesiano del orden”, que venía inquietándolo desde sus trabajos de los años ‘30. Al diferenciarse de la economía y de la

28 Para Parsons, sistema social no debe ser equiparado sin más a “sociedad”. La sociedad es sólo un tipo de sistema social, precisamente aquel “que alcanza el nivel más elevado de autosuficiencia en relación a sus ambientes” (1974a, 21). Autosuficiencia remite a “la capacidad del sistema, lograda tanto a través de su organización y recursos internos como de su acceso las entradas que le ofrecen sus *ambientes*, para funcionar de manera autónoma con objeto de realizar su cultura normativa, es decir, sus normas y objetivos colectivos y, sobre todo, sus valores” (1976: 712).

administración del poder, en la CS se institucionalizan formas de solidaridad social a través de su medio específico que es la influencia. Así, “la comunidad societal debe proveer marcos de juicio delimitados, que dejen pocas alternativas para la desviación de la acción que ha sido socialmente sancionada de acuerdo a valores compartidos y deseados” (Chernilo 1999: 18-9).

En condiciones de modernidad avanzada, la CS no puede sostenerse sino sobre la base del pluralismo, y a la vez hacer frente a los riesgos que, desde el punto de vista del mantenimiento de un consenso moral vinculante, ese mismo pluralismo supone. En efecto, en la sociedad moderna asistimos a la proliferación y a la yuxtaposición de variados pluralismos: de intereses económicos, de grupos políticos, en el plano cultural (lo cual incluye, sobre todo, el pluralismo multid denominacional religioso), el pluralismo de disciplinas intelectuales, y el pluralismo ético (Parsons 1976: 713).

Hecho este rasante vuelo por los principales rasgos conceptuales de la CS parsoniana, se impone ahora retomar las claves de lectura ya planteadas en relación a los clásicos de la sociología. Así, la pregunta es en qué sentido (si en alguno) la CS puede entenderse como tipo histórico, como tipo ideal, y como concepto atravesado o sostenido por aspectos utópicos y normativos.

Con respecto al primer aspecto, el fuerte sentido secuencial-histórico de la polaridad conceptual comunidad-sociedad, todavía presente al menos en una parte del pensamiento sociológico clásico, resulta mayormente desdibujado en la CS parsoniana. Para Parsons, la comunidad (societal) no es “lo meramente sido”, ni tampoco un antecedente de “lo que es” la sociedad moderna. Así, la CS parsoniana no es directamente asimilable a una época histórica específica, sino que es el substrato básico de solidaridad e integración de los más diversos sistemas sociales, en las más diversas constelaciones históricas.²⁹ Es por eso que Parsons puede hacer referencia tanto a la CS griega, como a la de la ciudad medieval como a la CS estadounidense moderna.³⁰

En segundo lugar, el sentido ideal-típico de la comunidad en los clásicos se reconfigura fuertemente en la CS de Parsons. Así, pareciera no haber en este autor relaciones típicas de comunidad, con todas las notas distintivas que a ella iban asociadas, por ejemplo en Tönnies o en Weber. Esto es, para él, todas las relaciones interindividuales (o inter-acciones) son connotadas simplemente como relaciones “sociales”. Y la CS se instala en un nivel muy diferente que el tipo ideal weberiano o su pariente, el “concepto normal” tönnesiano, esto es, no precisamente al servicio de una descripción de las relaciones interindividuales empírica-

29 Notablemente similar a ésta es la reflexión que Nisbet plantea sobre el problema de la comunidad en Durkheim (1996: 115-134).

30 Esto no implica que Parsons se haya desinteresado por los problemas de la historia y la evolución. Véanse, por ejemplo, sus trabajos de (1964), (1974a) y (1974b), donde desarrolló una completa teoría de la evolución social.

mente dadas, sino en un nivel analítico que apunta a caracterizar a un subsistema del sistema social, justamente al subsistema encargado de la función de la integración. Más aún, el nombre del propio concepto (CS) expresa el intento de superar o de ir más allá de la clásica dicotomía comunidad-sociedad.³¹

Finalmente, habría que considerar el sentido utópico-normativo en la CS parsoniana. En efecto, este sentido de la comunidad, tal como apareciera en los autores clásicos, permanece activo en Parsons, si bien reconfigurado en sus contenidos. Esto no debería sorprender, dado que se halla bajo el paraguas de una racionalidad política diferente (keynesianismo) a la que había alojado al pensamiento de aquéllos (liberalismo). Formulado esquemáticamente: la moralización del mercado ambicionada por Durkheim, o la contención del avance de la burocracia a través de la emergencia de un fuerte liderazgo político pretendida por Weber, medio siglo después cede su paso en Parsons a un deseo incontenible de ampliación de las esferas de la ciudadanía social, en el contexto de un esquema balanceado, de pesos y contrapesos: para Parsons es imperioso promover instituciones que no bloqueen el despliegue de la individualidad o limiten las esferas de libertad personal, pero que al mismo tiempo no frenen los progresos del proceso de diferenciación funcional, ni dificulten la optimización de los rendimientos específicos de todo aquello que en el marco de ese proceso se diferencia. Un programa ciertamente durkheimiano, pero actualizado en sus contenidos, para ponerlo a tono con la especificidad de las realidades de la época histórica en la que le tocó vivir.

Para comprender mejor los alcances de estas propuestas, quizás convenga aquí hacer aunque sea una brevísima mención al contexto histórico-social y político en el cual las conceptualizaciones parsonianas sobre la CS tuvieron lugar: los EE.UU. en los años '60 del siglo XX, un escenario de profunda conflictividad tanto en lo interno (luchas por los derechos civiles, pobreza étnicamente sesgada, proliferación de guetos, revueltas estudiantiles, inconformismo moral y generacional, tensiones políticas derivadas del macartismo) como en lo externo (fuertes tensiones económicas, políticas y armamentísticas derivadas de la Guerra Fría entre el “mundo libre” y el “comunismo”).

Frente a esto, Parsons, un optimista verdaderamente incurable, no da el brazo a torcer en lo que hace a uno de sus supuestos fundamentales, presente desde sus obras más tempranas: la realidad de un orden asentado en un consenso en torno a unos valores compartidos. Y si por todas partes arreciaban las evidencias contra la entidad real de ese orden,

31 “Deben evitarse simples dicotomías del tipo de comunidad y sociedad, tan sorprendentemente análoga a la dicotomía entre capitalismo y socialismo. Los intelectuales contemporáneos tienden angustiosamente a retornar a estadios primitivos de comunidad como remedio único para las enfermedades y males de la sociedad contemporánea” (Parsons 2009: 54) [1970]. El nombre que coloca Parsons al pie de página para ilustrar a qué intelectuales se está refiriendo es precisamente el de Nisbet.

Parsons opta por redoblar la apuesta: *in the long run*, justicia social e integración habrían de constituir un círculo virtuoso, en especial en su propio país.³² Su ensayo “*Full citizenship for the Negro American?*” (1965) es elocuente al respecto, cuando en un largo relato muestra, en la propia historia de los EE.UU., los sucesivos avances realizados en la integración de los diversos grupos en la CS estadounidense y, sobre todo, las tareas aún “tristemente pendientes” en referencia a las poblaciones negras.

Precisamente en este contexto se inserta la intensa relectura de Durkheim que realizó Parsons, en la cual recupera el viejo tópico sociológico de las formas de la solidaridad social. Así, para él, el aspecto mecánico de la solidaridad viene garantizado por la ciudadanía en el sentido de T.H. Marshall, es decir, incluyendo también aspectos sociales, un “suelo’ bajo el cual se supone ninguna categoría de personas debe caer” (1974b: 140). Así, el modelo estratificado y secuencial de la ciudadanía de Marshall encuentra intenso eco en varios trabajos de Parsons de aquellos años, en especial en “*Full citizenship...*”, así como en la voz “sistemas sociales” de la *Enciclopedia* (1976). Es justamente en este tipo de trabajos donde los “resbalones” normativistas de Parsons adquieren la mayor notoriedad, justamente cuando las cosas no necesariamente sucedían en la forma en que, para él, debían hacerlo. Por ejemplo:

La nueva comunidad societaria, concebida como institución de integración, puede funcionar a un nivel diferente de los que son familiares a nuestras tradiciones intelectuales; *debe* ir más allá del dominio del poder político, la riqueza y los factores que los generan, llegando a los compromisos de valores y mecanismos de influencia (1974b: 154, mi subrayado).

Legítimo resulta preguntarse qué hacer si estos compromisos de valores y mecanismos de influencia no logran llegar más allá de (u oponerle un freno a) el reino del dinero y el poder, como tan a menudo ha sucedido y sigue evidentemente sucediendo.

Lo cierto es que las pautas de ciudadanía que están en la base de la CS no parecen haberse desarrollado en esa dirección expansiva y acumulativa que Parsons postulaba, siguiendo al europeo T.H. Marshall y traducéndolo de algún modo a la realidad de su país. En efecto, esto no sucedió ni en EE.UU. y tampoco, justo es decirlo, en otras partes del mundo. Porque poco tiempo después de que Parsons desarrollara su teoría de la CS, el castillo de naipes keynesiano se derrumbó estrepitosamente, y a ello le siguieron por lo menos tres décadas de hegemonía neoliberal, de las que lejos aún se está de poder postular su finalización.

En suma, la CS parsoniana no sólo se presenta como el concepto analítico-descriptivo que es, sino que asume un costado utópico-normativo de primer rango. Ese esquema tetrafuncional de un substrato general de valores (L) especificado en normas (I), que a su

32 Alexander (2005), otrora un ferviente parsoniano, muestra fuertes críticas a su antiguo maestro en este respecto, y sostiene que, en definitiva, Parsons habría “sacrificado” la justicia social a expensas de un valor para él más elevado, como la integración.

vez regulan la dirección política (G), la cual finalmente controla a la economía (A), si es que alguna vez tuvo alguna validez, sólo pudo tenerla en aquellos breves “30 gloriosos” que duró la experiencia estadobienestarista. Esto es, ni siquiera un autor tan ambicioso como Parsons logró desinstalar ese complicado interjuego entre “juicios de hecho” y “juicios de valor” que, desde Weber en adelante por lo menos, ha venido atormentando a vastas legiones de sociólogos. Así, una superteoría para todo tiempo y lugar, como la que Parsons pretendió construir, quizás termine siendo apenas un documento en el que, en su máxima pureza, se expresó en su momento la racionalidad keynesiana, así como aquel constructo de matriz “social” que los clásicos (especialmente Durkheim) apuntalaron a comienzos del siglo XX y que Parsons sistematizó conceptualmente cuando ese siglo promediaba.

Las sociologías de la destotalización de lo social: entre la celebración del tribalismo y la denuncia del simulacro comunitario

Como se dijo al comienzo de este artículo, la “desconversión de lo social” propuso una serie de nuevos desafíos, para las ciencias sociales y, desde luego también, para los propios legos. Si tambalean, hacen agua o se resienten las venerables, y por décadas vigentes, modalidades de agregación e identificación de individuos y grupos sociales, alrededor de nociones tales como sistema normativo o consenso valorativo, ciudadanía social, Estado-Nación, clase social, ¿qué –si algo– podría ocupar su lugar? Es la naturaleza misma del lazo social la que resultará por ello fuertemente interrogada; es la propia noción de orden social la que se pone nuevamente sobre el tapete y, como no podía ser de otro modo, variopintas serán también las estrategias de respuesta que diversos autores han aportado. Precisamente aquí vuelve a tallar fuerte la idea-noción-concepto³³ de la comunidad, ofreciendo interesantes contrastes con los desarrollos teóricos correspondientes a momentos históricos anteriores que se han problematizado más arriba. Así, en la presente (última y más extensa) sección de este trabajo se presentarán las posiciones de dos autores contemporáneos que le han otorgado a la reflexión sobre la comunidad un lugar importante en sus trabajos: Michel Maffesoli y Zygmunt Bauman.³⁴

4-a) *Maffesoli (o: un elogio de la comunidad tribal)*

La figura del sociólogo francés Michel Maffesoli adquirió cierto renombre en nuestro

33 A esta altura del desarrollo del trabajo debería ya quedar claro que “comunidad”, en la teoría sociológica, puede ser todo esto a la vez. En efecto, “idea”, “noción” y “concepto” remiten a niveles diferentes de entidad y consistencia de los fenómenos implicados. Por razones de espacio, no podrá desarrollarse aquí este importante asunto, aunque al menos algunas indicaciones se realicen al respecto.

34 Ambos son autores de obras vastas, variadas y prolíficas. Por razones de síntesis (y por el interés específico que tengo en el concepto de la comunidad tal como aparece en ellos, y no tanto en el conjunto de sus proyectos intelectuales), la mirada se va a posar sobre algunos pocos de sus textos.

medio académico latinoamericano a partir de los años '90 del pasado siglo, cuando sus libros empezaron a traducirse al castellano casi inmediatamente después de la aparición de sus originales. Autor de referencia casi obligada sobre todo para estudiosos de las culturas juveniles, animador habitual de los suplementos culturales de los diarios, su nombre suele venir asociado a la palabra “tribu”. Este es un concepto que, como se sabe, tuvo una larga tradición en la historiografía y la antropología. Pero no contó, hasta su popularización por parte de Maffesoli, prácticamente con ningún arraigo en la sociología, a diferencia de otro concepto vecino, el de “subcultura”, que sí lo tuvo, en especial desde los desarrollos realizados por los miembros de la Escuela de Sociología de Chicago.³⁵

Es precisamente a esta noción de tribus a la que se le prestará mayor atención aquí, dado que en ella se muestra en gran medida el pensamiento sobre la comunidad presente en Maffesoli. El libro que marca el inicio del interés maffesoliano por las tribus fue publicado en francés en 1988 (1990 en castellano). Para Urresti (2009:11), este libro “condensa el punto de partida de un verdadero programa de investigación”. No es objeto de este artículo encarar un análisis exhaustivo de la obra de Maffesoli,³⁶ ni tampoco de realizar una valoración de conjunto de su entidad en tanto trabajo sociológico.³⁷ Como dije, sólo aspiro aquí a extraer de sus reflexiones sobre el tribalismo contemporáneo las concepciones de comunidad que allí mismo se esbozan.

La intervención de Maffesoli, pese a toda apariencia en contrario alimentada por la propia falsa modestia del autor, no deja de ser enormemente ambiciosa. Porque no son autores irrelevantes ni tradiciones intelectuales menores los rivales que él se construye para sí: el individualismo, el racionalismo, las filosofías de la historia, el positivismo, las teleologías históricas entre las que cuenta el marxismo, el determinismo de cualquier tipo (económico, cultural), etcétera. Así, todo su esfuerzo se orienta a desbaratar la idea de una Historia con mayúsculas, como construcción deliberada, racional y consciente, resultado de la obra de un “gran sujeto” individual o colectivo, un homo *oeconomicus*, *politicus* o *sociologicus*. De tal

35 En efecto, el diccionario de sociología que sigue siendo uno de los mejores disponibles en castellano, el de Gallino (1995), carece de una entrada específica para “tribu”. En cambio, tiene una muy larga y detallada para “subcultura”.

36 Como lo hace en varias publicaciones Carretero Pasin. Véase el listado de sus publicaciones por ejemplo en <http://www.ucm.es/info/nomadas/CV/aecarreteropasin.pdf>

37 Apenas para anticipar una posición que no podré profundizar aquí: comparto con Lahire (2003) buena cantidad de reparos epistemológicos y metodológicos respecto de Maffesoli, aunque no llego tan lejos como él como para negarle a este autor una verdadera entidad sociológica; por otro lado, creo como Urresti (2009) que Maffesoli despliega un trabajo nutrido de “fuentes indudablemente sociológicas” sobre las que erige un estilo de trabajo intelectual peculiar, alejado de una “sociología de los conceptos”, aunque ese estilo me resulte menos convincente y atractivo que lo que – creo que – le parece a Urresti.

forma, la serie de rivales cuestionables para Maffesoli es históricamente amplia y variada: va desde Descartes, pasa por la Ilustración y llega a Marx y a casi toda la tradición sociológica, exceptuando, desde luego, a su propia y particular manera de entender y practicar esta disciplina.

Esto no le impide recurrir también al arsenal conceptual de la sociología, aún cuando las “compras” y “préstamos” que de allí hace aparezcan, ya a primera vista, como demasiado sesgados y unilaterales.³⁸ Por eso, el Durkheim maffesoliano es especialmente el tardío, el que se fascinaba ante las formas de “efervescencia colectiva” que podían irrumpir aún en contextos de modernidad societal, o el que postulaba la existencia de la “centralidad subterránea” o de lo “divino social” (1990: 25), y no el más difundido Durkheim de manual, susceptible de rápida apropiación funcionalista o normativista, un Durkheim que, vale la pena recordarlo, también existió. A su vez, el Simmel que él prefiere es el de las *Wechselwirkungen* y las microsociologías impresionistas, el de los puentes y las puertas, y no el ácido crítico moderno (moderno pero crítico) del avance irrefrenable de la cultura objetiva por sobre la cultura subjetiva. Finalmente, su Weber es aquel de las “comunidades emocionales” (1990: 144), y no el Weber desencantado ante –no es un juego de palabras– un desencantamiento del mundo que no tiene solución a la vista más que por extemporáneas y eventuales irrupciones de carisma.³⁹ Así, Maffesoli, relacionado con el mundo de una manera –digámoslo coloquialmente– más “relajada” que la de los clásicos críticos de la modernidad, menos “preocupada” por los males del presente que otros contemporáneos suyos (como Bauman), no se cansa de anunciar una suerte de “reencantamiento del mundo” que estaríamos experimentando en la actualidad, reencantamiento del mundo o recalentamiento del lazo social en el cual las tribus, como se verá, juegan un papel central.⁴⁰

Así, más que abonar (siguiendo la veta de las ambiciones típicamente científicas y modernas) la dominación de la naturaleza por parte del Gran Sujeto moderno, su sociología postmoderna aboga por una suerte de “inmersión” en el mundo. El foco de su reacción se dirige entonces contra una imagen de lo social como agregado funcional o sistémicamente integrado, como entidad maquinica y como estructura mecánica. Y de allí a su énfasis puesto en formas de “realización” o agregación fluidas, no necesariamente racionales o interesa-

38 Evans (1997: 221-5) hace una revisión bastante exhaustiva de los *backgrounds* teóricos de Maffesoli, sobre todo (aunque no solamente) los sociológicos. Véase también la síntesis de la obra maffesoliana (actualizada hasta 2002) que presenta Carretero Pasín (2003: 200-1).

39 “Se ha insistido tanto en la deshumanización, el desencanto del mundo moderno y la soledad que engendra que casi no estamos ya en condiciones de ver las redes de solidaridad que se constituyen en él”, nos advierte Maffesoli (1990, 133).

40 Véase especialmente Maffesoli (2009). El tema del “reencantamiento del mundo” ya había aparecido en sus libros anteriores, por ejemplo (1990). Véase también (2008: 14).

das, hay un pequeño paso.

Esto nos lleva, entonces, a hablar de las tribus en el pensamiento de Maffesoli. Lo primero que debería aclararse es que, más allá de llevar el mismo nombre, las tribus maffesolianas no remiten ni a las viejas hordas de bárbaros que asolaron las ciudades europeas medievales y que interesaron a los historiadores, ni a esas entidades características de los pueblos “primitivos” que ya los pioneros de la etnología del siglo XIX relevaron y categorizaron. Así, la tribu remite más bien a una plétora de “microgrupos” (Maffesoli 1990: 29) que, sostenidos sobre bases muy diversas pero siempre enfatizando una dimensión “afectual” (1990: 30), “orgiástica” y “dionisiaca” (1990: 139), se han convertido en la forma característica de “socialidad” y marcan el tono o el “ambiente” (1990: 21) imperante en nuestras megalópolis “postmodernas”. De tal forma, el concepto de tribu da cuenta de formas de agregación y de vinculación que muy lejos están de constituir reliquias del pasado o expresiones anacrónicas descontextualizadas respecto del mundo actual.

Todos los términos entrecomillados en el párrafo anterior han sido tomados de textos de Maffesoli, un autor que evidentemente no simpatiza con las definiciones precisas ni con las duras conceptualizaciones, innecesarias y estériles desde el punto de vista de su epistemología “perspectivista”, “formista” y “relativista”.⁴¹ Para llevar adelante su propuesta intelectual, vuelve una y otra vez a ellos de manera insistente, machacona, repetitiva y a menudo fatigosa. Maffesoli presenta sus argumentos escapando de los modos convencionales de la escritura científica que típicamente encadenan lógico-deductivamente unas premisas, un desarrollo y unas conclusiones, sino que opera más bien por aproximaciones, rodeando sus objetos y posándose sobre su superficie, dando una suerte de pinceladas matizadas siempre por unos y los mismos conceptos. La irritante y a la vez grata sorpresa que puede depararnos la primera lectura de alguno de sus textos se ve fácilmente contrarrestada poco después, cuando al encarar otros trabajos se pueden encontrar casi los mismos argumentos, los mismos modismos, incluso las mismas referencias bibliográficas.

Cuando se le interroga y se le piden ejemplos,⁴² sostiene que esta categoría de lo tribal (que a veces es también, de manera indistinta, “neotribal”) podría valer tanto para agrupamientos altermundialistas, como para asistentes a *raves* o espectáculos deportivos,

41 Todas estas cuestiones metodológicas y epistemológicas, sobre las que no podremos avanzar demasiado aquí, ya habían sido abordadas por Maffesoli en (1993) y reaparecerían en todos sus libros posteriores. Sobre el “formismo” de Maffesoli, y sobre las influencias que sobre él habría tenido Simmel, se detienen Ambrosini (2009) y Carretero Pasin (2005).

42 Son incontables las notas periodísticas que se le han hecho a Maffesoli. Basta poner en Google “entrevista a Michel Maffesoli” y aparecerán 718 resultados, sólo en castellano (al 23 de febrero de 2011). Estas notas suelen ser el terreno propicio para el suministro de los “ejemplos” que siempre exigen los periodistas.

43 “Identidad” no es término con el que Maffesoli simpatice, que prefiere más bien su pariente, “identificación”; sin embargo, recurro a él para facilitarle las cosas al lector.

grupos ecologistas, colectivos que expresan cierta identidad sexual,⁴³ cierto apego territorial, ciertos valores religiosos, o lo que a uno se le quiera ocurrir, siempre y cuando en la constitución de esos agrupamientos no estén presentes consideraciones racionales, adhesiones contractuales, ni sentido alguno de proyecto, permanencia, futuro, u objetivos que vayan más allá del mero “estar juntos”, intenso y carente de mediaciones institucionales rígidas y estables.

Salta rápidamente a la vista el contraste que ofrece esta imagen de la comunidad si se la compara con algunas de las ofrecieron en su momento los clásicos de la sociología que se han examinado brevemente más arriba. La de Maffesoli no es una comunidad que remite a lo sido, al pasado, a aquello que extrañamos de un trasfondo mítico que ya no volverá porque la sociedad moderna arrasó con él de manera definitiva. Tampoco se trata de la comunidad como proyecto, como punto de llegada de un afán utopista para construirla o reconstruirla en el futuro sobre la filigrana de la crítica del presente. Sino que se trata de una comunidad (mejor dicho, de unas comunidades, múltiples, plurales) que es puro presente, que ya está aquí, entre nosotros, es más, una comunidad que es precisamente lo que somos. Porque vivimos en estas comunidades que no parecen exigirnos grandes esfuerzos adaptativos para a cambio darnos su albergue y permitimos expresar y exteriorizar nuestra interioridad. A estas comunidades entramos y de ellas salimos varias veces al día, todo el tiempo; estas tribus que marcan el tono de nuestras ciudades y a las que sólo hay que saber verlas, reconocerlas y sobre todo sentirlas, sentir por ellas una profunda empatía, lejos de la actitud objetivante y distante que las ciencias sociales han asumido frente a los agrupamientos contractuales, o, en otro plano, ante los objetos de la reflexión sociológica cuando ella se encara de una manera convencionalmente “moderna”.

Así, ante una idea de “sociabilidad” heredada de estas sociologías convencionales (es decir, para Maffesoli, de casi todas las sociologías que ha habido antes), ante esa hipertrofia de individuos bien individualizados pero a la vez presos de un sistema normativo, de una “moral impuesta desde arriba y abstracta” (1990,43), de contratos y de funciones, Maffesoli reivindica con vehemencia la idea de “persona” (en el más crudo y clásico sentido de “máscara”) y de una “socialidad” que “en cierta forma es una empatía comunalizada” (1993: 151), una ética “proxémica” (1990,43). Son “personas”, entonces, y no individuos, los miembros de estas tribus, en las que se experimentan unas “pérdidas de sí mismo en el otro” similares a las que eran “características de las sociedades premodernas”, pero que vuelven a expresarse de nuevo en nuestra “postmodernidad” (2008: 17).

Mientras varios autores que en los años ‘80 y tempranos ‘90 del siglo XX fueron fervientes abogados de una postmodernidad a la que ahora ven como un concepto vacío y poco

44 quien por esa razón avanzó hacia nuevas conceptualizaciones, como la “modernidad líquida” (2003b), sobre la que luego volveremos.

específico, como Bauman,⁴⁴ Maffesoli sigue insistiendo en el uso de este término para describir la condición actual. Incluso aventura que la especificidad de esta postmodernidad vendría dada, “claramente”, por un “regreso del ideal comunitario”, de unas “comunidades enraizadas en los espacios, reales o virtuales, que se pueden designar, de manera provisoria, con la metáfora de la ‘tribu’ unida alrededor de un aquí intemporal” (2008: 17). Pocas páginas después, en el mismo libro, la idea se repite: “El hecho de no existir más que a través y bajo la mirada del otro que fue la marca de la premodernidad es, ciertamente, el aspecto esencial de la postmodernidad” (2008: 24). Así, si todo se plantea como simple “regreso” de la vieja comunidad, pocos criterios podrían quedarnos a disposición para distinguir entre viejas y nuevas comunidades, entre viejas y nuevas formas de sociabilidad (o socialidad, como prefiere decir Maffesoli), y sobre todo para explicar cómo y por qué se ha dado tal pasaje de unas formas a otras.

Además de la utilización del concepto de postmodernidad, un segundo contraste podría plantearse entre Maffesoli y Bauman. Si bien la posición de este último acerca de la comunidad se desarrollará más abajo con cierto detalle, resulta interesante anticipar algo: no puede hallarse en Maffesoli (como sí en el sociólogo polaco) ningún atisbo de temor, o siquiera un llamado de atención, ante las posibles instrumentaciones y manipulaciones políticas e ideológicas de las que puedan ser susceptibles estas comunidades. En su pensamiento se sostiene, como ya se ha dicho, una actitud “relajada” ante el mundo, que casi siempre toma en este autor incluso la forma de la celebración, el festejo, la apología y el distanciamiento de cualquier figura convencional de la crítica. Se instala, así, una concepción más “lúdica” del mundo (y de la disciplina que intenta comprenderlo) que contrasta fuertemente con el “aburrimiento” que destilaba el individuo moderno, tan (pre)ocupado como estaba por realizar los rendimientos adaptativos que se esperaban para su función. Frente a todo eso, es importante para Maffesoli tomarse la “vida como juego”. “La vida como juego es una especie de aceptación de un mundo tal cual es” (2001: 80): efímero, precario, superficial, opuesto a la idea de finalidad y de proyecto, pero no por ello menos intenso, comprometido, aunque se trate de un compromiso indudablemente presentista.

Por eso, para Maffesoli, todos estos atributos del mundo social deben también serlo de la propia sociología, si no quiere quedar desenfocada respecto de su época, o si no quiere convertirse, apenas, en una lastimera denunciante de las iniquidades del mundo, o en una burocrática administradora de sus pesares. Por fortuna, nuestra época admite variadas formas sociológicas de enfrentar estos dilemas, y no estamos obligados a tributar a ningún patronazgo sociológico exclusivo. Pasemos entonces a explorar las posiciones de Bauman acerca de la comunidad, quien muestra puntos de contacto pero también significativas diferencias con lo que se ha presentado de la obra de Maffesoli.



4-b) Bauman: entre la denuncia de la comunidad como falso antídoto ante los males de la sociedad moderna (líquida) y una apuesta por la “comunidad global”

Bauman ha sido durante décadas un pensador creativo, intuitivo, inquieto. Un incansable analista de su tiempo que, recuperando en ello la actitud y la ambición de la tradición sociológica clásica, ha demostrado siempre un fuerte interés por abordar frontalmente los grandes desafíos políticos y las encrucijadas culturales de cada época histórica que le ha tocado vivir.

Como sólo puede darse en vidas largas y activas como la de Bauman, esos desafíos y esas encrucijadas fueron cambiando notablemente a través del tiempo.⁴⁵ Desde luego, esto no impide identificar en su obra fuertes líneas de continuidad, esto es, un marcado interés por explorar las posibilidades reales de una moralidad que, aún “débilmente” fundada, pueda establecerse como argamasa o cemento de la vida colectiva, de la solidaridad y del cuidado mutuo, pero al mismo tiempo sin aplanar el espacio autónomo de la individualidad.⁴⁶

Pero volviendo a los cambios, podrían identificarse distintos momentos o focos de énfasis en su obra. En los años ‘60, Bauman era un disidente polaco que renegaba del marxismo oficial, ortodoxo y de Estado, y exploraba las posibilidades de lo que por entonces ya se llamaba “socialismo humanista”, que fue especialmente importante en Europa del Este. En la década del ‘70, ya emigrado a Inglaterra donde aún reside, esboza los lineamientos de una sociología crítica de la cultura, abrevando en una diversidad de tradiciones teóricas no sólo sociológicas, en especial la hermenéutica.⁴⁷ A finales de los años ‘80 empiezan a aparecer sus estudios sobre modernidad, como *Modernidad y Holocausto* (1989) o *Legisladores e Intérpretes* (1997), y se embarca en la discusión sobre la postmodernidad en la que junto a muchos otros intelectuales estaría ocupado también casi toda la década siguiente, la del ‘90. El siglo XX se cierra con sus libros más conocidos en nuestro medio, traducidos todos poco después de aparecer en inglés, como los trabajos sobre globalización (1999), trabajo, consumismo y nueva pobreza (2000), etcétera.

En 2000 aparece *Modernidad Líquida* (2003b), un libro que habría de iniciar una larga saga de “liquideces” que se extiende prácticamente hasta hoy, una serie de títulos en los que a los diversos sustantivos allí contenidos Bauman les adosó invariablemente el mis-

45 Véase la interesante cronología comentada de la obra de Bauman que presentan Aguiluz y Sánchez (2005) actualizada hasta 2003.

46 Pese a que Bauman simpatiza muy poco con Parsons, y pese a que en Parsons referencias al “cuidado mutuo” – que en Bauman reflejan a su vez la influencia de filósofos como Levinas e Isaiah Berlin – brillan por su ausencia, es notable observar cuánto, aunque sólo en el sentido de lo arriba afirmado, se parecen ambos proyectos.

47 Marotta (2002), Beilharz (2005) y Tester (2002) muestran, con variados grados de profundidad, la gran diversidad de influencias intelectuales que ha recibido Bauman.

mo adjetivo: “líquido” (amor, vida, miedo, tiempos, arte, etcétera). Dicho brevemente, la metáfora de la liquidez remite al proceso de disolución de los órdenes sociales “modernos sólidos” al que asistimos en la fase actual de la modernidad, obviamente reconociendo antecedentes históricamente previos, pero detectando a la vez novedades o discontinuidades respecto de ellos.⁴⁸ Las pretensiones de Bauman en este libro fueron variadas: por un lado, encontrar alternativas para un concepto, como el de postmodernidad, al cual previamente había abonado pero que luego le fue provocando crecientes incomodidades teóricas y políticas (Bauman/Tester 2002: 133 y ss.); por otro lado, repensar las viejas categorías con las que habíamos concebido la modernidad en su etapa “sólida”, para ponerlas a tono con las novedades que esta etapa “líquida” habría traído consigo. En relación a estos conceptos que Ulrich Beck llamó “zombis”, vivos y muertos al mismo tiempo, Bauman nos propone que nos preguntemos si su resurrección es factible o, si no lo es, que organicemos para ellos “un funeral y una sepultura decentes” (2003b, 14). Pues bien, uno de ellos es “comunidad”.⁴⁹

Al compás de tanta “liquidez”, el rico manantial interpretativo de Bauman parece dar ya ciertas muestras de agotamiento, aunque cabe reconocer que sigue siendo, en lo esencial, un incansable productor de intuiciones e imágenes interesantes y dignas de seguir siendo exploradas.⁵⁰ Entremezclado con todos estos libros “líquidos”, apareció en 2001 su pequeño volumen sobre *Comunidad* (2003a), el cual especialmente nos ocupará aquí, aunque, como veremos, no será el único donde la problemática y la preocupación sobre la comunidad se encuentran presentes.⁵¹

48 Bauman, siguiendo en ello a Marx, reconoce que la modernidad siempre ha sido esencialmente disolvente, y ha tenido por naturaleza un enorme “poder de licuefacción”. Justamente la noción de “modernidad líquida” fue acuñada por Bauman para describir tanto lo que la nueva fase de modernidad aporta de novedoso como lo que arrastra, como rasgo, de momentos históricos anteriores.

49 Los demás son “emancipación”, “individualidad”, “espacio-tiempo” y “trabajo”. Junto a “comunidad”, le dan título a cada uno de los capítulos en que organiza su libro.

50 Si bien quizás resulte prematuro hablar del “agotamiento del manantial Bauman”, no puedo dejar de decir que me resulta ya un tanto trillada y monótona esta metáfora de la liquidez. Alrededor de una sola (aunque ciertamente potente) idea básica, en la que analiza la historia de la modernidad en la clave solidificación-licuefacción, Bauman dispara en las más diversas direcciones de exploración (el arte, el amor, la vida cotidiana, las formas del hábitat, el mercado de trabajo, etcétera), sirviéndose una y otra vez de los mismos ejemplos, citas bibliográficas, notas de *The Guardian* o *Le Monde Diplomatique*, e incluso repitiendo párrafos enteros de un libro a otro. Esta tendencia a la reiteración (inevitable para quien publica tanto, pero seguramente también estimulada por las empresas editoriales ávidas por lanzar libros que han venido siendo seguros éxitos de ventas) no es sólo reciente en Bauman. Así, Gane (2001) detecta estas repeticiones con escasa variación en relación a libros anteriores ya en obras de comienzos de este siglo, como *Modernidad Líquida* y *La Sociedad Individualizada*.

51 En efecto, incluso en su manual de introducción a la sociología, publicado en 1990 (en castellano en 1994), ya aparecían unas cuantas referencias acerca de la comunidad (en especial en el capítulo 4).

Es que, en este respecto, Bauman es un sociólogo hecho y derecho, y en tanto tal, no puede dejar de incorporar en sus reflexiones la pregunta por la comunidad, por el ser-estar juntos, por la naturaleza del lazo social, por sus formas de manifestación, sus cambiantes contenidos, su historia y su probable devenir. Pero sabemos que hay muchas maneras posibles de encarar esta faena. De hecho, este artículo revisó ya algunas, más escuetamente en el caso de los clásicos y Parsons, y con algo más de detalle en lo que hace a Maffesoli. Lo que se impone ahora es describir específicamente el recorrido argumentativo del propio Bauman en relación a la comunidad.

A diferencia de otros contemporáneos suyos, donde la comunidad prácticamente no existe como palabra clave, aún permaneciendo en las sombras, como persistente “problema” a desentrañar (como en los casos de Habermas, Giddens y quizás también Luhmann), y en gran similitud con otros donde resulta particularmente realzada (como en el más arriba presentado ejemplo de Maffesoli, y también en autores como Sennett y Lash), la comunidad es en Bauman un concepto sociológico fundamental.

Su vía de acceso a esta problemática no consiste prioritariamente en la reposición del repertorio sociológico clásico de conceptos sobre la comunidad, al cual incluso entiende de manera ciertamente sesgada, en especial en lo referente a ese gran pensador formativo que fue Ferdinand Tönnies.⁵² En cambio, lo que Bauman privilegia es más bien un análisis crítico del “dogma comunitarista” (o del “dogma comunitario” según algunas traducciones) actualmente y desde hace un tiempo en boga tanto en el mercado de las ideas como en el repertorio de las prácticas sociales. Para Bauman, este dogma apenas termina ofreciendo una variante degradada o devaluada de la comunidad que muy lejos está de un ideal, el suyo, con el que realmente cuesta no simpatizar, en términos (si se los quiere llamar así) “ideológicos”. Por ejemplo, cuando realiza afirmaciones como la que sigue:

“Si ha de existir una comunidad en un mundo de individuos, sólo puede ser (y tiene que ser) una comunidad entretejida a partir del compartir y del cuidado mutuo; una comunidad que atienda a y se responsabilice de la igualdad del derecho a ser humanos y de la igualdad de oportunidades para ejercer ese derecho” (2003a, 175).

52 Considero sesgada y unilateral la reducción que Bauman hace del pensamiento de Tönnies sobre la comunidad, como si en él sólo hubiera una comunidad inscripta en alguna evolutiva “ley de la historia”. Véase por ejemplo Bauman (2002: 182). También en (2003a: 15-20), los diversos sentidos de la comunidad que están presentes en la abierta textura de Tönnies aparecen para Bauman reducidos sólo a uno: a un sentido fuerte, ontológico, no de consensos logrados a través de arduos procesos de negociación y conflicto, sino de entendimientos ya dados, o que se dan por descontados. Véase también (1999: 23), donde vuelve a referirse a Tönnies en los mismos términos. Si bien esa visión de la comunidad no deja de estar presente en Tönnies, no es la única y ni siquiera la más importante en su pensamiento. Creo haber podido demostrar esto, brevemente, más arriba, y con mayor detalle en (2010a). En la misma línea, véase Alvaro (2010).

Dicho esto, se impone en lo que sigue presentar explicaciones más detalladas de todo este problema. Para Bauman, comunidad sigue siendo una palabra polisémica, tal como siempre lo ha sido. Pero, por lo general, viene investida de connotaciones positivas, que remiten a calidez, protección, bienestar. “Tenemos el sentimiento de que la comunidad es siempre algo bueno”, dice Bauman, explicando que comunidad no sólo es una palabra que tiene un significado, sino que además produce una “buena sensación” (2003a,7). A su vez, esta palabra opera, siempre, a través de la delimitación de “adentro” y “afueras”, “nosotros” y “ellos”, pertenencias y exclusiones en los ordenamientos de la vida colectiva.⁵³

Más allá de sus posibles encarnaduras reales, hay un fuerte componente imaginario en cualquier formulación de índole comunitaria: la comunidad que se invoca con inflamada verba no siempre es la que existe realmente, sino aquella que hemos perdido (o creemos haber perdido) o aquella a la que quisiéramos pertenecer. “Un paraíso perdido o un paraíso que todavía se tiene la esperanza de encontrar; de uno u otro modo, no cabe duda de que es un paraíso que no habitamos ni el paraíso que conocemos a través de nuestra propia experiencia”, afirma Bauman con vehemencia (2003a: 9-10). Así, esta “comunidad imaginada” ofrece muy fuertes contrastes con las “comunidades realmente existentes”. Y justamente aquí se plantea el nudo del proyecto crítico de Bauman: en la elucidación de estos contrastes.

Para Bauman, la vida en comunidad necesariamente plantea para el individuo una inmensa tensión entre dos valores contrapuestos: la seguridad y la libertad.⁵⁴ La modernidad (y sin hacer en ello distinción alguna entre fases “sólidas” y “líquidas” de la misma) de alguna manera nos acostumbró como individuos a unos márgenes de libertad personal (“autonomía”, “derecho a ser uno mismo”, o como quiera llamárselo) cuyo mínimo menoscabo, hoy por hoy, nos resultaría directamente intolerable. Al mismo tiempo, jamás dejamos de ansiar seguridad, y estas ansias se exacerban justamente ahora, dadas las condiciones abiertas tras el derrumbe de las certezas y de las protecciones que otrora supo brindar el Estado de Bienestar.⁵⁵

¿Es posible, entonces, administrar de algún modo esta tensión entre seguridad y libertad? ¿No son demasiado altos los precios que hay que pagar por adquirir una a costa de

53 Cabe aquí subrayar otro paralelo con Parsons, citado más arriba, cuando se refería a la comunidad societal en términos de criterios de “membresía”.

54 Este problema obsesiona a Bauman ya desde sus trabajos de los años '80, por ejemplo (2007b, 133-5) [1988]. Pero no sólo a Bauman, por cierto, ya que, en estos mismos términos o similares, ¿no hemos leído ya algo de todo esto en los textos de la teoría política y la teoría sociológica clásicas? Sobre los “cruces” posibles entre Bauman y Hobbes véase Kaulingfreks (2005). Además, este comentarista repone la importante discusión en torno a los conceptos de *communitas* y *societas* que Bauman planteara ya en (1993), y que luego recuperaría en (2005: 100-4). Lamentablemente no podré profundizar aquí sobre tan importante tema.

55 En esto, el análisis de Bauman se parece notablemente al de Castel (2004).

la otra? Para Bauman lo son. Así, sostiene que “promover la seguridad siempre exige el sacrificio de la libertad, en tanto que la libertad sólo puede ampliarse a expensas de la seguridad” (2003a, 27). Acto seguido, advierte: “seguridad sin libertad equivale a esclavitud” y “libertad sin seguridad equivale a estar perdido, abandonado” (ibídem). La tramitación de esta tensión no es imposible, pero supone siempre una ardua faena.

Bauman transmite frecuentemente la amarga sensación de que no parece haber salida alguna para este dilema entre seguridad y libertad. Y ello se vuelve más patente a la hora de juzgar la proliferación actual de propuestas e invocaciones de corte comunitario, que para Bauman tampoco ofrecen esa salida, pese a que a viva voz proclaman que lo hacen. Así, no duda en afirmar que “el comunitarismo es una respuesta flagrantemente errónea a preguntas evidentemente genuinas” (2001: 206).

Sus pretensiones no son entonces las del erudito historiador sino las del crítico de la cultura del presente. Sin embargo, Bauman no limita su análisis de la comunidad a la época actual. Sus textos abundan en referencias tanto a las viejas comunidades premodernas como a las todavía vigentes durante la época de la “modernidad sólida”. Pero su telón de fondo motivacional está básicamente orientado a discutir y comprender este presente, en el cual, como ya se ha dicho, se viene manifestando una suerte de masivo y generalizado “relleno estratégico” de la palabra comunidad.⁵⁶ Gracias a este “relleno”, tiende a otorgársele ese nombre a prácticamente cualquier entidad colectiva. Esto sucede incluso con agrupamientos efímeros, fugaces, de forma y contenido muy diferentes a aquellos fundados en valores ancestrales o apegos al terruño, la familia ampliada o la tradición (tal como era el caso en las viejas comunidades premodernas); grupos que también tienen significativas disimilitudes con los colectivos indudablemente modernos pero que desarrollaban lazos signados por su permanencia y su intensidad, como por ejemplo la cultura de la clase obrera, el nacionalismo, el patriotismo o la identidad local.

Por todo esto, la propuesta baumaniana consiste en ejercer una meticulosa crítica y un desmontaje analítico de las propuestas comunitarias realmente existentes, dado que, para él, ellas hacen incluso “más paralizante y difícil de corregir la contradicción entre seguridad y libertad” (2003a: 11). Es decir, sigue sin haber salida, ni posibilidades efectivas de una “humanidad reconciliada” consigo misma, pero al menos se trata de estar atentos ante los cantos de sirena comunitarios, porque “hay razones para sospechar cada vez que se escucha la llamada a la ‘alabanza de la comunidad’” (Bauman en Tester 2002: 189).

A pesar de todos los resquemores que Bauman plantea respecto de los “dogmas comunitaristas”, pese a la tonalidad a veces irónica o despectiva que asume a la hora de juzgarlos, queda planteada la sensación de que lo que le irrita a Bauman no es la comunidad como tal, sino sus versiones “degradadas”, “devaluadas”, “falsas” o “engañosas”, los simula-

⁵⁶ La noción de “relleno estratégico” no es de Bauman, sino de Foucault, aunque describe con cierta precisión lo que Bauman tiene en mente.

ros de comunidad que vienen de la mano de diversas “políticas de la identidad” y de otras variadas posiciones que, en nombre de la defensa de particularismos, terminan decantándose en peligrosos formatos egoístas y antisolidarios.

En su libro *Comunidad*, y en diversos pasajes de otros libros publicados en su mayoría en los primeros años del presente siglo, Bauman realiza un desordenado inventario de comunidades a las que, con sombría pluma, termina denunciando como tales simulacros. No es el científico afán clasificador del taxonomista sino la ambición crítica del ensayista lo que lleva a Bauman a conformar un listado de “comunidades,” que muy lejos están de conformar un sistema de categorías exhaustivas y mutuamente excluyentes, como se nos enseñaba a los estudiantes de sociología en las clases de metodología de la investigación. Por eso, los ejemplos empíricos de comunidades “realmente existentes” pueden caer al mismo tiempo en una o más de las siguientes categorías.

- las “comunidades cerradas” (2003a: 65): son aquellos enclaves vigilados y recortados del espacio común de las ciudades donde pasan buena parte de sus vidas (hábitat personal y familiar, trabajo, ocio y tiempo libre) los “ganadores” del proceso de globalización; son el correlato socio-territorial de la “secesión de los triunfadores”, como llama Bauman a este proceso que la fase líquida de la modernidad ha habilitado. Estos “enclaves densamente vigilados” se parecen mucho a los guetos étnicos de los pobres, pero, a diferencia de ellos, fueron elegidos libremente y constituyen realmente un privilegio para estas elites (2003b: 191).⁵⁷ Pero no se trata solamente de anclajes territoriales; lo cierto es que las elites también devienen crecientemente desterritorializadas, y con ello logran cortar amarras con aquellos agentes sociales subordinados a ellos y respecto de los cuales, en épocas históricas anteriores, debían todavía en cierto modo responsabilizarse.⁵⁸ Por eso, por esta falsa de compromiso ético con otros con los cuales deberíamos estar inextricablemente vinculados, Bauman concluye que estas comunidades lo son sólo en el nombre, y en realidad sólo están expresando una “huida de la comunidad” (2003a: 69).

- Bauman también registra las “comunidades estéticas”, centradas ya sea en “ídolos” como en “problemas”. Celebridades, artistas, deportistas y los espectáculos que con todos ellos organiza la industria del entretenimiento, son ejemplos de los “ídolos”; y cuestiones tan disímiles como el exceso de peso, la presencia amenazante de mendigos callejeros, la instalación de residencias de refugiados cerca de nuestra casa, la manipulación genética de los alimentos, son todos ejemplos de los “problemas”. En torno a ambos pueden erigirse

57 La figura del gueto obsesiona a Bauman. Véase por ejemplo cómo, siguiendo a Wacquant, compara el “hipergueto” de nuestros tiempos modernos “líquidos” o postfordistas con el viejo gueto comunitario de los tiempos modernos “sólidos” o fordistas-keynesianos (2003a: 131-145; 2004: 148; 2008: 47s).

58 Véase también Bauman (2003b: 99-102). Sobre la extraterritorialidad de las nuevas elites véase Bauman (1999: 13-38).

“comunidades”, efímeras y superficiales, que cumplen varias funciones importantes, entre ellas la de mitigar nuestra inevitable soledad, dado que sirven para asegurarnos de que no estamos solos en las opciones que debemos tomar, en las elecciones que permanentemente debemos hacer para convertirnos en lo que somos, para contrarrestar nuestros temores y ansiedades o para reafirmar nuestra identidad.⁵⁹

De este modo, en el contexto de estas comunidades, se constituyen lazos que sólo pueden ser flexibles, no embarazosos, vinculaciones “hasta nuevo aviso”, sin ninguno de los atributos que (al menos así se veía esto desde la crítica moderna a la comunidad) realmente agobiaban a los sujetos de la vieja *Gemeinschaft* al restringir su movilidad y su autonomía. Pero, por supuesto, otra vez, Bauman desconfía del verdadero significado comunitario de estas comunidades que no permiten construir responsabilidades y compromisos a largo plazo (2003: 86), puesto que apenas pueden generar “vínculos sin consecuencias”, “lazos de carnaval”. En tal sentido, son apenas “comunidades de carnaval”, es decir, algo muy alejado de las “verdaderas” comunidades éticas. El contraste que, a su vez, este tipo de comunidades ofrece con las viejas comunidades, fundadas en semejanzas y en atributos de fuerte contenido adscriptivo, es notorio.⁶⁰

- Para que quede bien claro lo poco que simpatiza Bauman con la mayoría de las comunidades realmente existentes, no podría dejar de haber una mención a lo que llama “comunidades explosivas” (2003b: 204-210), esos agrupamientos que llenan el vacío que deja la desregulación del monopolio de la violencia estatal. En esto, Bauman tiene en mente mucho más los grupos que llevan a cabo las limpiezas étnicas tan recurrentes en tiempos de la modernidad líquida que la *Volksgemeinschaft*, “comunidad del pueblo” que perpetró el Holocausto.

Este inventario podría continuarse, agregando más definiciones de comunidad presentes en Bauman, mezclándolas o superponiéndolas unas con otras, como lo hace el propio autor. Pero, para ir ya concluyendo, cabría recordar que permea todos estos análisis la (para Bauman ciertamente amarga) certeza de que, en estos tiempos modernos líquidos, ya no queda gran espacio para totalidades inclusivas, una vez que se cayó la variante social o *welfarista* del Estado Nacional, quizás la última gran totalidad social “saludable” e inclusiva que se pueda registrar en la historia y respecto de la cual, a menudo, Bauman parece mostrar cierta nostalgia.⁶¹ Es justamente frente a esta realidad de totalidades desgarradas y de impo-

59 Asociado a esto está el concepto de “comunidad percha”, o “perchero” o “de guardarropa” (2003a: 85-6; 2003b: 210-12; 2007a: 152-3), que Bauman también utiliza a menudo.

60 Por ejemplo, sostiene que “las ‘comunidades de semejanzas’, predeterminadas pero a la espera de ser reveladas y colmadas de sustancia, están dando lugar a las ‘comunidades de ocasión’, que supuestamente se originan en torno a eventos, ídolos, pánicos o modas: puntos focales más diversos que comparten el rasgo de una vida más breve” (2005: 53).

61 Véase, por ejemplo (2008:13). “... somos penosamente conscientes de los riesgos de la ‘totalidad’ y de los estragos que puede causar cuando se le da carta blanca. Pero también deberíamos

sible o improbable reconstitución que se yergue esta proliferación de motivos comunitarios, que vendrían a tomar el relevo de funciones estatales abandonadas o degradadas.⁶²

Sin embargo, en la propia presentación de estas comunidades que, para él, lo son sólo en el nombre, en la misma descripción de estos “placebos comunitarios”,⁶³ automáticamente se plantea la hipótesis de que quizás sí habría una posibilidad para la existencia de verdaderas comunidades. Pero, ¿qué forma o qué atributos podrían/deberían tener estas comunidades? Si, dada la complejidad y la interdependencia crecientes que trae consigo la globalización, no resulta posible (ni tampoco deseable) promover la restauración de ese “entendimiento natural” tan propio de las viejas comunidades del pasado premoderno, y si tampoco resulta ya revitalizable el “mundo de la vida” de los agrupamientos sociales “modernos sólidos”, ¿será posible ahora intentar algún formato comunitario que suponga una activa tarea de involucramiento, compromiso, apertura a los otros, con toda su otredad y toda su diferencia, de diálogo conflictivo y de consensos arduamente alcanzados?

Vale la pena reiterarlo: todos estos valores (cuidado mutuo, derechos que se convierten en obligaciones recíprocas, respeto por las igualdades que no descaracterizan, defensa de las diferencias que no inferiorizan, etcétera)⁶⁴ no tienen demasiado en común con las prácticas y los sentidos estimulados por las viejas comunidades del pasado, a las cuales Bauman, como buen sociólogo y como buen moderno (como buen sociólogo moderno) tiene razones suficientes para aborrecer o, al menos, para desconfiar.

Justamente aquí es donde adquiere importancia otra figura comunitaria mencionada a menudo en los textos de Bauman: la “comunidad global”. Si ya no se puede (o no se quiere) revivificar a la comunidad natural premoderna, o a la comunidad artificial moderna-sólida que supo llamarse “nación”, si ya no resulta viable pensar en la reconstrucción de acogedoras totalidades más pequeñas o incluso coextensivas con el Estado-Nación, entonces Bauman opta por redoblar la apuesta, y la “comunidad global” es su carta. Allí, el marxista humanista de los años `60 deviene prácticamente un kantiano del siglo XXI. Para Bauman y para muchos otros es una evidencia contundente que el Estado Nacional ha devenido “una institu-

concienciarnos de las amenazas que se esconden en un mundo que ni genera ni mantiene en funcionamiento ‘totalidades’ capaces de controlar y contener” (Bauman en Tester 2002: 188). Esta nostalgia por los tiempos estadobienestaristas no se da sólo en Bauman, sino en muchos otros de su generación, otrora críticos radicales o de izquierda de aquella configuración societal. Los primeros dos ejemplos que me vienen en mente son Robert Castel y Richard Sennett.

62 “La ‘comunalización’ ha pasado a ofrecer los servicios abandonados por el Estado, en tanto que plenipotenciaria de la nación” (Bauman en Tester 2002: 191).

63 Esta acertada expresión es de Sasín (2010: 25).

64 La frase es de Santos: “tenemos derecho a ser iguales cada vez que la diferencia nos interioriza y a ser diferentes cuando la igualdad nos descaracteriza” (2003: 217). Creo que refleja muy bien lo que Bauman tiene en mente cuando esboza los lineamientos de lo que entiende por una “verdadera comunidad”.

ción dolorosamente inadecuada para enfrentarse a la producción de injusticia en el espacio global” (Bauman en Tester 2002: 188). Por eso, los problemas globales (de injusticia, por caso), requieren de soluciones globales: una comunidad global, “una comunidad inclusiva pero no con ello exclusiva, una comunidad que coincida con la idea kantiana de la ‘Vereinigung in der Menschengattung’, una unificación de la especie humana” (2004: 145), “una red institucional tejida a partir de agencias de control democrático *globales*, un sistema legal *global* vinculante y obligatorio, y principios éticos respetados *globalmente*” (2005: 192).⁶⁵

De esta forma, ese componente o esa variante utópica de la comunidad que tan importante papel jugaba para los clásicos e incluso todavía para Parsons, aunque no para Maffesoli, resulta contundentemente reactualizada por Bauman: la buena comunidad es aquella que todavía no existe, pero para cuya construcción vale la pena poner nuestros mayores empeños éticos y políticos.

Frente al falso “dogma comunitarista”, promotor deliberado o cómplice involuntario de comunidades excluyentes, que siempre terminan condenadas a patinar sobre la delgada línea que separa, de un lado, la defensa de las identidades particulares y, del otro, la xenofobia, la exclusión e incluso el genocidio, se erige una utópica “comunidad global”. Esto es, una comunidad que pueda aspirar a reconstruir una nueva totalidad y que, sin embargo, no corra el peligro de caer en totalitarismos, es decir, una comunidad que sepa extraer las enseñanzas adecuadas de la experiencia histórica del siglo XX, pletórico como pocos de “comunidades explosivas”. Una nueva versión, en suma, de la vieja verdad sociológica según la cual los males de la sociedad se curan con comunidad, aunque ella quizás sólo pueda asumir (para no ser dañina y contraproducente) las formas de una comunidad supranacional.⁶⁶ Y, también otra vez, el esfuerzo de restituir totalidades sanas, no dañinas, no voraces, aún admitiendo que la plena restitución de la totalidad, por fortuna, jamás podrá (ni deberá) darse.

5) Conclusiones (o: acerca de una persistente melodía)

Creo haber demostrado a lo largo de este trabajo que la comunidad ha sido siempre, tanto como lo sigue siendo hoy, un concepto sociológico fundamental. Y que la sociología (al menos, la practicada por los teóricos que hemos considerado aquí) ha realizado problematizaciones relevantes acerca de ella, siempre en fuerte sintonía con (o al menos intentando tomar nota de) el significado que “comunidad” asumía y asume en otros discursos sociales en la época en la que a cada uno le ha tocado respectivamente intervenir.

65 En este aspecto, los caminos de Bauman se cruzan notablemente con los de Habermas, quien en trabajos recientes apunta, en una dirección parecida, a una globalización alternativa a la dominante.

66 Más de un siglo después, siguen resonando en Bauman los viejos ecos del viejo Tönnies. Por supuesto, se está hablando aquí del Tönnies menos conocido, el partidario de una república transnacional de trabajadores y “hombres ilustrados”. Ese Tönnies ha sido recuperado recientemente, entre otros, por Inglis (2009).

Asimismo, la comunidad ha permanecido como “el otro lado de la distinción” en relación a la sociedad, como diría Sasín (2010) parafraseando a Luhmann. Lo cual no quiere decir que figure en el repertorio de conceptos de esta disciplina como concepto segundo, menor, o devaluado, sino (y reforzando la idea del párrafo anterior) como concepto sociológico de primer orden.

Dicho esto, no se pretende negar que, en este proceso, el concepto sufrió importantes metamorfosis, por ejemplo en lo que hace a su univocidad terminológica. Por el tipo de sociología que cultivan, más cercana al ensayo que a la pretensión teórica-sistemática, los conceptos de comunidad en Bauman y el de tribu en Maffesoli carecen de la precisión del tipo ideal weberiano incluido en los “Conceptos Sociológicos Fundamentales” de *Economía y Sociedad* (1984), o incluso del “concepto normal” de comunidad de Tönnies, tal como aparece en *Comunidad y Sociedad* (1947).⁶⁷

Por otro lado, la comunidad puede también haber perdido el papel protagónico que tenía en el contexto de explicaciones de procesos históricos de larga duración. Sintomática, al respecto, es la renuencia de Maffesoli a (o su imposibilidad de, o su falta de interés por) explicar por qué los agrupamientos sociales tienden a perder su formato típicamente moderno (contractual, maquinico y estable) y a adquirir perfiles mucho más volátiles e inestables en las tribus postmodernas. Simplemente, este autor prefiere limitarse a constatar estados de cosas en el mundo. Y, en su momento, sin dejar de interesarse por los problemas de la historia y de la evolución social, Parsons había colocado su “comunidad societal” en otro nivel de análisis, es decir, como ese núcleo de integración de los sistemas sociales que “funciona” indistintamente como tal en cualquier época histórica que se tome en consideración. Todo lo cual contrasta fuertemente con las minuciosas explicaciones weberianas o incluso las tönnesianas acerca del proceso de racionalización en Occidente.

Sin embargo, desde los clásicos hasta hoy, persiste un rasgo que el concepto de la comunidad jamás ha perdido, que posiblemente esté relacionado con una suerte de permanente “melodía ontológica” de una comunidad que indefectiblemente arrastra “buenas” resonancias, una melodía que la sociología, por buenas o malas razones, no puede dejar de tararear, aunque diga a viva voz que aspira a hacerlo. Me refiero con ello a su carácter de construcción utópica orientada hacia un doble juego: condena y crítica del presente, y anticipación de los perfiles deseados de un futuro donde los “males” del presente puedan verse, de alguna manera, superados, contrarrestados o matizados.⁶⁸

67 Si bien, como se ha mostrado más arriba, los conceptos de comunidad de estos autores clásicos distan de ser unívocos, cierto es que los de los autores contemporáneos lo son aún mucho menos.

68 Desde luego, y por razones sobre las que arriba se ha abundado, esta afirmación no alcanza a Maffesoli y su sociología “presentista”, desde la que afirma a viva voz que “lo que fue ya no es; y no lo será forzosamente. De allí la necesidad de *ver* lo que es” (2009: 157).

Estos “males” fueron cambiando sus denominaciones: hipocresía y solipsismo (Tönnies), anomia y egoísmo (Durkheim), frialdad y despersonalización (Simmel), alienación y explotación (Marx), desencantamiento y pérdida de sentido (Weber), desarraigo (la Escuela de Chicago de Sociología), desorden y discriminación (Parsons), particularismo identitario (Bauman), etcétera.⁶⁹ La “salidas” propuestas y la comunidad del futuro que podría corporizarlas (su reconstrucción, su evocación, la recuperación de al menos algún sentido de ella), esto es, la “buena sociedad”, asumen a su vez también diversas rúbricas: fraternidad comunitaria bajo liderazgos carismáticos (Weber), república cosmopolita transnacional o postsocietal de los hombres ilustrados y los trabajadores, o comunismo (Tönnies), ciudadanía social plena y expandida (Parsons), comunidad global (Bauman), etcétera.

Será objeto de próximos estudios (enmarcados en la línea de investigación teórico-sociológica que, en este artículo, se ha aspirado a sintetizar) analizar la persistencia y tenacidad (o no) de esta “melodía ontológica” de la comunidad. En particular, se trata de avanzar en la caracterización del lugar que ella ocupa en otros discursos contemporáneos o recientes y de pretensiones más sistemáticas que las de Bauman y Maffesoli.⁷⁰ Como ha podido verse en este trabajo, la presencia de esta “melodía” no parece ser un episodio incidental en la historia de la teoría sociológica, al punto que ni siquiera en las versiones más científicas de la disciplina, como la de Parsons, han podido ser extirpadas del todo. Es que, en sociología, quizás casi todo valga con tal de alcanzar, alguna vez, la “buena sociedad”.

69 Se han agregado deliberadamente nombres cuyos pensamientos no fueron desarrollados explícitamente en este trabajo, como una manera de resaltar tendencias que atraviesan toda la disciplina y toda su historia, y que no sólo atañen a algunos autores especialmente seleccionados.

70 Los nombres ya fueron mencionados en este ensayo, más de una vez, y casi siempre juntos, pese a todas sus diferencias: Habermas, Giddens, y Luhmann.

BIBLIOGRAFIA

- Aguiluz, Maya y Sánchez, Celso. 2005. "Cronología de Zygmunt Bauman", *Anthropos* Nº 206, Número monográfico: "Zygmunt Bauman. Teoría social y ambivalencia. Una perspectiva crítica", pp. 64-67.
- Alexander, Jeffrey. 1989. *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. Gedisa: Barcelona.
- . 2005. "Contradictions in the Societal Community: The Promise and Disappointment of Parsons' Concept", pp. 93-110 en *After Parsons: A Theory of Social Action for the Twenty First Century*. Editado por R. Fox, Renée C; V. Lidz y H. J. Bershad. New York: Russell Sage Foundation.
- Almaraz, José. 1981. *La teoría sociológica de Talcott Parsons*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Alvaro, Daniel. 2010 "Los conceptos de 'comunidad' y 'sociedad' de Ferdinand Tönnies". *Papeles del CEIC*, marzo de 2010 (número monográfico sobre la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea). <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/52.pdf>
- Ambrosini, Cristina. 2009. "La comunidad posible. Formismo y nomadismo en Michel Maffesoli". Pp. 115-135. En *Extrañas comunidades. La impronta nietzscheana en el debate contemporáneo*. Compilado por M. Cragnolini, Mónica. Buenos Aires: La Cebra (115-135).
- Bauman, Zygmunt. 1997 [1987] *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- . 1989. *Modernity and the Holocaust*. Ithaca: Cornell University Press.
- . 1993. *Postmodern Ethics*. Oxford: Blackwell.
- . 1994. *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- . 1999. *La Globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2000. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- . 2001. *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2003a. *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI editores.
- . 2003b. *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2004. *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2005. *Amor líquido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2007a. *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2007b. [1988] *Libertad*. Buenos Aires: Losada.
- . 2008. *Archipiélago de excepciones (+ Comentarios de Giorgio Agamben y debate final)*. Buenos Aires: Katz.
- Bauman, Zygmunt y Tester, Keith. 2002. *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Barcelona: Paidós.
- Beilharz, Peter. 2006. "Zygmunt Bauman - To Build Anew". *Thesis Eleven*, Nº 86. Pp.107-113.
- . 2005. "La modernidad de Bauman". *Anthropos* Nº 206, Número monográfico: *Zygmunt Bauman. Teoría social y ambivalencia. Una perspectiva crítica*. Pp.72-89.
- Castel, Robert. 2004. *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Ediciones Manantial.

La teoría sociológica y la comunidad

Pablo de Marinis

Bialakowsky, Alejandro: "Comunidad y sentido en la teoría sociológica contemporánea: las propuestas de A. Giddens y J. Habermas". *Papeles del CEIC*, marzo de 2010 (número monográfico sobre la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea). <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/53.pdf>

Carretero Pasin, Ángel. 2003. "La noción de Imaginario social en Michel Maffesoli". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 104. Madrid. pp. 199-209.

———. 2005. "El formismo: un paradigma para repensar las religiosidades profanas". *Nómadas* N° 11. <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/181/18101108.pdf>

Chernilo, Daniel. 1999. "Integración y diferenciación. La teoría de los medios simbólicamente generalizados como programa progresivo de investigación". *Cinta de Moebio* N° 6, sept.1999. www.moebio.uchile.cl (Fecha de acceso: 14 de octubre de 2002).

de Marinis, Pablo. 2005. "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)". *Papeles del CEIC*. N° 15, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, España, enero de 2005, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/15.pdf>

———. 2008a. "Max Weber: la disputada herencia de un clásico de la sociología" (Entrevistas a Wolfgang Schluchter y Dirk Käsler). *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. N° 121 (enero-marzo) Pp.169-204.

———. 2008b. "Comunidade, globalização e educação: um ensaio sobre a "desconversão do social"". *Proposições* vol.19, N°3 (57), septiembre- diciembre. Revista de la Facultad de Educación de la Universidade Estadual de Campinas: UNICAMP, Brasil. Pp.19-45.

———. 2010a. "Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies)". Pp. 347-382. en *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*, editado por P. de Marinis, Pablo; G. Gatti e I. Irazuzta. Barcelona y México DF: Editorial Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

———. 2010b. "Ensayo sobre Ferdinand Tönnies y la comunidad (o: sobre cómo un viejo concepto sociológico puede ser reinventado como novedoso artefacto político)". En *Por una sociología crítica del control social. Ensayos en honor a Juan Pegoraro*. Compilado por M. Sozzo. Buenos Aires: Editores del Puerto.

———. 2010c. "La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la *Vergemeinschaftung* hasta la comunidad de los combatientes". *Papeles del CEIC* Vol. 2010/1, N° 58, marzo. Número monográfico sobre el concepto de la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea. <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/58.pdf>

———. 2010d. "Comunidad: derivas de un concepto a través de la historia de la teoría sociológica". *Papeles del CEIC* Vol. 2010/1, N° 58, marzo. Número monográfico sobre el concepto de la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea. <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/intro.pdf>.

———. 2010e. "Estado y comunidad, de los clásicos a Parsons (y más allá)". *Propuesta Educativa*, Año 19 N° 33, junio. Pp. 61-70.

———. 2010f. "La comunidad societal en Talcott Parsons: un ejercicio para poner a prueba ciertas hipótesis de lectura acerca de la historia del concepto de comunidad en la teoría sociológica". Presentado en las VI Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 9 y 10 de diciembre.

Donzelot, Jacques. 2007. [1994]. *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Evans, David. 1997. "Michel Maffesoli's sociology of modernity and postmodernity: an introduction and critical assessment". *The Sociological Review* Vol. 45 N° 2, pp. 220-243.

- Fistetti, Francesco. 2004. *Comunidad. Léxico de Política*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gallino, Luciano. 1995. *Diccionario de sociología*. Siglo XXI Editores: México.
- Gane, Nicholas. 2001. "Review Essay: Zygmunt Bauman: Liquid Modernity and Beyond". *Acta Sociológica. Journal of the Scandinavian Sociological Association*. Vol.44 (3), pp. 267-275.
- Giddens, Anthony. 1982. *Profiles and Critiques in Social Theory*. Londres: Macmillan.
- Grondona, Ana. 2010. "La sociología de Emile Durkheim: ¿una definición 'comunitarista' de lo social?". *Papeles del CEIC*, marzo (número monográfico sobre la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea). <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/55.pdf>
- Haidar, Victoria. 2010. "De la disolución a la recreación de la comunidad. Un contrapunto entre Max Weber y François Perroux". *Papeles del CEIC*, marzo (número monográfico sobre la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea). <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/54.pdf>.
- Inglis, David. 2009. "Cosmopolitan sociology and the classical canon: Ferdinand Tönnies and the emergence of global *Gesellschaft*". *British Journal of Sociology*, vol. 60 (4), pp. 813-832.
- Joas, Hans y Knöbl, Wolfgang. 2009. *Social Theory. Twenty introductory lectures*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kaulingfreks, Ruud. 2005. "Are we all good? Zygmunt Bauman's response to Hobbes". *The Sociological Review* Vol. 53 (Supplement 1), pp. 30-45.
- Lahire, Bernard. 2003. "Cómo llegar a ser doctor en Sociología sin poseer el oficio de sociólogo". *Sociológica*, Año 18 Nº 53, pp. 267-301.
- Maffesoli, Michel. 1990. *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria Editorial.
- . 1993 [1985] *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2001. *El instante eterno. El retorno de lo trágico en sociedades postmodernas*. Buenos Aires: Paidós.
- . 2008. "La comunidad localizada. Variaciones sobre las sensibilidades postmodernas". *Estudios Avanzados* 6(9), pp. 7-30.
- . 2009. *El reencantamiento del mundo. Una ética para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Dedalus Editores.
- Marotta, Vince. 2002. "Zygmunt Bauman: order, strangerhood and freedom". *Thesis Eleven*, Nº 70, pp. 36-54.
- Mouzelis, Nicos. 2008. *Modern and Postmodern Social Theorizing: Bridging the Divide*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nisbet, Robert 1996 [1966] *La formación del pensamiento sociológico 1*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Parsons, Talcott. 1964. "Evolutionary Universal in Society", *American Sociological Review*, Vol. 29, No. 3, pps.339-357.
- . 1965. "Full citizenship for the Negro American?" *Daedalus*, Noviembre. Pp-1009-1054.
- . 1971 [1937] *La Estructura de la Acción Social*. Madrid: Guadarrama.
- . 1974a [1966] *La Sociedad. Perspectivas evolutivas y comparativas*. México: Trillas.
- . 1974b [1971] *El sistema de las sociedades modernas*. México: Trillas.

La teoría sociológica y la comunidad

Pablo de Marinis

———. 1976 [1968] “Durkheim, Emile” y “sistemas sociales”, voces de la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Tomos IV y IX, Madrid: Ediciones Aguilar.

———. 1988 [1951]. *El Sistema Social*. Madrid: Alianza.

———. 2009 [1970] *Autobiografía intelectual: elaboración de una teoría del sistema social*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. (Edición que incluye un trabajo de su traductor, Gabriel Restrepo, titulada “La traducción teórica y la obra de Parsons como deuterio-aprendizaje”).

Ramos Torre, Ramón. 2010. “La comunidad moral en la obra de Emile Durkheim”. Pp. 383-412. *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Editado por P. de Marinis, Pablo; G. Gatti, e I. Irazuzta, Ignacio. Barcelona y México DF: Editorial Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Sasín, Mariano: “La comunidad estéril. El recurso comunitario como forma de la autodescripción social”. *Papeles del CEIC*, marzo de 2010 (número monográfico sobre la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea). <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/57.pdf>

Santos, Boaventura de Sousa. 2003. *La caída del Ángelus Novus: ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá: ILSA.

Schluchter, Wolfgang. 2006. *Grundlegungen der Soziologie. Eine Theoriegeschichte in systematischer Absicht. (Band 1: Die mehrfache Konstitution der Soziologie)*. Tübingen: Mohr Siebeck.

Schluchter, Wolfgang. 2007. *Grundlegungen der Soziologie. Eine Theoriegeschichte in systematischer Absicht. (Band 2: Die systemtheoretische und die sprachtheoretische Wende)*. Tübingen: Mohr Siebeck.

Tester, Keith. 2002. “Paths in Zygmunt Bauman’s Social Thought”. *Thesis Eleven*, N° 70. Pp. 55-71.

Tönnies, Ferdinand. 1947 [1887]. *Comunidad y sociedad*. (Trad. de José Rovira Armengol). Buenos Aires: Losada.

Torterola, Emiliano. 2010. “Racionalización y comunización en la esfera económica. Los límites del individualismo en la teoría de la modernidad weberiana”. *Papeles del CEIC*, marzo (número monográfico sobre la comunidad en la teoría social clásica y contemporánea). <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/56.pdf>.

Urresti, Marcelo. 2009. “La ética inmoralista y el espíritu del neotribalismo”. Prólogo a Maffesoli, Michel: *El reencantamiento del mundo. Una ética para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Dedalus Editores. Pp. 9-14.

Weber, Max. 1984 [1921]. *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva*, México: Fondo de Cultura Económica.

Zeitlin, Irving. 1970. *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.

La cuestión polaca

Acerca del nacionalismo imperialista de Max Weber¹

Esteban Vernik

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA / CONICET.

165

Resumen

Este artículo pretende contribuir en la discusión del tipo de nacionalismo imperialista de Max Weber a través de sus consideraciones raciales tempranas acerca de la cuestión polaca. Focalizando en sus investigaciones acerca de las migraciones eslavas en Alemania del Este y de las acciones gubernamentales que Weber propone como políticas de Estado, se pretende reconstruir 1- el momento socio-político de su enunciación, 2- el lugar de las instituciones que apoyaron la carrera del autor, 3- su ubicación en el período temprano de su obra. Complementariamente, se señala el paralelo entre aquella intervención de Weber y las manifestaciones actuales de Thilo Sarrazin y su impacto en la caracterización socio-cultural de Alemania.

Palabras clave: Nacionalismo; imperialismo; cuestión agraria; cuestión polaca; Max Weber.

Abstract

This article pretends to contribute in the discussion of Max Weber's imperialistic nationalism through his early racial considerations on the polish question. Focus on his research on the Slavic migrations in East Germany and in the governmental actions proposed by Weber as State policy, the intention is to reconstruct, 1- the socio-political moment of enunciation, 2- the place of the institutions that supported the author's career, 3- the place of such research in the early period of his work. Complementary, it is the intention to indicate the parallel between that intervention from Weber and contemporary manifestations from Thilo Sarrazin and his impact on the socio-cultural characterization of Germany.

Keywords: Nationalism; Imperialism; Agrarian question; Polish question; Max Weber.

¹ Agradezco al Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín por su hospitalidad entre agosto y octubre de 2010; en especial a su director, Sérgio Costa, por su estimulante interlocución sobre Weber y la cuestión polaca; así también como a Wolfgang Knöbl y Gregor Fitzl.

El pequeño cultivador polaco gana terreno porque, en cierto sentido, devora la hierba recogéndola (literalmente) del suelo, y no a despecho, sino a causa de sus bajos niveles habituales de vida física y espiritual.

M. WEBER (1982:12)

A lo largo de toda su vida, Weber vio *la cuestión polaca* como un factor decisivo de la política alemana. ...para él, el problema de las minorías nacionales nunca perdió importancia.

W. MOMMSEN (1984: 56)

Introducción

Los escritos del período temprano de Max Weber que surgen de sus investigaciones sobre la cuestión agraria al este del río Elba, constituyen una de las aristas más controvertidas de su obra. La lectura de estos textos acerca de las migraciones de trabajadores polacos en Alemania Oriental –el *Discurso inaugural de Friburgo* es la pieza más conocida, pero también un conjunto de intervenciones que le preceden–² suelen provocar encendidos debates acerca del tipo de nacionalismo de Weber, ¿intuitivo, esencialista, biologicista, racista, imperialista moderado?

Cómo caracterizar un discurso que alerta contra la degradación de la cultura germana por “la invasión de los bárbaros eslavos”, que se refiere a los polacos del este del Elba como un grupo cultural e espiritualmente inferior. Y que lo hace invocando “la severa grandiosidad del sentimiento nacional”.

Se trata de otro Weber, respecto al que por décadas se buscó imaginar como representante de la “sociología liberal”. Desde otro ángulo, las afirmaciones de Weber sobre la supremacía cultural germana merecen interrogarse también desde la perspectiva del desarrollo de la ideas de nación entre los intelectuales europeos del cambio de siglo. La naciente sociología –la alemana, como la francesa–, se constituye como ciencia de la modernidad en la era del imperialismo. Durante eso años fundacionales, la cuestión nacional y la cuestión imperial aparecían a los ojos de los futuros sociólogos como nociones necesarias para la comprensión de las identidades y las acciones de los sujetos modernos. Aunque, las intervenciones de Weber que habremos de examinar aquí se dieron con bastante anterioridad a

2 «Die Verhältnisse der Landarbeiter im östelbischen Deutschland», en *Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, vol. 55, Leipzig, 1892 ; «Privatenqueten über die Lage der Landarbeiter», tres comunicaciones de los números de abril, junio y julio del Congreso Social Protestante, 1892; “Entwicklungstendenzen in der Lage der östelbischen Landarbeiter”, en *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik*, vol. 7, 1894, reproducido también *Preussische Jahrbücher*, vol. 77, 1894 –seguiremos este ensayo en la edición de Keith Tribe (1996)–; y “Die deutschen Landarbeiter”, ponencia en el V Congreso Social Protestante, 1894.

su dedicación a la sociología,³ su abordaje temprano de las nacionalidades permanecerá como embrión a lo largo de toda su obra (Mommssen 1984: 56).

En lo que sigue nos proponemos contribuir a la comprensión del tipo de nacionalismo de Max Weber desde el ángulo de sus consideraciones acerca de la cuestión polaca, de su análisis del desplazamiento de trabajadores rurales eslavos sobre la frontera oriental, y de las acciones políticas que propone como políticas de Estado. Para esta aproximación, consideraremos en lo que sigue: 1- el momento socio-político de su intervención; 2- el lugar institucional; 3- la ubicación en el período temprano de su obra, aún muy distante de sus elaboraciones sociológicas.

El punto de inicio será el contexto del *II Reich* luego de la Unificación Alemana conseguida por Otto von Bismark en 1870. El final, se permitirá una alusión a la actual Alemania de la Reunificación.

Alemania, 1871-1918: Segundo Imperio

A los fines de seguir las exposiciones de Weber sobre la situación de los trabajadores rurales, conviene tener presente las dimensiones de Alemania en el mapa del *II Reich*. Sobre esta configuración piensa Weber la cuestión agraria, como también la cuestión nacional (e inexorablemente ligada a ésta, la idea de Imperio).

Si bien la región al este del río Elba abarca un dominio más amplio, el análisis de Weber se concentra en las cuatro provincias fronterizas orientales: Prusia Oriental, Prusia Occidental, Posen y Silesia. Desde nuestro horizonte temporal, se advierte que estas cuatro provincias imperiales, pasan a ser parte nuevamente de Polonia después de 1918⁴. Weber señala las formas de desplazamiento hacia el oeste de la cultura eslava, que surge materialmente del avance de los trabajadores nómades –polacos en su mayoría, pero también rusos– que reemplazan en sus puestos a los trabajadores alemanes. “En algunas partes de Silesia estos trabajadores migratorios son reputados como el núcleo de la población trabajadora” (Weber 1996: 43).

En el otro extremo del mapa, al oeste del río Rin, se sitúan los territorios imperiales –no tenían rango de provincias⁵– de Alsacia y Lorena, los cuales luego de la derrota alemana en 1918 –como es más conocido– vuelven a ser parte de Francia. Ambas cuestiones, la de los polacos en el extremo oriental de Alemania, y la concerniente a la identidad de los habitantes de los territorios de Alsacia y Lorena, son preocupaciones teóricas que se reiteran en el

3 Habrá que esperar, luego de su colapso nervioso, a su célebre tesis sobre los vínculos entre economía y religión, como a sus estudios sobre metodología de la ciencia, para poder caracterizar luego de 1910 a Weber como un sociólogo.

4 Las dos primeras en parte de su territorio, Posen en forma completa, y Silesia en casi su totalidad.

5 Por eso, no aparecen indicados en el mapa.



La cuestión polaca

Esteban Vernik

desarrollo de la totalidad de su obra.⁶ Si a esta constatación le adosamos el siguiente dato de su más reciente biógrafo,

Weber realizó su servicio militar primero en Alsacia y luego en Posen. Atestiguó de la forma más clara el contraste extremo entre los granjeros del extremo oeste y del extremo oriente de Alemania, en un caso con la población mitad francesa, y en el otro con la tres cuarto polaca (Radkau 2009: 77).

resultan así significativos los vínculos que traza Joachim Radkau, entre el especial apego sensorial de Weber hacia la nación y la experiencia sensitiva de la tierra como lugar de realización agraria de la misma. Como su estudio demuestra, en relación a la investigación agraria que aquí analizaremos, la referencia vivencial al servicio militar en Posen es de inmediata proximidad.⁷

168



6 Véase especialmente los análisis sobre Alsacia-Lorena en las teorizaciones de Weber sobre la nación que elabora en 1913 para *Economía y Sociedad*, (Weber 1979: 680), así también como las cartas del período de sus dos estancias militares en Alsacia (Marianne Weber 1995: 109-141).

7 Radkau (2009: 77) señala que “durante el período de los estudios sobre la cuestión agraria al este del río Elba, no sólo tuvo conocimiento por medio de los cuestionarios, sino también, en tres ocasiones, a través de sus ejercicios militares”.

La constitución del Segundo Imperio, un año después que se produce la Unificación alemana, luego que las tropas de Bismark vencieran al ejército francés en Sedan, fue el hecho que determinó su proyección política y militar como potencia mundial. Este acontecimiento conmocionó a las dos generaciones de intelectuales alemanes correspondientes a Weber y a su padre. Este último, Max Weber sénior, abogado dedicado a la política, durante esos años llegó a ser diputado por el Partido Nacional Liberal, al que se mantuvo ligado hasta su muerte en 1898. La vida de Max Weber hijo se corresponde en gran medida con la del Segundo Imperio Alemán, dado que éste surge a la edad de siete años de Weber quien muere un año después de formar parte de la comitiva que acuerda los términos de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial.

Así, podemos decir que Alemania entró en la carrera imperialista sólo durante un período relativamente corto: entre 1871 y 1918. Por lo tanto, es de apuntar que en comparación con Inglaterra y con Francia, Alemania comienza la carrera imperialista en forma tardía. Al igual que la *Sonderweg*, la particular vía por la cual Alemania entra tardíamente a la modernización industrial capitalista, también ingresa con retraso al reparto imperialista de los territorios ultramarinos. Sin embargo, durante ese corto lapso que duró el *II Reich*, logró constituirse en una potencia imperial de grandes proporciones que incluían el control de la población y las riquezas de territorios en África, Asia y Oceanía. El ritmo acelerado de estas anexiones coloniales puede percibirse con tan sólo algunos datos. En 1884, se incorporan al dominio alemán las islas de Oceanía que pasan a llamarse Nueva Guinea Alemana (las Islas Salomón y Marshall, y cinco años más tarde: las Islas Carolina, Marianas, Nauru y Palaos), y la Samoa Alemana; como también el mismo año, África del Sudoeste Alemán, en lo que corresponde al actual territorio de Namibia. Un año después, en 1885, las posesiones en África se incrementan con el dominio de Tanganica y Ruanda-Burundi; y, en la parte occidental del continente, Togo y Camerún. En 1899, se anexan también algunos territorios pequeños de Asia: Kiachow, Kiautschou y Quingdao. La magnitud del poder del estado alemán durante estos años de expansión de sus colonias, puede apreciarse aún hoy cuando se contemplan los grandes edificios y avenidas que se construyeron durante esos años en Berlín. Esa esplendorosa capital imperial que crecía al tiempo en que exhibía sus crecientes conquistas coloniales es la que conoció Weber en los años de infancia y juventud en Berlín.

Durante esos años, en la casa de la familia Weber, en el barrio berlinés de Charlottenburg, el joven Max se interesaba por las tertulias que su padre mantenía con otros dirigentes políticos del Partido Liberal Nacional, junto a connotadas figuras del medio intelectual berlinés. Entre éstas últimas, Wilhelm Dilthey, Théodor Mommsen y Heinrich von Treitschke; éste último, “el ídolo de los chauvinistas alemanes” (Marianne Weber 1995: 89). En esta atmósfera política que se respiraba en la casa familiar, un motivo habitual de discusión eran las acciones del “canciller de Hierro”, Otto von Bismark, y el de la clase de los



*Junker*⁸ que él –“el primer *Junker* de los *Junker*”– expresaba. El liberalismo del grupo de Weber padre, como también, el de las intervenciones de Weber hijo que se inauguran con los resultados de sus investigaciones sobre la situación agraria– llevaba a formular reparos acerca de esta clase caracterizada por sus relaciones de dominación patriarcal, su poca adaptabilidad a la rápida introducción del capitalismo en Alemania durante las tres últimas década del siglo XIX, y su dependencia de las ventajas que el Estado ofrecía a sus economías. Veremos en seguida, el papel contrario a los intereses nacionales que Weber adjudica a esta clase; sin embargo, y a pesar de las políticas contrarias a su posición, nunca dejó de considerar el lugar histórico con que esta clase había proveído de cuadros militares para la unificación y constitución del *Reich*.⁹

Especialista en asuntos agrarios

La investigación sobre la situación del trabajo en los establecimientos rurales al este del río Elba, es el primer trabajo que Weber realiza por encargo luego de habilitarse como profesor por la Universidad de Berlín en 1891 con su tesis postdoctoral, “La historia agraria de Roma y su significado para el discurso público y privado”. No ha de resultar excesivo entonces, relacionar la orientación que tendrá aquella investigación con lo producido en su escrito de tesis. Podemos considerar en este sentido tres sugerencias que aporta la investigación de Radkau (2009). En primer lugar, cuando Weber analiza la cuestión agraria en la Alemania del Segundo Imperio, tiene un ojo en su tesis de Habilitación sobre la cuestión agraria en el Imperio Romano. De esto se desprende, en segundo lugar, la misma consideración en relación al latifundio. Este es el motivo principal por el cual cayó el Imperio Romano. “En su conferencia de 1896 sobre el declive de la civilización antigua, Weber cita la frase de Plinio: ‘Latifundia perdere Italiam’. Los latifundios arruinaron a Italia. Es la misma idea que aplica al agro alemán” (Radkau 2009: 75). Weber buscaba desarmar la afirmación, que los propietarios de grandes extensiones de tierra constituían una sólida fundación para el Imperio. En su escrito de tesis, Weber naturalmente se abstiene de referir a polémicas contemporáneas, pero aún así pueden verse en algunos momentos líneas que llevan a pensar que cuando discutía los latifundios de los romanos apuntaba elípticamente a la situación agraria prusiana. Una y otra vez anotaba que los latifundios, igual que los de al este del Elba, destruyen “el organismo natural de la agricultura” (Ibídem). Por último, cuando como resultado de su investigación sobre la situación agraria al este del Elba analiza el lugar de Alemania entre las grandes potencias europeas, “la política de potencia de ultramar”, como

8 Clase de los terratenientes del este de Alemania, especialmente de Prusia. Fueron notables por su militarismo. Dominaron Prusia y luego Alemania hasta 1918 por medio del control de los altos puestos del ejército y de la administración pública.

9 Desde un horizonte histórico que excede a Weber, podemos agregar que con apoyo de los *Junker*, además de Bismark, Hitler llegó al poder (Tribe 1996: 16).

en su discurso de Friburgo, Weber (1982: 25) tiene de fondo sus reflexiones sobre el Imperio Romano de su tesis posdoctoral.

Antes de dedicarnos a examinar el trabajo de investigación en sí que Weber realiza de la situación rural en Alemania oriental, convendrá –así sea someramente– dar cuenta del entramado ideológico institucional en el que se inserta. Cabe aquí seguir la recomendación efectuada por Wilhelm Hennis, de reparar en los condicionamientos que tuvieron sobre el pensamiento de Weber las organizaciones que auspiciaron sus desarrollos académicos.

Weber condujo o promovió investigaciones que, en sentido moderno son ‘proyectos’, donde era necesario articular sus intereses con los de otros, notoriamente con sus colegas y los organismos de financiamiento” (Hennis 1987: 44).

En el punto de inicio de la carrera de Weber, y en relación a sus estudios agrarios, podemos considerar los organismos –ideológicamente afines entre sí– que auspiciaron su trabajo: el *Verein für Sozialpolitik* (Asociación para la Política Social), el *Evangelisch-sozial Kongress* (Congreso Social Protestante), como también el grupo conocido como los “Socialistas de cátedra”. Este último aunque no disponía de recursos financieros, sí poseía un alto grado de influencia en la selección de las líneas temáticas de investigación y en el reclutamiento de los jóvenes investigadores. Weber surgió como segunda generación de este grupo de profesores de economía y de derecho –cuyos referentes principales eran Schmoller, Brentano y Knapp–, quienes buscaban influir sobre el Estado con un programa de reformas a medio camino entre la crítica socialista y la beneficencia social. Alertaban de los efectos sobre la moral que producía la creciente desigualdad, pero reconocían las formas existentes de producción y propiedad. Su programa incluía mejoras en la educación y las condiciones de vida de los trabajadores, así como planes de beneficencia para los más desposeídos. En íntima conexión con un grupo de teólogos protestantes inspirados en las mismas ideas sociales, ellos fundan la *Asociación para la Política Social* en 1873, como una organización que a través de la investigación social, promocionaría políticas favorables a la construcción de una sociedad pacífica y no revolucionaria, en la que participarán también “hombres de negocios, industriales y funcionarios” (Marianne Weber 1995: 160). La *Asociación para la Política Social* encargará en 1892 la participación de Weber en la investigación sobre la situación de los trabajadores rurales.

A su vez, Weber comenzará a participar desde su primera edición en 1890 del *Congreso Social Protestante*, el cual financiará parte de la investigación complementaria en 1893. En este círculo, comenzará un diálogo ininterrumpido a lo largo de su vida con el político que fuera capellán de Fráncfort del Meno, Friedrich Naumann, conocido como “el pastor de los pobres”.

Bajo la influencia de Weber reconoció Naumann que la conservación y el avance de *la posición de Alemania como gran potencia* no sólo era un deber impuesto por el pasado, sino también un requisito para dar una vida decente a las masas (Marianne Weber 1985:168; subrayado mío).

La cuestión polaca

Esteban Vernik

Además de su interlocución con Naumann que lo llevó años más tarde a presentarse a elecciones como candidato de su partido, Weber participó durante la década del noventa de la *Liga Pan-Germánica*, órgano de cierto nacionalismo conservador; si bien situándose aquí, en sus posiciones más moderadas.¹⁰ Según W. Mommsen,

la principal razón por la cual Weber se adhirió a la *Liga Pan-Germánica* en 1893 fue la búsqueda de apoyo hacia *la cuestión polaca*. En esa época Weber generalmente simpatizaba con los esfuerzos de la liga en promover en la opinión pública *una activa política exterior imperialista* (1996: 54; subrayado mío).

172

Weber dio conferencias en varios locales de la *Liga Pan-Germánica* sobre *la cuestión polaca*. Mommsen da detalles de esa etapa de militancia a favor del programa que se había trazado, especialmente en lo concerniente al cierre de la frontera oriental. Sin embargo, llegó un momento en 1899 en que Weber se dio cuenta que sus esfuerzos eran en vano, que a pesar de compartir una prédica a favor de la exaltación de los valores culturales germanos, los compromisos de estos nacionalistas conservadores con los terratenientes del Este nunca iban a permitir que saliera alguna declaración a favor de tal medida (Ídem: 55).

Surge entonces el interrogante acerca de qué peso tuvieron esas organizaciones vinculadas al reformismo protestante y al conservadurismo nacionalista sobre el pensamiento de Weber. Es claro que en el entramado ideológico e institucional que va desde los *Socialistas de Cátedra*, la *Asociación para la Política Social*, el *Congreso Social Protestante*, la política junto al capellán Naumann hasta la *Liga Pan-Germánica*, el aporte de Weber –no obstante, la firmeza y originalidad de sus argumentos– difícilmente podría servir para un proyecto que no resultase alternativo al que por esos años venía desarrollando la Social Democracia Alemana.

Metodología y desarrollo de la investigación

A partir de 1892, Weber participa de la Encuesta nacional agraria que organiza la *Asociación para la Política Social*, cuyo comité le encarga analizar la parte más importantes y políticamente más delicada de su estudio, la correspondiente a las provincias prusianas orientales.

La investigación recogió datos por medio de dos cuestionarios enviados a los empleadores de trabajadores agrícolas de toda Alemania, incluidos los dueños de grandes tierras en el Este del Elba, los *Junker*.¹¹ Este relevamiento replicaba dos mediciones anteriores realizadas en 1849 y 1873, por lo cual Weber (1996: 21) considera que esto,

10 Cfr. Marianne Weber 1985: 166; Radkau 2009: 74.

11 Se recibieron 2277 cuestionarios completos, un porcentaje de respuestas del 72%. Complementariamente, Weber recibió las respuestas de otro cuestionario dirigidas a un grupo menor de terratenientes, con 573 reportes detallados y 77 reportes generales (Tribe, 1996: 15); cfr. también Bendix (1979: 34).

hace posible algo más importante desde el punto de vista sociopolíticos: por medio de la comparación de los datos de las tres investigaciones, los cuales padecen todos de la misma probabilidad de error, es posible derivar información concerniente a las tendencias de desarrollos presentes en las relaciones de trabajadores campesinos.

Al mismo tiempo, Weber considera que el hecho de que por razones de costo, las entrevistas hayan sido dirigidas exclusivamente a los terratenientes sin considerar la opinión de los trabajadores era una decisión metodológicamente inaceptable. Por lo que consigue en 1893, que el *Congreso Social Protestante* le confíe el análisis de otra encuesta, esta vez dirigida a trabajadores campesinos.¹²

Los resultados de la investigación fueron publicados por la *Asociación para la Política Social* en tres volúmenes, que incluían también los análisis de las otras regiones de Alemania que habían realizado otros investigadores. Notoriamente, la obra de Weber fue por mucho la más extensa y ocupó un volumen entero (ide novecientas páginas!).¹³ La principal diferencia entre la contribución de Weber y la de los otros colaboradores, es que mientras éstos se refirieron a los problemas laborales sólo desde el punto de vista de las relaciones entre empleados y terratenientes, Weber colocó el problema como uno que pre eminentemente concernía a la nación. Weber consigue presentar tendencias en el desarrollo de las relaciones campesinas de trabajo, cambiando el interrogante principal. En vez de preguntar por el nivel de vida o el tipo de salario de los distintos actores del trabajo rural, Weber plantea: “¿Cómo el desarrollo general de una posición se relaciona con el de la nación?”¹⁴ En este desplazamiento del problema, las distintas aristas de la cultura y la política se subsumen al principio último de “los más altos intereses de la nación”.¹⁵

El análisis que Weber realiza puede concebirse en buena medida como un típico estudio acerca de la modernización de las relaciones de dominación patriarcales. Observa con preocupación el desplazamiento de masas de campesinos alemanes del este hacia los centros urbanos, movilizadas en última instancia por factores psicológicos, tales como “la magia de la libertad” y la “sed de cultura”. Estas movilizaciones se producen en cuanto la modernización capitalista se impone en las relaciones de dominación patriarcales, desplazando las formas de trabajo pagado en especies por las formas de pago en dinero. Las relaciones personales en el mundo rural se objetivizan y grandes contingentes de campesinos se desplazan perdiendo su arraigo y convirtiéndose tendencialmente en proletarios. Lo que sigue es el antagonismo de clases. Entre trabajadores rurales –cuando aún no abandonaron el terruño– y terratenientes; y entre proletarios urbanos –ex-campesinos– y propietarios de medios de producción.

12 En este caso, los cuestionarios fueron aplicados por jóvenes pastores (Tribe: 1996: 15).

13 Ídem.

14 Weber, 1996: 21.

15 Ídem: 57.

Resulta notoria –nítidamente en su exposición “Tendencias evolutivas de la situación de los agricultores del este de Elba”– la aplicación que Weber realiza de su lectura del materialismo histórico de Marx.¹⁶ Como también lo es, las coincidencias que presenta con los análisis realizados por Simmel, en cuanto al avance de las formas monetarias, así como también en lo concerniente al principio metodológico por el cual no necesariamente los factores materiales sobredeterminan las conductas de los actores sociales, sino que en ciertas ocasiones, son los factores psicológicos los que determinan en última instancia las acciones.¹⁷

Así también, el análisis de Weber considera en el desplazamiento de los campesinos alemanes hacia el oeste un factor económico que juzga de primordial importancia. Y es el decrecimiento de las condiciones materiales de los campesinos alemanes a la hora de competir con los migrantes polacos que se ofrecen a las haciendas de los *Junker* por menores retribuciones. Weber señala la actitud de los latifundistas de preferir mano de obra esclava, “más barata y dócil”. Con lo cual bajan los costos de producción, además disponer de personalidades sobre las que ejercer un dominio cuasi ilimitado: “un cabeceo y el administrador local –quien es también un terrateniente– lo envía de vuelta a Polonia” (Weber 1996: 52). Weber atribuye a las políticas favorables a la liberación de la frontera oriental y el ingreso de trabajadores migrantes, a la “importación de Polacos” por parte de la clase de los *Junker*, un arma para –continuando con su terminología marxista– la lucha de clases de los terratenientes contra los trabajadores alemanes.¹⁸

Como resultado de esta situación, Weber se lamenta por dos motivos. En primer lugar, porque considera que la “inundación” de las haciendas con inmigrantes extranjeros “de menor nivel cultural” que los alemanes, lleva a una homogenización descendente que impide la creación

16 Keith Tribe (1996: 14) considera que este texto, “permite conjeturar más que un pasajero conocimiento con los escritos de Marx, verdaderamente, algunos pasajes podrían entenderse como marxistas para muchos”.

17 Un análisis pormenorizado de esta relación fundamental excedería por mucho los límites fijados para este artículo. En *Filosofía del dinero*, que se publica en 1900 pero que es consecuencia de distintos escritos realizados a lo largo de toda la década del noventa, Simmel plantea en el Prefacio explícitamente esa objeción ampliatoria de las posibilidades del materialismo histórico, “que se mantenga el valor explicativo de la importancia de la vida económica en la causación de la cultura espiritual y, al mismo tiempo, se reconozca a las formas económicas como resultado de valoraciones y corrientes más profundas, de presupuestos psicológicos...” (Simmel 1977: 12); y da distintos ejemplos acerca de “la sustitución del pago en especie por el pago en dinero” –como el de “las muchachas (que) prefieren el trabajo en una fábrica al servicio en casas de señores, porque aunque con éstos se suelen encontrar mejor desde el punto de vista material, se encuentran menos libres debido a la subordinación a otra personalidad subjetiva” (ídem: 340)–, que se corresponden completamente con la enunciación de Weber (1996) acerca de que es “la poderosa y puramente psicológica magia de libertad” lo que causa que los trabajadores alemanes mejor situados abandonen su terruño aún a sabiendas que verán depreciado su estándar de vida material.

18 Weber 1996: 53.

“de una aristocracia rural de trabajo, como ha emergido en Inglaterra, con lo cual la consumada proletarización engendra a cambio, un movimiento, de los más altos niveles de los trabajadores” (Weber 1996: 40).

Este anhelo por la creación de una aristocracia de trabajadores, como el de la principal potencia imperialista de la época, sugiere pensar que la anglofilia de Weber –que se reiterará en escritos políticos posteriores (Roth 1995)– concebía un modelo para Alemania, en el que los distintos sectores de la economía nacional –incluido un tipo de proletariado nacional y no contaminado de ideas socialdemócratas–, participen de la posición de poder alcanzada por un Estado imperial, estratégicamente situado entre las potencias europeas.

En segundo lugar, la desazón que Weber manifiesta surge de la situación general que describe en su análisis, en el que los trabajadores rurales alemanes del este, derrotados en la lucha de clases por los terratenientes, se ven crecientemente condenados al desarraigo, contribuyendo así a la “polonización” de Alemania.

Este es el resultado de investigación de Weber, el cual se sitúa en la coyuntura de 1890 cuando Guillermo II –“el monarca diletante”– lanza “la nueva ola” de gobernar sin Bismarck, y abre las fronteras orientales a la inmigración, favoreciendo así a los grandes latifundistas que preferían la mano de obra eslava, más barata y dócil. Por este motivo, los pequeños propietarios y los trabajadores rurales alemanes encontraban difícil sobrevivir con tal competencia. Esta situación que el desarrollo posterior de la sociología del siglo XX ha trabajado,¹⁹ indigna a Weber y lo lleva a proponer, en una suerte de militancia antipolaca, el cierre de la frontera oriental, y la colonización de la región con nuevos trabajadores alemanes que sirvan de freno a las corrientes migratorias de polacos y rusos.

En la reunión de 1893 de la *Asociación de Política Social*, el reporte de Weber en que presenta sus resultados fue el principal tema de discusión (Ringer 2004: 42). El ‘influjo de polacos’ era considerado por Weber, “desde el punto de vista cultural aún más peligroso” que la introducción de coolies chinos, ya que “nuestros trabajadores alemanes no se integran con coolies, pero en el caso de los polacos, sí se integran con los eslavos medio-germanizados del este del país”. Y, asumiendo una política de poder imperial, en un tono que acaso radicaliza el social-darwinismo de la época, concluye: “hemos transformado a los polacos de animales en seres humanos”.²⁰ Weber considera a los polacos y a la clase de los *Junker*, como los factores que atentan contra el poder de la nación, “la gran hacienda agrí-

19 Es la relación entre mercados laborales depreciados por la oferta de mano de obra extranjera de menor costo, y proclamas nacionalistas exacerbadas por parte de distintos actores, que llegan en muchos casos a tonos xenófobos. En la Argentina de los últimos años, por ejemplo, esta situación se vió en solicitudes del sindicato de la UOCRA referidas a trabajadores de la construcción procedentes de Bolivia y Paraguay. El tópico fue analizado décadas atrás en los EEUU por la socióloga de origen ruso Edna Bonacich (1972).

20 Cit. por Radkau 2009: 88.

cola del este es la más peligrosa enemiga de nuestra nacionalidad, es nuestro significativo *Polenimator*”.²¹

Las medidas que Weber propone –cierre de las fronteras del este y colonización interior por parte de alemanes– pueden poseer cierta racionalidad respecto a los “intereses más altos de la nación”; sin embargo, como a continuación habremos de examinar, se apoyan en muchos pasajes en presupuestos científicos de escaso fundamento.

Weber, ¿darwinista social?

me propongo ilustrar *con un ejemplo* el papel que han cumplido las diferencias psicofísicas raciales entre las nacionalidades en la lucha económica por la existencia.

M. WEBER (1982: 4)

De los resultados de la investigación de Weber, podemos detenernos en el tratamiento de la población polaca migrante, tanto en la exposición de 1894 que hemos principalmente comentado, “Tendencias evolutivas en la situación de los agricultores del este de Elba”,²² como en su más conocido discurso de asunción de cátedra de la Universidad de Friburgo,²³ “El Estado nacional y la política económica alemana” de 1895 (Weber 1982), considerado clave según Wolfgang Mommsen (1984: 56) para interpretar también sus posteriores posiciones políticas a lo largo de los años.

En la primera de estas piezas, Weber señala dos tendencias principales que surgen de su análisis. La primera es la ya referida a la sustitución del pago en especie por el pago en dinero (la cual, como se ha dicho, abre el camino hacia la proletarianización de los campesinos y la lucha de clases). Y la segunda –llamativa en varios sentidos– es la tendencia a un cambio en la alimentación, en “el nivel general de nutrición”. Weber se explaya sobre las condiciones generales de la dieta alimenticia de la población, que parecen estar asociadas a una distinción entre alemanes y eslavos, y a la introducción por parte de éstos últimos, de papas en un lugar central de la alimentación de la población nativa alemana. “Lo que es importante, desde el punto de vista del nivel general de nutrición, es lo que es comida además de papas, ya que éstas tienen la característica de llenar el estómago y dar la sensación de satisfacción física, sin dar al cuerpo la proteína que éste necesita” (Weber 1996: 49). Así, continúa Weber prescribiendo: “Es del todo decisivo para la nutrición popular entonces, sí, una apropiada proteína tomada de una finca (carne o leche) que equilibre el creciente consumo

21 Cfr. Tribe 1996: 16; Ringer 2004: 43.

22 Considerada “la exposición más general de la posición de Weber frente a los problemas políticos identificados en su análisis del trabajo agrícola en el este de Prusia” (Tribe 1996: 13).

23 Weber se desempeñará como profesor de economía en Friburgo entre 1894 y 1896; luego de lo cual –en vistas de su muy exitosa carrera– obtiene un cargo más prestigioso en la Universidad de Heidelberg.

de papas” (Ídem:50; traducción modificada por mí).²⁴ Refiriéndose a los alemanes, Weber señala que la ginebra holandesa bien puede reemplazar el valor nutritivo de las papas (que sería más propio de la cultura de los polacos).

La virtual exclusiva dieta de cereal de la población rural fue quizás uno de los factores fisiológicos más contribuyentes de su naturaleza psíquica –apatía y afabilidad. En este siglo el consumo de carne comenzó de nuevo a ser una medida cultural y, la dieta típica del ascendente proletariado moderno es incrementalmente basada en carne y papas – aparte de la ginebra holandesa por supuesto (Ibídem).

Es curioso en este razonamiento que utilice como indicador de la medida cultural al consumo de proteínas. Pero es más sorprende, lo poco fundado que resulta su razonamiento que relaciona el consumo de carne y cereales de una población con ilos atributos de apatía y afabilidad!

En estos pasajes, Weber da la impresión de considerar en su análisis las diferencias entre alemanes y polacos como diferencias de cuerpos, sino de estómagos, que determinan las disputas por mantenerse en el territorio. Así, con “la inundación eslava”, se introducen cambios en los hábitos culturales que relativizan la capacidad “adaptativa” de la población alemana. Esta terminología de “adaptación”, “selección”, “cualidades raciales”, “determinación por características físicas y psíquicas” es la que se va a acentuar en su discurso de Friburgo. Aquí, Weber observa que alemanes y polacos han estado en competencia económica, y la victoria no ha sido para los “económicamente más desarrollados o la nacionalidad más talentosa”. Sino que por el contrario, lo que pasó fue que los polacos mostraron mayor “adaptabilidad” hacia las “condiciones de existencia” prevalecientes. La “raza eslava” fue capaz de ajustarse a un más bajo estándar de vida y así emerger victoriosa del “proceso de selección” que causó que los alemanes abandonen las provincias del Este.

La pregunta que aquí surge, es si Weber en estas piezas responde a una perspectiva social-darwinista. La respuesta inmediata es que sí, que tal corriente estaba bien vista entre los círculos a los que Weber pertenecía y era la adoptada por sus maestros del *Socialismo de Cátedra*. Pero pareciera que aún así, Weber en estas intervenciones extrema su lenguaje biologicista. Sin embargo, esta no debiera ser una respuesta definitiva para nuestra apreciación del pensamiento completo de Weber. Sí, lo es en relación a sus primeros trabajos de la década del noventa que estamos aquí revisando. Wolfgang Mommsen (1984: 41), encuentra que Weber usó argumentos social-darwinistas en sus tempranos trabajos, “no obstante después los descartó y despreció como no científicos a todos los conceptos y teorías biológicas en el campo de las ciencias sociales”. Pero desde una perspectiva que atienda a los sucesivos desarrollos de Weber, este tipo de posición es claramente dejado de lado. En 1913, en sus elaboraciones para *Economía y Sociedad*, Weber demuestra que no se trata de un problema

24 Cfr. Weber 2001: 500.

de “selección entre razas”. Y que la obligación de la sociología es mostrar que la raza y la nación son ideas socio-culturales que son producidas en el momento en que las elites intelectuales comienzan a tematizar la pertenencia de una población a una idea de Estado (Weber 1979: 315-327). Aún antes, ya en 1910 en el “Debate sobre los conceptos de raza y sociedad”, que tiene lugar en la reunión de ese año de la *Asociación para la Política Social*, Weber se posiciona explícitamente contra el racismo y descarta que “la teoría racial pueda contribuir de alguna manera al análisis de los procesos socio-históricos” (Ringer 2004: 49).

178

Conclusiones

La caracterización de Max Weber sobre la condición de los migrantes polacos en Alemania que desarrolla en sus informes para la *Asociación para la Política Social*, son sin duda uno de los ribetes más difíciles de sostener desde cualquier punto de vista que aspire a la emancipación del género humano.

No hay dudas que en estos textos de mediados de la década del noventa, el lenguaje de Weber en relación a la idea de nación es el de un social-darwinista que poco se preocupa de disimular sus dimensiones más esencialistas. Algunas de sus afirmaciones –como las referidas a la supuesta “superioridad cultural germánica” o sus alusiones a la cuestión de la dieta de los polacos– se apoyan en aprioris no fundamentados. En este sentido, buena parte de su argumentación no se ajusta a los estándares de cientificidad que él mismo exigirá en años posteriores.

Acorde a la trama ideológica de los círculos político-intelectuales de su procedencia, Weber en los textos de 1894 y 1895 reconoce la imagen de la Gran Bretaña como modelo a seguir por Alemania. Guenter Roth expresa un mismo parecer acerca del imperialismo británico como el ideal al que su país podía aspirar. “Quiso que el Imperio Alemán sea como Gran Bretaña en libertad política y poder mundial, aunque sin su despoblamiento rural” (1995: 121).

Finalmente, como hemos querido señalar a los fines de no perder la cautela necesaria del caso, el pensamiento nacionalista de Max Weber no puede definirse sin más como imperialista, ni tampoco como esencialista. Para su debida caracterización deberán ponderarse también sus nociones sociológicas, constructivistas y anti-socialdarwinistas, que aparecen con posterioridad al período aquí considerado.

Coda: biología, etnia y “cultura”

Como ha señalado Keith Tribe, en relación a las intervenciones de Max Weber en la *Asociación para la política social*, el *Congreso Social Protestante* y la *Liga Pan-germánica*,

Las posiciones de Weber ante problemas como inmigración y cultura nacional, pueden ser sorprendentes pero es importante reconocer que semejantes sentimientos (como también cierta aceptación de las posiciones anti-semitas), estaban presentes en el liberalismo alemán de la época, como también entre buena parte de las posiciones socialistas (1996:189).

Que esas posiciones eran compartidas por algunos sectores de la Socialdemocracia alemana de la época, es algo que aunque llamativo sigue aún vigente. Y es que como un legado de esta arista de Max Weber controversial –o como este artículo ha querido señalar, más que eso–, en los días de agosto de 2010, un alto dirigente político de las filas del *Partido Social Demócrata Alemán*, el directivo del *Bundesbank* y ex senador de finanzas de la ciudad de Berlín, Thilo Sarrazin, convulsionó a la opinión pública con un nuevo llamado a cerrar la frontera oriental en aras de los más altos intereses estratégicos de la nación. Nuevamente, como había hecho Weber, se llamaba a cerrar la frontera. Sólo que esta vez, la proclama no estaba dirigida contra los inmigrantes polacos y eslavos en general, sino contra turcos e islámicos. Su libro *Deutschland schafft sich ab* [Alemania se suprime] es una muestra actual de la vigencia de un nacionalismo racista aplicado al campo de la política social por parte de un economista alemán.

El gran éxito de ventas, el mayor *bestseller* por años de la industria editorial alemana²⁵ –expuesto en varios ejemplares en las vidrieras de las grandes cadenas de libros de toda Alemania–, combinado además con el gran suceso mediático de mantenerse en el centro de los debates de la opinión pública alemana por un prolongado período –apareció día a día en la tapa de los grandes periódicos y revistas a lo largo de parte de agosto y prácticamente todo septiembre–, dan una idea de la magnitud del hecho político cultural que causó. Con argumentos que parecen extraídos de la biología y la demografía del siglo XIX, Sarrazin analiza las tasas de natalidad y de inmigración de los extranjeros de origen turco e islámico en general, y los caracteriza como una sub-clase. También compara distintos atributos de la población de ambas nacionalidades. Según su visión, en comparación con los alemanes, la población de origen turco e islámica tiene un menor coeficiente de inteligencia que la población alemana –para ello da el ejemplo, que los turcos no consiguen aprender la lengua alemana–; tienen una mayor tasa de crecimiento reproductivo que los alemanes –las mujeres comienzan más jóvenes a embarazarse; y dependen en gran medida de los subsidios que les otorga el Estado alemán. Con alarma, advierte acerca de un futuro en que la nación alemana tome la forma actual del barrio de Neukölln (el barrio de Berlín de mayor población de origen turco).

Evidentemente, las intervenciones y los contextos de Weber y de Sarrazin son bien diferentes –en un caso, la creciente Alemania imperial posterior a la Unificación de 1870; en el otro la Alemania decreciente de la crisis posterior a la Reunificación de 1990–, sin embargo, sus argumentos se sustentan en una significativa coincidencia: el crecimiento de la población proveniente del Este (esta vez de un Oriente más lejano), siendo culturalmente inferior, avanza y desplaza a la población germana.

25 El *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, en su edición del 24 de diciembre de 2010, informa que el libro llevaba vendidos ¡un millón doscientos mil ejemplares! (www.zeit.de/gesellschaft/zeitgeschehen/2010-12/sarrazin-politik-medien), revisado 28-01-11.

Bibliografía

Bendix, Reinhardt. 1979. *Max Weber*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bonacich, Edna. 1972. "A theory of ethnic antagonism: the split labor market", en *American Sociological Review*, vol. 37, n° 5, octubre, pp. 547-559.

Hennis, Wilhelm. 1987. *Max Webers Fragestellung: Studien zur Biographie des Werks*. Tubinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck).

Mommsen, Wolfgang. 1984. *Max Weber and German politics, 1890-1920*. Chicago: The University of Chicago Press.

Radkau, Joachim. 2009. *Max Weber. A Biography*. Cambridge: Polity Press.

Ringer, Fritz. 2004. *Max Weber. An Intellectual Biography*. Chicago: The University of Chicago Press.

Roth, Guenter. 1995. "Weber the Would-Be Englishman: Anglophilia and Family History", en Hartmut Lehmann y Guenter Roth (eds.), *Weber`s Protestant Ethic. Origins, Evidence, Contexts*. Cambridge: Cambridge University Press.

Sarrazin, Thilo. 2010. *Deutschland schafft sich ab. Wie unser Land aufs Spiel setzen*. Rottenburgo: Kopp.

Simmel, Georg. 1977. *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Tribe, Keith. 1996. "Introducción a Weber", en Max Weber, "Tendencias evolutivas en la situación de los agricultores del este de Elba". San José de Costa Rica: Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, XXXIV.

Weber, Marianne. 1995. *Biografía de Max Weber*. México: FCE.

Weber, Max. 1979. *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*. México: FCE.

Weber, Max. 1982. "El Estado nacional y la política económica alemana", en *Escritos políticos I*, pp. 3-29. Edición a cargo de José Aricó. México: Folios.

Weber, Max. 1988. "Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik (1895)", en *Gesammelte Politische Schriften*, pp. 1-25. Edición a cargo de Johannes Winkelmann. Tubinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck).

Weber, Max. 1996. "Tendencias evolutivas en la situación de los agricultores del este de Elba". San José de Costa Rica: Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, XXXIV.

Weber, Max. 2001. "Entwicklungstendenzen in der Lage der ostelbischen Landarbeiter", en *Digitale Bibliothek 58: Max Weber Gesammelte Werke*, pp. 470-507. Berlín: Directmedia.

Émile Durkheim y Gabriel Tarde en los orígenes de la sociología francesa

Pablo Nocera

Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

181

Entre los referentes fundacionales de la sociología, Durkheim ocupa un lugar central como representante de la tradición gala. Una lectura atenta y contextualizada permite pensar que sus aportes originales se alimentaron en una amplia red de polémicas. Entre ellas, sostuvo una muy resonada con la figura de Gabriel Tarde. Los textos que el lector tendrá disponibles a continuación –de difícil acceso hoy día en español– nos aportan una curiosa y tardía preocupación durkheimiana, así como una temprana preocupación de Tarde. Sin que ambas grafiquen necesariamente los términos de aquella polémica, la primera de ellas –durkheimiana– invita a pensar una sugerente reflexión sobre la naturaleza humana en clave sociológica. La segunda –tardeana–, responde contundentemente al interrogante: ¿Qué es la sociedad? A continuación se presentan ciertos vectores de contexto para emplazar una posible lectura de ambos.

Reflexiones en torno a la naturaleza humana

Durante la última década del siglo XIX se sucedieron tres de los cuatro libros que publica Durkheim en vida. Pensables como una serie fundamental para apuntalar la perspectiva disciplinaria en formación, *De la division du travail social* (1893), *Les règles de la méthode sociologique* (1895) y *Le suicide* (1897) tuvieron un basto alcance y una amplia repercusión no exenta de fuertes críticas. Puede ser un lugar común afirmar que la dimensión específica que lo social pretendía en el tratamiento efectuado en cada uno de ellos, supuso un cortante desafío al protagonismo analítico que detentaba el sujeto, tanto en la densa tradición filosófica como en la exitosa empresa de la psicología científica francesa.¹

¹ El espiritualismo en materia de filosofía seguía teniendo una fuerte presencia en el medio universitario francés. A ello se sumaba, además, el progreso y transformación que experimentó la psicología en sus pretensiones de constituirse en una disciplina científica autónoma. Para 1876, la acción de Théodule Ribot impulsó el primer número de la *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*,

No es casual, por ello, que Durkheim filie inicialmente sus aportes mostrando continuidad con tradiciones foráneas o con aquellas de origen local cuya incidencia académica por entonces no era demasiado influyente.² Sin embargo, esa dimensión inferior que el individuo soporta frente a la superioridad de la sociedad —y que condensaría la más paradigmática expresión del binarismo categorial del autor (Lukes 1984: 16-21)—comenzó a expresar un cierto desplazamiento, una vez entrado el siglo XX, que amerita una breve reflexión.

Desde su último libro en el siglo XIX y mediando la fundación de *L'Année Sociologique* (1896-1897) así como su traslado a París (1902), Durkheim se abocó al estudio cuidadoso de los fenómenos religiosos a la par que participó frecuentemente en espacios de discusión, en los que alternó fundamentalmente con posturas y representantes de la filosofía (sus intervenciones centrales se compilaron en el texto *Sociología y filosofía* en 1924). Ambas dimensiones alcanzaron sugerentes desarrollos que se corporizaron en 1912 con la publicación de *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Allí Durkheim no sólo debate con las tradiciones antropológicas anglosajonas y coterráneas en materia de estudios sobre la religión, sino que define posiciones en tópicos que podían pensarse como estrictamente filosóficos. Sus postulaciones sobre los orígenes de las categorías del entendimiento, en abierto debate con el empirismo y el apriorismo, introducen el estudio, haciendo evidente que la sociología del conocimiento allí presentada, invierte los términos del vínculo con la filosofía que habían evidenciado los libros previos. En pocas palabras, podríamos afirmar que, mientras en aquellos textos una de sus preocupaciones centrales era deslindar los continentes disciplinarios, mostrando que la sociología como ciencia se alejaba de la matriz especulativa y deductiva de corte filosófico, luego sus preocupaciones se orientaron más de cara a que la joven disciplina establecida tome el lugar que comenzaba a dejar su antiquísima contraparte (Fabiani 1988: 125-126).³

proyecto que condensaba, frente a la filo-psicología espiritualista (Victor Cousin), el programa de una psicología experimental de cuño evolucionista (Mucchielli 1998: 267-268 / Nicolas 2005: 43-44). Dos décadas después (1894) Alfred Binet y Henri Beaunis, tomando como referencia a su antecesor, crearán *L'année psychologique*, dedicada íntegramente a la disciplina. (Nicolas, Ségui y Ferrand 2000:94-102) En ambos casos y a pesar de las fuertes diferencias metodológicas que comenzaban a separarlas, el individuo no dejaba de ser el centro de los análisis, y con ello el objeto privilegiado de las nacientes ciencias sociales.

2 Tal es el caso paradigmático de un texto de juventud como la *Lección inaugural del Curso de Ciencia Social* en Bourdeos. Allí Durkheim filia la sociología (rotulada así todavía tímidamente) con la tradición local de Comte y Espinas, con la anglosajona de Spencer y con la alemana de la *Völkerpsychologie* (Lazarus-Stanthal), dejando a un lado corrientes disciplinarias con fuerte presencia académica como la de Tarde o Worms. (ver Durkheim 1888: 85-105).

3 Los escritos Durkheimianos previos a 1900 manifestaron claramente las discrepancias en torno a la forma y objeto de conocimiento de la filosofía y la sociología respectivamente. En cuanto a la diferencia de método de ambas, se puede ver Durkheim, [1893] 1990: 355 / tr.1993: 163-164 y Durkheim,

En ese contexto, uno de los tópicos centrales de la reflexión filosófica con los cuales Durkheim se involucra de lleno en el libro de 1912 es, tal como él lo denomina, el problema de la *dualidad de la naturaleza del hombre* (Durkheim [1912]1990: 23 / tr.1993:53). En el contexto de sus reflexiones sobre la sociología de la religión y del conocimiento, nuestro autor se acerca a una noción de hombre, enfatizando aspectos que no había desarrollado claramente en sus libros anteriores. La incompreensión de ese abordaje por parte de muchos de sus contemporáneos, hizo necesaria la redacción del escrito publicado en 1914 en la revista *Scientia* (XV:206-221) y que el lector tiene a su disposición a continuación.

A diferencia de las primeras aproximaciones en las que el análisis del individuo queda reducido, de una u otra forma, a una derivación de los fenómenos sociales, en el texto que se presenta a continuación, el estatus es diferente. Un claro antecedente lo presenta el propio autor en un artículo de 1909 que luego formó parte de la introducción a *Les formes* sólo en sus dos primeros apartados. En el tercero de ellos (no publicado en el libro), Durkheim afirmaba en referencia a la reflexión filosófica sobre el hombre: “No comenzamos por postular una cierta concepción de la naturaleza humana para deducir de ella una sociología, es más bien a la sociología a quien demandamos un conocimiento progresivo de la humanidad [...] Es inadmisibles que los problemas metafísicos, incluso los más audaces, que han agitado a los filósofos puedan caer alguna vez en el olvido. Pero es cierto, igualmente, que están llamados a renovarse. Ahora bien, nosotros creemos, precisamente, que la sociología, más que cualquier otra ciencia, puede contribuir a esa renovación.” (Durkheim 1909:185-186)

Allí Durkheim se preocupa por mostrar con claridad que las fuerzas colectivas son las que imprimen al sujeto esa dimensión supraindividual, moral, que lo distingue de su simple constitución natural y que caracteriza el accionar de las formas de la vida religiosa. El hombre participa en la religión de esa constante duplicidad, cuya existencia es reflejo de su doble constitución: una de índole individual, egoísta y sensible, junto con otra de tipo impersonal, moral y conceptual. Esta distinción le permite enfatizar a Durkheim, que la sociedad sólo es



1897: 44-45 / tr.1995:XXV. En cuanto a los reclamos de independencia entre una y otra ver Durkheim, 1888: 106 y Durkheim, [1895] 1990: 139-140 / tr.1969: 108-09. La misma divergencia se observa en lo relativo a las críticas que el autor profiere a las argumentaciones dialécticas frente a las demostraciones basadas en hechos. No obstante, es peculiar observar cómo mientras que en los textos de la década del '90 nuestro autor critica fuertemente la dialéctica como forma del proceder especulativo, a partir de 1900 se muestra mucho más benévolo en los textos o comunicaciones en los que debate con filósofos. Como ejemplos de la primera posición ver: (Durkheim, [1893] 1990: 264), (Durkheim, [1895] 1990: VIII-IX / tr.1969:8), (Durkheim, [1895] 1990:140 / tr.1969:108) y (Durkheim, 1897: 46 / tr.1995:XXVII). En *Les règles*, este proceder característico de la filosofía (basada sólo en el desarrollo conceptual) lo llama *método ideológico* (ver Durkheim, [1895] 1990: / tr.1969: 34, 35 y 52). Como ejemplos contrarios, donde Durkheim ve la dialéctica como un acceso aceptable al conocimiento ver, entre otros: (Durkheim, 1924:55 / tr. 2000:64) y (Durkheim, 1913:29).

factible gracias al acuerdo, que permite a las conciencias salir de sí mismas y entrar en contacto con las demás. La dimensión impersonal de los conceptos es la que habilita la comunicación entre los individuos y por tanto la acción común. El ‘comercio intelectual’ es posible gracias al pensamiento conceptual cuya materialidad está dada por la palabra. El plano de las representaciones sensibles que identifica como “fluido” en la experiencia individual, se opone al de las representaciones conceptuales, cuyo carácter estático y discontinuo viabilizan la comunicación evitando la dimensión monádica que tiene toda existencia puramente individual. En este contexto, la figura del *homo duplex*, característica del discurso filosófico, pierde su dimensión especulativa e ingresa al abordaje sociológico como problema verificable empíricamente.

La pregunta por la sociedad

Como intelectual solitario, sin militancia política reconocida y sin pertenencia explícita a alguna escuela, Gabriel Tarde (1843-1904) no afianzó en torno suyo ningún grupo de seguidores de forma tal de garantizar una marca epigonal. Al igual que muchos de sus brillantes contemporáneos galos, inició su carrera en la *province* (Sarlat) para desembarcar luego en París (1894) y desarrollar una prestigiosa labor tanto en la docencia universitaria como en la Dirección de Estadística en el Ministerio de Justicia. Desde 1878 –fecha en que se pone en contacto con Théodule Ribot, director por entonces de la *Revue Philosophique*– desarrolla una vasta producción teórica cuyas primeras repercusiones se darán a conocer en sucesivos artículos en dicha publicación a partir de 1880. En paralelo a sus preocupaciones en el terreno de la psicología y que luego extendiera al plano sociológico, Tarde desarrolla una amplia reflexión en temas de criminología que obtiene su primera formulación sistemática en el libro *La Criminalité Comparée* (1886). A partir de las repercusiones que dicha obra alcanzara, Alexandre Lacassagne lo convoca para colaborar en la revista especializada *Archives d'anthropologie criminelle* cuya participación será muy frecuente desde 1887. Sin embargo, la mayor trascendencia –nacional e internacional– la logra con la publicación en 1890 de *Les lois de l'imitation*, libro al que suceden gran cantidad de estudios en el plano de la filosofía, criminología, sociología y economía. Su amplia labor intelectual no tardó en generar un vasto reconocimiento institucional que se expresó, por entonces, en su elección como presidente del III^o Congreso Internacional de Criminología en Bruselas (1892), así como también en su nombramiento como primer presidente de la Sociedad de Sociología que Worms fundara en París en 1895, labores que ejerce en paralelo a su ocupación ministerial y que se coronan en enero de 1900 con la elección para la Cátedra de *Philosophie Moderne* en el *Collège de France* (Mucchielli 1998:114) cuya admisión se impone sobre la de Bergson, quien habrá de ocupar dicha plaza, luego de su fallecimiento.

Los inicios de su reflexión teórica tuvieron una impronta característica: su lucha contra las perspectivas naturalistas. Su proyección alcanzó múltiples frentes cuyas aristas no es posible desplegar aquí. Precisemos solamente que los destinatarios centrales de su crítica

inicial fueron los representantes de la escuela criminológica italiana. Frente al peso de la herencia y las tradiciones racialistas, Tarde deposita en la *creencia* y el *deseo* los fundamentos de las sociedades humanas. Como resorte primario de la conciencia, el deseo es un cierto tipo de energía de tendencia psíquica, de avidez mental, mientras que la creencia es una impresión intelectual, de adhesión y de constricción mental (Tarde 1898:31). A partir de ciertas interferencias que se libran en el seno de la conciencia entre las creencias y deseos nacen la mayoría de los movimientos internos que suscitan el juicio y los actos voluntarios, quedando la herencia y los determinantes biológicos como factores secundarios.

En este contexto, la noción de imitación emerge en su pensamiento en continuidad con el auge de las teorías francesas de la sugestión-hipnosis, que oficiaban como matriz teórica para dar cuenta de fenómenos tanto individuales como sociales. En este plano, los trabajos de la llamada *psicología de las multitudes* (Fournial, Sighele y Le Bon) aplicaron muchas de estas perspectivas para dar cuenta del funcionamiento de las masas y advertir sobre sus peligros latentes (van Ginneken 1992:4-6). Tarde se sumó a esas aproximaciones, sin obviarles críticas, desplegando el peso de una trama conceptual epocal de amplia utilización. De allí que conceptos como “sonambulismo” y “magnetización” atravesasen sus primeros escritos para describir el tipo de lazo imitativo que se crea entre los individuos en sociedad.

El análisis del fenómeno de la imitación ilustra de forma paradigmática, el eje que vertebra la visión tardeana de la sociología. El artículo *¿Qué es la sociedad?* aparece en 1884 y el interrogante que plasma el título advierte sobre la intención de polemizar con el escrito homónimo de Herbert Spencer.⁴ A diferencia del pensador inglés, Tarde entiende que la cooperación y el intercambio están lejos de ser los procesos básicos que organizan la trama social. Si la sociedad es imitación, la sociología debe dar cuenta de los desarrollos por los cuales los sujetos tienden progresivamente a asemejarse. Con esta postulación, el autor no sólo combate la perspectiva de la especialización funcional spenceriana, sino que invierte el punto de partida del filósofo inglés. En lugar de comenzar, como Spencer, con un supuesto de *inestabilidad de lo homogéneo*, a partir del cual sus efectos múltiples producirían un progresivo desarrollo de lo heterogéneo, Tarde verá en los inicios de toda forma de existencia, la heterogeneidad, cuya progresiva igualación por vía de la imitación, reproducirá en el mundo social, el constante movimiento universal de repetición que signa tanto el universo físico como el biológico. Esta ontología de lo social que nuestro autor delinea sobre la base de lo que luego llamará resumidamente las *leyes sociales* (1898) —es decir los procesos de *repetición, adaptación y oposición de fenómenos* en sociedad—, se ciñe, en esta primera

4 La recepción de Spencer en Francia queda patentizada en la cantidad de artículos (más de 20) que la *Revue Philosophique* le publicará en sus inicios, más específicamente en el período que va de 1876 a 1881. Para esa misma fecha, se habían traducido, bajo la iniciativa de Ribot, varios de sus textos más importantes, entre los cuales se encuentran *Premier Principes* (1871) y *Principes de biologie* (1877) (Becquemont y Mucchielli 1998:261)

formulación, a la idea de imitación como repetición inconsciente, y por tanto equiparable al comportamiento del sonámbulo. El modelo hipnótico es la matriz que utiliza para caracterizar el accionar del individuo en sociedad, razón por la cual la sociología debe dejar paso a la psicología para indagar en torno al funcionamiento profundo de la imitación.

La dimensión interaccionista (Lubek 1981:368-369) que abre esta perspectiva se sellará, en textos posteriores, con el rótulo de *interpsicología* (1903) como manera de superar disciplinariamente la polaridad de objetos –individuo o sociedad– que hasta entonces defendían la psicología y la sociología respectivamente. El énfasis depositado en la dimensión inter-mental de todos los fenómenos humanos, le permitirá desestimar cualquier intento explicativo que refiera la comprensión de la sociedad a fuerzas impersonales, tanto sean de origen natural (evolución spenceriana) como de origen social (hecho social durkheimiano). Sobre esta plataforma proyectó el programa de investigación futura de la disciplina, con miras a dilucidar cuáles son las regularidades, que como leyes, pueden explicar el fenómeno de la imitación en las sociedades modernas.



Bibliografía

- Becquemont, Daniel y Mucchielli, Laurent. 1998. *Le cas Spencer. Religion, science et politique*, Paris, PUF.
- Durkheim, Émile. 1888. Cours de science sociale. Leçon d'ouverture. En Durkheim, Émile 1970. *La science sociale et l'action*, ed. Jean-Claude Filloux, Paris, PUF.
- Durkheim, Émile. 1897. Preface au Suicide. En Durkheim, Émile 1975. *Textes. Vol I : Éléments d'une théorie sociale*, ed. Victor Karady, Paris, Les Éditions de Minuit.
- Durkheim, Émile. 1909. Apports de la sociologie a la psychologie et a la philosophie. En Durkheim, Émile 1975. *Textes. Vol I : Éléments d'une théorie sociale*, ed. Victor Karady, Paris, Les Éditions de Minuit.
- Durkheim, Émile. 1913. Le problème religieux et la dualité de la nature humaine. En Durkheim, Émile. 1975. *Textes. Vol II : Religion, morale, anomie*, ed. Victor Karady, Paris, Les Éditions de Minuit.
- Durkheim, Émile. 1924. *Sociologie et philosophie*, Paris, Félix Alcan. [Tr. 2000. *Sociología y filosofía*. Buenos Aires: Miño y Dávila]
- Durkheim, Émile. [1893] 1990. *De la division du travail sociale*. Paris, PUF [Tr. 1993. La división del trabajo social, Madrid, Planeta Agostini. Vol I-II]
- Durkheim, Émile. [1895] 1990. *Les règles de la méthode sociologique*, Paris, PUF [Tr. 1969. *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Schapire]
- Durkheim, Émile. [1897] 1990. *Le suicide*, Paris, PUF. [Tr. 1995. *El suicidio*. Barcelona: Akal]
- Durkheim, Émile. [1912] 1990. *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, Paris, PUF. [Tr. 1993. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza]
- Fabiani, Jean-Louis. 1988. *Les philosophes de la république*. Paris, Les Éditions de Minuit.
- Lubek, Ian 1981. "Histoire de psychologies sociales perdues: le cas de Gabriel Tarde" Paris, *Revue française de sociologie* 22 3: 361-395.
- Lukes, Steven. 1984. *Émile Durkheim. Su vida y su obra*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI.
- Mucchielli, Laurent. 1998. "Aux origines de la psychologie universitaire en France 1870-1900 : enjeux intellectuels, contexte politique, réseaux et stratégies d'alliance autour de la *Revue philosophique* de Théodule Ribot", *Annals of Science*, 55: 263-289.
- Nicolas, Serge. 2005. *Théodule Ribot. Philosophe breton, fondateur de la psychologie française*, Paris, L'Harmattan.
- Tarde, Gabriel. 1898. *Les Lois sociales*, Paris, Alcan.
- van Ginneken, Jaap. 1992. *Crowds, Psychology & Politics, 1871-1899*. Cambridge: Cambridge University Press.

El dualismo de la naturaleza humana y sus condiciones sociales (1914)*

Émile Durkheim

Traducción del francés: Pablo Nocera



189

Aunque la sociología se defina como la ciencia de las sociedades, en realidad, no puede tratar los grupos humanos, que son el objeto inmediato de su investigación, sin llegar finalmente al individuo, elemento del cual los grupos están compuestos. Dado que la sociedad no puede constituirse más que a condición de penetrar en las conciencias individuales y de formarlas “a su imagen y semejanza”; sin dogmatizar en exceso, puede decirse con seguridad, que gran número de nuestros estados mentales, los más esenciales al menos, son de origen social. Aquí, es el todo el que forma en gran medida la parte; en consecuencia, es imposible intentar explicar el todo sin explicar la parte, al menos indirectamente. El producto por excelencia de la actividad colectiva, es el conjunto de bienes intelectuales y morales que se llama civilización; por ello Comte hacía de la sociología la ciencia de la civilización. Pero, por otro lado, es la civilización la que hace del hombre lo que es; es ella quien lo distingue del animal. El hombre no es hombre sino por estar civilizado. Buscar las causas y las condiciones de las que depende la civilización, es buscar también las causas y las condiciones de lo que en el hombre hay de más específicamente humano. Así es que la sociología, aunque apoyándose en la psicología no se contenta con ella, y le aporta, como justa devolución, una contribución que iguala y supera en importancia los servicios que de ella recibe. Sólo a través del análisis histórico se puede saber de qué está formado el hombre; puesto que sólo en el curso de la historia se constituyó.

La obra que recientemente hemos publicado bajo el título *Las formas elementales de la vida religiosa* permite ilustrar con un ejemplo esta verdad general. En la búsqueda por estudiar sociológicamente los fenómenos religiosos, hemos sido llevados a entrever una forma de explicar científicamente una de las particularidades más características de nuestra

* Publicado en la revista *Scientia*, XV, pp. 206-221. Editado en Durkheim, Émile. 1970. *La science sociale et l'action*, editado por Jean-Claude Filloux. Paris: PUF.

naturaleza. Para nuestra gran sorpresa, como el principio sobre el cual reposa esta explicación no parece haber sido percibido por las críticas que han hablado del libro hasta el presente, nos parece que tiene cierto interés exponerlo someramente a los lectores de *Scientia*.

I

Esta particularidad es la dualidad constitutiva de la naturaleza humana. Desde siempre, el hombre ha tenido un vivo sentimiento de esta dualidad. En todas partes, en efecto, se lo concibe como formado por dos seres radicalmente heterogéneos: por un lado, el cuerpo, por el otro, el alma. Aunque que el alma es representada bajo una forma material, la materia de la cual está hecha pasa por ser de otra naturaleza distinta a del cuerpo. Se dice que es más etérea, más sutil, más plástica, que no afecta los sentidos como los objetos propiamente sensibles, que no es sumisa a las mismas leyes, etc. No sólo estos dos seres son sustancialmente diferentes, sino que son, en gran medida, independientes el uno del otro, llegando incluso, a estar en conflicto. Durante siglos se ha creído que el alma podía, a partir esta vida, escaparse del cuerpo y llevar lejos, una existencia autónoma. Pero es sobretudo por la muerte que esa independencia ha sido afirmada mucho más netamente. Mientras que el cuerpo se descompone y se desvanece, el alma lo sobrevive, y en condiciones nuevas, persigue, durante un tiempo más o menos largo, el curso de sus destinos. Incluso puede decirse que, aunque estando estrechamente asociados, el alma y el cuerpo no pertenecen al mismo mundo. El cuerpo forma parte integrante del universo material, tal como nos lo hace conocer la experiencia sensible; la patria del alma es otro lugar, al que tiende a retornar sin cesar. Esa patria es el mundo de las cosas sagradas. Así, aquella es investida con una dignidad que siempre le ha sido rechazada al cuerpo; mientras que éste es considerado como esencialmente profano, ella inspira algunos de esos sentimientos que en todas partes están reservados para aquello que es divino. Ella está constituida de la misma sustancia que los seres sagrados: no difiere de ellos más que en cierto grado.

Una creencia tan universal y tan permanente no podría ser puramente ilusoria. Dado que, en todas las civilizaciones conocidas, el hombre ha tenido el sentimiento de ser dual, es necesario que exista en él algo que haya dado nacimiento a ese sentimiento. Y en efecto, el análisis psicológico lo viene a confirmar: en el seno mismo de nuestra vida interior se encuentra la misma dualidad.

Tanto nuestra inteligencia como nuestra actividad presentan dos formas muy diferentes: existen por un lado, las sensaciones¹ y las tendencias sensibles, por el otro, el pensamiento conceptual y la acción moral. Cada una de estas partes de nosotros mismos gravita alrededor de un polo que le es propio; dos polos que no sólo son distintos, sino opuestos.

1 A las sensaciones, habría que agregar las imágenes, pero como ellas no son más que las sensaciones sobrevivientes a sí mismas, nos parece inútil mencionarlas separadamente. Lo mismo sucede con ese conglomerado de imágenes y sensaciones que son las percepciones.

Nuestros apetitos sensibles son necesariamente egoístas; tienen por objeto nuestra individualidad y sólo ella. Cuando satisfacemos nuestro apetito, nuestra sed, etc. sin que ninguna otra tendencia se encuentre en juego, es sólo a nosotros a quienes satisfacemos.² Al contrario, la actividad moral se reconoce en que las reglas de conducta a las cuales se somete son susceptibles de ser universalizables; por definición, ella persigue fines impersonales. La moralidad no comienza más que con el desinterés, el apego a otra cosa que a nosotros mismos.³ El mismo contraste hallamos en el orden intelectual. Una sensación de color o de sonido ocupa estrechamente nuestro organismo individual y no puedo apartarla. Me resulta imposible hacerla pasar de mi conciencia a la conciencia del otro. Puedo invitar a otra a ponerse frente a un mismo objeto y que sufra su acción, pero la percepción que tenga será obra suya, así como me pertenece la mía. Al contrario, los conceptos son siempre comunes a una pluralidad de hombres. Se constituyen gracias a las palabras. Ahora bien, tanto el vocabulario como la gramática de una lengua no son obra ni objeto de nadie en particular; son el producto de la elaboración colectiva que expresa la colectividad anónima que las emplea. La noción de hombre o de animal no es personal; es, en gran medida, común a todos los hombres que pertenecen al mismo grupo social que yo. Así, dado que son comunes, los conceptos son el instrumento por excelencia de todo comercio intelectual. Es gracias a ellos que los espíritus comulgan. Sin duda, cada uno de nosotros individualiza, pensándolos, los conceptos que recibe de la comunidad: los impregna de su marca personal; pero no hay nada personal que no sea susceptible de una individualización de ese género.⁴

Estos dos aspectos de nuestra vida psíquica se oponen el uno al otro, como lo personal frente a lo impersonal. Existe en nosotros, un ser que se representa todo por relación a él, desde su propio punto de vista, y que, en lo que hace, no tiene otro objeto que sí mismo. Pero también existe otro que conoce las cosas *sub specie aeternatis*, como si participara de otro pensamiento que el nuestro, y que, al mismo tiempo, en sus actos, tiende a realizar fines que lo superan. La vieja fórmula del *Homo duplex* está verificada por los hechos. Lejos de ser simple, nuestra vida interior tiene como un doble centro de gravedad. Existe de un lado,

2 Existen, sin dudas, inclinaciones egoístas que no tienen por objeto cosas materiales. Pero los apetitos sensibles son el tipo, por excelencia, de tendencias egoístas. Incluso creemos que las inclinaciones que nos atan a un objeto de otro género, cualquiera sea el rol que juegue el móvil egoísta, implica necesariamente un movimiento de expansión fuera de nosotros que supera el puro egoísmo. Es el caso, por ejemplo, del amor por la gloria, por el poder, etc.

3 Ver nuestra comunicación a la Sociedad Francesa de Filosofía sobre La determinación del hecho moral (*Bulletin de la Société Fr. de Phil*, 1906, pp.113 y ss).

4 No queremos negar al individuo la facultad de formar conceptos. Aprendió de la colectividad a formar representaciones de ese género. Pero incluso los conceptos que él forma de esta manera, tienen el mismo carácter que los otros: son construidos de manera de poder ser universalizables. Aún cuando son obra de una personalidad, son en parte, impersonales.

nuestra individualidad, y más especialmente, nuestro cuerpo que la funda⁵, por otro, todo aquello que, en nosotros, expresa algo distinto de nosotros mismos.

Estos dos estados de conciencia no sólo son diferentes por sus orígenes y sus propiedades, sino que existe entre ellos un verdadero antagonismo. Se contradicen y se niegan mutuamente. No podemos darnos a los fines morales sin desprendernos de nosotros mismos, sin ofender los instintos y las inclinaciones que se hallan más profundamente enraizados en nuestro cuerpo. No hay acto moral que no implique un sacrificio, porque, como lo mostró Kant, la ley del deber no puede hacerse obedecer sin humillar nuestra sensibilidad individual o, como él la llamaba, “empírica”. Este sacrificio, podemos aceptarlo sin resistencia e incluso con entusiasmo. Pero, aún cuando está consumado en un impulso alegre, no deja de ser real; el dolor que busca espontáneamente el asceta no deja de ser dolor. Y esta antinomia es tan profunda y tan radical que jamás puede ser resuelta con rigor. ¿Cómo podríamos ser enteramente nosotros mismos y enteramente otro? o ¿viceversa? El yo no puede ser enteramente otro que sí mismo, dado que sino se desvanecería. Eso sucede a quien llega al éxtasis. Para pensar, es necesario ser, es necesario tener una individualidad. Pero por otro lado, el yo no puede ser entera y exclusivamente sí mismo, porque entonces se vaciaría de todo contenido. Si para pensar es necesario ser, también es necesario tener cosas en que pensar. Ahora bien, ¿a qué se reduciría la conciencia si ella no expresara más que el cuerpo y sus estados? No podemos vivir sin representarnos el mundo que nos rodea, los objetos de toda clase que lo completan. Pero, por el sólo hecho de representárnoslos, ellos ingresan en nosotros, se vuelven así parte nuestra, los tenemos, nos debemos a ellos al mismo tiempo que a nosotros mismos. Desde entonces, hay en nosotros otra cosa que nos solicita nuestra actividad. Es un error creer que nos resulta fácil vivir egoístamente. El egoísmo absoluto tanto como el altruismo absoluto son límites ideales que no pueden jamás ser alcanzados en la realidad. Son estados a los cuales podemos acercarnos indefinidamente, pero sin jamás realizarlos adecuadamente.

No sucede algo distinto en el orden de nuestros conocimientos. No comprendemos más que a condición de pensar por conceptos. Pero la realidad sensible no está hecha para ingresar espontáneamente en el marco de nuestros conceptos. Se resiste a ellos y, para doblegarla, debemos violentarla en cierta manera, someterla a toda clase de operaciones laboriosas que la alteran a fin de volverla asimilable al espíritu, y jamás llegamos a triunfar completamente a sus resistencias. Jamás nuestros conceptos logran dominar nuestras sensaciones para traducirlas completamente en términos inteligibles. Toman una forma conceptual sólo a condición de perder aquello más concreto que existe en ellas, aquello que las hace ha-

⁵ Decimos *nuestra individualidad* y no *nuestra personalidad*. Aunque las dos palabras sean utilizadas, a menudo, una por otra, importa distinguir las con mucho cuidado. La personalidad está hecha esencialmente de elementos supra-individuales (Ver sobre este punto *Las formas elementales de la vida religiosa*, pp.386-390).

blar a nuestro ser sensible y que la llevan a la acción: se transforman, entonces, en algo muerto e inmóvil. No podemos comprender las cosas sin renunciar, en parte, a sentir la vida, y no podemos sentirla sin renunciar a comprenderla. Sin duda, a veces soñamos, con una ciencia que pudiera expresar adecuadamente todo lo real. Pero eso es un ideal al que podemos ciertamente acercarnos indefinidamente, pero que nos resulta imposible alcanzar.

Esta contradicción interna es una de las características de nuestra naturaleza. Siguiendo la fórmula de Pascal, el hombre es, a la vez, «ángel y bestia» sin ser exclusivamente ni lo uno, ni lo otro. De ello resulta que no estamos jamás completamente de acuerdo con nosotros mismos, porque no podemos seguir una de nuestras dos naturalezas sin que la otra sufra. Nuestras alegrías nunca pueden ser puras; siempre se mezcla algún dolor, ya que no podríamos satisfacer simultáneamente los dos seres que se encuentran en nosotros. Este desacuerdo, esta perpetua división en nosotros mismos es la que produce, a la vez, nuestra grandeza y nuestra miseria: nuestra miseria, ya que estamos condenados a vivir en el sufrimiento; nuestra grandeza, dado que es por ella que nos singularizamos entre todos los demás seres. El animal marcha a su gusto con movimiento unilateral y exclusivo: sólo el hombre está obligado a hacerle normalmente al sufrimiento un lugar en la vida.

Así, la antítesis tradicional del cuerpo y del alma no es una vana concepción mitológica, sin fundamento en la realidad. Es verdad que somos seres dobles que realizamos una antinomia. Pero entonces un interrogante se presenta, que ni la filosofía ni la psicología pueden resolver: ¿de dónde proviene esa dualidad y esa antinomia? ¿De dónde proviene, para responder con otra expresión de Pascal, el hecho de que seamos ese «monstruo de contradicciones» que jamás puede satisfacerse completamente a sí mismo? Si este estado singular es uno de los rasgos distintivos de la humanidad, la ciencia del hombre debe procurar dar cuenta de ello.

II

Las soluciones propuestas para este problema no son, sin embargo, ni variadas ni numerosas.

Dos doctrinas, que han tenido un gran lugar en la historia del pensamiento, creen superar la dificultad negándola, es decir, haciendo de la dualidad del hombre una simple apariencia: es el monismo, tanto el empirista como el idealista.

Para el primero, los conceptos no son más que sensaciones más o menos elaboradas: consistirían todos ellos en grupos de imágenes similares a las cuales una misma palabra daría una suerte de individualidad; pero no tendrían realidad fuera de las imágenes y sensaciones de las cuales son su prolongación. Asimismo, la actividad moral no sería más que otro aspecto de la actividad interesada: el hombre que obedece al deber no haría más que obedecer a su interés bien entendido. En esas condiciones, el problema desaparece: el hombre es un ser que si padece de graves tensiones, es porque no actúa ni piensa conforme a la naturaleza. El concepto, bien interpretado, no debería oponerse a la sensación de la cual depende la existencia, y el acto moral no debería encontrarse en conflicto con el acto egoísta ya que éste procede, en el fondo, de mó-



viles utilitarios, si es que no se yerra sobre la naturaleza verdadera de la moralidad. Desafortunadamente, los hechos que plantean la cuestión subsisten totalmente. Eso no impide que el hombre haya sido, desde siempre, un ser inquieto e infeliz; siempre se ha sentido tironeado, dividido en sí mismo, y las creencias y las prácticas a las cuales, en todas las sociedades, bajo todas las civilizaciones, les otorgó el mayor valor, tenían y tienen por finalidad, no suprimir esas divisiones inevitables, sino atenuar sus consecuencias, dándole un sentido y un objetivo, volviéndolas más tolerables, apaciguándolas. Es inadmisibles que ese estado de malestar universal y crónico haya sido el producto de una simple aberración, que el hombre haya sido el artífice de su propio sufrimiento y que sea tan estúpidamente obstinado, si su naturaleza lo predispone a vivir armónicamente; de ser así, la experiencia habría debido disipar un error tan deplorable desde hace tiempo. Por lo menos, se hace necesario explicar de dónde puede provenir esa inconcebible obcecación. Se sabe, por cierto, cuáles son las graves objeciones que plantea la hipótesis empirista. Nunca pudo explicar cómo lo inferior podía devenir superior, cómo la sensación individual, oscura, confusa, podía volverse el concepto impersonal, claro y distinto, cómo el interés podía transformarse en desinterés.

No sucede otra cosa con el idealismo absoluto. Para él, la realidad también es una sola: está hecha únicamente de conceptos, de igual forma que para el empirista está hecha exclusivamente de sensaciones. Para una inteligencia absoluta, que vería las cosas tal como son, el mundo aparecería como un sistema de nociones definidas, ligadas unas a otras por relaciones igualmente definidas. En cuanto a las sensaciones, ellas no son nada por sí mismas; no son más que conceptos desavenidos y confundidos unos con otros. El aspecto bajo el cual ellas se nos revelan en la experiencia proviene únicamente del hecho de no poder distinguir sus elementos. En esas condiciones, no habría ninguna oposición fundamental entre el mundo y nosotros, ni entre las diferentes partes de nosotros mismos. Aquello que creemos percibir sería debido a un simple error de perspectiva que bastaría con enderezar. Pero entonces, se debería constatar que ella se atenúa progresivamente a medida que el dominio del pensamiento conceptual se extiende, a medida que aprendemos a pensar menos a través de la sensación y más por los conceptos, es decir, a medida que la ciencia se desarrolla y se convierte en un factor más importante en nuestra vida mental. Desafortunadamente, hace falta que la historia confirme estas esperanzas optimistas. La inquietud humana, al contrario, parece ir en aumento. Las religiones que insisten mucho sobre las contradicciones en medio de las cuales nos debatimos, que adhieren a la idea de pintar al hombre como un ser atormentado y doloroso, son las grandes religiones de los pueblos modernos, mientras que los cultos groseros de las sociedades inferiores respiran e inspiran una alegre confianza.⁶ Ahora bien, lo que expresan las religiones es la experiencia vivida por la humanidad; sería sorprendente que nuestra naturaleza se unifique y se armonice si sentimos que nuestros desacuerdos van en aumento. Además, suponiendo que esas discordan-

6 Ver *Las Formas elementales de la vida religiosa*, pp. 320-321, 580.

cias no sean más que superficiales y aparentes, todavía faltaría dar cuenta de su apariencia. Si las sensaciones no son nada fuera de los conceptos, aún faltaría decir de dónde provienen aquellas que no se nos aparecen tal como son, sino que se muestran mezcladas y confundidas. ¿Qué es lo que le pudo haber impuesto una indistinción manifiesta contraria a su naturaleza? El idealismo se encuentra aquí en presencia de dificultades inversas a aquellas que a menudo se le han objetado al empirismo legítimamente. Si nunca ha explicado cómo lo inferior ha podido transformarse en superior, cómo la sensación, manteniéndose ella misma, ha podido ser elevada a la dignidad de concepto, es igualmente difícil de comprender cómo lo superior ha podido volverse inferior, cómo el concepto pudo alterarse y degenerarse en sí mismo, de forma de volverse sensación. Esta caída no puede haber sido espontánea. Es necesario que haya sido determinada por algún principio contrario. Pero no hay lugar para un principio de ese género en una doctrina esencialmente monista.

Si se aparta a esas teorías que suprimen el problema de aquellas que no lo resuelven, las únicas que se mantienen en carrera y merecen consideración, se limitan a afirmar aquello que se trata de explicar, pero sin dar cuenta de ello.

Primero encontramos la explicación ontológica formulada por Platón. El hombre sería doble porque en él se encuentran dos mundos: por un lado, el de la materia que no posee inteligencia ni moral, y por el otro, el de las Ideas, el del Espíritu y el del Bien. Dado que los dos mundos son naturalmente contrarios, luchan en nosotros y, porque tenemos cosas de uno y de otro, estamos necesariamente en conflicto con nosotros mismos. Pero si esta respuesta, completamente metafísica, tiene el mérito de afirmar, sin buscar debilitarlo, el hecho que se trata de interpretar, ella se limita a hipostasiar los dos aspectos de la naturaleza humana sin dar cuenta de ellos. Decir que nosotros somos dobles porque hay en nosotros dos fuerzas contrarias, es repetir el problema en dos términos diferentes, pero sin resolverlo. Todavía nos resta decir de dónde vienen esas dos fuerzas y cuál es el porqué de su oposición. Sin duda, se puede admitir efectivamente que el mundo de las Ideas y del Bien tenga en sí mismo la razón de su existencia, a causa de la excelencia que se le atribuye. ¿Pero cómo se entiende que tenga fuera de sí un principio de mal, de oscuridad, de no ser? ¿Cuál puede ser su función útil?

Lo que se comprende menos todavía, es cómo dos mundos que se oponen completamente, y que en consecuencia, deberían repelerse y excluirse, tienden, sin embargo, a unirse y a penetrarse de manera de dar nacimiento a los seres mixtos y contradictorios que somos nosotros. Su antagonismo, entonces, debería mantenerlos fuera uno del otro y volver su maridaje imposible. Para tomar prestado el lenguaje platónico, la Idea, que es perfecta por definición, posee la plenitud del ser; ella se basta a sí misma; no necesita nada más para existir. ¿Por qué se degradaría en la materia cuyo contacto no puede más que desnaturalizarla y rebajarla? Por otro lado, ¿por qué la materia aspiraría al principio contrario que niega y se dejaría penetrar por él? Por último, el hombre es, por excelencia, el teatro de la lucha que hemos descrito; particularidad que no se encuentra en otros seres. Sin embargo,



el hombre no es el único lugar donde, según la hipótesis, los dos mundos deben reencontrarse.

Menos explicativa todavía es la teoría con que uno se contenta corrientemente: se funda en el dualismo humano, no sobre dos principios metafísicos que estarían en la base de toda realidad, sino en la existencia, en nosotros, de dos facultades antitéticas. Poseemos a la vez una facultad de pensar bajo las especies de lo individual, que es la sensibilidad, y una facultad de pensar bajo las especies de lo universal y de lo impersonal, que es la razón. De un lado, nuestra actividad presenta dos caracteres opuestos completamente, según se halle ubicada bajo la dependencia de móviles sensibles o de móviles racionales. Kant ha insistido, más que nadie, en el contraste entre razón y sensibilidad, de la actividad racional y de la actividad sensible. Pero, si esta clasificación de hecho es perfectamente legítima, ella no aporta al problema que nos ocupa ninguna solución. Dado que nosotros poseemos a la vez una aptitud para vivir una vida personal y una vida impersonal, de lo que se trata de saber es, no qué nombre conviene dar a las dos aptitudes contrarias, sino cómo ellas coexisten en un solo y único ser, en despecho de su oposición. ¿De dónde viene el hecho de que podamos conjuntamente participar de esas dos existencias? ¿Cómo estamos hechos de dos mitades que parecen pertenecer a dos seres diferentes? Dándole un nombre diferente a una y a otra, no se ha hecho avanzar la cuestión.

Si esta respuesta puramente verbal satisface frecuentemente, es que por lo general, se considera la naturaleza mental del hombre como una clase de dato último del cual no hay que dar cuenta. Se cree que todo está dicho cuando se relaciona tal o cual hecho, del cual se busca las causas, con una facultad humana. Pero ¿por qué el espíritu humano, que no es, en suma, más que un sistema de fenómenos en todo punto de vista comparable a otros fenómenos observables, quedaría por fuera o por encima de la explicación? Sabemos hoy día que nuestro organismo es el producto de una génesis; ¿por qué sería de otra manera con nuestra constitución psíquica? Si hay algo en nosotros que clama por una explicación de manera urgente, es justamente la extraña antítesis que se cree realizar.

III

Por lo demás, lo que ya hemos planteado previamente a cerca de que el dualismo humano siempre se expresa de forma religiosa, basta para hacer entrever que la respuesta a la cuestión suscitada debe ser buscada en una dirección completamente diferente. En todas partes, decíamos, el alma ha sido considerada como una cosa sagrada; se la ha visto como una parcela de la divinidad que no vive más que durante un tiempo de una vida terrestre y que tiende, como desde sí misma, a volver hacia su lugar de origen. Desde allí, se opone al cuerpo, el cual es visto como profano, y todo aquello que tiene al cuerpo directamente en nuestra vida mental, las sensaciones, los apetitos sensibles, participa del mismo carácter. De esta forma, las calificamos como formas inferiores de nuestra actividad, mientras que a la razón y a la actividad moral se les atribuye una dignidad más alta: son las facultades por las cuales, decimos, nos comunicamos con Dios. Aún el hombre más alejado de toda creen-

cia confesional se representa esta oposición bajo una forma, sino idéntica, al menos comparable. Le presta a cada una de nuestras diferentes funciones psíquicas un valor desigual: ellas se encuentran jerarquizadas entre sí, en las cuales las más cercanamente relacionadas con el cuerpo se hallan en la parte inferior. Además, hemos mostrado⁷ que no hay moral que no se encuentre impregnada de religiosidad; incluso para el espíritu laico, el Deber, el imperativo moral es una cosa augusta y sagrada, y la razón, esa indispensable auxiliar de la actividad moral, inspira, naturalmente, sentimientos análogos. A ella también, le atribuimos una especie de excelencia y de valor incomparable. La dualidad de nuestra naturaleza no es más que un caso particular de esa división de las cosas en sagradas y profanas que se encuentra en la base de todas las religiones y que debe explicarse según los mismos principios.

Ahora bien, esa es precisamente la explicación que hemos ensayado en la obra citada anteriormente como *Las formas elementales de la vida religiosa*. Nos hemos esmerado en mostrar que las cosas sagradas son simplemente ideas colectivas que son fijadas en objetos materiales.⁸ Las ideas y los sentimientos elaborados por la colectividad, sea como sea que hayan sido investidos, en razón de su origen, de cierto ascendente, de cierta autoridad, hacen que los sujetos particulares que piensan y creen en ellos, se los representen bajo la forma de fuerzas morales que los dominan y que los someten. Cuando esas ideas mueven nuestra voluntad, nos sentimos conducidos, dirigidos, arrastrados por energías singulares, que, manifiestamente, no vienen de nosotros, sino que se nos imponen, por las cuales tenemos sentimientos de respeto, de temor reverencial, pero también de reconocimiento, a causa del consuelo que de ellas recibimos, dado que no pueden comunicarse con nosotros sin revelar nuestro tono vital. Esas virtudes *sui generis* no se deben a ninguna acción misteriosa; son simplemente efectos de esa operación psíquica, científicamente analizable, pero singularmente creadora y fecunda, que se llama fusión, la comunión de una pluralidad de conciencias individuales en una conciencia común. Pero por otro lado, las representaciones colectivas no pueden constituirse más que encarnándose en objetos materiales, cosas, seres de todas clases, figuras, movimientos, sonidos, palabras, etc. que las representen exteriormente y las simbolicen; dado que es solamente expresando sus sentimientos, traduciéndolos en un signo, simbolizándolos exteriormente, que las conciencias individuales pueden —naturalmente cerradas unas a otras— sentir que ellas se comunican y sienten al unísono.⁹ Las cosas que juegan ese rol participan necesariamente de los mismos sentimientos que los estados mentales que ellas representan y materializan, por así decirlo. Son respetadas, temidas, o

7 Ver La determinación del hecho moral en el *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 1906, p 125.

8 Ver *Las formas elementales de la vida religiosa*, pp.268-342. No podemos reproducir aquí los hechos y los análisis sobre los cuales se apoya nuestra tesis: nos limitamos a recordar someramente las etapas principales de la argumentación desarrollada en nuestro libro.

9 *Ibid.*, pp. 329 y ss.

buscadas como poderes caritativos. No están ubicadas en el mismo plano que las cosas vulgares, las cuales no interesan más que a nuestra individualidad física, se hallan aparte de estas últimas, les asignamos un lugar completamente distinto en el conjunto de lo real, las separamos: el carácter sagrado consiste esencialmente en esta separación radical.¹⁰ Este sistema de concepciones no es puramente imaginario y alucinatorio, dado que las fuerzas morales que esas cosas revelan en nosotros son bien reales, como son reales las ideas que las palabras nos recuerdan luego de haber contribuido a formarlas. De allí viene la influencia dinamogénica que las religiones han ejercido, desde siempre, sobre los hombres.

198

Pero estas ideas, producto de la vida en grupo, no pueden constituirse, ni sobretodo subsistir, sin penetrar en las conciencias individuales y sin organizarse de una manera durable. Estas grandes concepciones religiosas, morales, intelectuales que las sociedades sacan de su seno durante períodos de efervescencia creativa, los individuos las incorporan en ellos una vez que el grupo se ha disuelto, que la comunión social ha hecho su obra. Sin duda, una vez que la efervescencia ha caído, y que cada uno recupera su existencia privada, se aleja de la fuente de dónde provino ese calor y esa vida, la cual no se mantiene ya en el mismo grado de intensidad. Sin embargo no se apaga, dado que la acción del grupo no se termina completamente, sino que aporta perpetuamente a esos grandes ideales, un poco de fuerza que tiende a sonsacar las pasiones egoístas y las preocupaciones personales de cada día: para ello sirven las fiestas públicas, las ceremonias, los ritos de toda clase. Solamente, viniendo así a mezclar a nuestra vida individual, esos diversos ideales, se individualizan en sí mismos, en estrecha relación con nuestras representaciones, se armonizan con ellos, con nuestro temperamento, nuestro carácter, nuestros hábitos, etc. Cada uno de nosotros pone sobre ellos su marca propia; es así que cada uno tiene su manera personal de pensar las creencias de su Iglesia, las reglas de la moral común, las nociones que sirven de marco al pensamiento conceptual. Pero, aún particularizándose y volviéndose elementos de nuestra personalidad, las ideas colectivas no dejan de conservar su propiedad característica, a saber, el prestigio del que se hallan revestidas. Siendo enteramente nuestras, hablan en nosotros en otro tono y con otro acento que el resto de nuestros estados de conciencia: nos dirigen, nos imponen respeto, no nos sentimos al mismo nivel que ellas. Nos damos cuenta que representan en nosotros algo superior a nosotros mismos. No por nada, el hombre se siente doble: es realmente doble. Existen en él dos grupos de estados de conciencia que contrastan entre sí por sus orígenes, su naturaleza, los fines a los cuales tienden. Unos no expresan más que nuestro organismo y los objetos a los cuales se encuentran directamente en relación. Estrictamente individuales, no están asociados más que a nosotros mismos y no podemos sacarlos de nosotros mismos de igual forma que no podemos quitarlos de nuestro cuerpo. Los otros, por el contrario, nos llegan de la sociedad, la traducen en nosotros y se asocian a cualquier cosa que nos supera. En tanto que son colectivos, impersonales; nos dirigen hacia fines que

¹⁰ *Ibid.*, pp. 53 y ss.

son comunes con los otros hombres, es por ellos y sólo por ellos que podemos comunicarnos. En consecuencia, es verdad que estamos formados por dos partes y como de dos seres que, enteramente asociados, están hechos de elementos muy diferentes, ellos nos orientan en sentidos opuestos.

Esta dualidad corresponde, en suma, a la doble existencia que llevamos corrientemente: una puramente individual, que tiene raíces en nuestro organismo, la otra social que no es más que la prolongación de la sociedad. La naturaleza misma de los elementos entre los cuales existe el antagonismo que hemos descrito testimonia que tal es su origen. En efecto, es entre las sensaciones y los apetitos sensibles, de un lado, la vida intelectual y moral del otro, que tienen lugar los conflictos ejemplificados. Ahora bien, es evidente que las pasiones y tendencias egoístas derivan de nuestra contribución individual, mientras que nuestra actividad razonable, tanto teórica como práctica, depende estrechamente de causas sociales. A menudo, hemos tenido la ocasión de establecer que las reglas de la moral son normas elaboradas por la sociedad¹¹; el carácter obligatorio con el cual están marcadas no es otra cosa que la autoridad misma de la sociedad comunicándose a todo aquello que viene de ella. Por otra parte, en el libro al que refiere el presente estudio y al que no podemos más que reenviar, nos hemos esforzado por hacer ver que los conceptos, materia de todo pensamiento lógico, eran, en su origen, representaciones colectivas: la impersonalidad que las caracteriza es la prueba de que son el producto de una acción anónima y en sí misma impersonal.¹² Hemos encontrado razones para conjeturar que los conceptos fundamentales y eminentes que se denominan categorías, han sido formados sobre la base del modelo de las cosas sociales.¹³

El carácter doloroso de este dualismo se explica en esa hipótesis. Sin duda, si la sociedad no fuera más que el desarrollo natural y espontáneo del individuo, esas dos partes de nosotros mismos se armonizarían y ajustarían una a otra sin fricción y sin roce: la primera, no siendo más que la prolongación y la terminación de la segunda, no encontraría en aquella ninguna resistencia. Pero, de hecho, la sociedad tiene una naturaleza propia y, en consecuencia, exigencias completamente diferentes de aquellas que se hallan implicadas en la naturaleza del individuo. Los intereses del todo no son necesariamente los de la parte; es por ello que la sociedad no puede formarse ni mantenerse sin reclamar de nuestra parte perpetuos y costosos sacrificios. Por el solo hecho de que nos sobrepasa, nos obliga a superarnos a nosotros mismos; y, superarse a sí mismo, es, para un ser, salir en alguna medida de su naturaleza, cosa que no sucede sin una tensión más o menos penosa. La atención voluntaria es, como se sabe, una facultad que no se despierta en nosotros más que por la

11 *La división del trabajo social*, passim. Cf. La determinación del hecho moral en el *Bulletin de la Société de Philosophie*, 1906.

12 *Las formas elementales de la vida religiosa*, pp.616 y ss.

13 *Ibid*, pp. 12-28, pp. 205 y ss, pp 336 y ss, pp 386, 508, 627.

El dualismo de la naturaleza humana y sus condiciones sociales (1914)

Émile Durkheim

acción de la sociedad. Ahora bien, la atención supone esfuerzo, para estar atentos, debemos suspender el curso espontáneo de nuestras representaciones, impedir que la conciencia se deje llevar por un movimiento de dispersión que la arrastre naturalmente, en una palabra, es necesario hacer violencia a algunas de nuestras inclinaciones más imperiosas. Y como la parte del ser social en el ser completo que somos se vuelve siempre más considerable, en la medida en que avanza la historia, es contrario a toda apariencia que deba esperarse alguna vez una era en la que el hombre esté menos dispensado de resistirse a sí mismo y pueda vivir una vida menos tensa y más fácil. Todo hace prever, por el contrario, que el lugar del esfuerzo irá creciendo siempre con la civilización.



¿Qué es una sociedad?*



Gabriel Tarde

Traducción del francés: Pablo Nocera

201

I

¿Qué es una sociedad? En general se ha respondido: un grupo de individuos diferentes que se prestan servicios mutuos. De esta clara aunque falsa definición, han surgido, a menudo, confusiones entre las así llamadas sociedades animales –o la mayoría de ellas– y las únicas verdaderas sociedades, entre las cuales se incluyen, en cierta relación, un pequeño número de animales.¹

Esta concepción enteramente económica, que funda el grupo social sobre la mutua asistencia, se podría cambiar, con provecho, por una concepción jurídica que tomara a un individuo cualquiera por asociado, es decir, no a todos aquellos a los cuales les es útil o que le son útiles a él, sino a aquellos, que tienen con él derechos establecidos por ley, costumbre y conveniencias admitidas, o sobre los cuales existen derechos análogos, con o sin reciprocidad. Pero veremos que este punto de vista, aunque preferible, reduce demasiado el grupo social, así como el anterior lo extiende desproporcionadamente. En fin, también sería posible una noción de lazo social totalmente política o religiosa. Compartir una misma fe o bien colaborar en un mismo fin patriótico, común a todos los asociados y profundamente distinto de sus necesidades particulares e independientes, para cuya satisfacción se ayudan o no entre ellos, poco importa: esta sería el verdadero vínculo de sociedad. Ahora bien, es cierto que esta unanimidad de corazón y de espíritu es característica de sociedades perfeccionadas; pero también es cierto que un comienzo de lazo social existe sin ella, por ejemplo entre

* Publicado originalmente como Tarde, Gabriel (1884) “Qu’est-ce qu’une société?”, *Revue philosophique*, tome XVIII, P. 489-510. Luego pasó a formar parte (con mínimas modificaciones) del libro *Les lois de l’imitation : étude sociologique*, Paris: Alcan, 1890 como Capítulo III.

¹ Lamentaría que se viera en estas líneas, una crítica implícita a la obra de Espinas sobre las *Sociedades animales*. Ese trabajo está compensado por muchas consideraciones justas y profundas como para ser referido por la señalada confusión.

Europeos de diversas nacionalidades. En consecuencia, esta definición es demasiado exclusiva. Además, la conformidad de deseos y de creencias de las que se trata, esta similitud mental que se encuentra a la vez en decenas y centenas de millones de hombres no nace *ex abrupto*; ¿cómo se produce? Poco a poco, lentamente, por vía de la imitación. A ésta es donde siempre tenemos que llegar.

Si la relación de societario a societario fuese esencialmente un intercambio de servicios, no solamente habría que reconocer que las sociedades animales merecen ese nombre, sino que además son las sociedades por excelencia. El pastor y el labrador, el cazador y el pescador, el panadero y el carnicero, se prestan servicios sin duda, pero mucho menos que los que se prestan entre ellos, los diversos sexos de las termitas. Las más verdaderas, entre las sociedades animales no serían las más elevadas, como las abejas y las hormigas, los caballos y los castores, sino las inferiores, como los sifonóforos, donde por ejemplo, la división del trabajo es llevada al punto en el que unos comen para los otros, digiriendo para ellos. No puede imaginarse un servicio más notable. Sin ninguna ironía y sin salir de la humanidad, se sigue que el grado del lazo social entre los hombres es proporcional a su grado de utilidad recíproca. El amo protege y alimenta al esclavo, el señor defiende y protege al siervo, ambas utilidades operan como contrapartida de las funciones subalternas que cumplen el esclavo y el siervo en beneficio del amo o del señor: existe una mutualidad de servicios, mutualidad impuesta por la fuerza, es verdad, pero no importa si el punto de vista económico debe primar y si se lo considera como destinado a prevalecer sobre el punto de vista jurídico. Así pues, el espartano y el ilota, el señor y el siervo, así como el guerrero y el comerciante hindú, estarían socialmente más unidos que lo que se hallan los diversos ciudadanos libres de Esparta, los señores feudales de una misma comarca, los ilotas, o los siervos de un mismo pueblo, de mismas costumbres, lengua y religión.

Se ha considerado erradamente, que al civilizarse, las sociedades darían preferencia a las relaciones económicas por sobre las jurídicas. Esto significa olvidar que todo trabajo, todo servicio, todo intercambio reposa en un verdadero contrato garantizado por una legislación cada vez más reglamentada y complicada, y que a las prescripciones legales acumuladas se agregan usos comerciales u otros usos con fuerza de ley, así como *procedimientos* multiplicados de todo tipo, desde formalidades simplificadas —pero generalizadas de la cortesía— hasta los usos electorales y parlamentarios.² La sociedad es más bien una mutua determinación de obligaciones o consentimientos, de derechos y de deberes, que una asistencia mutua. He aquí porque se establece entre seres similares o poco diferentes unos de otros. La producción económica exige la especialización de aptitudes, la cual, llevada al lími-

² Es un error pensar que el reinado de la *ceremonia*, del *gobierno ceremonial*, como dice Spencer, va declinando. Al lado de los procedimientos anticuados llamados ceremonias, que entran en decadencia, existen ceremonias en aplicación, bajo el nombre de procedimientos, que emergen y se multiplican.

te, conforme al deseo tácito, pero lógicamente inevitable de los economistas, haría del minero, del labrador, del obrero tejedor, del abogado, del médico, etc. otras tantas especies humanas diferentes. Sin embargo, por fortuna, la auténtica e inútilmente desconsiderada preponderancia de las relaciones jurídicas, impide que esta diferenciación de trabajadores se acentúe demasiado, y la lleve incluso a debilitarse cada día más. El derecho, es verdad, no es aquí más que una forma de inclinación del hombre a la imitación. ¿Es desde el punto de vista utilitario, que se enseña al campesino sus derechos, que se lo instruye, a riesgo de ver las poblaciones rurales dejar el arado y la laya, dejando que se agote la doble fuente de su labranza y de su pastoreo? No, pero el culto de la igualdad ha prevalecido sobre esta consideración. Posteriormente, se ha querido incluir en la sociedad superior a clases que, a pesar de un intercambio incesante de servicios, no formaban, bajo muchos aspectos, parte de ella; y por esto, se ha comprendido que se debía *asimilar por contagio imitativo* a los partícipes de la sociedad superior, o, para decirlo mejor, que había que formar su ser mental y *social* con ideas, deseos, necesidades y elementos, en una palabra, semejantes en forma aislada, a los que constituyen el espíritu y el carácter de los miembros de esta sociedad.

Si los seres más diferentes, el tiburón y el pequeño pez que le sirve de alimento, el hombre y sus animales domésticos, pueden servirse recíprocamente, si a veces, hasta los seres más distintos pueden colaborar en una obra común, tanto el cazador como el perro de caza, incluso los dos sexos a menudo tan desiguales; es por el contrario, una condición sin la cual dos seres no podrían estar obligados a reconocerse uno a otro sus derechos, si no tuvieran un fondo común de ideas y de tradiciones comunes, una lengua o un traductor común, todas ellas en estrechas similitudes formadas por la educación, una de las formas de la transmisión imitativa. He aquí por qué los conquistadores de América, españoles o ingleses, no reconocieron jamás derechos a los indígenas, ni viceversa. La diferencia de razas jugó aquí un rol menor que la diferencia de lenguas, de costumbres, de religiones, actuando como auxiliar de esta última causa de incompatibilidad.³ He aquí, porqué, al contrario, una cadena estrecha de derechos y de obligaciones recíprocas unía, desde la más alta rama a la raíz más baja, a todos los miembros del árbol feudal, en una constitución tan eminentemente jurídica. Aquí, en efecto, del Emperador al siervo, la propaganda cristiana había producido, en el siglo XII, la más profunda asimilación mental que se haya visto. Y es debido esencialmente a esa red de derechos que la Europa feudal formaba, de un extremo a otro, una sociedad verdadera, la *crístiandad*, no menos unida que en los más bellos días del imperio romano lo estuvo la *romanidad* (*romanitas*). ¿Se necesita una contra-prueba de esto? Pues bien: los inmigrantes chinos e hindúes, en las Antillas, se encuentran ligados a sus dueños blan-

³ En los siglos XVI y XVII, donde la población armada y la población civil estaban profundamente distanciadas, los militares en campaña creían que todo estaba permitido sobre los civiles, amigos o enemigos: robos, pillajes, masacres, etc. conforme al derecho de gentes de entonces; pero *entre ellos*, se respetaban.

cos por servicios recíprocos, e incluso por contratos sinalagmáticos, jamás un lazo verdaderamente social se ha establecido entre ellos, porque no llegaron a asimilarse. Puede existir contacto y asimilación mutua de dos o tres civilizaciones distintas, de dos o tres haces diferentes de invenciones imitativas irradiantes en su esfera propia, pero no hay sociedad en el verdadero sentido de la palabra.

Es en virtud de una noción principalmente económica de la sociedad que la división hindú de castas ha sido establecida. Las castas eran razas distintas que se entrelazaron fuertemente. Lejos pues, de denotar un estado avanzado de civilización, la tendencia a subordinar la consideración moral de los derechos a la consideración utilitaria de los servicios y de las obras, pierde su fuerza a medida que la humanidad mejora y que avanza la gran industria.⁴ A decir verdad, el hombre civilizado de nuestros días tiende a librarse de la asistencia del hombre. Cada vez recurre menos a otro hombre profundamente diferente de él, profesionalmente especializado, y por el contrario, apela cada vez más a las fuerzas naturales sometidas. ¿Acaso el ideal social del futuro no es la reproducción en grande de la ciudad antigua, donde los esclavos, como se ha dicho hasta el hartazgo, serían reemplazados por las máquinas, y donde el pequeño grupo de ciudadanos iguales, afines, no dejando de imitarse y de asimilarse, independientes e inútiles para los otros, al menos en tiempos de paz, no constituirían la totalidad de los hombres civilizados? La solidaridad económica establece entre los trabajadores un lazo más vital que social; ninguna organización de trabajo será jamás comparable bajo su relación al organismo más imperfecto. ¿Por qué la solidaridad jurídica tiene un carácter exclusivamente social? Porque ella supone la similitud por imitación. Y cuando esta similitud existe sin que haya derechos reconocidos, existe ya sin embargo un comienzo de sociedad. Luis XIV no reconocía a sus súbditos ningún derecho sobre él, sus súbditos compartían su ilusión; sin embargo él mantenía con ellos una relación social, porque eran, ellos y él, productos de una misma educación clásica y cristiana, porque tenían la mirada puesta sobre él para copiarlo desde la corte de París hasta el fondo de la Provenza

4 En su considerable obra *Cinemática*, el alemán Reuleaux, director de la Academia industrial de Berlín, observa que los progresos industriales ponen cada días más de manifiesto lo que hay de superficial y de erróneo en la importancia atribuida por los economistas a la división del trabajo, mientras que la coordinación del trabajo, obtenida por ella, es a donde habría que tender en primer lugar. Lo mismo sucede con la “división del trabajo orgánica” que, sin la admirable armonía orgánica, el progreso no sería de ningún modo un progreso vital. “El principio de la *máquina-factura*, dice notablemente, se encuentra, al menos parcialmente, en contradicción con el principio de la división del trabajo... En las usinas modernas más perfeccionadas, se tiene generalmente el hábito de cambiar los obreros que sirven los diferentes aparatos, de manera de romper la monotonía del trabajo.” Es el trabajo de la máquina que se especializa cada vez más, pero lo contrario sucede para el trabajo del obrero, que sin esto se vuelve, dice Reuleaux, más maquinaal a medida que la máquina se hace mejor trabajadora.

y de la Bretaña, y porque él mismo, a su pesar, sufría de parte de sus cortesanos, la influencia de una clase de imitación *difusa*, recibida a cambio de su imitación *radiante*.

Uno se encuentra, repito, en relación social más estrecha con las personas a las cuales se asemeja más por identidad de oficio o de educación, aún cuando sean nuestros rivales, que con aquellos de los cuales se tiene necesidad. Esto se manifiesta entre abogados, entre periodistas y entre magistrados, en todas las profesiones. Asimismo y con razón, se puede llamar sociedad, en el lenguaje ordinario, a un grupo de personas análogamente educadas, quizás en desacuerdo de ideas y de sentimientos, pero teniendo un mismo fondo común, que se ven e influencias mutuamente por gusto. En cuanto a los empleados de una misma fábrica, de un mismo almacén, que se reúnen para asistirse o colaborar, ellos no forman una sociedad, es decir, una sociedad pura y simple, sino una sociedad comercial o industrial.⁵

Una cosa es la *nación*, especie de organismo hiper-orgánico, formado de castas, de clases o de profesiones asociadas, y otra cosa es la *sociedad*. Esto se ve con claridad hoy día, cuando centenares de millones de hombres tienden a *desnacionalizarse* y a *socializarse* cada vez más. No me parece demostrado que esas múltiples uniformidades hacia las cuales tendemos (de lengua, de instrucción, de educación, etc.) sean lo más apropiado para asegurar el cumplimiento de los trabajos innumerables que tanto los individuos asociados, como las naciones se han dividido entre sí. Para convertirse en letrado, un campesino podrá no ser un buen labrador, un soldado podrá no ser muy disciplinado, ni siquiera valiente. Pero, cuando se objeta esas eventualidades amenazantes a los partidarios del progreso en sí mismo, no adoptamos su punto de vista, del que ellos mismos no tienen conciencia. Lo que quieren es la socialización más intensa posible, y no, lo que es muy diferente, la organización social más fuerte y más elevada posible. En rigor, les alcanzaría una vida social desbordante en un organismo social reducido. Resta saber en qué medida es deseable ese objetivo. Dejemos para después esta cuestión.

La inestabilidad y la enfermedad de nuestras sociedades deben parecer inexplicables a los ojos de los economistas, y en general de los sociólogos, cualesquiera sean, que fundan la sociedad sobre la base de la utilidad recíproca. En efecto, la reciprocidad de los servicios que se prestan las diversas clases de nuestras naciones, y las diversas naciones entre sí, se

⁵ En un pueblo cualquiera, tanto los abogados, como los médicos, se disputan la clientela; pero, como la profesión de los primeros los obliga a trabajar habitualmente en conjunto, a verse todos los días en el Palacio de Justicia, el ardor de la lucha, la aspereza de los sentimientos interesados, es atemperada por las relaciones de confraternidad que desarrolla inevitablemente esta comunidad de trabajos. Entre los médicos, al contrario, nada suaviza la rivalidad, la aspereza de la competencia; porque habitualmente ellos trabajan en solitario. Asimismo, se observa frecuentemente que el paroxismo del odio profesional, de la animosidad confraternal, es privilegio del cuerpo medico, y agregado de todas las corporaciones, tales como las de los farmacéuticos, las de los notarios y de la mayoría de los comerciantes, donde el trabajo separa a los rivales.

manifiesta y crece cada día, con toda la rapidez humanamente posible, gracias al concurso de costumbres y de leyes. Pero se olvida que los individuos de esas clases y de esas naciones tienden a una asimilación imitativa mucho más grande, mucho más rápida, que encuentra todavía, entre las costumbres e incluso en las leyes, trabas irritantes, tanto más irritantes quizás, cuando se muestran menos desalentadoras.

Luego de haberse profundizado durante tanto tiempo y haberse agrandado el intervalo que separa al hombre de la mujer, la civilización tiende en nuestros días, en Francia, en América, en Inglaterra, en todos los países modernizados, a disminuir la diferencia intelectual entre los dos sexos, abriendo al más débil la mayor parte de las carreras del otro y haciéndolo participar de las ventajas de una educación o de una instrucción casi común. La civilización, en esto, trata a la mujer como ella ha tratado al campesino, el trabajador agrícola libre del que había hecho gradualmente una casta aparte, y que ella reincorpora ahora dentro del gran grupo social. Ahora, tanto aquí como allí, yo diría: ¿Se operan estas transformaciones con un objetivo de utilidad social, para permitir al campesino y a la mujer cumplir mejor con sus funciones específicas, como cultivar los campos, amamantar y cuidar los niños? No, y aún espíritus afligidos, entre los cuales me encuentro, ven llegar el momento, donde, como consecuencia de estos cambios, no se encontrará más obreros agrícolas y nodrizas, e incluso serán cada vez más raros los casos de madres que puedan o quieran amamantar a sus hijos. *Pero si se ha querido ensanchar el círculo social es porque la asimilación de las mujeres a los hombres, de los campesinos a los ciudadanos, era una condición indispensable de esta socialización, la cual ha debido asimilarlos de este modo.*

Ya en el siglo XVIII, en el círculo social más restringido, el de la alta sociedad de entonces, la vida de salón, común a los dos sexos, los había hecho más semejantes entre sí por las ideas y los gustos que no se daban en la Edad Media, y se sabe bien, que esta ventaja social fue comprada al precio de la fecundidad y de la honestidad propia de las familias. Sin embargo, eran felices de ese modo, porque una necesidad superior empuja al círculo social a extenderse sin parar.

¿Me encuentro en relación social con los otros hombres, en tanto que poseen el mismo tipo físico, los mismos órganos y los mismos sentidos que yo? ¿Me hallo en relación con un sordomudo no instruido que se me parece mucho en cuerpo y rostro? No. A la inversa, los animales de La Fontaine, el zorro, la cigüeña, el gato, el perro,⁶ a pesar de la distancia

6 En *La evolución mental de los animales*, de Romanes, hay un capítulo muy interesante consagrado a la influencia de la imitación sobre la formación y el desarrollo de los instintos. Esta influencia es mayor de lo que se supone. No solamente los individuos de la misma especie, parientes o incluso sin serlo, se imitan —muchos pájaros cantores tienen necesidad que sus madres o sus camaradas les enseñen a cantar— sino que los individuos de especies diferentes se piden a préstamo particularidades útiles o insignificantes. Aquí se revela la necesidad profunda de imitar por imitar, fuente primaria de nuestras artes. Se ha visto un mirlo reproducir a tal punto el canto de un gallo que los pollos mismos se confundían. Darwin ha creído observar que las abejas habían tomado de un zángano la

específica que los separa, viven en sociedad, porque hablan una misma lengua. Se come, se bebe, se digiere, se camina, se grita, sin haberlo aprendido. También esto es puramente vital. Pero para hablar es necesario haber escuchado hablar; el ejemplo de los sordos mudos lo prueba, son mudos porque son sordos. En consecuencia, comienzo a sentirme en relación social, aunque muy débil, es cierto, e insuficiente, con todo hombre que habla, incluso en una lengua extranjera; pero a condición de que nuestras dos lenguas me parezcan tener una fuente común. El lazo social se va estrechando a medida que se agregan a éste otros rasgos comunes, todos de origen imitativo.

De allí la definición de grupo social: una colección de seres, en cuanto están dispuestos a imitarse entre sí o en tanto que, sin imitarse efectivamente, se asemejan y sus rasgos comunes son copias antiguas de un mismo modelo.

II

Distingamos bien, el grupo social del tipo social tal como, en una cierta época y en un cierto país, se reproduce más o menos incompleto en cada uno de los miembros del grupo. ¿Cómo se compone ese tipo? De un cierto número de necesidades y de ideas creadas por miles de invenciones y de descubrimientos acumulados a lo largo del tiempo; de necesidades más o menos acordadas entre sí, es decir, que concurren con mayor o menor intensidad al triunfo de un deseo dominante que es el alma de una época y de una nación; y de ideas, de creencias también más o menos acordadas entre sí, es decir, lógicamente relacionadas unas con otras o que al menos no se contradicen. Este doble acuerdo, siempre incompleto y no exento de notas discordantes, establecido a la larga, entre cosas producidas y reunidas fortuitamente, es perfectamente comparable a lo que llamamos *adaptación* de los órganos de un cuerpo viviente. Pero tiene la ventaja de no ser afectado por el misterio inherente a este último género de armonía, y de significar en términos muy claros, una relación de medios a un fin o de consecuencias a un principio, dos relaciones que, en definitiva, no son más que una, la última de las dos. ¿Qué significa la incompatibilidad, el desacuerdo de dos órganos,



idea ingeniosa de chupar ciertas flores perforándolas por el costado. Existen pájaros, insectos, animales de cualquier genio, y el genio, incluso en el mundo animal, puede alcanzar algún éxito —estos bosquejos sociales fracasan sólo por la falta de lenguaje—No es únicamente el hombre, sino todo animal que, en tanto ser espiritual de distinto grado, el que aspira a una vida social como la condición *sine qua non* del desarrollo de su ser mental. ¿Por qué? Porque la función cerebral, el espíritu, se distingue de las otras funciones en que no es una simple adaptación de un fin preciso por un medio preciso, sino una adaptación a fines múltiples e indeterminados que debe ser precisado más o menos fortuitamente por el medio mismo que sirve para conseguirlos y que es inmenso, a saber: por la imitación del exterior. Este exterior infinito, este exterior pintado, representado, *imitado* por la sensación y la inteligencia, es ante todo la naturaleza universal que ejerce sobre el cerebro, y luego sobre el sistema muscular del animal, una sugestión continua e irresistible, aunque luego y sobre todo, es el medio social quien interviene.

de dos conformaciones, de dos caracteres tomados de dos especies diferentes? No sabemos nada sobre ello. Pero cuando dos ideas son incompatibles, sabemos que una implica la negación de la otra. Asimismo, cuando ellas son compatibles, no implican o no parecen implicar esta negación en ningún grado. Finalmente, cuando ellas se hallan en cierta forma de acuerdo, es que, en un número más o menos grande de aspectos, una implica la afirmación de un número más o menos grande de cosas que la otra afirma. Afirmar y negar: nada menos oscuro, nada más luminoso que estos actos espirituales a los cuales se refiere toda la vida del espíritu, nada más inteligible que su oposición. En ella se resuelve la del deseo y de la repulsión, del *velle* y del *nolle*. Un tipo social, aquello que llamamos una civilización particular, es un verdadero sistema, una teoría más o menos coherente, cuyas contradicciones interiores se fortifican o estallan a la larga, forzándola a dividirse en dos. Si esto es así, comprendemos claramente porque hay tipos puros y fuertes de civilización, y otros mezclados y débiles; porque, a fuerza de enriquecer nuevas invenciones que suscitan deseos nuevos o nuevas creencias y trastornan la proporción de viejos deseos o de antiguas creencias, los tipos más puros se alteran y terminan por dislocarse: porque, dicho de otra forma, todas las invenciones no son *acumulables* y muchas no son más que *sustituibles*, a saber, aquellas que suscitan deseos y creencias implícita o explícitamente contradictorios en toda la precisión lógica de la palabra. No hay en las fluctuaciones ondulantes de la historia, más que adiciones o sustracciones perpetuas de cantidades de fe o de cantidades de deseos que, excitados por los descubrimientos, se unen o neutralizan, como las ondas que interfieren entre sí.

Este es el tipo nacional que se repite, decimos, en todos los miembros de la nación. Se puede comparar a un sello muy grande cuya impresión es siempre parcial sobre las diversas ceras más o menos pequeñas a las que se la aplica, y que no podría reconstruirse por entero sin la confrontación de todas esas huellas.

III

A decir verdad, lo que antes definimos es más bien la *socialidad* más que la *sociedad* como se la entiende habitualmente. Una sociedad es siempre, en distintos grados, una asociación, y una asociación es a la socialidad, a la *imitatividad*, por decirlo así, lo que la organización es a la vitalidad o, incluso, lo que la constitución molecular es a la elasticidad del éter. Son estas las nuevas analogías a combinar con aquellas que, en mi opinión, presentan en gran número las tres grandes formas de la Repetición Universal. Pero quizás convendría, para entender bien la socialidad relativa, la única que se nos presenta en distintos grados por los hechos sociales, imaginar por hipótesis, una socialidad absoluta y perfecta. Consistiría en una vida urbana intensa, en la que la transmisión a todos los cerebros de la ciudad, de una buena idea surgida en cualquier parte en el seno de uno de ellos, fuera instantánea. Esta hipótesis es análoga a la de los físicos, según los cuales, si la elasticidad del éter fuera perfecta, las excitaciones luminosas o de otro tipo se transmitirían sin intervalo de tiempo. Por su parte, los biólogos ¿no podrían concebir útilmente una irritabilidad absoluta, encar-

nada en una suerte de protoplasma ideal que les sirviera para apreciar la vitalidad más o menos grande de los protoplasmas reales?

Partiendo desde allí, si queremos que la analogía se mantenga en los tres mundos, es necesario que la vida sea simplemente la organización de la irritabilidad del protoplasma, y que la materia sea simplemente la organización de la elasticidad del éter, de igual forma que la sociedad no es más que la organización de la imitatividad. Ahora bien, es apenas útil hacer notar que la concepción de Thompson, adoptada por Wurtz, sobre el origen de los átomos y de las moléculas, a saber, la hipótesis tan seductora y plausible de los átomos-torbellinos, responde perfectamente a una de las exigencias de nuestra manera de ver, de la misma forma que la teoría protoplasmática de la vida es hoy día aceptada por todo el mundo. Una masa de niños educados en común, habiendo recibido la misma educación en el mismo medio, y no diferenciados aún en clases y en profesiones: tal es la materia prima de la sociedad. Ella trabaja formando, mediante la diferenciación funcional, inevitable y forzosa, una nación. Una cierta masa de protoplasma, es decir de moléculas organizables pero no organizadas, todas parecidas, todas asimiladas unas a otras por la virtud de ese modo oscuro de reproducción de donde proceden; he ahí la materia prima de la vida. De ella se forman las células, los tejidos, los individuos, las especies. En fin, una masa de éter homogéneo, compuesto de elementos agitados por vibraciones todas ellas similares, rápidamente encadenadas: he ahí, si he de creer en nuestros químicos especulativos, los materiales básicos de la materia. Con ella se forman todos los corpúsculos de todos los cuerpos, tan heterogéneos como puedan ser. Dado que un cuerpo no es más que un acuerdo de vibraciones diferenciadas y jerarquizadas, reproducidas separadamente en series distintas e intercaladas, como un organismo no es más que un acuerdo de *intra-generaciones* elementales, diferentes y armoniosas, de líneas distintas y entrelazadas de elementos histológicos, como una nación no es más que un acuerdo de tradiciones, de costumbres, de educaciones, de tendencias, de ideas que se propagan imitativamente por vías diferentes, pero que se subordinan jerárquicamente y se auxilian fraternalmente.

La ley de la diferenciación interviene aquí. Pero no es inútil resaltar que lo homogéneo sobre lo cual se ejerce, bajo tres formas superpuestas, es un homogéneo superficial, aunque real, y que nuestro punto de vista sociológico nos conduciría, por la prolongación de la analogía, a admitir en el protoplasma, elementos de fisonomías muy individuales bajo su máscara uniforme, y en el éter mismo, átomos tan característicos individualmente como pueden serlo los niños de la escuela de mejor disciplina. Lo heterogéneo, y no lo homogéneo, están en el corazón de las cosas. ¿Qué cosa más inverosímil, o más absurda, que la coexistencia de innumerables elementos nacidos co-eternamente semejantes? No se nace, sino que se llega a ser semejante. Y por lo demás, la diversidad innata de los elementos, ¿no es la única justificación posible de su *alteridad*?

Podríamos ir, con mucho gusto, aún más lejos: sin lo heterogéneo inicial y fundamental, lo homogéneo que lo recubre y lo disimula no habría podido existir jamás. Toda



homogeneidad, en efecto, es una similitud de partes, y toda similitud es el resultado de una asimilación producto de la repetición voluntaria o forzosa de lo que en el inicio ha sido una innovación individual. Pero eso no alcanza. Cuando lo homogéneo de lo que hablo, ya sea éter, protoplasma, masa popular igualada y nivelada, se diferencia para organizarse, la fuerza que la constriñe a salir de sí misma, ¿no es la causa misma, si lo juzgamos por lo que pasa en nuestras sociedades? Después del proselitismo que asimila un pueblo, viene el despotismo que lo emplea y le impone una jerarquía, pero el déspota y el apóstol son igualmente refractarios a que pesase el yugo nivelador o aristocrático del otro. Por una disidencia, por una rebelión individual que triunfa de esta forma, hay, a decir verdad, miles de millones que han fracasado a su sombra; pero no por eso dejan de ser el vivero de las grandes renovaciones del porvenir. Este lujo de variaciones, esta exuberancia de fantasías pintorescas y de caprichosos adornos, que la naturaleza despliega magníficamente bajo su austero aparato de leyes, de repeticiones, de ritmos seculares, no puede tener más que una única fuente: la originalidad tumultuosa de los elementos mal dominados por dichos yugos, la diversidad profunda e innata que, a través de todas esas uniformidades legislativas, reaparece resplandeciente y transfigurada en la hermosa superficie de las cosas.

No nos detendremos en estas últimas consideraciones porque nos alejarían de nuestro tema. Sólo quiero mostrar que la investigación de las leyes, es decir de los hechos similares, sea en la naturaleza, sea en la historia, no debe hacernos olvidar sus agentes ocultos, individuales y originales. Dejando a un lado a estos, podemos deducir una enseñanza útil de lo dicho anteriormente: la asimilación unida a la igualación de los miembros de una sociedad no es, como se acostumbra a pensar, el término final de un progreso social anterior, sino que, por el contrario, es el punto de partida de un progreso social nuevo. Toda nueva forma de civilización comienza por allí: comunidades igualitarias y uniformes de los primeros cristianos donde el obispo era un fiel como cualquier otro, o donde el papa no se distinguía de los obispos; ejércitos francos en que la distribución del botín se hacía en partes iguales entre el rey y sus compañeros de armas, por ejemplo, la sociedad musulmana en sus inicios. Los primeros califas que sucedieron a Mahoma acudían ante los tribunales como simples mahometanos; la igualdad de todos los hijos del profeta delante del Corán no había llegado a ser todavía una simple ficción como está destinada inevitablemente a ser, algún día, la igualdad de los franceses o de los europeos delante de la ley. Posteriormente, por grados, una desigualdad profunda, condición de una organización sólida, se apoderó del mundo árabe, poco más o menos como se formó la jerarquía clerical del catolicismo o la pirámide feudal de la Edad Media. El pasado responde al futuro. La igualdad no es más que una transición entre dos jerarquías, como la libertad no es más que un pasaje entre dos disciplinas. Esto no significa decir, por otra parte, que la confianza y el poder, el saber y la seguridad de cada ciudadano, no vayan aumentando con el curso del tiempo.

Retomemos ahora bajo otro aspecto la idea que nos ocupa. Las comunidades homogéneas e igualitarias, decimos, preceden a las Iglesias y los Estados por la misma razón por

la cual los tejidos preceden a los órganos; y, por otro lado, la razón por la cual los tejidos y las comunidades una vez formados se organizan, se jerarquizan, no es otra que la causa misma de su formación. El crecimiento del tejido no diferenciado todavía, ni utilizado, atestigua la ambición, la avidez especial del germen que así se propaga, como la creación de un club, de un círculo, de una cofradía de iguales, atestigua la ambición del espíritu emprendedor que le ha dado vida, propagando de tal forma su idea personal, su plan personal. Ahora bien, es para extenderse todavía más y defenderse contra los enemigos aparecidos o previstos, que la comunidad se consolida en una corporación jerarquizada, como el tejido se hace órgano. Obrar y funcionar, para el ser vivo o social, es una condición *sine qua non* de conservación y de extensión de la idea matriz que conlleva sí misma y a la cual le basta multiplicarse en ejemplares uniformes para desarrollarse algún tiempo. Pero lo que busca la *cosa social*, ante todo, como *cosa social*, es propagarse y no organizarse. La organización no es más que un medio para el objetivo de la propagación y la repetición *generativa o imitativa*.

En resumen, a la pregunta que hicimos al comienzo: ¿qué es la sociedad? respondemos: es la imitación. Nos resta preguntarnos: ¿Qué es la imitación? Aquí el sociólogo debe ceder la palabra al psicólogo.

IV

I. El cerebro, dice muy bien Taine, resumiendo en este punto a los fisiólogos más importantes, es un órgano *repetidor* de centros sensitivos, compuesto de elementos que se repiten unos a otros. El hecho es que al ver tantas células y fibras similares acurrucadas, no se podría formar otra idea. La prueba directa es facilitada por las experiencias y las observaciones numerosas que muestran que la ablación de un hemisferio del cerebro e incluso la supresión de una porción considerable de sustancia del otro, atacan solamente la intensidad, pero no alteran para nada la integridad de las funciones intelectuales. La parte suprimida no colabora, pues, con la parte restante; ambas no pueden más que copiarse y reforzarse mutuamente. Su relación no es ni económica, ni utilitaria, sino imitativa y social, en el sentido que yo entiendo esta última palabra. Cualquiera que sea la función celular que provoca el pensamiento (¿quizás sea una vibración muy compleja?) no se puede dudar de que se reproduce, que se multiplica en el interior del cerebro a cada instante de nuestra vida mental, y que, a cada percepción distinta, corresponde una función celular distinta. Esta es la continuación indefinida, inagotable de esas radiaciones difusas, ricas en interferencias, que constituye tanto la memoria como el hábito, ya sea que la repetición multiplicadora de la que se trata permanezca encerrada en el sistema nervioso o que, desbordante, gane al sistema muscular. La memoria es, si se quiere, un hábito puramente nervioso; el hábito, una memoria a la vez nerviosa y muscular.

En estos términos, todo acto de percepción, en cuanto implica un acto de memoria, siempre supone una especie de hábito, una imitación inconsciente de sí mismo por sí mismo. Ésta, evidentemente, no tiene nada de social. Cuando el sistema nervioso es fuerte-

mente excitado para poner en marcha un grupo de músculos, es decir, el hábito propiamente dicho, aparece otra imitación de sí mismo por sí mismo, para nada social. Aún más, diría, *pre social o sub social*. No significa que la idea sea una acción abortada, como se la ha pretendido: la acción no es más que la prosecución de una idea, una adquisición de fe estable. El músculo no trabaja más que para enriquecer el nervio y el cerebro.

Pero si la idea o la imagen rememorada ha sido dispuesta originariamente en el espíritu por una conversación o una lectura, si el acto habitual ha tenido por origen la vista o el conocimiento de una acción análoga a otra, esta memoria y este hábito son tanto hechos sociales como psicológicos; y he ahí la especie de imitación de la que tanto he hablado anteriormente.⁷ Estos no son una memoria y un hábito individuales, sino colectivos. De igual forma que un hombre no mira, no escucha, no camina, no se tiene de pie, no escribe ni toca la flauta, y más aún, no inventa y no imagina, más que en virtud de recuerdos musculares múltiples y coordinados, de la misma forma, la sociedad no podría vivir, ni adelantar un paso, ni modificarse, sin un tesoro insondable, incesantemente aumentado por las generaciones sucesivas.

II. ¿Cuál es la naturaleza íntima de esta sugestión de célula a célula cerebral, que constituye la vida mental? No sabemos nada.⁸ ¿Conocemos mejor la esencia de esta sugestión de persona a persona, que conforma la vida social? No. Porque, si tomamos este último hecho en sí mismo, en su estado de pureza y de intensidad superiores, se encuentra unido a un fenómeno más misterioso que nuestros filósofos alienistas estudian hoy día con una curiosidad apasionada: el sonambulismo.⁹ Véanse los trabajos contemporáneos sobre este tema, especialmente los de Richet, Binet y Féré, Beaunis, Bernheim, Delboeuf, y se verá que no es una fantasía, tomar al hombre social como un verdadero sonámbulo. Por el contrario, creo conformarme con el método científico más riguroso, al proceder buscando esclarecer lo complejo por lo

7 Corrigiendo las pruebas de la segunda edición, leo, en la *Revue de Métaphysique*, una reseña sucinta de un artículo de Baldwin, aparecido en *Mind* (1894-95) bajo el título: *Imitation: a chapter in the natural history of consciousness*. «Baldwin, dice el autor de la reseña, quiere generalizar y precisar las teorías de Tarde. La imitación biológica, o subcortical de primer grado, es una reacción nerviosa circular, es decir que reproduce a su estimulante. La imitación psicológica, o cortical, es *hábito* (ella encuentra, como tal, su expresión en el principio de identidad) y *acomodación* (ella se expresa por el principio de la razón suficiente). Finalmente es sociológica, plástica, subcortical de segundo grado.»

8 A la fecha en que las consideraciones precedentes y siguientes fueron impresas por primera vez (nov. 1884), en la *Revue Philosophique*, se comenzaba a hablar de la sugestión hipnótica, y se me ha reprochado de paradoja insostenible, la idea de una sugestión social universal, que, luego ha sido enérgicamente defendida por Bernheim y otros. Actualmente, no hay nada más común que esta opinión.

9 Esta expresión, pasada de moda, muestra que en el momento en que publiqué por primera vez este pasaje, la palabra *hipnotismo* todavía no había substituido a la de sonambulismo.

simple, la combinación por el elemento, explicando el lazo social, mezclado y complicado, tal como lo conocemos, por el lazo social más puro y reducido a su más simple expresión, el cual, para la formación del sociólogo, se realiza muy felizmente en el estado de sonambulismo. Supóngase un hombre que, sustraído por hipótesis a toda influencia extra social, a la vista directa de los objetos naturales, a las obsesiones espontáneas de sus diversos sentidos, no tiene comunicación más que con algunos de sus semejantes, y, en primer lugar, para simplificar la cuestión, con uno de sus semejantes,; ¿no es en este sujeto en donde convendría estudiar, por la experiencia y la observación, los caracteres vivamente esenciales de la relación social, desligado así de toda influencia de orden natural y física que pudiera complicarla? ¿Pero, no son acaso el hipnotismo y el sonambulismo precisamente la realización de esta hipótesis? No sorprenderá, pues, que examine los principales fenómenos de estos estados singulares, y los encuentre agrandados y atenuados, disimulados y transparentes en los fenómenos sociales. Tal vez, con la ayuda de este acercamiento, comprenderemos mejor el hecho reputado como anormal, constatando hasta qué punto es general, y percibiendo de sobremanera, en la anomalía aparente, los rasgos distintivos del hecho general.

El estado social, como el estado hipnótico, no es más que la forma de un sueño, un sueño de mando y un sueño de acción. No tener más que ideas sugeridas y creerlas espontáneas: tal es la ilusión propia de un sonámbulo, y también del hombre social. Para reconocer la exactitud de este punto de vista sociológico, no hace falta considerarnos a nosotros mismos; porque admitir esta verdad en lo que nos concierne, sería escapar a la ceguera que ella afirma, y en consecuencia proporcionar un argumento contra ella. Es necesario pensar algún pueblo antiguo de una civilización muy extraña a la nuestra como los egipcios, los espartanos, los hebreos... ¿Acaso esos pueblos no se creían tan autónomos como nosotros, siendo, sin saberlo autómatas, a los que sus antepasados, sus jefes políticos, sus profetas, los obligaban en última instancia, cuando no lo hacían unos a otros? Aquello que distingue nuestra sociedad contemporánea y europea de estas sociedades extrañas y primitivas, es que la magnetización ha llegado a ser mutua, por así decirlo, en cierta medida al menos; y, como exageramos un poco nuestra mutualidad en nuestro orgullo igualitario, como además olvidamos que al mutualizarse, esta magnetización –origen de toda fe y de toda obediencia– se ha generalizado, nos vanagloriamos equivocadamente de ser menos crédulos y menos dóciles, menos imitativos en una palabra, que nuestros ancestros. Es un error, y vamos a demostrarlo. Pero, si fuera cierto, no sería menos claro que la relación de modelo a copia, de maestro a discípulo, de apóstol a neófito, antes de ser recíproca o alternativa, como vemos de ordinario en nuestro mundo igualitario, ha debido necesariamente comenzar por ser unilateral e irreversible en el origen. De allí las castas. Incluso en las sociedades más igualitarias, la unilateralidad y la irreversibilidad de la que se trata, subsisten siempre sobre la base de la iniciación social, en la familia. Porque el padre es y será siempre el primer maestro, el primer sacerdote, el primer modelo de sus hijos. Toda sociedad, incluso en estos días, comienza por ahí.



Ha sido necesario, *a fortiori*, que haya al principio de toda sociedad antigua un gran despliegue de autoridad, ejercida por algunos hombres soberanamente imperiosos y afirmativos. Según se dice ¿ha sido sólo por el terror y la imposición que han reinado? No, esa explicación es manifiestamente insuficiente. Han reinado por su *prestigio*. El ejemplo del magnetizador sólo, nos hace entender el sentido profundo de esta palabra. El magnetizador no tiene necesidad de mentir para ser creído ciegamente por el magnetizado; no tiene necesidad de aterrorizar para ser pasivamente obedecido. Es prestigioso, con eso está todo dicho. Esto significa, en mi opinión, que existe en el magnetizado un cierto potencial de creencia y de deseo inmovilizado en recuerdos de todo género, dormidos pero no muertos, que esta fuerza aspira a actualizar como el agua del estanque que tiende a escaparse, y que sólo, como consecuencia de circunstancias particulares, el magnetizador tiene la medida para abrir la desembocadura necesaria. En un grado cercano, todo prestigio es parecido. Se le da prestigio a alguien en la medida en que responde a su necesidad de afirmar o de querer alguna cosa efectiva. El magnetizador no tiene necesidad de hablar para ser creído y para ser obedecido; le es suficiente con obrar, hacer un gesto por imperceptible que sea. Este movimiento con el pensamiento y el sentimiento, del cual es representación, es inmediatamente reproducido. “No estoy seguro, dice Maudsley (*Pathologie de l'esprit*, p. 73), que el sonámbulo no pueda llegar a leer inconscientemente en el espíritu, por una *imitación inconsciente* de la actitud y de la expresión de la persona de la cual *copia, instintivamente y con exactitud*, las contracciones musculares”. Notemos que el magnetizado imita al magnetizador, pero este no lo imita a aquel. Sólo en la llamada vigilia, y entre gente que no parece ejercitar ninguna acción magnética entre uno y otro, es que se produce esa *mutua imitación*, ese mutuo prestigio, llamado *simpatía*, en el sentido de Adam Smith. Si yo le he dado lugar al prestigio y no a la simpatía, como base de la sociedad, es porque, como he dicho más arriba, lo unilateral debe preceder a lo recíproco.¹⁰ Aunque esto pueda sorprender, sin una época de autoridad, no habría habido jamás una época de fraternidad relativa. Pero volvamos. ¿Por qué asombrarnos, en el fondo, de la imitación a la vez unilateral y pasiva del sonámbulo? Una acción cualquiera, de cualquiera de nosotros da a sus semejantes, que son testigos, la idea más o menos irreflexiva de imitarla; y si estos resisten a veces a esta tendencia, es que ella entonces está neutralizada en ellos por sugerencias antagonistas, nacidas de recuerdos presentes o de percepciones exteriores. Momentáneamente privado de esta fuerza de resistencia por el sonambulismo, el sonámbulo puede servir para revelarnos la pasividad imitativa del ser social, en tanto que social, es decir, en tanto que puesto en relación con sus semejantes, y en primer lugar con uno de sus semejantes.

¹⁰ Aquí debo rectificarme. Es cierto que la simpatía es la fuente primera de la sociabilidad y el alma aparente o escondida de todas las especies de imitación, incluso la imitación envidiosa y calculada, incluso la imitación de un enemigo. Sólo que la simpatía comienza por ser unilateral antes de ser mutua.

Si el ser social no fuese al mismo tiempo un ser natural, sensible y abierto a las impresiones de la naturaleza exterior e incluso de sociedades extrañas a la suya, no sería para nada susceptible de cambio. Los asociados semejantes permanecerían juntos siempre, incapaces de variar espontáneamente el tipo de ideas y necesidades tradicionales que les imprimiese la educación de los padres, de los jefes y de los sacerdotes, copiada a su vez del pasado. Algunos pueblos conocidos están muy próximos a las condiciones de mi hipótesis. En general, los pueblos nacientes, lo mismo que los infantes de corta edad, son indiferentes, insensibles a todo lo que no toca al hombre y a la especie que se les parece, el hombre de su raza y de su tribu.¹¹ “El sonámbulo no ve ni escucha, dice A. Maury, más que lo que entra en las preocupaciones de su sueño”. Dicho de otra forma, toda la fuerza de la creencia y del deseo se concentra sobre un polo único. Este es justamente el efecto de la obediencia y de la imitación *por fascinación*, verdadera neurosis, cierta clase de *polarización* inconsciente del amor y de la fe.

¡Cuántos grandes hombres, de Ramses a Alejandro, de Alejandro a Mahoma, de Mahoma a Napoleón, han polarizado así el alma de su pueblo! ¡Cuántas veces la fijación prolongada de ese punto brillante, la gloria o el genio de un hombre, ha hecho caer a un pueblo en la catalepsia! La torpeza, se dice, no es más que aparente en el estado de sonambulismo; encubre una sobreexcitación extrema. De allí, los prodigios de esfuerzo o habilidad que el sonámbulo hace sin dudar. Algo similar se vio a principios de siglo cuando, tan enervada como excitada, tan pasiva como afiebrada, la Francia militar obedecía al gesto de su fascinación imperial y realizaba prodigios. Nada más apropiado que ese fenómeno atávico que nos hace prolongar hasta el pasado remoto, para hacernos comprender la acción ejercida sobre sus contemporáneos por esos grandes personajes semi-fabulosos que todas las civilizaciones diferentes ponen a su cabeza, y que sus leyendas le atribuyen la revelación de sus oficios, de sus conocimientos, de sus leyes: Oanés en Babilonia, Quetz-alcoatl en México, las *dinastías divinas* anteriores a Menes en Egipto, etc.¹² Estudiándolos bien, todos

11 La fuente primaria de todas las revoluciones sociales, es pues la ciencia, la investigación extra-social, que nos abre las ventanas del falansterio social donde vivimos y la ilumina con las claridades del universo. Con esta luz desaparecen los fantasmas. Pero también ¡cuántos cadáveres perfectamente conservados hasta aquí caen convertidos en polvo!

12 En sus profundos *Études sur les moeurs religieuses et sociales de l'Extrême-Orient*, sir Alfred Lyall, (que parece haber estudiado sobre el terreno, en determinadas partes de la India, el fenómeno de la formación de las tribus y los clanes) atribuye una influencia preponderante a la acción individual de los hombres notables en las sociedades primitivas: “Sirviéndonos, dice él, de los términos de Carlyle, el complicado movimiento de la sociedad primitiva tiene, sin duda, numerosas raíces, pero el héroe es la raíz pivotante que alimenta en gran parte todo el resto. En Europa, donde los límites-fronteras de las nacionalidades son fijos y los edificios de la civilización están fuertemente atrincherados, se tiende a menudo a tratar de legendario la enorme parte que las razas primitivas atribuyen a su ancestro heroico en la fundación de su raza y de sus instituciones. Y sin embargo sería quizás

¿Qué es una sociedad?

Gabriel Tarde

estos *reyes-dioses*, principio común de todas las dinastías humanas y de todas las mitologías, han sido inventores o importadores de invenciones extranjeras, en una palabra, iniciadores. Gracias al estupor profundo y ardiente causado por sus primeros milagros, cada una de sus afirmaciones, cada una de sus órdenes, ha sido una salida inmensa, abierta a la cantidad de aspiraciones impotentes e indeterminadas que habían hecho nacer, necesidades de fe sin idea, necesidades de actividad sin medio de acción.

Cuando hablamos de obediencia en el presente, entendemos por ello un acto conciente y querido. Pero la obediencia primitiva es otra cosa. El operador ordena al sonámbulo llorar, y éste llora: aquí no es sólo la persona, es todo el organismo el que obedece. La obediencia de multitudes a ciertos tribunales, de las tropas a ciertos capitanes es algunas veces muy extraña. Y su credulidad no lo es menos. “Es un curioso espectáculo, dice Ch. Richet, ver a un sonámbulo hacer gestos de disgusto, náuseas, provocar una verdadera sofocación cuando se le pone bajo su nariz un frasco vacío anunciando que es amoníaco, y, por otro lado, cuando se dice que es agua clara, respirar el amoníaco sin parecer que sea molestado en lo más mínimo.” Una extrañeza análoga se nos presenta en las necesidades tan absurdas como profundas, tan extravagantes como pertinaces de los pueblos antiguos, aún del más libre y delicado de todos, incluso mucho tiempo después de que terminó su primera fase de teocracia autocrática. ¿No vemos las monstruosidades más abominables, por ejemplo el amor griego, juzgados dignos de ser cantados por Anacreón y Théocrite, o dogmatizado por Platón; o bien serpientes, gatos, bueyes o vacas, adoradas por poblaciones postradas o bien los dogmas más contrarios al testimonio directo de los sentidos, misterios, metempsi-cosis, sin hablar de absurdos tales como el arte de los augurios, la astrología, la hechicería, ser unánimemente creídos? ¿No vemos por otra parte, los sentimientos más naturales (el amor paternal en los pueblos en que el tío era superior al padre, el celo del amor en las tribus donde reinaba la comunidad de las mujeres, etc.) rechazados con horror, o las bellezas naturales y artísticas más admirables despreciadas y negadas, porque son contrarias al gusto de la época, incluso en los tiempos modernos (lo pintoresco de los Alpes y los Pirineos entre los romanos, las obras maestras de Shakespeare, la pintura holandesa en los siglos XVII y XVIII)?

difícil de exagerar la impresión que debe producir, sobre el mundo primitivo, los audaces explotadores recompensados con el éxito, en aquel tiempo en que el impulso comunicado por el libre juego de fuerzas de un gran hombre apenas tenía el impedimento de barreras artificiales... En ese tiempo, saber si un grupo formado sobre la superficie de la sociedad se desarrollaría en un clan o en una tribu, o si se arruinaría prematuramente, dependía en gran medida, al parecer de la fuerza y la energía del fundador”. No tengo nada que agregar a estas líneas, excepto que, en los tiempos modernos la disminución del prestigio de los grandes hombres es más que compensado por el crecimiento de sus medios de acción, y que, si era preponderante en el inicio, todavía no ha dejado de serlo. Pero, aún más, todos los grandes hombres no han debido su fuerza más que a las grandes ideas de las cuales han sido ejecutores más que inventores, y que las más de las veces han sido inventadas por una serie de pequeños hombres desconocidos.

¿No es verdad, en una palabra, que las experiencias y las observaciones más claras son discutidas, las verdades más palpables combatidas, todas las veces que ellas están en oposición con las ideas tradicionales, hijas antiguas del prestigio y de la fe?

Los pueblos civilizados se jactan de haber escapado a este *sueño dogmático*. Su error es explicable. La magnetización de una persona es tanto más rápida y fácil cuántas más veces haya sido magnetizada. Esta observación nos dice por qué los pueblos se imitan cada vez más, dudando cada vez menos a medida que se civilizan; y lo hacen cada vez con mayor facilidad y velocidad. La humanidad en esto se asemeja al individuo. No puede negarse que el niño es un verdadero sonámbulo, en el cual el sueño se complica con la edad, hasta que cree despertarse a fuerza de complicaciones. Pero esto es un error. Cuando un escolar de diez a doce años pasa de la familia al colegio, le parece al principio que él se encuentra desmagnetizado, despertando del sueño respetuoso en el que había vivido hasta entonces admirando a sus padres. De ninguna forma se convierte en un mayor admirador; más imitativo que nunca y sometido al ascendente de uno de sus maestros o de algún camarada prestigioso, su pretendido despertar, no es más que un cambio o una superposición de sueños. Cuando la *magnetización-moda* substituye a la *magnetización-costumbre*, síntoma ordinario de una revolución social que comienza, un fenómeno análogo se produce, solamente que en mayor escala.

Agreguemos, sin embargo, que cuanto más se multiplican y diversifican las sugerencias del ejemplo alrededor del individuo, más débil es la intensidad de cada una de ellas, y más aún, si, de un lado, se determina la elección a realizar entre ellas, por las preferencias dadas de su propio carácter, y por otro, en virtud de leyes lógicas que expondremos más adelante. Por tanto, es cierto que el progreso de la civilización tiene por efecto convertir la servidumbre en una imitación cada vez más *personal* y *racional* al mismo tiempo. Nosotros estamos tan acostumbrados como nuestros antepasados a los ejemplos del ambiente, pero nos los apropiamos mejor por la elección más lógica y más individual que realizamos, más adaptada a nuestros fines y nuestra naturaleza particular. Esto no es obstáculo, por lo demás, para que, según veremos, la parte de las influencias extra-lógicas y prestigiosas sea siempre muy considerable.

Ella es notablemente poderosa y curiosa para estudiarla en el individuo que pasa bruscamente de un medio pobre en ejemplos a un medio relativamente rico en sugerencias de todo género. No hay necesidad, entonces, de un objeto tan brillante, tan resplandeciente como la gloria o el genio de un hombre para fascinarnos y adormecernos. No solamente uno *nuevo* que llega a un curso de colegio, sino un japonés viajando por Europa, un campesino recién llegado a París, son sorprendidos con un estupor comparable al estado cataléptico. Su atención, a fuerza de fijarse en todo lo que ven y escuchan, sobre todo las acciones de seres humanos que los rodean, se separa absolutamente de todo lo que han visto y oído hasta entonces, incluso de los actos y de los pensamientos de su vida pasada. No es que su memoria haya sido suprimida, en realidad, *nunca estuvo tan viva*, tan dispuesta a entrar en



escena y en movimiento a la menor palabra que evoque en ellos la patria lejana, la existencia anterior, el hogar, con una riqueza de detalles alucinadora. Pero ha quedado paralizada, desprovista de toda espontaneidad propia. En ese estado singular de atención exclusiva y fuerte, de imaginación energética y pasiva, estos seres atónitos y febriles sufren invisiblemente el *encanto* mágico de su nuevo medio; creen en todo lo que ven hacer. Así permanecerán por largo tiempo. Pensar espontáneamente es siempre más trabajoso que pensar por otro. Así, todas las veces que el hombre vive en un medio animado, en una sociedad intensa y variada, que le proporciona espectáculos y conciertos, conversaciones y lecturas siempre renovadas, queda dispensado en cierto grado de todo esfuerzo intelectual; y se embota a la par que se sobrecita cada vez menos. Su espíritu, lo repito, se vuelve un sonámbulo. Este es el estado mental propio de la mayoría de los ciudadanos. El movimiento y el ruido de las calles, los escaparates de las tiendas, la agitación desenfadada e impulsiva de su existencia, le producen el efecto de pases magnéticos. Ahora bien, la vida urbana ¿no es una vida social concentrada y orientada hacia un fin?

¿No es acaso también por la imitación que, algunas veces, acaban en convertirse en *ejemplares*? Supóngase un sonámbulo que impulsa la imitación de su medio hasta convertirse él mismo y magnetizar a un tercero, el cual a su vez lo imitará y así sucesivamente. ¿No es esta la vida social? Esta cascada de magnetizaciones sucesivas y encadenadas es la regla; la magnetización mutua de la que hablo, es tan solo la excepción. De ordinario, un hombre naturalmente prestigioso da un impulso, a menudo seguido por miles de personas que lo copian en todo y por todo, y le toman su prestigio, en virtud del cual obra sobre millones de hombres inferiores. Y sólo cuando esta acción desde lo alto hacia lo bajo se agote, se verá, en tiempos democráticos, producirse la acción inversa en la que millones de hombres en ciertos momentos, muy raros por lo demás, fascinan colectivamente a sus antiguos médium y los rigen rigurosamente. Si toda sociedad presenta una jerarquía, es porque toda sociedad presenta la *cascada* de la que hablo y le debe corresponder su jerarquía *para ser estable*.

Esto además, no es por temor —lo repito— es por admiración, no por la fuerza de la victoria, sino por el brillo y la superioridad sentida y molesta, que da lugar al sonambulismo social. Por esto sucede que el vencedor es magnetizado por el vencido. De igual forma que un jefe salvaje en una gran ciudad, un advenedizo en un salón aristocrático del último siglo, es todo ojos y todo oídos, y está *encantado* e *intimidado* a pesar de su orgullo. Pero sólo tiene ojos y oídos para todo lo que lo sorprende y lo cautiva. Porque una mezcla singular de anestesia y de hiperestesia de sentidos es la característica dominante de los sonámbulos. Él copia, pues, todos los usos de ese nuevo mundo, su lengua, su acento. Así hicieron los germanos en el mundo romano; olvidan el alemán y hablan latín, escriben hexámetros, se bañan en bañeras de mármol, se hacen llamar patricios. Así también sucedió con los romanos mismos en la Atenas vencida por sus armas. Lo mismo le aconteció a los Hicsos, conquistadores de Egipto y subyugados por su civilización.

Pero ¿es necesario acudir a la historia? Miremos a nuestro alrededor. Esta especie de parálisis momentánea del espíritu, de la lengua y de los brazos, esta perturbación profunda de todo el ser y esta desposesión de sí que se llama la *intimidación*, merecerían un estudio aparte. El intimidado, bajo la mirada de cualquiera, se escapa de su sí-mismo, y tiende a volverse manejable y maleable por otro; él lo conoce y quiere resistir, pero sólo logra inmovilizarse torpemente, lo bastante como para neutralizar el impulso externo, pero no para reconquistar su impulso propio. Se me concederá, quizás, que este estado singular, por el cual todos hemos pasado, más o menos a cierta edad, presenta con el estado de sonambulismo un vínculo manifiesto. Pero cuando la timidez ha finalizado, y como suele decirse, uno se encuentra cómodo, ¿supone esto que se ha desmagnetizado? De ninguna forma. Encontrarse cómodo, en una sociedad, es ponerse a tono y a la moda del medio, hablar su jerga, copiar sus gestos, es en fin, abandonarse sin resistencia a esas múltiples y sutiles corrientes de influencias del ambiente –contra las cuales, en vano se lucha–, y abandonarse a ellas, habiendo perdido toda conciencia de este abandono. La timidez es una magnetización consciente, y en consecuencia incompleta, comparable a aquella semi-somnolencia que precede al sueño profundo donde el sonámbulo habla y se mueve. Es un *estado social naciente*, que se produce todas las veces que se pasa de una sociedad a otra, o al entrar en la vida social exterior o al salir de la familia.

Esta es la razón, quizás, por la cual la gente, llamada salvaje, es decir particularmente rebelde a toda asimilación y a decir verdad insaciable, se mantiene tímida toda su vida, sometida o semi refractaria al sonambulismo; a la inversa, aquellos que jamás se han visto embarazados por nada, aquellos que jamás han sentido timidez propiamente dicha, con su aparición en un salón o en el curso de un colegio, ni estupor análogo al debutar en cualquier ciencia o arte, (porque el problema producido por la iniciación a un nuevo oficio en el que las dificultades emergen y en que los procedimientos a copiar hacen violencia contra las antiguas costumbres, es perfectamente comparable a la intimidación), ¿no son aquellos los que, saciables en el grado más alto, excelentes copistas, es decir desprovistos de vocación propia y de idea maestra, poseen inmediatamente la facultad china o japonesa de modelarse rápidamente de acuerdo a lo que los rodea –sonámbulos de primer orden– extremadamente prestos a dormir? Bajo el nombre de Respeto, la Intimidación juega socialmente –con el testimonio de todos– un rol inmenso, mal comprendido a veces, pero en absoluto exagerado. El Respeto, no es ni el temor, ni el amor solamente, ni sólo su combinación, aunque sea un *temor amado* del que lo siente. El respeto, ante todo, es una *impresión ejemplar* de una persona sobre otra, psicológicamente *polarizada*. Es necesario, sin duda, distinguir el respeto del que se tiene conciencia, de aquel que se disimula a sí mismo con afectados desprecios. Pero, teniendo en cuenta esta distinción, se verá que todos aquellos a quien se imita se los respeta, y a quien se lo respeta se lo tiende a imitar. No hay señal más evidente del desplazamiento de la autoridad social que las desviaciones de las corrientes de ejemplos. El hombre de mundo que refleja el argot y la dejadez del obrero, la mujer de mundo que repro-



duce cantando las entonaciones de la actriz, tienen para la actriz y para el obrero más respeto y diferencia de la que creen. Ahora bien, sin una circulación general y continua del respeto en las dos formas indicadas, ¿qué sociedad podría vivir tan sólo un día?

No deseo insistir más sobre la relación precedente. Cualquiera que sea, espero al menos haber hecho sentir que el hecho social esencial, tal como yo lo percibo, exige, para ser bien comprendido, el conocimiento de los hechos cerebrales infinitamente delicados, y que la sociología más clara en apariencia, la de aspecto más superficial, hunde sus raíces en el seno de la psicología, de la fisiología, la más íntima y la más oscura. *La sociedad es imitación y la imitación es una especie de sonambulismo*; así se puede resumir este artículo. En lo que concierne a la segunda parte de la tesis, ruego al lector distinguir lo que haya de exageración. Debo descartar también una objeción posible. ¿No se me dirá quizás que sufrir un ascendiente no significa siempre seguir el ejemplo de aquel a quien se obedece o a quien se confía? Pero ¿creer en alguien no es creer siempre en lo que él cree o parece creer? *No se manda por una invención*, no se sugiere por persuasión el hacer un descubrimiento. Ser confiado y dócil, y ser en el grado más alto como el sonámbulo o el hombre como ser social, es ante todo, ser imitativo. Para innovar, para descubrir, para despertarse en un instante de su sueño familiar o nacional, el individuo debe escapar momentáneamente a su sociedad. Teniendo esta rara audacia, es más supra-social que social.

Una palabra más. Acabamos de ver que en los sonámbulos o cuasi-sonámbulos, la memoria es muy viva, y también lo es el hábito (memoria muscular, habíamos dicho antes), mientras que la credulidad y la docilidad son forzadas a ultranza. En otros términos, la *imitación de ellos mismos por ellos mismos* (la memoria y el hábito, en efecto, no son otra cosa) es en ellos también considerable como la imitación de otro. ¿No habrá un lazo entre los dos hechos? No se puede comprender claramente, dice Maudsley con insistencia, que existe en el sistema nervioso una tendencia innata a la imitación? Si esta tendencia es inherente a los últimos elementos nerviosos, se puede conjeturar que las relaciones de célula a célula en el interior de un mismo cerebro podrían tener analogía con la relación singular de dos cerebros en el que uno fascina al otro, y consistir —a semejanza de éste— en una polarización de la creencia y del deseo almacenados en cada uno de sus elementos. Así, tal vez, se explicarían ciertos hechos extraños, por ejemplo en el sueño, donde la coordinación espontánea de imágenes que se combinan —sin duda por la virtud predominante del elemento nervioso donde ella reside y de donde ella emana— siguiendo una cierta lógica en ellas, bajo el imperio de una que se impone y da el tono.¹³

13 Esta posición es acorde con la idea maestra desarrollada por Paulhan en su libro —tan meditado por cierto— sobre la *actividad mental* (Alcan, 1889).

Ciencia social emancipatoria: Repensar el marxismo hoy

Erik Olin Wright

Universidad de Wisconsin (Estados Unidos)

Entrevista realizada por Rodolfo Elbert

221

“Mi trabajo se mantiene dentro de la tradición Marxista porque se enfoca en el diagnóstico, crítica y análisis de las relaciones de clase en el capitalismo; y se ocupa del desarrollo de la comprensión teórica y empírica de las alternativas emancipatorias al capitalismo”

Formación intelectual

RE: Desde inicios de los años ochenta hubo en los Estados Unidos muchos intelectuales de izquierda giraron al post-marxismo o al anti-marxismo. Sin embargo, usted todavía se identifica como alguien trabajando en la tradición marxista. ¿Que es lo que se mantiene constante en su trabajo para que podamos identificarlo todavía con la tradición Marxista?

EOW: Es importante que tu pregunta habla de la “tradición Marxista” y no del término más problemático que es “Marxismo”. Una tradición intelectual es un terreno fértil para el desarrollo de ideas, el debate de diferentes temas y en el cual las teorías pueden ser reconstruidas. Mi trabajo se mantiene firmemente en la tradición marxista. ¿Qué quiero decir por tradición marxista? Lo primero es que esta tradición es parte de una agenda mas amplia, que yo denomino *ciencia social emancipatoria*. En mi último libro (*Envisioning Real Utopias*), desarrollo esta idea: Necesitamos una ciencia social que genere un conocimiento científico relevante para el proyecto colectivo de eliminar diferentes formas de opresión. La llamo “ciencia” y no simplemente crítica social o filosofía social, porque reconozco la importancia que tiene el conocimiento científico sistemático sobre el mundo social para la tarea de la emancipación humana. La palabra “*emancipación*” identifica un propósito moral central

para la producción de conocimiento: la eliminación de la opresión y la creación de condiciones para que los seres humanos puedan tener una vida plena (human flourishing). Y la palabra “social” implica la creencia de que la emancipación humana depende de transformaciones del mundo social, no simplemente de la vida interior de los individuos.

El Marxismo, junto con otras corrientes como teoría crítica, feminismo, ecología radical y varias tradiciones más, contribuye al desarrollo de una ciencia social emancipatoria. En mi opinión, la principal diferencia entre estas tradiciones intelectuales es la forma de opresión específica a la cual cada una se refiere. El Marxismo se centra en la crítica y el estudio de la opresión de clase. En el contexto del capitalismo como una estructura histórica y particular de relaciones de clase, esto implica un proyecto emancipatorio basado en trascender el capitalismo, que llamamos tradicionalmente “socialismo”. En resumen, decir que mi trabajo se mantiene dentro de la tradición Marxista quiere decir que se mantiene enfocado en el diagnóstico, crítica y análisis de las relaciones de clase en el capitalismo; y se ocupa del desarrollo de la comprensión teórica y empírica de las alternativas emancipatorias a las instituciones capitalistas. Si uno estudia las clases sociales en el contexto de una crítica al capitalismo, y está interesado en trascender el capitalismo, entonces uno está trabajando en la tradición Marxista.

RE: Se ha escrito bastante sobre el Marxismo Analítico y el lugar que su trabajo tiene en esa tradición. Por el contrario, no se escribió casi nada sobre las tradiciones intelectuales que enmarcaban su trabajo anterior al libro *Classes*. Vivek Chibber define este trabajo previo como Materialismo Estructuralista, surgido por la influencia de Louis Althusser. ¿Usted cree que esta definición es apropiada para ese trabajo? ¿Qué conceptos de Althusser todavía están presentes en sus libros más recientes?

EOW: Se han escrito muchas cosas confusas acerca del Marxismo Analítico. Yo no creo que haya una ruptura intelectual profunda entre lo que escribí a inicios de los setenta y lo que escribí bajo la bandera del Marxismo Analítico una década después. Yo siempre traté con mucho esfuerzo de ser analítico (definir mis conceptos de manera clara y sistemática, con el fin de exponer las debilidades de mi razonamiento, y de esta forma que sea más sencillo que la gente sepa por qué está en desacuerdo conmigo). Ese es el significado de la palabra “analítico” en el Marxismo Analítico. El marxismo analítico se opone a aquél que no identifica claramente los mecanismos, con definiciones poco claras de conceptos centrales y que se basa en afirmaciones dogmáticas en vez de pasos lógicos. Es absolutamente cierto que en mis trabajos iniciales yo tomé conceptos de Althusser y Poulantzas, pero no porque haya sido un Althusseriano, sino porque había algunos buenos argumentos y conceptos interesantes en ambos autores. Pero mi apropiación de sus conceptos fue congruente, desde el principio, con lo que se llamó más tarde el Marxismo Analítico. Por ejemplo puedes mirar la discusión metodológica sobre los “modos de determinación” que aparecen en *Class, Crisis*

and the State (Clase, Crisis y Estado). Este es un intento de brindarle precisión analítica a ciertas ideas del estructuralismo marxista de Poulantzas, para lograr que sean rigurosas y coherentes.

Vos también mencionas la idea de que mi trabajo inicial se ubicaba en el materialismo estructuralista y no en el Marxismo Analítico. En mi opinión, mi trabajo siempre ha sido una forma de materialismo estructuralista y lo sigue siendo hasta el día de hoy. Esto es porque me interesan las instituciones económicas y sus condiciones materiales de existencia, y mi atención se centra en las configuraciones estructurales que definen a los diferentes contextos de luchas sociales. Por ejemplo la sección central de mi último libro es el análisis de diferentes sistemas económicos como híbridos estructurales de capitalismo, estatismo y socialismo; para luego analizar el problema de la reconfiguración estructural de las relaciones de poder en tales híbridos. Esto es definitivamente una forma de materialismo estructuralista.

RE: ¿Cuáles son los autores que más influenciaron su producción intelectual?

EOW: Los autores que más influenciaron mi trabajo mientras era un estudiante de doctorado son Nicos Poulantzas (y un poco menos que él, Louis Althusser), Claus Offe, James O'Connor y Arthur Stinchcombe. Poulantzas fue una gran influencia debido a la particular combinación de ideas muy interesantes y una forma de escritura bastante difícil. Leer sus libros era para mí muy frustrante, porque me resultaba muy difícil entender exactamente lo que quería decir. Por ello es que dediqué mucho tiempo y esfuerzo en entender sus argumentos y en tratar de aportarle mayor claridad analítica a conceptos como la autonomía relativa del estado y la nueva pequeña burguesía. Los elementos centrales de mis primeros trabajos –como mi concepto de clase social y mi abordaje general al análisis estructural– se desarrollaron a través de este esfuerzo de clarificación crítica. Por su parte, Claus Offe brindó un puente entre el Marxismo y la teoría crítica y me aportó algunas herramientas básicas para desarrollar argumentos estructurales serios basados en la idea de selección negativa y compatibilidad funcional. Sus trabajos de los 1970s están ubicados dentro de lo mejor que se ha escrito en este período del renacimiento de la teoría marxista del estado. Stinchcombe fue mi director de tesis doctoral, y si bien él no es marxista, hace mucho hincapié en la necesidad de una escritura clara y analítica. También, alguna vez me dijo: “Lo interesante del Marxismo es comprobar si es o no verdadero.” Finalmente James O'Connor fue el autor central de una red de jóvenes intelectuales Marxistas del área de San Francisco que giraba en torno de la revista *Kapitalistate*. Su libro “The Fiscal Crisis of the State” fue crucial en el desarrollo de una apropiación particular de los conceptos Marxistas en ese círculo de gente.

Una vez que terminé mi doctorado, los autores que tuvieron una influencia más sistemática sobre mi trabajo (ya sea por su trabajo sustantivo o por sus aportes teóricos) son: Goran Therborn, Michael Burawoy, G.A. Cohen, John Roemer, Jon Elster, Adam Przeworski, Philippe van Parijs, Sam Bowles, y Joel Rogers. Hay muchos otros, pero ellos serían los que

tuvieron una influencia más sistemática. Muchos de ellos son parte (o fueron parte) del grupo del Marxismo Analítico que se reúne anualmente desde 1979 (también llamado “nonbullshit Marxism Group”).

Michael Burawoy es mi amigo personal más cercano y también la persona con la que más colaboré intelectualmente. Nos conocemos desde el año 1976 y tuvimos innumerables discusiones sobre el trabajo de cada uno. ¿Cuál es la principal diferencia en nuestros estilos intelectuales? Burawoy siempre se interesó más en la historia del pensamiento Marxista y mi abordaje a la construcción de teoría siempre estuvo más preocupado con la estructura lógica de los conceptos y sus conexiones. Hay una anécdota que puede aclarar esta diferencia: Hace unos años estábamos pensando en escribir juntos un libro –algo que todavía puede suceder– llamado *Sociological Marxism* (Marxismo Sociológico). El libro iba a tener dos volúmenes, uno llamado *Sociological Marxism: Historical roots* (*Marxismo Sociológico: raíces históricas*) y el otro llamado *Sociological Marxism: Analytical Foundations* (*Marxismo Sociológico: fundamentos analíticos*). Burawoy iba a ser el principal responsable de escribir sobre las raíces históricas y yo lo iba a ser sobre los fundamentos analíticos. Pero estábamos en desacuerdo sobre cuál debería ser el volumen I y cuál el volumen II. Yo sostenía que los fundamentos analíticos debían aparecer en primer lugar porque solo después de describir la estructura lógica del esquema general podíamos relacionar esta corriente del Marxismo con sus raíces históricas. Michael pensaba que las raíces históricas debían estar primero, porque sería la base para entender cómo nuestra perspectiva emergió en el contexto del desarrollo desigual y contradictorio de un Marxismo enfrentado a condiciones históricas cambiantes. El libro todavía es solamente un proyecto, porque los dos estamos concentrados por ahora en otros temas.

Análisis de clase

RE: Su esquema de clases se aplicó principalmente en sociedades capitalistas desarrolladas como Japón, Estados Unidos y Suecia. ¿Alguna vez pensó en las complejidades adicionales de estudiar estructuras de clase en regiones como América Latina? ¿Cree que este esquema podría ser válido para comprender realidades sociales tan diferentes?

EOW: El esquema conceptual básico que yo utilizo debería ser relevante en cualquier lugar porque está basado en una serie de principios abstractos y generales: 1. Debemos desarrollar un abordaje relacional para estudiar las clases sociales. Comenzamos determinando el tipo de relaciones sobre las cuales vamos a hablar y sólo después nos preocupamos por el problema de las posiciones a ser definidas en el marco de estas relaciones. 2. Estas relaciones determinan el acceso a diferentes recursos económicamente relevantes. Esto es lo que hace que sean relaciones de clase y no otra cosa (por ejemplo, relaciones de género). 3. La idea de que “determinan el acceso a recursos” también implica que las relaciones de clase son relaciones de poder sobre recursos y actividades económicas. 4. Estas relaciones

de poder involucran la explotación y la alienación: la explotación porque los frutos del trabajo y el esfuerzo de un grupo de personas son apropiados por otro grupo de personas; y la alienación porque las personas pierden el control sobre su conducta y sobre el propósito de sus vidas. 5. Las relaciones de clase/relaciones de poder son multi-dimensionales y complejas. Una tarea fundamental para el análisis de clase es descifrar esta complejidad. Mi concepto de “posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase” es una forma de hacer esto. La idea central es que las posiciones que los seres humanos ocupan están inmersas en estas relaciones de una manera muy compleja.

Hasta aquí mencione principios abstractos que son relevantes para cualquier sociedad. Por supuesto que los problemas específicos para el análisis de clase van a ser diferentes, y esto presenta diferentes desafíos para la elaboración conceptual. Por ejemplo en el sur global las actividades de subsistencia y el trabajo informal son mucho más importantes que en las sociedades capitalistas desarrolladas. También varía la conexión entre relaciones de parentesco y relaciones de clase en diferentes tiempos y lugares, lo cual agrega una complejidad adicional a las estructuras de clase. Pero los principios básicos se pueden aplicar a todos los contextos.

RE: Muchos de sus trabajos analizan “el problema” de la clase media. En el mundo actual, probablemente las clases medias que más crecen son las de países como China e India. ¿Usted cree que el estudio de las estructuras de clases de estos países puede utilizar la categoría de posiciones contradictorias de clase para comprender estas posiciones emergentes?

EOW: Si, por supuesto, aunque seguramente el análisis se tiene que basar en una reelaboración del concepto, ya que ambos países tienen grandes diferencias con Estados Unidos en lo que refiere a estructuras familiares y a la relación entre lo urbano y lo rural. Mi concepto de posiciones de clase contradictorias incluye la idea de la dimensión temporal de las estructuras de clase (sus cambios a lo largo del tiempo) y también de lo que yo llamo “posiciones mediatizadas de clase” (básicamente, la forma en la que las personas se relacionan con la estructura de clase a través de lazos familiares). Estas dos dimensiones tienen mucho que ver con las diferentes formas de congruencia y contradicción en la formación de posiciones de clase. En resumen, si bien puede haber diferencias en las estructuras de clase de esos países, seguramente se puede aplicar el concepto de “posiciones contradictorias de clase”.

Utopías Reales

RE: ¿Cómo surgió su interés por el estudio de las Utopías Reales? ¿Cómo se relaciona este interés con el análisis de clase que desarrolló en décadas anteriores?



EOW: De cierta forma siempre estuve interesado en las utopías reales. Por ejemplo, cuando era estudiante de doctorado en los años setenta organicé un seminario llamado “Utopía y Revolución”. Si bien no adopté el término “Utopías reales” hasta 1993, sí escribí en los años setenta y ochenta sobre el problema de las alternativas al capitalismo, el diseño institucional de instituciones emancipatorias, la relación entre la idea de “sociedad sin clases” y el objetivo práctico de lograr una sociedad “menos clasista”, etc. El término “Utopías Reales” es un título que permite explorar sistemáticamente el problema de las alternativas emancipatorias a las estructuras sociales e instituciones realmente existentes. Es necesario construir una sociología preocupada por temas de justicia social que vaya más allá de la crítica, e inicie el análisis del mundo tal como podría ser.

El colapso de las economías centralizadas y la pérdida de la confianza de la izquierda en el socialismo hicieron que esta preocupación general sobre alternativas al capitalismo se convierta en una cuestión urgente, tanto política como intelectualmente. Después de todo, antes de 1989, la mera existencia de la Unión Soviética era una evidencia suficiente para demostrar que era posible una alternativa al capitalismo – que más allá de sus defectos, existía realmente-. Podíamos afirmar que el problema con el modelo soviético era el autoritarismo, pero no su anti-capitalismo; y la democratización radical de sus economías parecía como una alternativa viable. Después de la desaparición de la Unión Soviética se desacreditó la idea de la planificación centralizada de una economía compleja, por lo cual no parecía alcanzar sólo con su democratización. El proyecto de las Utopías Reales surgió en este contexto histórico.

La expresión “utopía real” tiene la intención de provocar. Sabemos que las utopías son fantasías, no realidades. La palabra utopía significa, literalmente, “ningún lugar”. Es un lugar imaginario, lleno de paz y armonía, vidas plenas y felicidad; es una fantasía donde nuestros ideales de una sociedad justa y buena son alcanzados. La utopía refleja las ansias humanas de escapar a la opresión y a la decepción del mundo realmente existente. Es por esto que en un contexto político práctico se afirma que una propuesta es utópica para decir que es un sueño impracticable, ubicado fuera de los límites de posibilidad, y que es irrelevante para la tarea pragmática de resolver problemas urgentes.

Yo creo que a las utopías se las descarta demasiado rápido, porque es posible que los ideales que inspiran las utopías formen parte de transformaciones sociales y del diseño de instituciones en el mundo real. Este es justamente el desafío de *envisioning real utopias*: elaborar modelos institucionales claros y rigurosos que sean alternativas a las instituciones existentes. Estos modelos se deben basar en nuestras aspiraciones más profundas a vivir una vida plena –capturando así el espíritu de las utopías- y también deben tomar seriamente el problema del diseño práctico de instituciones viables –y por lo tanto deben prestar atención al problema de hacer viables esas aspiraciones utópicas. Lo que nosotros queremos son destinos utópicos que, si bien pueden ser inalcanzables, se conviertan en estaciones que nos permiten ir en la dirección correcta.

RE: Usted presentó su trabajo sobre Utopías Reales en varios países de América Latina (Chile, Uruguay, Bolivia, Colombia y Argentina). ¿Cómo cree que el público de estos países recibió la propuesta? ¿Hay diferencias entre esta recepción y la audiencia en los Estados Unidos? ¿Hay algo en particular de sus dos visitas a la Argentina que quisiera compartir con los lectores de esta revista?

EOW: Yo diría que en todos los lugares que visité, en general a la gente le gustó la agenda de las utopías reales. Es verdad que uno puede esperar esta reacción de gente que asiste por su propio interés a estos eventos, pero de todas formas lo que más me llama la atención es la similitud de reacciones que encuentro en diferentes lugares del mundo.

Habiendo dicho esto, es importante señalar que en América Latina siempre tuve mucho más público que en cualquier otro lugar del mundo, y la gente allí está entre las más entusiastas con respecto al proyecto de las Utopías Reales. Por ejemplo, la audiencia en las universidades de los Estados Unidos rara vez es mayor a 30 o 40 personas; mientras que varias de mis charlas en América Latina tuvieron audiencias de varios cientos de personas. En realidad no estoy seguro de porqué se genera esta recepción tan numerosa y positiva. Una parte de la explicación puede ser la fuerte presencia de la izquierda en los ámbitos académicos, especialmente en Sociología. También es posible que sea porque la temática específica de las alternativas al sistema capitalista tiene particular relevancia en la región.

Con respecto a mis visitas a la Argentina, aquí va una lista un poco improvisada de experiencias: 1. En mi primer visita del año 2007, la charla organizada por CLACSO y la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires tuvo lugar en un aula completamente cubierta de afiches políticos. Me emocioné bastante por la intensidad de la energía y la simbología política del lugar, ya que en los Estados Unidos las universidades son instituciones profundamente despolitizadas. Cuando hablé sobre este tema, algunas personas me dijeron que la constante politización cansaba un poco y que ellos preferirían un clima más calmo para poder concentrarse en estudiar. No estoy seguro qué ambiente sea mejor (si el hiper-politizado o el sub-politizado), pero como un visitante temporario, la intensidad política del lugar me llenó de energía. 2. En mi visita más reciente del año 2010 hice una especie de “real utopia tour” que incluyó lugares muy interesantes de innovación y experimentación, como fábricas recuperadas, bachilleratos de educación popular, cooperativas, asambleas del presupuesto participativo de Rosario y proyectos participativos de remodelación de viviendas precarias. Me sorprendió mucho la variedad, creatividad y la energía que encontré en estos emprendimientos, como también los bajos niveles de cinismo que había entre los participantes (al menos lo que pude percibir a través del traductor). La idea de que “otro mundo es posible” siempre requiere un poco de voluntarismo contra las poderosas fuerzas que conducen al pesimismo y al cinismo, y en la Argentina yo sentí que las personas –o algunas personas- abrazaban honestamente la idea de que esa era una posibilidad real. 3. Si bien yo tenía alguna idea de la importancia simbólica de Evita, me sorprendió mucho ver sus imágenes pintadas en los muros de un centro comunitario construido por trabajadores



de una fábrica recuperada. Me impresionó mucho la iconografía casi religiosa que ella representa. 4. También me emocioné mucho con la visita a un centro clandestino de detención de la época de la dictadura. Creo que hay una derecha “respetable” en los Estados Unidos que está incorporando un discurso de rabia y bronca que puede ser movilizado para ataques violentos. La visita a esta prisión-monumento a los desaparecidos, ver sus fotos y sus historias hizo que el miedo a este tipo de violencia política sea mucho más real.

La presidencia de la American Sociologists Association

RE: Usted ha sido elegido como presidente de la ASA para el año 2011 ¿Cómo va a vincular la temática de las Utopías Reales con la sociología profesional que hegemoniza la disciplina en los Estados Unidos?

EOW: Explorar las utopías reales implica un doble movimiento para traspasar los límites normales de las ciencias sociales. En primer lugar, implica desarrollar una sociología de lo posible, no solo una sociología de lo existente. Algunos sociólogos piensan que la tarea de la sociología es simplemente describir el mundo tal cual es y explicar cómo funciona. El objeto de estudio en este caso son las variaciones empíricas observables, no las posibilidades que existen por fuera de ellas. En segundo lugar, la agenda de las utopías reales no es solo sobre posibilidades futuras, sino en particular sobre aquellas posibilidades que fortalezcan la emancipación. Si hablamos del daño que generan las instituciones sociales, de las condiciones institucionales para la realización de la justicia social y de las posibilidades para la emancipación humana; necesariamente habrá preocupaciones morales en el núcleo de nuestra práctica sociológica.

La tarea de convencer a los sociólogos de que este emprendimiento es legítimo requiere que hagamos investigaciones interesantes que generen aportes reales dentro de la agenda de las utopías reales. En mi opinión, hay dos tipos principales de investigaciones dentro de esta agenda: la primera es el estudio de casos empíricos que, por más que sean imperfectos, representen de alguna forma u otra las aspiraciones emancipatorias y prefiguren las alternativas utópicas. Nuestra tarea es analizar cómo funcionan estos ejemplos e identificar cómo aportan al florecimiento de la humanidad (*human flourishing*); diagnosticar sus limitaciones, dilemas y consecuencias no buscadas; y entender cómo podemos desarrollar su potencial y expandir su alcance. La tentación en estos casos es convertirnos en propagandistas acríticos de estos experimentos, enfocándonos sólo en sus virtudes. El peligro es ser cínicos, ver solamente sus problemas y creer que su potencial es sólo una ilusión. En segundo lugar, debemos realizar investigaciones teóricas que integren la comprensión filosófica de principios normativos fundamentales con los modelos teóricos de diseños institucionales. Estos modelos pueden tener diferentes grados de formalización, desde modelos matemáticos sistemáticos que especifiquen equilibrios institucionales hasta modelos discursivos más informales que definan la lógica central de principios institucionales alternativos. Una sociología de las utopías reales plenamente desarrollada debe integrar estos dos tipos de investigaciones.

Cuando estas investigaciones están bien hechas, necesariamente involucran segmentos importantes de la sociología profesional hegemónica. Por ejemplo, actualmente yo estoy desarrollando una investigación sobre cooperativas de trabajadores. La pregunta, desde el punto de vista de las utopías reales, es: ¿Qué tiene que ocurrir para que las cooperativas de trabajadores se conviertan en un factor principal de la economía, expandiendo el espacio para prácticas democráticas de autogestión dentro de las empresas? Para responder a esta pregunta tenemos que utilizar muchos métodos desarrollados por la sociología económica y la sociología de las organizaciones.

Para algunos sociólogos esta combinación de compromisos normativos y la investigación social amenaza la integridad científica de la sociología, sometiéndola potencialmente al plano de las ideologías políticas. Sin embargo, para otros sociólogos, gracias a esta combinación es que vale la pena hacer sociología. Nadie cuestiona, por ejemplo, que la medicina estudia procesos biológicos que generan daños físicos en las personas y a la vez establece las condiciones para que las personas vivan una vida plena en términos de su salud. Entonces, no debería ser más problemático el hecho de que la sociología busque comprender a los procesos sociales que impiden a los seres humanos vivir vidas plenas. El estudio de las utopías reales –alternativas emancipatorias a las instituciones y estructuras sociales dominantes- es una de las formas de conseguir este objetivo.





Acerca del Profesor Erik Olin Wright

Erik Olin Wright es “Vilas Distinguished Professor” en el Departamento de Sociología de la Universidad de Wisconsin (Madison, Estados Unidos) y director del Havens Center for the Study of Social Structure and Social Change, de la misma universidad. Su trabajo académico está centrado en la reconstrucción del Marxismo como tradición de teoría social y de investigación social, con el objetivo de desarrollarlo como un esquema para el análisis científico de la sociedad. Su trabajo de investigación se centró especialmente en los cambios en las relaciones de clase en sociedades capitalistas desarrolladas. Desde el año 1992 dirige el proyecto Envisioning Real Utopias. Además es Presidente de la American Sociological Association.

Erik Olin Wright

Rodolfo Elbert

Facultad de Ciencias Sociales, UBA / Universidad de Wisconsin (Estados Unidos)

231

Las clases no son, en la teoría marxista, meras abstracciones analíticas, sino fuerzas sociales reales dotadas de consecuencias reales. Resulta de gran importancia, para nuestro entendimiento de la lucha de clases y del cambio social, conocer exactamente qué clases se conceptualizan y qué categorías de posiciones sociales se sitúan dentro de qué clase.

WRIGHT (1978: 30)

Nacido en el año 1947, Erik Olin Wright realizó el Doctorado en Sociología en la Universidad de Berkeley (California); luego de finalizar estudios de grado en Ciencias Sociales en Harvard (donde cursó un seminario dictado por Gino Germani) y de realizar un año de estudios en Historia en Oxford (Inglaterra). Durante su doctorado formó parte del grupo de intelectuales marxistas *Kapitalistate*, influenciados por el estructuralismo de Poulantzas y Althusser. En este marco, Wright desarrolla un programa de investigación marxista utilizando los métodos más avanzados de investigación para debatir con corrientes hegemónicas de la sociología en temáticas tales como el funcionamiento del estado, la estructura de clases en el capitalismo y la transición al socialismo. El libro que reúne sus primeros trabajos es *Class, Crisis and the State* (1978).

Esta publicación incluye su primer esquema de clases, basado en la sistematización y crítica del esquema de Poulantzas (1975). Wright valora el esfuerzo de Poulantzas por brindar una explicación marxista a la persistencia y el crecimiento de las “clases medias” en las sociedades industriales; pero considera que el concepto de “nueva pequeña burguesía” agrupa ocupaciones que difícilmente sean homogéneas respecto a los procesos de formación de clase, conciencia de clases y lucha de clases (Wright, 1985: 40). En su búsqueda por superar estas deficiencias, elabora el concepto de “posiciones de clase contradictorias en el marco de relaciones fundamentales de clase”, que se propone agrupar las ocupaciones de “clase media” de una manera homogénea y respetar la teoría de la explotación como componente central de una teoría marxista de las clases sociales.

Las “posiciones de clase contradictorias” relevantes para explicar la persistencia de la clase media son aquellas que se ubican entre la burguesía y el proletariado, incluyendo a directivos altos, medios y bajos, técnicos, capataces y supervisores. Estas posiciones se caracterizan por no poseer los medios de producción (como la clase obrera) pero a la vez dominar a los trabajadores en el proceso de producción (como los capitalistas). El interés de clase de este grupo es contradictorio debido a que pueden reducir la tasa de su explotación mediante la participación en la organización capitalista del proceso de producción.¹

Más allá de que Wright mantuvo la centralidad del concepto de “posiciones contradictorias de clase”, la definición de este concepto varió a lo largo del tiempo.² El cambio más importante se produjo con la publicación del libro *Classes* (1985) en el que Wright incorpora la noción de múltiples formas de explotación de Roemer (1982) y define a estos grupos ocupacionales como simultáneamente explotados (por no poseer los medios de producción) y explotadores (por poseer recursos organizacionales y de calificación). Este concepto de explotación abandona la teoría del valor-trabajo de Marx y reemplaza la noción de dominación en el proceso de producción por la idea de múltiples formas de explotación.

Si bien este nuevo abordaje tuvo un gran impacto en el debate sobre análisis de clase, Wright reconsideró rápidamente este cambio durante un debate publicado en *The Debate on Classes* (1989).³ A partir de esta reconsideración, el último esquema utilizado por Wright (1997) recupera las relaciones de dominación como una dimensión de las relaciones de clase,⁴ devolviendo la centralidad al proceso de producción capitalista en la explicación de las clases sociales.⁵ La publicación de este libro fue el resultado final del Proyecto Comparativo de Estructura de Clases y Conciencia de Clases iniciado a principios de los ochenta. Este fue

1 Hay también variaciones al interior de este grupo (Wright 1978, 70).

2 Para la explicación de este cambio ver el capítulo 2 del libro *Classes* (1985).

3 Ver especialmente el capítulo 8.

4 El debate acerca del lugar de las relaciones de dominación en una teoría de la explotación es amplio, e incluye la discusión sobre el lugar de la teoría del valor de Marx en el análisis de las estructuras de clases contemporáneas. La posición clásica de Wright, basada en la teoría marxista del valor-trabajo, fue presentada en sus libros de 1978 y 1979, y sostiene que dentro de la teoría marxista, la explotación implica una relación de dominación porque en el modo de producción capitalista la capacidad para organizar el trabajo (decirle a los obreros qué hacer y ser capaz de imponer sanciones si ellos no lo hacen) es un requerimiento esencial para asegurar la realización de la plusvalía en el proceso de producción. Esta postura considera que la estructura de clases incorpora relaciones de dominación, pero subordinadas a las relaciones de apropiación de plusvalía. En Wright (1981) se puede encontrar una discusión sobre el lugar de la teoría del valor-trabajo de Marx en el análisis de clase que anticipa el contraste entre los dos conceptos de explotación utilizados por Wright (el clásico de 1978-79 y el de inspiración analítica de 1985).

5 Una discusión de estas diferencias puede ser encontrada en las páginas 19 a 22 del libro *Class Counts* (1997), y especialmente en la nota al pie 25 del capítulo 1.

el último gran proyecto empírico basado en el análisis cuantitativo de estructuras de clases. Wright tenía intenciones de volver a investigar otras temáticas que siempre lo habían apasionado: el estado, la política y el cambio social (Wright, 1994: 11).

El aporte de Wright al análisis de clases continuó con varias publicaciones (2002, 2005, 2009), pero este ya no sería el eje central de sus esfuerzos. En 1992 comienza una serie de conferencias para el análisis crítico de propuestas institucionales de cambio social anticapitalista.⁶ A lo largo de una serie de publicaciones y conferencias, Wright desarrolló un programa de investigación denominado *Envisioning Real Utopias* (Wright, 2010), donde propone una “brújula” que permita evaluar cuáles son los caminos que en el mundo actual nos permitirían avanzar hacia el socialismo.

Muchas veces le han preguntado acerca de la continuidad o ruptura conceptual, política y metodológica entre ambos proyectos, que aparentemente son tan disímiles. Quizás la respuesta a esta pregunta se encuentre en el capítulo 2 del libro *Envisioning Real Utopias*, que describe las tres tareas principales de una ciencia social emancipatoria: el diagnóstico y la crítica de las instituciones sociales existentes; la evaluación de las alternativas al capitalismo y una teoría de la transformación que indique cómo llegar de lo primero a lo segundo. El diagnóstico y la crítica nos dice cómo las instituciones existentes perjudican o dañan la vida de las personas. Un análisis de clase basado en una teoría de la explotación es un componente fundamental de este diagnóstico en el caso del capitalismo.⁷ *Envisioning Real Utopias*, por su parte, explora las posibles alternativas que eliminarían esos daños, analizando las dificultades y potencialidades reales que tienen los proyectos de cambio social anticapitalista alrededor del mundo.

Retomando la cita que encabeza este artículo, ambos proyectos son parte de la tarea de comprender la relación compleja y contradictoria entre estructura de clases, lucha de clases y perspectivas para un cambio social que contribuya a trascender el sistema capitalista; que ha sido, desde un principio, la inspiración fundamental del trabajo intelectual de Erik Olin Wright.

6 Ver, por ejemplo, Fung y Wright (2003); Gornick y Meyers (2009).

7 Otro proyecto de importancia en este diagnóstico y crítica es el Marxismo Sociológico, un programa de investigación en formación, cuyo núcleo teórico es la definición de clase a partir del concepto de explotación y la idea de que la trayectoria de reproducción/transformación de las instituciones capitalistas pueden ser explicadas a partir del concepto de clase (Wright y Burawoy, 2002: 468).



Bibliografía

- Fung, Archong y Erik Olin Wright (2003) *Deepening Democracy: Innovations in empowered participatory governance*, Londres: Verso [(2003) *Democracia en profundidad: Nuevas formas institucionales de gobiernos participativos con poder de decisión*, Colombia: Universidad Nacional de Colombia]
- Poulantzas, Nicos (1975) *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres: NLB [*Las clases en el capitalismo actual*, Madrid: Siglo XXI]
- Roemer, John (1982) *A General Theory of Exploitation and Class*, Cambridge: Harvard University Press.
- Wright, Erik Olin (1978) *Class, Crisis and the State*, Londres: Verso. [(1983) *Clase, crisis y estado*, Madrid: Siglo XXI de España Editores]
- Wright, Erik Olin (1979) *Class Structure and Income Determination*, New York: Academic Press.
- Wright, Erik Olin (1981) "The Value Controversy and Social Research" y "Reconsiderations" en Ian Steedman (ed.) *The Value Controversy*, Londres: Verso.
- Wright, Erik Olin (1985) *Classes*, Londres: Verso. [(1994) *Clases*, Madrid: Siglo XXI de España Editores]
- Wright, Erik Olin y otros (1989) *The Debate on Classes*, Londres: Verso.
- Wright, Erik Olin (1994) *Interrogating Inequality: essays on class analysis, socialism and Marxism*, Londres: Verso [(2010) *Preguntas a la desigualdad: ensayos en análisis de clase, socialismo y Marxismo*, Bogotá: Universidad del Rosario]
- Wright, Erik Olin (1997) *Class Counts: comparative studies in class analysis*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wright, Erik Olin (2002) "The shadow of Exploitation in Weber's Class Analysis" *American Sociological Review*, Vol. 67, Diciembre: 832-853
- Wright, Erik Olin y Michael Burawoy (2002) "Sociological Marxism" en Jonathan H. Turner (ed.) *Handbook of Sociological Theory*, Nueva York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Wright, Erik Olin (ed) (2005) *Approaches to Class Analysis*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wright, Erik Olin (2009) "Understanding Class: Toward an integrated analytical approach", *New Left Review*, 60, Noviembre-Diciembre. [Comprender la Clase, *New Left Review* en español]
- Wright, Erik Olin (2010) *Envisioning Real Utopias*, Londres: Verso.

Germani, un intelectual consecuente

Comentarios sobre el libro **Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada. Mera, Carolina y Julián Rebón (Coordinadores)**. Buenos Aires: CLACSO / Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA. 2010.

Lucas Rubinch

Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

235

Probablemente deba atribuirse a la convulsionada historia de los cincuenta y más años de la sociología en la Argentina que la obra del fundador de la sociología moderna realmente existente en este país tenga menos lecturas sistemáticas que sentidos comunes que la han rodeado sin acercamientos efectivos y que resultaron y resultan sin dudas en la circulación (fragmentaria en el presente) de elementos reduccionistas. Pero, bueno es decirlo, son elementos de sentido común fuertemente fundados en subculturas particulares propias del entrecruzamiento de zonas del mundo cultural y el campo de la sociología argentina. Y tienen una génesis en momentos de significativos cambios político-culturales que ocurrían a nivel internacional y que se expresaban de manera particular en nuestro espacio. Sofisticación teórica versus empirismo vulgar; ensayismo versus ciencia, pueden ser los opuestos que condensan los tipos ideales de actitudes y gestos, que no necesariamente implicaron posiciones sólidas, sobre las que se construyeron los elementos de sentido común que rondan en torno a la experiencia Germani. En los años sesentas estos elementos se integraron a perspectivas político- culturales más generales y fueron entonces portadores, con sus contradicciones, de vitalidad cultural; por el contrario, luego de la apertura democrática sus ecos ya desprovistos de fuerza simbólica no eran otra cosa que debates residuales acotados al micromundo que en todo caso permitían apenas algún mínimo posicionamiento en la carrera político universitaria con expectativas hacia zonas del mundo cultural.

La antología comentada de Gino Germani, compilada por Carolina Mera y Julián Rebón y publicada por el Instituto de investigaciones Gino Germani y CLACSO, posibilita que en un presente en el que se fueron apagando los residuos de esas disputas político generacionales, se pueda analizar la complejidad del proyecto académico y político cultural de Gino Germani. A través de estos trabajos es posible leer (entre otras) dos grandes cuestiones significativas en términos político-académicos. Por un lado, 1) la definición de temas centrales para el análisis en la sociedad argentina y la construcción de objetos analíticos en

consecuencia y, por el otro, 2) la actitud no complaciente frente a debates trascendentes de la propia disciplina y de aquellos que resultaron de la relación del mundo académico universitario con la política que de alguna manera fueron a contracorriente de los propios espacios en los que se asentaba.

1) Las luchas político culturales que atravesaron y atraviesan este espacio y lo convierten en productivamente tensionado por la preocupación por la cosa pública hicieron de Germani un intelectual que, con las herramientas de una perspectiva que en los años cincuenta iba construyendo sus tradiciones y se conformaba como nueva disciplina, se posicionaba frente a las grandes cuestiones que eran objeto de disputa política en los momentos de su actuación. Pero sobre todo su producción señalaba puntos centrales de una verdadera política académica para la sociología argentina. En este libro se organizan trabajos que bien pueden imaginarse en conjunto como un programa a desarrollar todavía en el presente.

En una sociedad que había recibido en cincuenta años siete millones de personas y la convertía entonces en términos relativos en un caso de mayor recepción de inmigrantes en relación a su población anterior se hacía imprescindible para una perspectiva sociológica abordar la cuestión de la gran inmigración ultramarina. Esa misma sociedad aluvional es la que vivió un complejo y significativo proceso de movilidad social ascendente que hacia los años cincuenta contaba con una proporción importante de población urbana integrada en la que se contaba una fuerte clase media. En términos comparativos este proceso histórico y lo que de él resultaba en ese presente, implicaba una singularidad para la región que debía ser analizada para comprender las características de esta sociedad. Era imprescindible entonces analizar la gran inmigración y luego el proceso de migración rural urbana, como dar cuenta del fenómeno de movilidad social ascendente y atender a la singularidad de las clases medias argentinas. Y si en ese programa se contemplaba como indispensable tomar en cuenta aspectos referidos a una morfología social pensada históricamente, también se hacía necesario atender al “sentido subjetivo de la acción” y entonces pensar, por ejemplo, en las bases sociales de las actitudes políticas. Todas estas cuestiones que están presentes en los distintos artículos de este libro conforman la estructura básica de un programa de una política científica que bien podría tener fuerte productividad en el presente.

2) Sin lugar a dudas las apuestas de Germani se inscribían en un clima (del que era un participante activo y constructor) marcado por lo que se llamó proceso de modernización que, en la Argentina, en distintas zonas del campo cultural y del mundo universitario más dinámico, tenía el agregado, como fuerza movilizadora, del rechazo al peronismo anterior que había sido percibido como un obstáculo sin más para el emprendimiento de ese camino. Pero es verdad que establecer una relación unívoca entre las características de ese universo simbólico y político que lo incluía activamente y las producciones de Germani, es desconocer que su manera de pararse frente a los climas culturales de los que participaba no era de aceptación tranquila sino de problematización.

Esto se expresa clara y centralmente en su productivo posicionamiento frente a los debates contemporáneos sobre la sociología como ciencia y en su evaluación de las diferentes tradiciones existentes de análisis social, tanto como de el estado de la nueva sociología en el campo académico internacional, en su prólogo a la *Imaginación sociológica* de Charles Wrights Mills publicado en esta antología. Pero también en el abordaje complejo de, por lo menos, dos cuestiones que fueron centrales en el debate público; por un lado, su construcción analítica del peronismo que en esta antología aparece de algún modo en el trabajo sobre el voto, pero sobre todo en un artículo de 1973, en el que se recupera una experiencia de análisis sobre la cuestión iniciada una década y media antes, y por el otro, su mirada pesimista sobre la democracia en un trabajo de 1979.

En 1962 Germani escribe el prólogo a *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills (W. Mills, 1985). Como se sabe la crítica agresiva de Wright Mills se dirige a lo que el denominó “gran teoría”, “empirismo abstracto” y “ethos burocrático”. Allí caían estrepitosamente teorías y métodos que se habían constituido en las columnas maestras sobre las que se apoyaba el surgimiento de la sociología científica en Argentina. ¿Cuál es entonces la operación que realiza Germani ante la presencia de este debate que, por lo menos, podría obstaculizar su proyecto de afirmación de un nuevo espacio en el campo académico argentino? En principio introduce el debate en este espacio, desplegando a la vez un estilo de lucha complejo para definirlo.

Prologar la versión castellana del libro es de por sí una posición que anuncia algo de ese estilo. En ese prólogo realiza un análisis de la situación de la sociología a nivel mundial y observa los distintos grados de desarrollo de la disciplina, atendiendo sobre todo a las comparaciones entre América latina y Estados Unidos. La primera frase del prólogo declara contundente: “la traducción de un libro implica algo más que un mero problema lingüístico. Se trata de introducir en cierta cultura el producto de otra, alejada o próxima de la primera pero, en todo caso, distinta”. Aquí surgen los problemas de “comunicabilidad” de las ciencias y entonces advierte que la sociología se “halla ... en una fase de comunicabilidad...menor de la que existe, por ejemplo, en la economía...”, aunque reconoce la emergencia de una “sociología ‘mundial’ en oposición a las Sociologías ‘nacionales’”. En verdad, la principal dificultad es la de explicar cuales fueron las condiciones de surgimiento del texto de W. Mills, ya que se debería comprender eso para poder diferenciar dos contextos de producción diferentes, dos campos académicos, con desarrollos históricos distintos en cuanto a su relación con la sociología mundial. “El exámen que realiza Mills”, dice Germani, “no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América Latina: en este sentido la ‘traducción’ requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario y a la vez evaluar su significado con relación al contexto intelectual y científico propio de la cultura en que se trata de introducirlo” (Rubinich, 1999).

Como una estrategia fundacional para marcar los límites de la nueva disciplina Germani combate el “ensayismo”, pero también es cierto que los ecos de esos gestos llegan a



Germani, un intelectual consecuente

Reseñado por Lucas Rubinich

238

través de sus adversarios y también de sus seguidores, simplificado hasta la caricatura. En este mismo texto, insistiendo con las comparaciones entre América Latina y los Estados Unidos abordaba el tema: “El ‘ensayismo’, el culto de la palabra, la falta de rigor son los rasgos más comunes en la producción sociológica del continente. Lejos del ‘perfeccionismo’ y el ‘formalismo metodológico’ yanquis escasea o falta la noción misma de método científico aplicado al estudio de la realidad social”. Para Germani esta necesidad de marcar límites no excluye la posibilidad de pensar productivamente la incorporación de tradiciones que criticaba, en tanto competidoras de la sociología, pero que no podía dejar de tener en cuenta.

Y, en verdad, no es extraño que tuviese una relación de acercamiento real con otras formas de abordar la realidad social, que están más cercanas a (o son partes de) las disciplinas humanísticas. En los momentos previos al surgimiento de la sociología científica, su iniciador formaba parte de una fracción del campo intelectual que podríamos denominar de intelectuales liberales progresistas prsoscritos por el peronismo. Las interrelaciones que se dan en ese espacio es entre actores tales como escritores, ensayistas, historiadores, filósofos. La cercanía con ese ambiente ligado a las humanísticas (pero iluminista y sensible a la aparición de discursos científicos), lo confirma, luego del peronismo, la creación de la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras. (Rubinich, 1999)

Por lo tanto le legítima lucha fundacional de Germani no es una lucha ciega que desconoce al contendiente. Se parece más a una doble tarea: de diferenciación, frente a algunas tradiciones que hasta ese momento daban cuenta de la realidad social, (más contundente en la medida que inauguraba una disciplina en contra de esas tradiciones ya instaladas) y de incorporación (menos declarativa) de aspectos de las mismas. Aunque hay momentos, como en este prólogo, en donde la necesidad de la incorporación se hace explícita. Luego de las críticas al ensayismo Germani advierte: “Mas a la vez no debemos olvidar aquellos elementos de la tradición intelectual latinoamericana que sin duda nos colocan en una posición más favorable que la existente en el país del norte: así no cabe duda que el ‘pensamiento social’ de América Latina presenta más de un hermoso ejemplo de lo que Mills llama análisis social clásico. La influencia profunda del historicismo, y algunas de las características mismas de la cultura predisponen casi ‘naturalmente’ a la ubicación de los problemas dentro del contexto mayor de la estructura social percibida históricamente, procedimiento que Mills recomienda con tanto énfasis” (Rubinich, 1999)

Hubieron muchos peronismos en tanto objetos analíticos, en el mundo cultural argentino, luego del año 1955. Desde la historiografía militante, desde el ensayismo político y cultural se intentaron caracterizaciones de una experiencia que habiendo sido o no “el hecho maldito del país burgués”, fue seguramente el objeto de una lucha intensa en la que intervinieron distintos espacios del mundo cultural y académico y por supuesto la nueva y vital sociología. Y allí el análisis de Germani que se convirtió en una referencia significativa sobre la que pudo construirse alguna producción interesante en términos académicos y políti-

cos culturales, porque, o bien rebatían aspectos, o bien profundizaban cuestiones que surgían de lo que sin dudas son objetos analíticos complejos. Es verdad que el asumir tempranamente una caracterización de un fenómeno como el peronismo colocaba a Gino Germani más allá de su voluntad en el papel de un intelectual clásico. Intervenía en las luchas por la imposición de visiones del mundo y la hacía, ni más ni menos que con una gran cuestión puesta en debate por la entera sociedad, como era la caracterización del peronismo. Por supuesto debatida y observada con desconfianza por distintos espacios del espectro ideológico, pero legitimada, por lo que era un indicador privilegiado de las transformaciones modernizadoras de la sociedad argentina: la sociología que el mismo Germani había logrado convertir en una disciplina legítima y activa en la vida política y cultural del país.

Si su visión del peronismo, aunque no confrontaba, desacomodaba las visiones más simplistas de sus alianzas político culturales construidas en la resistencia cultural antiperonista, su trabajo ensayístico sobre las posibilidades de la democracia lo deja, por decirlo exageradamente, solo; básicamente porque cuestiona drásticamente expectativas revalorizadores que florecían con distintos optimismos desde fines de los años setentas afianzando lo que podría ser pensado como su propio espacio de pertenencia político cultural. La democracia liberal republicana que aparece en su mirada un tanto reificada (quizás un indicador de esa pertenencia) como bien observan los comentaristas del artículo, es cuestionada a la vez dando cuenta de un proceso de tensión entre “, la creciente secularización por un lado, y la necesidad de mantener un núcleo central prescriptivo mínimo suficiente para la integración por el otro,(que) constituye un factor general causal de crisis catastróficas que al eliminar los insuficientes mecanismos de control de los conflictos llevan a soluciones destructivas de la democracia”. Y en este mismo proceso es que observa la internacionalización y concentración del poder y en paralelo la fragmentación en otros niveles con la consecuencia de una elevada conflictividad, neutralización recíproca y situación de empate. (P.656).

El analista con su implicación apasionada en los procesos de conocimiento lleva sus argumentos hasta las últimas consecuencias sosteniendo una visión absolutamente pesimista sobre el destino de una democracia a la que no solo reivindica, sino que es, ciertamente, constitutiva de sus propios valores. La derrota de los movimientos guerrilleros en América Latina, la caída del muro de Berlín y entonces la habilitación sin obstáculos a la crítica al socialismo real, difundirían en zonas importantes de América Latina, una mirada optimista con dejos de resignación, no ya solo en franjas enteras de población que celebraban justamente la llegada de democracias imperfectas valorizadas frente a la noche de los terrorismo de estado, sino también en grupos significativos de analistas de lo social y lo político. Esas miradas que decididamente habían abandonado el pesimismo de la inteligencia, construían una filosofía política ad hoc que no admitía diagnósticos histórico- estructurales y condenaba los desvíos antidemocráticos caracterizados de múltiples maneras. En ese clima, Germani,



Germani, un intelectual consecuente

Reseñado por Lucas Rubinich

el intelectual consecuente, argumenta sobre la imposibilidad de desarrollo de lo que a la vez es su modelo de organización social y política. Que de su análisis surja una mirada oscura y hasta catastrófica sobre las posibilidades de la democracia, no implica que haya “renunciado a los valores de la sociedad moderna”, pero, él mismo reafirmará tajante, “tampoco a la lógica y al sentido de realidad”.

Las lecturas parciales de una obra que se construye en medio de debates fuertes y tensiones político académicas en un momento fundacional pueden efectivamente dar cuenta de una perspectiva, de un estilo de construcción de objetos analíticos y eventualmente de su complejidad, pero es verdad que cuando esa obra tiene la significación académica política y cultural que porta la experiencia de Germani, se hace imprescindible, para transformar ese acercamiento en un verdadero acto de conocimiento, contar con la posibilidad de acceder a una diversidad de trabajos que expresen su entero programa de investigación. Esa posibilidad no existía presentada en conjunto como lo consigue ahora esta antología comentada, que en un buen homenaje al sociólogo, organizador cultural, e intelectual intranquilo frente a lo dado, se titula “La sociedad en cuestión”.

De crisis, ajustes y costos

Comentarios sobre el libro **El costo social del ajuste (Argentina, 1976-2002)**.

Torrado, Susana (Directora). Buenos Aires: EDHASA. 2010

Elsa López

Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

241

El libro de Susana Torrado*, con la colaboración de varios autores y autoras (algunas de ellas docentes de la Cátedra de Demografía Social), refleja numerosas perspectivas disciplinarias. En ellas se exponen las consecuencias demográficas, sociales, económicas y habitacionales del ajuste en la Argentina durante el periodo 1976-2002. El libro tiene el mérito de tomar en cuenta una multiplicidad de dimensiones que anteriormente, como dice Torrado, se han tratado de manera parcial. Lo interesante de esta compilación de trabajos es la variedad de imágenes sobre aspectos de la realidad argentina que han afectado a la totalidad de la sociedad y, en especial, a la población más vulnerable.

El libro consta de dos tomos y cuatro partes. En el primer tomo se presentan trabajos sobre la estructura social, la situación del mercado de trabajo, la dinámica demográfica, el sistema de asentamiento de la población y la segregación socio-espacial. El segundo tomo se ocupa de documentar el efecto del ajuste sobre la pobreza, la alimentación, la atención médica, la educación, la vivienda, la política previsional, la inseguridad y la desigualdad regional.

Susana Torrado traza las líneas conceptuales que guiarán la mayoría de los trabajos. Estas líneas distinguen diversos periodos históricos basándose en los modelos de acumulación hegemónicos de los sistemas capitalistas, principalmente en las dos dimensiones en las que éstos se expresan: el régimen social de acumulación y el régimen político de gobierno, que Torrado define con gran precisión en su artículo "Modelos de acumulación, regímenes de gobierno y estructura social". Para adentrarse en el problema, la autora describe y analiza los diversos modelos de acumulación: agroexportador, de industrialización sustitutiva y de apertura a la globalización económica internacional; este último constituirá el eje de los aportes del libro, que se elaborarán principalmente sobre las consecuencias del ajuste en las esferas de la estratificación social y la movilidad social.

*Directora de la publicación, Profesora Emérita de la Universidad de Buenos Aires y Titular de la Cátedra de Demografía Social de la Carrera de Sociología FCS UBA.

En el modelo agroexportador, la descripción de la profunda transformación de la estructura social de la Argentina es reveladora, ya que en menos de una generación se torna evidente la aparición de un estrato socioeconómico medio que se traduce en un importante crecimiento de la movilidad intergeneracional (de padres a hijos) e intrageneracional (posiciones más satisfactorias dentro de la vida de una persona, aspecto que fue más visible en los extranjeros, que provenían de situaciones carenciadas). La autora señala, con acierto, las grandes disparidades de la movilidad social entre las diversas regiones del país.

La enumeración de las características más salientes del periodo de industrialización sustitutiva de importaciones, compuesta por una etapa justicialista, otra desarrollista y una última aperturista, permite al lector observar el aumento de actividades no agropecuarias y, consecuentemente, de la migración interna, así como de la educación formal y de la devaluación de las credenciales educativas. La autora destaca que en el periodo 1930-2000 el país experimentó una desaceleración del crecimiento natural de la población, la disminución del aporte de la migración internacional y un cambio en la composición de la misma, integrada en los últimos decenios por personas procedentes de los países limítrofes, acompañada cronológicamente por la emigración de argentinos.

Torrado propone que los cambios ocurridos en la estructura social de la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX conducen a la conformación de una pirámide socioeconómica con una minoritaria clase alta muy rica; una clase media que, creciendo o disminuyendo, atraviesa momentos de salarización/desarización y pauperización absoluta y relativa; una clase obrera decreciente en proceso de desalarización y pauperización absoluta y el surgimiento de un importante estrato marginal con carencias absolutas.

En otro artículo de su autoría, "Nupcialidad y organización familiar", Torrado analiza los cambios ocurridos en las familias argentinas luego de las transformaciones de la mortalidad, la nupcialidad y la fecundidad. Los cambios comenzaron en la Ciudad de Buenos Aires y se extendieron lentamente por el resto del país, afectando en mayor medida a los estratos más pobres. El aumento de la esperanza de vida y el envejecimiento de la población, debido primero a la caída de la fecundidad y luego a la ganancia en años de vida, trajo importantes consecuencias sobre la dinámica de la vida familiar, entre ellas el incremento de los hogares unipersonales con jefatura femenina en las edades más grandes, por la mayor sobrevivencia de las mujeres. El descenso de la fecundidad se tradujo en hogares con menor número de miembros, en los que los niños se crían con menos hermanos y, en ocasiones, con hermanos provenientes de distinto padre o madre debido a sucesivas uniones.

Los hallazgos de Torrado sobre las variaciones en el mercado matrimonial tienen particular importancia, especialmente en lo concerniente al aumento de las uniones consensuales y de la edad a la primera unión así como de los divorcios.

Desde 1970 los europeos atraviesan la Segunda Transición Demográfica, caracterizada por el aumento de la cohabitación, de la edad a la primera unión y de los divorcios, el descenso de los matrimonios, el aumento de los hijos extramatrimoniales y de los hogares

monoparentales, especialmente con mujeres al frente del hogar. En la Argentina, la Primera Transición Demográfica, marcada por la reducción de la mortalidad y la fecundidad, ocurrió primero en los sectores medios y está aún en proceso en lo que se refiere a la fecundidad en los sectores populares, en los cuales esa Primera Transición Demográfica coexiste con algunos indicadores de la Segunda, como las uniones consensuales, que en la actualidad también adquieren importancia en los sectores medios.

Mónica Bankirer estuvo a cargo de dos capítulos del libro: “La dinámica poblacional en tiempos del ajuste: mortalidad y fecundidad” y “Composición de la población y envejecimiento: del país de “inmigrantes” al país de “adultos mayores””. En el primer capítulo, Bankirer reseña la evolución de los indicadores de crecimiento demográfico, de la natalidad y la fecundidad, de la mortalidad general, infantil y materna y de las diferencias de mortalidad por edad y causas. En el segundo la autora se aboca a documentar las particularidades del envejecimiento en la Argentina y su futura evolución, mencionándose los rasgos esenciales de las transiciones demográficas.

Con respecto a la disminución de la fecundidad analizada por Bankirer puede añadirse que desde la Revolución Industrial la población europea occidental protagonizó el avance de los procesos de individuación que condujeron a la idea de mejorar la calidad de vida de hijos y padres mediante la educación de los primeros, lo cual elevó el costo de los hijos. Esta es una de las hipótesis que se proponen para explicar el descenso de la fecundidad en Europa, hipótesis que no resulta ajena a la experiencia de los inmigrantes europeos que llegaron a la Argentina a fines del siglo XIX: tener menos hijos para poder educarlos mejor. Esos inmigrantes trajeron consigo algo más que su pobreza y la fe católica: trasladaron de continente los indicios de la transición demográfica que se estaba comenzando a gestar en sus lugares de origen y aportaron probablemente lo que Ariès llamó la “pensabilidad” de reducir el tamaño de sus familias para ir en pos del sueño que los trajo a América. En la historia nacional la familia y la religión han seguido cauces paralelos, pero desde el ámbito de lo íntimo la sociedad ha preservado sus sentimientos y sus pasiones más allá de las expresiones públicas y religiosas, de manera similar a lo ocurrido en la sociedad francesa a fines del siglo XVIII.

Philippe Ariès escribió que en el origen de la caída de la natalidad en Europa estaba el “malthusianismo ascético”, mediante el cual las parejas buscaban mejorar la calidad de vida de sus hijos, y la propia en el futuro, teniendo menor descendencia. Para ello acudieron al método conocido, pero no incorporado habitualmente hasta entonces por los matrimonios, del coito interrumpido. Para que esto ocurriera fueron necesarios un conjunto de cambios en las mentalidades que se venían gestando desde el inicio de la modernidad y que este autor expresó de manera tan brillante en sus trabajos sobre la muerte, los niños, la anticoncepción y la familia.

Para caracterizar el descenso de la fecundidad posterior a la Segunda Guerra Mundial Ariès reserva el término de “malthusianismo hedonista”, en el cual se persigue el beneficio



emocional que proveen los hijos sin dejar de tener en cuenta los otros bienes a los que se puede acceder: costo de oportunidades, trabajos, viajes, bienes materiales, con la ventaja de disponer de una mayor variedad de métodos anticonceptivos menos “ascéticos” que el coitus interruptus.

Las parejas que quieren tener hijos en la actualidad se guían fundamentalmente por aspectos emocionales, como el deseo de arraigo y pertenencia. Sin embargo, existen varios problemas no menores y el primero es el costo de un hijo, aspectos de vivienda, del parto y del mantenimiento posterior del niño o niña: ¿quién lo cuidará?, ¿irá a la guardería?, ¿cuándo?

El segundo problema es el costo de oportunidad de los hijos, que para las mujeres de sectores medios es muy alto: para tener un hijo adicional tienen que dejar en suspenso una carrera profesional y laboral o volver a dejarla si ya se ha tenido un hijo previamente, lo que determina que cada vez es más improbable que las mujeres de clase media con carreras profesionales o laborales estén dispuestas a afrontar por sí solas el costo de tener una familia numerosa.

En los estratos populares la situación es diferente, aunque en los últimos años se ven cambios hacia un mayor control sobre la reproducción. El inicio temprano de la maternidad en las jóvenes más pobres está ligado a una serie de significados y valores de su socialización y de su entorno: familias más numerosas, menores posibilidades para estudiar y trabajar en empleos más atractivos, lo cual disminuye el coste de oportunidad y la significación de la maternidad joven como la afirmación de la fertilidad y el rito de pasaje de la adolescencia a la madurez.

Mabel Ariño, en “Transformaciones en el mercado de trabajo (PEA, empleo, salarios, ingresos)”, aborda los cambios ocurridos desde los años de la década de 1970 hasta 2002. La autora advierte que la clase trabajadora ha sufrido un despojo bajo formas de segmentación en el empleo genuino, bajísima creación de trabajos de calidad, desempleo de larga duración, baja del salario real, desprotección de los trabajadores y sus familias en lo que se refiere a la salud y a las edades mayores. Todo ello, dice Ariño, ilustra la ruptura de la organización social que, surgida luego de la Segunda Guerra Mundial, configuró un Estado de Bienestar con acuerdos explícitos entre el capital y el trabajo.

En “Migraciones internas e internacionales”, Laura Calvelo observa que las transformaciones en las migraciones internacionales del periodo en estudio muestran el paso de un país de inmigración neta a otro en el cual coexisten una inmigración neta regional y una emigración neta extrarregional de argentinos. En cuanto a la inserción en el mercado de trabajo entre población limítrofe y migrantes internos, Calvelo señala que el paso de una situación de complementariedad a otra de competitividad llegó a adquirir rasgos xenófobos en la década de 1990. También constata la desaceleración de la migración interna hacia las grandes ciudades, que se ha reorientado hacia ciudades intermedias en las cuales, como consecuencia del ajuste, han aparecido cinturones de pobreza.

Mariana Marcos expone en dos capítulos los temas vinculados a los cambios que ocurrieron en los asentamientos de la población en el pasaje del modelo industrialista al aperturista y a la segregación espacial en la Aglomeración Gran Buenos Aires (AGB). La autora concluye que los cambios más relevantes fueron una atenuación de la concentración demográfica de las regiones Metropolitana y Pampeana, aunque ambas conserven el mayor porcentaje de la población del país; una disminución del porcentaje de población rural; una reducción de la concentración de la población en la Aglomeración Buenos Aires y un aumento del peso relativo de la que reside en las Aglomeraciones de Tamaño Intermedio y, en menor medida, de las Aglomeraciones de Tamaño Pequeño.

En el segundo tomo del libro se abordan los temas señalados al iniciar la reseña, incluyendo una mirada de conjunto a cargo de Susana Torrado.

En “Ajuste y pobreza”, Javier Lindenboim aporta, además de un balance de más de un cuarto de siglo, un punto crucial para la investigación social y económica: la disponibilidad y calidad de la información. El autor pone de manifiesto la existencia de informaciones parciales territorialmente (usualmente referidas al Área Metropolitana de Buenos Aires) y metodológicamente no homogéneas y la inexistencia de fuentes de información oficiales que permitan relacionar, de manera confiable, el mercado de trabajo con situaciones de pobreza e indigencia en dos aspectos esenciales: el salario real y la participación salarial.

Patricia Aguirre recorre en “La comida en los tiempos del ajuste” y examina su impacto en la alimentación argentina, la disponibilidad de alimentos y la capacidad de compra, la desnacionalización de la industria, los mercados segmentados por edad y posición social, el Supermercado, el rol del Estado y las diferentes estrategias alimentarias de la población.

Los “Servicios de atención médica” son tratados por Susana Belmartino, que se interna en los orígenes y el desarrollo de los subsistemas público, privado y de obras sociales y analiza las políticas de atención médica, el proyecto de cambio bajo la dictadura militar, la frustración del cambio en democracia y el ajuste en democracia.

Las políticas de vivienda y cultura del hábitat, descriptas por Anahí Ballent como un proceso histórico, ponen de relieve la evolución de los indicadores pertinentes, las políticas estatales y la arquitectura doméstica.

Cecilia Velea analiza “La metamorfosis de las desigualdades educativas. Política pública y polarización social”. Describe la evolución de las desigualdades inter e intraprovinciales durante el último cuarto del siglo XX y destaca la reducción de las brechas en el acceso a la educación. Pese a los avances en la difusión del acceso, existen indicios que sugieren el aumento de las desigualdades, aunque nuevamente tengamos que apelar a la falta de información confiable, por lo cual la precisión en la medición de las magnitudes de la desigualdad requiere mayor y mejor información. Velea concluye que más alumnos acceden a la educación pero en condiciones y con logros muy desiguales.

Camila Arza, en “La política previsional argentina: de la estratificación ocupacional a la individualización de los beneficios”, desarrolla una revisión histórica que parte de 1944,



El costo social del ajuste (Argentina, 1976-2002)

Reseñado por Elsa López

pasa por la centralización y consolidación del sistema contributivo, examina el ajuste en dictadura con la consiguiente licuación de beneficios y regresividad del financiamiento, describe el ajuste en democracia (gobiernos de Alfonsín y Menem) y arriba a la etapa final de crisis, default y futuro previsional.

Victoria Rangugni presenta un trabajo sobre “El problema de la in/seguridad en el marco del liberalismo”. Allí define sus conceptos de inseguridad, delito y miedo, a la vez que informa sobre la transformación de los modos de abordaje del problema de la in/seguridad y las políticas de la gestión del delito en el marco del liberalismo.

Guillermo Velásquez expone sobre “Geografía y bienestar en la Argentina. La desigualdad regional a comienzos del siglo XXI” su visión sobre pobreza, nivel de vida y bienestar en distintas dimensiones: educación, salud, vivienda y equipamiento. Para ilustrar los resultados de sus investigaciones presenta Mapas de bienestar de los años 1991 y 2001 y un tercer mapa con las variaciones decenales de los indicadores.

La directora elabora también el último capítulo (Cuarta parte), “El ajuste argentino en perspectiva histórica”, retomando los aspectos centrales de lo ya señalado.

Para terminar, este libro es una importante contribución al conocimiento de una etapa crucial de la Argentina y a la comprensión del presente, a la vez que constituye un aporte a los textos de la docencia en ciencias sociales.

